WANTED

BY POLICE

6'6" 6'6"

CHARLIE BECERRA

6'4" 6'4"

6'2" 6'2"

6'0" 6'0"

EL ÚLTIMO CASO DE KIKI SPAVONE

5'10" 5'10"

5'8" 5'8"

5'6" 5'6"

5'4" 5'4"

POLICE DEPARTMENT

BAD BOY

45348754

5'2" 5'2"

5'0" 5'0"

CHARLIE

BECERRA

EL ÚLTIMO CASO DE KIKI SPAVONE

Primera parte
Asesinato en el Belvedere

1.

Kiki Spavone pasa por debajo de la cinta policial, llega al bar del hotel y lo primero que piensa al ver las piernas del cadáver a medio cubrir es *hey, ese tío lleva unos zapatos como los míos*.

El par es inconfundible. Es fabricado a mano en un taller del Lower East Side, a pocas manzanas del puente Williamsburg, donde un sujeto llamado Marley lo hace con cuero de bisonte. Al menos eso es lo que Marley dice para cobrar lo que cobra por ellos: nadie se molesta en comprobarlo. Por el mismo precio Spavone podría comprar un par de finísimos Fendi italianos. Aun así, es el tipo de excentricidades con las que sabe debe adornar su personaje de solitario justiciero alternativo.

También sabe que el bueno de Marley no es exactamente el zapatero más solicitado de Nueva York (duda que en algún momento lo haya sido): cada vez que visita el taller —en diciembre, usualmente— el chirrido de la puerta es siempre más quejumbroso que la vez anterior. Por si fuera poco, hace algunas semanas su modesto taller fue asaltado: los ladrones, al no encontrar nada de valor que llevarse, dejaron encargado un buen desastre para el viejo zapatero. Marley le pidió ayuda a Spavone para resolver el caso, el mismo que Spavone no tardó en despachar hacia alguien más.

No solo eso: en sus cincuenta y dos años de vida, Spavone no cree haber visto nunca a alguien más llevar la imagen de un bisonte repujada en las suelas de los zapatos. Esa es la razón por la cual el calzado del cadáver le llama tanto la atención.

Es la segunda cosa más extraña que le toca experimentar al inspector Kiki Spavone ese día.

La primera es haberse despertado sin el menor rastro de resaca a pesar de lo mucho que supone haber bebido.

Está casi convencido de que el responsable de todo es el alcohol pues… ¿Qué otra razón podría haber para que no pudiera recordar nada de lo ocurrido en el bar del Belvedere la noche anterior?

Se ha montado en un autobús y ha vuelto al lugar para comprobar si es ahí donde ha olvidado su teléfono. Entonces se ha dado de narices con la escena de un crimen.

Una hora antes había estirado la mano hacia la mesa de noche dejando que sus dedos reptaran ciegos por la superficie vacía: ni teléfono, ni llaves, ni cartera.

Se levantó de la cama. Sentía el estómago ligero, sin la acostumbrada urgencia de arrastrarse al baño para orinar. También descubrió que se había echado a dormir completamente vestido, lo cual no le significó una sorpresa tan grata como la anterior.

Buscó en los bolsillos de su chaqueta y sus vaqueros, entre las sábanas, en el rincón del sofá donde solía dejar las llaves, y nada.

No pudo pensar en otro lugar donde podría haberlo olvidado más que el bar del hotel donde había tenido lugar la celebración. Decidió prescindir de la ducha e ir a por él de inmediato. Lo más probable es que para entonces ya tuviera unas cuantas llamadas y mensajes del departamento esperando a ser respondidos.

Pudo ser mucho peor, ha pensado mientras recorría la Octava Avenida de camino al hotel, *pudo haber sido mi arma*.

Por suerte, desde el día anterior no lleva su fiel Glock encima. Se la ha enviado a Lang para que la lleve a la armería y reciba su mantenimiento correspondiente. No obstante, a Spavone le han quedado claras un par de cosas: de ahora en adelante, la segunda copa será la última; ya no puede permitirse una juerga como la de la noche anterior. Debe ser muy cuidadoso. Más ahora que buena parte del planeta está apunto de conocer sus hazañas policiales a través de la gran pantalla.

«Figura pública».

Es el término que Spavone lleva paladeando por días.

Se lo imagina adherido a su nombre.

Le resulta mucho más seductor que el de «inspector jefe», tan repentinamente vulgar, corriente. *Quizá deba empezar a perder peso*, se dice pensando en las entrevistas y en un eventual itinerario de apariciones en distintos eventos sociales, empezando por la premier de la película inspirada en su vida.

Spavone ha creído advertir el primer regusto de la fama: se le hace muy similar a un trago de piña colada junto a la piscina de un resort de Los Ángeles. Ahora, toda vez que se mira al espejo, se toma algo más de tiempo detectando arrugas. *Sí, definitivamente debo perder peso*, concluye.

Aquel buen sabor de boca se lo quitan los patrulleros amontonados a la puerta del hotel, el ulular de las sirenas, los flashes de la prensa y la cinta amarilla que le cerraba el paso.

Spavone imagina que todo ocurrió después de haberse marchado del lugar, aunque tampoco recuerda a qué hora pudo haberlo hecho. O con quién: en medio de las patrullas pudo atisbar tu Mustang en el mismo lugar en el que lo aparcó el día anterior alrededor de las nueve de la noche.

Todo se vuelve confuso después de la imagen que tiene de sí mismo cruzando las grandes puertas del hotel en dirección al bar.

Por suerte no estuve aquí cuando la sangre empezó a chorrear, se felicita Spavone. Están a mediados de mayo y la ciudad se prepara para recibir el verano. *Eso siempre caldea los ánimos un poco más de la cuenta*, se dice pensando en el remontar de los crímenes durante la segunda mitad del año.

Mientras se acerca aún más al cadáver que le ha copiado el calzado, atravesando el ajetreo desplegado por el equipo de forenses y criminalística, Spavone reconoce a algunos oficiales, compañeros de su Unidad que trabajan en la escena: los saluda con un movimiento de cabeza, pero ninguno le presta la menor atención.

Spavone sonríe para sus adentros, no es nada nuevo: la envidia vuelve a bullir en las venas de quienes antes tuvieron que verlo triunfar en la resolución de casos imposibles y ahora les toca saber que se convertirá en poco menos que una estrella de cine.

Spavone lo entiende. Aun así, le sorprende que la indiferencia provenga también de Thomas Dean, *Tommy*, su adjunto por más de cuatro años y con quien cree haber entablado una sólida amistad: de las tres o cuatro tarjetas que Spavone envía en Navidad, una siempre es para él.

Spavone se para junto a Tommy, quien toma notas sobre la escena del crimen y, específicamente, del cadáver a sus pies:

—¿Quién es nuestro amigo? —pregunta Spavone. Dos segundos de silencio después, cree saber qué es lo que ocurre—: Escucha T, si no te he contestado es porque no tengo mi teléfono conmigo, ¿bien? De hecho, he vuelto para saber si no lo me lo he dejado por aquí. ¿Sabes si…?

Las palabras de Spavone van a rebotar contra la joroba cada vez más pronunciada de Thomas Dean: el detective suele pasarse las tardes de poco papeleo con la nariz metida en las páginas de sus cómics o pegada a la pantalla de su ordenador. Spavone se aclara la garganta lo más fuerte que puede pero Dean sigue reconcentrado en su vieja libreta roja en donde suele apuntar todo aquello que le parece importante y que teme olvidar.

—T, te estoy preguntando que si…

Spavone siente que la pieza faltante encaja en el rompecabezas y finalmente todo cobra sentido: hace buen rato que Dean dio con el iPhone de su superior y, de paso, con la mentira que le dijera Spavone el día anterior, cuando ambos iban saliendo de la comisaría: el edificio que ocupa su Unidad, en el distrito 5, al este de Manhattan.

—Bien, vale. Mira, viejo, sí, de acuerdo, no fui a ver a Alessia como te había dicho. Vine aquí ayer tomando un par de copas con unos tipos, nada serio. Los de la productora, ya sabes. En realidad tenía planeado ir a la casa donde vive Beatrice a ver a la niña, pero recibí una llamada y, bueno, no se le puede decir que no a esta gente, ¿comprendes?— Dean cierra la libreta y empieza a girar hacia Spavone—. Bien, vaya, por fin. Ahora, si eres tan amable, necesito mi teléfono…

Las palabras dejan de salir de la boca de Spavone cuando se da cuenta que, tras sus gruesas gafas de montura café, Dean tiene los ojos inyectados, y que aplasta la mandíbula como si estuviera soportando un dolor muy fuerte. Es la primera cosa que realmente desconcierta a Spavone: nunca ha visto a Thomas Dean llorar.

—Eh, Ray —le grita Dean a un tipo con bata de forense— ya terminé aquí.

Spavone tuerce el gesto, no entiende. Está a punto de reemprender la cháchara para preguntarle a su adjunto qué le ocurre, cuando la segunda cosa imposible sucede: Dean empieza a caminar directo a Spavone.

Y lo atraviesa.

Se detiene un paso más allá, estornuda, le pregunta a alguien por el baño y sigue su camino.

El cerebro de Spavone ni siquiera ha empezado a procesar lo que acaba de ocurrir, cuando su cuerpo —o lo que cree ser su cuerpo— vuelve a ser atravesado, esta vez por el tipo de bata y mascarilla. Raymond Sony, jefe del equipo forense, también se detiene a poco de haber emergido del pecho de Spavone y, antes de arrodillarse junto al cadáver, estornuda.

—Puto catarro de última hora —dice Ray, o eso cree oír Spavone cuya cabeza es ahora un nudo de ideas que zumban y chocan unas contra otras y a las que no logra encontrarle sentido alguno.

Lo único que atina a hacer es bajar la mirada hacia el cadáver que descansa en el suelo del bar. Dos tipos, también de bata, han llegado a ayudar a Raymond a meterlo dentro de una bolsa negra y subirlo a la camilla. No les toma más de unos pocos segundos, pero para Enrique Spavone, hasta hace algunas horas inspector jefe de la policía de Nueva York, es suficiente para comprobar la identidad del muerto.

No son solo sus zapatos, sino que lleva los mismos vaqueros, la

misma camiseta negra —ahora empapada en sangre— y la chaqueta de cuero color chocolate que suele vestir Spavone.

Y claro, también su mismo rostro.

2.

Cuando por fin consigue moverse, Spavone sale del bar, cruza el lobby del Belvedere y corre tras la camilla que transporta su cuerpo: asiste al espectáculo que es verse a sí mismo ser introducido en la ambulancia que lo llevará a la morgue. Quiere pedir ayuda, lo intenta, pero nadie lo oye: Kiki Spavone ha dejado de existir.

Para el resto del mundo, al menos.

Se palpa los bolsillos en busca de sus cigarrillos, luego recuerda que no los lleva consigo. *Deben estar metidos en una bolsa de evidencia*, piensa y la sola idea lo pone a hiperventilar.

Durante algunos instantes, Spavone se mantiene de pie en las escalerillas que dan a la entrada del hotel. Pasea la mirada entre los autos y uniformes a su alrededor en busca de caras conocidas: casi todas lo son, pero hay una distancia que lo separa de ellas que le es difícil determinar o discernir. Un detalle llama su atención: después de Thomas Dean, ninguno de los integrantes del cuerpo presentes en la escena del crimen parece especialmente afectado. De hecho, una que otra risa se cuela entre el barullo.

Sin poder hacer más, se sienta en uno de los escalones de la entrada.

Kiki Spavone se mira las manos: sus palmas callosas; los meñiques torcidos hacia adentro; las cicatrices de sus primeros años en la fuerza, cuando el manejo de armas aún no le era tan familiar. No detecta nada extraño en ellas, nada que indique que no son reales o que no pertenecen a un cuerpo «físico». Ni en sus manos ni en ninguna otra parte de su… ¿ser?

En otras palabras, no se siente «muerto». Aunque, por supuesto, no hay forma de contrastar una situación como aquella con algo que le haya tocado vivir antes. No hay manera. ¿Qué sabe él de estar

muerto? ¿Qué sabe nadie de estarlo?

¿Esto es mi alma?, se pregunta Spavone, quien muy pocas veces a lo largo de su vida ha considerado siquiera la posibilidad de tener una, *¿de esto se trata?*

En algún rincón de su aturdida mente, Spavone confía en que aquello que está ocurriendo es imposible, que todo es parte de una pesadilla inducida por *crack* o algún tipo de metanfetaminas que alguien, no tiene idea de quién, debe haberle ofrecido la noche anterior. *Putos productores de Hollywood*, se lamenta con una ínfima nota de convicción.

Mientras algunos oficiales terminan de recoger algo que pueda tomarse como evidencia y la declaración del algún huésped que va saliendo del hotel y que, por supuesto, como suele ocurrir en estos casos, asegura no haber visto nada, Spavone intenta, una vez más, recordar las últimas doce horas.

Salió de la comisaría alrededor de las ocho, lo sabe porque Helen Fritz hizo un comentario sobre su hija esperándola para una función de teatro a la que iba retrasada: una nueva y muy necesaria versión de Cats que la niña quería ver por su cumpleaños. Pasaban de las nueve cuando, ya en casa, Spavone recordó llamar a su ex para saber cómo estaba Alessia: *Está a punto de irse a la cama, ¿ya viste la hora?*, le preguntó Beatrice justo antes de tirarle el teléfono. Después, recibió la llamada J. C., uno de los productores que llevarían su vida a la gran pantalla, que le dijo que lo esperaban a partir de las once en el bar del hotel Belvedere, donde estaban hospedados, para celebrar la firma del contrato y hablar un poco de…

¡Los productores!, se sobresalta Spavone.

Se pone de pie, atraviesa una vez más la cinta policial (se agacha para pasar por debajo aun cuando probablemente ya no es necesario tomarse la molestia) y vuelve al interior del bar tan rápido como salió tras sí mismo minutos antes.

J. C. y Marvin Holmes, una suerte de siameses responsables de no pocos éxitos de taquilla, que un buen día, semanas después de la resolución del caso Heaven´s Place se pusieron en contacto con Spavone para hacerle lo que la mafia suele llamar «una oferta difícil de rechazar».

Spavone camina entre las mesas altas, algunas sillas volcadas y fragmentos de copas sembradas en el suelo del bar: llega hasta el lugar de la moqueta del que su cuerpo acaba de ser levantado y en donde ahora solo ha quedado una oscura mancha de sangre —la suya—. *Esto no puede estar pasando, esta mierda no puede estar pasando*, se machaca. Sigue inspeccionando el lugar en busca algún indicio que le haga saber que él no ha sido el único cadáver o herido de la noche, pero no

encuentra nada.

Mira hacia los altos del bar en busca de cámaras: cuenta dos. Sin embargo, el hecho de que estén ahí no es ningún alivio para Spavone que sabe que más del ochenta por ciento de los circuitos de video vigilancia en los bares de la ciudad no sirve: la gente no suele ir de noche a divertirse a lugares con «ojos».

Le gustaría hacer algunas preguntas a los meseros y bartenders pero ha quedado demostrado que no puede comunicarse con el mundo de los vivos.

Lentamente, el policía que es —o era— empieza a hacerse cargo de la situación: hay algunas preguntas que quizá sí esté en condiciones de responder.

Si su cadáver acaba de ser levantado, eso indica que no debe llevar ahí tendido más de dos o tres horas: ningún hotel de la reputación que asume tiene el Belvedere dejaría un muerto pudriéndose en sus instalaciones por más tiempo. De modo que su muerte (*Mi muerte…*) debe haber ocurrido alrededor de las cinco de la mañana.

Cree recordar también haber contado hasta dos impactos de bala en el pecho de su cuerpo justo antes de que lo metieran en la bolsa de lona negra. Podrían ser más. En todo caso, si no se trata más que de una pistola semiautomática, la posibilidad de una bala perdida es casi inexistente: *las balas no se pierden en grupo*, se dice, *esto fue intencional*.

Otra cosa de la que casi está seguro es que no tuvo opción de defenderse: no llevaba su arma consigo. Evalúa el entorno: el bar no es demasiado amplio, no más de sesenta metros cuadrados. Con las mesas, sillas y demás clientes que deben haber estado allí la noche anterior, el espacio se reduce aún más. Los disparos deben haber sido hechos a corta distancia, lo que deja caer otra certeza aún más incómoda, que consigue incluso avergonzarlo: *No lo vi venir*.

De modo que si él no pudo defenderse o devolver el ataque, probablemente quien le haya disparado haya huido del lugar sin el menor rasguño. Spavone entiende que aquél no es un detalle menor, pero hay una cuestión aún más grande que ha empezado a arrastrar el cien por ciento de su atención: ¿Quién lo hizo? ¿Cuál es la identidad de…?

Mi asesino.

3.

El alboroto interrumpe las cavilaciones de Spavone: más autos y sus respectivas sirenas se dejan oír desde las afueras del hotel. A través de las ventanas del bar, también es posible advertir algunas furgonetas de televisión. Por segunda vez en la mañana, Spavone sale del Belvedere y se para en la escalera de acceso para ver qué ocurre.

Desde una de las Suburban que ahora bloquean la calle, desciende un barrigudo Travis Deck, el flamante nuevo Fiscal General de Nueva York.

Ese idiota, gruñe Spavone.

Rodeado de agentes que intentan abrirle camino entre los periodistas, Deck avanza hacia la entrada del hotel, se planta tres escalones debajo de Spavone y se deja rodear por micrófonos y teléfonos celulares. El fiscal mira en distintas direcciones, recogiendo los flashes de las cámaras, sin abandonar ni por un segundo su expresión de severidad.

Spavone aprieta los puños, sabe que Deck está ahí solo por la atención. Pero prefiere que lo haga allí, donde él puede escucharlo y quizá obtener alguna pista más de lo que ha ocurrido.

Después de beber un trago, Deck devuelve una botella de agua a alguien que parece ser su asistente y se aclara la garganta:

—Buenos días. Como ya saben, nuestra ciudad ha despertado con una lamentable noticia. Esta mañana… —Deck hace una pausa: reanuda el discurso justo cuando los vehículos de dos cadenas de televisión más han estacionado y sus corresponsales se suman a los de los demás medios— Sí, como decía, esta mañana, el cuerpo sin vida del inspector jefe de policía Enrique Spavone Lynch fue encontrado en las instalaciones del hotel a mi espalda. Las revisiones preliminares indican que el inspector recibió tres impactos de bala en el tórax, producto de las cuales murió desangrado. Desde ya, he solicitado al departamento de policía y al FBI que den prioridad a la investigación de este execrable crimen. Quiero extender también mis sentidas condolencias a la familia del inspector, quien será recordado por siempre como uno de los mejores hombres del cuerpo y cuyos méritos habrán de inspirar por muchos años a las nuevas generaciones que vistan el uniforme. Tenga por seguro que Travis Deck —dice el fiscal, virando hacia su discurso en tercera persona: por alguna razón, su favorita—, habrá de respetar el compromiso que asumió junto con el cargo de Fiscal General del honorable estado…

El discurso se extiende por algunos minutos más en los que las esperanzas de Spavone se van desvaneciendo: solo un tonto esperaría que Travis Deck fuera algo más que un fiasco.

Spavone aún recuerda una de sus últimas conversaciones, varios meses atrás, en plena campaña de recaudación de fondos para la candidatura al cargo que hoy ostenta. Deck lo citó en uno de aquellos restaurantes en los que solía reunirse con sus principales financistas y en los que al final del día era imposible identificar si las manchas en los manteles de las mesas eran producto de la salsa de tomate o de la sangre de alguno de sus comensales.

—Travis Deck sabe que algo vale nada más verlo, y desde hace mucho se ha fijado en tu valor en el cuerpo, Kiki, ¿puedo llamarte Kiki? —Comenzó diciéndole a Spavone después de que ordenara que le abrieran una botella de vino y le trajeran dos copas—. Has hecho las cosas bien, Kiki, la mayoría al menos, lo que hiciste en aquel club de campo, el Heaven´s Place, impecable, sí, seguro Travis Deck no es el primero en decírtelo, ¿eh?

Sin esperar a que Spavone la levantara, Deck chocó su copa contra la suya y brindó a la salud de ambos.

—¿Sabes? —dijo después de apurar el vino y pedir que le volvieran a llenar la copa— es bueno que las personas con capacidad vayan escalando a la par, que se apoyen una a la otra, por el bien de la comunidad. ¿Qué opinas?

Spavone había esperado poder soportar la conversación por, al menos, diez minutos, pero se había equivocado: no llevaba sentado a la mesa ni dos y no estaba seguro de poder aguantar las ganas de machacarle la cabeza a ese rufián con aquella botella de vino de seiscientos dólares.

Las invitaciones del por entonces fiscal de distrito habían caído sobre él con una insistencia difícil de disimular: *Llamada para Don Importante*, solían avisarle alguno de sus compañeros de la unidad, extendiéndole el auricular, minutos después de que él decidiera no contestar su teléfono celular. A la mayoría no le había hecho ninguna gracia que Spavone se arrogara el mérito de los últimos casos, pero que ahora lo buscara un sujeto conocido en el departamento por darle la espalda a las causas en defensa de la policía, podía colmar la paciencia de cualquiera de sus colegas.

Spavone había tenido que aceptar la invitación para no seguir echando más leña a la hoguera. El alivio solo le duró hasta tener a Travis Deck frente a frente.

Intentando suprimir —de momento— las groserías y adjetivos que bullían por salir de su boca, Spavone fue directo al grano:

—¿Qué es lo que tiene pensado?

—Esto es: súmate a la campaña, hagamos un par de apariciones juntos, alguna cena benéfica o algo por el estilo en la que se nos vea charlando muy animadamente, a la prensa le va a encantar ahora que saben lo de tu telenovela.

—Película.

—Sí, tu película, exacto. Le encantará a la prensa y a la comunidad a la que tanto hemos servido. Travis Deck se convertirá en el próximo Fiscal General y, quién sabe, quizá tú pronto dejes de ser inspector jefe para convertirte en capitán o comisionado o lo que se te ocurra. Podrás contar con Travis Deck para ello. Salud.

Y sin darle tregua, volvió a chocar su copa con la de Spavone: fue una sorpresa que no las hiciera estallar.

Spavone sabía que Deck decía la verdad: tenía el apoyo de la gente de arriba —muy arriba— y aun cuando él decidiera no sumarse a su campaña, Deck saldría elegido. Hacía varios años que era el nexo entre la mafia y los peces gordos de la política: todos ellos tenían grandes planes para cuando Deck ascendiera a ser el máximo defensor del estado de Nueva York. Más aún: contaban con ello.

«Intocable», en todo el sentido cinematográfico de la palabra.

Sin embargo, acudía a Spavone porque siempre era preferible contar con la simpatía de la opinión pública para aumentar su popularidad y, de paso, despachar al olvido ciertas fotografías en las que se veía a Travis Deck, un domingo por la mañana, arrojando a un gato por la ventana de su auto mientras avanzaba por Park Avenue, y que en su momento habían generado un revuelo muy poco favorable a su imagen.

Spavone podría haberle respondido de muchas otras formas, pero decidió que en esa parte de su vida no necesitaba cargar con un antagonista más. Tomó aire, apuró el vino que aún se bamboleaba dentro de su copa y se puso de pie.

Dijo que se lo iba a pensar.

Mientras Travis Deck responde algunas últimas preguntas de la prensa, Spavone vuelve a sentirse desorientado: no tiene idea de qué es lo que le toca hacer ahora. Su instinto le dice que debe conseguir ayuda, pero no tiene la menor idea de cómo o a quién. No lo sabe, pero en el fondo le decepciona saber que aquello sea el «más allá».

Si no soy un alma, debo ser un fantasma, o ambos, se sugiere a sí mismo. Al segundo siguiente, se lamenta el tener la cabeza metida en cuestiones que en nada pueden ayudarlo. La única manera en la que puede pensar para solucionarlo todo es resucitar. Luego recuerda los dos —o tres, según Deck— agujeros de bala que vio en su pecho, en la inmensa cantidad de sangre seca que ha dejado en el bar y comprende que ese también es un callejón sin salida. No es que nunca antes haya sido herido de bala («probar plomo», como suelen decirle en la Unidad), pero digamos que un par de disparos en el pecho suelen ser bastante contundentes.

Uno de los periodistas ha hecho una pregunta que Spavone no ha

alcanzo a oír del todo pero que cree que tiene que ver con su familia.

—Sí —responde Deck, paladeando teatralmente el sorbo de agua que acaba de beber: una técnica digna de un barítono preocupado por el cuidado de sus finas cuerdas vocales—. El día de mañana a primera hora me reuniré con la esposa y la hija del inspector Spavone para brindar una conferencia de prensa y hacerle saber que cuenta con todo el apoyo necesario en los días por venir: el estado de Nueva York y sus humildes servidores las respaldamos totalmente. Es lo mínimo que Travis Deck puede hacer por la memoria de un verdadero héroe de la ciudad. Vaya que sí.

Algunos pocos —aunque enérgicos— aplausos se elevan desde el cuerpo de seguridad del fiscal general.

Spavone no puede reprimir una mueca de asco al imaginarse las sucias manos de Deck palmoteando la cabeza de su hija o pegando su repugnante sonrisa a la mejilla de Alessia. *Cabrón oportunista*.

Cuando cree haberse expuesto lo suficiente a las cámaras que lo rodean, Travis Deck se despide e inicia la retirada camino de la Suburban: lo hace lento, para que los fotógrafos tengan ángulos entre los cuales elegir.

La turba de periodistas se mueve con él, también algunos agentes de policía, incluido Thomas Dean que acaba de salir de uno de los baños del hotel, algo más repuesto. Por un segundo, Spavone siente el impulso de tomarlo del brazo, pero desiste.

Los autos arrancan, las sirenas despiertan: el mundo jamás se ha detenido por un muerto. Gente entra y sale del hotel, le pasan por el costado o atraviesan el hombro izquierdo de Spavone para luego acabar estornudando. Detalle curioso.

Spavone se siente como un idiota, no lo puede evitar: es el único que parece no estar haciendo algo.

O eso cree.

Mira a su espalda y se encuentra con un muchacho que no parece tener más de dieciocho años: delgado, moreno y con una cara de desconcierto estático que Spavone no cree haber visto antes en ninguna sala de interrogatorio o cualquier otro lugar. El muchacho también observa el ajetreo que se despliega en la calle. Va vestido con un corbatín y chaleco del Belvedere y, debajo, con una camisa blanca de manga larga. *Un mesero*, deduce Spavone.

Por fin, el muchacho parpadea y gira la cabeza hacia Spavone. Ambas miradas se sostienen.

Y se sostienen.

El desconcierto salta ahora a la cara de Spavone, que mira cómo las pobladas cejas del mesero se elevan hasta la mitad de su frente. Ambos se quedan sin aliento —o eso les sucedería si aún lo tuvieran— pues se han dado cuenta que se ven.

Uno al otro, se están viendo.

4.

Antes de que Spavone pueda decir nada, el mesero le extiende la mano. El gesto va acompañado de una leve inclinación de cabeza:

—Mucho gusto, señor. Mi nombre es Nimay Malik.

La mano de Spavone va al encuentro de la de Malik en cámara lenta: recorre un abismo de incredulidad hasta que finalmente, contra todo pronóstico, la estrecha. Un apretón de manos que dura más de lo necesario.

—Llámame Kiki —le responde.

La tregua que es para Spavone saber que no está solo en aquella situación, se esfuma en un parpadeo. Después de soltar su mano, Nimay Malik lo ametralla a preguntas, algunas de las cuales están salpicadas de palabras en hindi. Es claro que está varias casillas detrás de Spavone: no sabe lo que está ocurriendo.

—Bien, bien, tranquilo. Quiero que me digas exactamente qué es lo que ha ocurrido, qué recuerdas desde el momento en que despertaste y de la noche anterior.

—Es que eso es lo malo, tengo dificultades para decir, para recordar qué ha pasado y por qué…

—Calma. Dime lo que recuerdes. Solo eso.

—Eh… Sí, okay. Empezaré con mi habitación.

—Eso estaría bien.

La mañana de Nimay Malik no es muy distinta a la de Spavone, salvo por el espanto que sintió al darse cuenta que se había ido a dormir con su preciado uniforme de trabajo, y del hecho de que no tuvo que viajar en autobús para hallarse en la escena del crimen: bastó apenas que bajase los catorce pisos de escaleras que separan la diminuta habitación donde vive del lobby del hotel en el que trabaja desde hace poco menos de un mes.

O trabajaba.

Al ver el reloj de pared frente a su cama, supo que no iba a tener tiempo de volver a planchar su uniforme, mucho menos de pegarse una ducha: se había despertado tres horas después de lo acostumbrado y ya iba tarde para empezar sus labores (aspirar la moqueta, limpiar

las mesas y disponer todo para esperar a aquellos huéspedes que acudían al bar por su primera mimosa del día). Saltó de la cama y se paró frente al espejo. Después de ese punto, Malik tiene dificultades para expresarse: las palabras se enredan en su lengua producto del trauma.

—Y no viste nada —lo ayuda Spavone.

—¡Exacto! —aúlla Malik, ya destrabado.

Ambos se encuentran sentados sobre el capó del Mustang de Spavone que, milagrosamente, aún no ha sido arrastrado hasta el depósito de autos. Aun así, sabe que no le queda mucho tiempo con aquella máquina que tanto le gusta: pronto terminará en custodia al igual que sus llaves, su teléfono celular y su cajetilla de cigarrillos. Al cabo de un año, tal vez acabe siendo subastado. *No van a pedir más de mil dólares por él*, piensa Spavone, tragándose la indignación.

Al principio, mientras evaluaba si sería un buen lugar donde poder escuchar el testimonio del mesero, temió dañar la pintura o hundir la lata con su peso corporal, pero pronto se dio cuenta que aquello no era algo en lo que debería preocuparse ni ahora ni en el futuro en tanto que ya no es más que un ente sin cuerpo físico.

—¡Y no sé qué ocurre! Me encontré con Pablo, mi compañero en el bar, y tampoco me ha visto, me he puesto a saltar frente a él pero es como si… para él no estoy ahí. Lo mismo pasa con Christina, de recepción. Siempre me pide que hable más bajo, pero ahora me le he gritado cuando estaban hablando por… por… —Malik se lleva el puño a un lado de la cabeza, desesperado.

—Teléfono.

—Sí, eso, hablando por teléfono. Le grité hasta quedarme sin voz y a ella no le molestó en lo más mínimo. Entonces, justo detrás de mí apareció una mujer cargada de maletas y me… y me…

—Te atravesó.

—¡Sí! Exacto, como si no… como si yo… Yo… ¿Qué ocurre conmigo, señor Kiki? ¿Qué está pasando y por qué usted es el único que puede verme?

Spavone se dispone a echar mano de un discurso que ya se ha visto obligado a utilizar anteriormente: el dar las malas noticias a los familiares de los criminales o las víctimas. Y ha visto de todo: desde los padres que rompen a gritos y golpes contra el policía que le acaba de comunicar que han capturado a su hijo con el baúl del auto lleno de droga hasta la niña que tienen que oír que su madre, quien tuvo la mala suerte de entrar al súper justo cuando los asaltantes iban de salida, no va a volver a casa.

Niña, se repite Spavone.

Entonces se acuerda de Alessia, su hija, a quien ahora le tocará interpretar el papel de la niña quien recibe la mala noticia.

Su relación no ha mejorado demasiado desde que se separó de su madre hace casi ya tres años, cuando la pequeña acababa de cumplir cinco. El trabajo, el antagonismo con Beatrice y, claro, otras mujeres, apenas si han dejado espacio para una visita de una o dos horas cada dos sábados.

Ahora es demasiado tarde para arrepentirse de ello. Eso no impide que Spavone se sienta el canalla más triste del mundo —o de la dimensión en la que se encuentra—, pues Alessia había sido la persona más feliz al conocer la noticia de que pronto aparecería una película sobre la vida de su padre: le hizo prometer que la llevaría a la alfombra roja, como solía ver que hacían sus estrellas juveniles favoritas. Spavone le aseguró que así sería: enganchó su velludo meñique con el de la niña, en cuyos ojos ya no era posible advertir el enojo de que su padre hubiera llegado a verla más de cuarenta minutos tarde.

Aquella promesa le había sonado a Spavone como un nuevo comienzo.

Aunque ahora solo puede considerarla como una despedida anticipada.

Se pregunta si la niña lo sabe ya.

Beatrice, al igual que la mayor parte del mundo, debe estar enterada de la noticia. Spavone se pregunta si ha ido a la escuela de Alessia para hablar con ella o si ha preferido esperarla en casa con un cazón de sopa de letras (su favorita) para comentarle que su padre ha muerto. También le gustaría saber si en algún momento a su ex esposa se le ha antojado llorar por él, aunque no se hace demasiadas ilusiones.

Nuevamente, Spavone intenta escoger las palabras correctas con las que le dará a Malik la noticia de su fallecimiento, pero los alaridos que está dando el mesero le impiden concentrarse.

—¿Qué te pasa? Cálmate.

Malik reacciona: abre los brazos hacia el cielo y profiere lo que Spavone cree es un agradecimiento en lengua oriental:

—Creí que usted tampoco podía verme ni escucharme ahora. Tuve miedo.

—Nada de eso. Estaba pensando en… otra cosa. En fin, ahora necesito que hagas un par de cosas: necesito que respires lo más hondo que puedas y conserves la calma, ¿vale? —Spavone espera hasta que el pecho de Malik sube y baja un par de veces. Una vez más, como en muchas ocasiones a lo largo de su carrera, se dispone a iniciar un elaborado discurso que evite quebrar la frágil entereza de su interlocutor, que haga llegar el mensaje con la mayor sensibilidad posible… Y, una vez más, fracasa estrepitosamente—. Estás muerto.

Las palabras en hindi vuelven a brotar de la boca del mesero. Spavone lo deja seguir a su aire.

—Eso no es posible —dice Malik, resumiendo.

—Probablemente no, pero aquí estamos —dice Spavone, cayendo por tercera vez en el día en el acto reflejo de buscar su cajetilla de cigarros—. En mi caso, tuve una confirmación visual bastante convincente: me dieron el «ticket dorado» hoy por la madrugada, antes o después de las cinco. Por lo que veo, tú y yo estamos en la misma situación así que lo tuyo también debe ser bastante contundente. ¿Sabes a lo que me refiero?

»Ahora, si te acabas de «despertar», es fácil deducir que a ti te dieron el ticket no mucho después. Pero ¿dónde? De lo que sé es que solo se llevaron mi cuerpo del bar y en el reporte que acaba de hacer el imbécil del fiscal general no se mencionaba a otro fallecido. Tu cuerpo quizá no esté aquí. ¿Dónde dices que estuviste ayer por la noche?

—En el bar —dice Malik, señalando al hotel—, trabajando.

Spavone lo mira, intenta buscar alguna pista en su rostro.

—No recuerdo haberte visto aquí ayer.

—Bueno, no siempre estoy ahí para atender mesas, también doy servicio a las habitaciones que piden bebidas desde el bar. Son muchos huéspedes, muchos. Es cansado, justo ahora que el elevador de servicio está descompuesto. Yo soy nuevo, supongo que por eso me envían.

Aquello activa la campanilla de alerta en la cabeza de Spavone y echa mano de un dato que sí que recuerda: J. C. y Marvin, los productores, estaban hospedados en el Belvedere, por eso lo citaron en el bar de la primera planta. *Quizá sigan aquí*, piensa.

Tiene el impulso de ponerse de pie y volver al hotel para intentar averiguarlo, se alista para echar uno de aquellos *sprints* que aún le quedan tan bien, pero pronto las fuerzas lo abandonan, sus músculos se relajan y deja que su cabeza cuelgue entre sus hombros.

—¿Y ahora qué ocurre? —pregunta Malik.

—Nada, amigo, aquí ya no ocurre nada.

Spavone es un tipo pragmático: entiende cuando es momento de retirarse de la mesa, y si la muerte no es buen motivo para hacerlo, entonces no sabe qué lo sea.

No tiene la menor idea de lo que le toca hacer a continuación, pero antes ha escuchado que las almas o los espíritus suelen recorrer algunos lugares que le son familiares poco después de haber abandonado los cuerpos que los contenían. Piensa en aquellas fotos de aparecidos que hoy abundan en internet: siluetas blancas que se confunden con el reflejo del flash. Se pregunta si su destino es herrar por el mundo sin sentir sueño o hambre y dejando que las personas

vivas pasen de él para luego estornudar.

—¿Por qué dices que no es posible que estemos muertos? —le pregunta al mesero.

—Bueno, quizá sí es posible, pero no deberíamos estar en esta situación por mucho tiempo—. Mira de reojo a Spavone para luego agregar—: Bueno, yo al menos.

—¿Y eso?

—Si lo que usted dice es cierto, ahora estamos solo fuera de nuestros cuerpos. El *aatma*, es decir, el «yo», después de la muerte del cuerpo se traslada al siguiente. Dependiendo de si durante su vida hizo cosas buenas o malas, verá en qué tipo de cuerpo le toca nacer a continuación. Así que, imagino que esta situación no debe durar demasiado… O eso creo.

Spavone asiente con la cabeza, se pone de pie.

—¿A dónde va?

—Al no tener otra hipótesis a la vista —resuelve Spavone—, tomaré la tuya como cierta: si no me voy a quedar aquí por mucho tiempo, hay una persona a la que me gustaría ver por última vez.

—¿A quién? —pregunta Malik, levantándose del capó mucho más cautelosamente que Spavone.

—A mi hija.

5.

La Anderson School se encuentra a pocos kilómetros del Belvedere. Al verlo marchar, Nimay Malik se ha apresurado a preguntarle si puede acompañarlo, haciendo una referencia a Batman y Robin. Spavone ha dicho que sí, siempre y cuando no vuelva a hacer una analogía tan estúpida, y se han dirigido hasta la estación de bus más cercana. Habrían llegado en menos de diez minutos con el metro, pero ninguno de los dos se ha acostumbrado a que los vivos los anden atravesando, y con la congestión que suele haber durante la mañana en el subterráneo sería extenuante para cualquiera —vivo o muerto— andar esquivando a tantas personas.

Durante el trayecto, hablan de la reencarnación. Para Spavone ha sido como una escena sacada de alguna película de Woody Allen: dos almas que hablan sobre el más allá mientras recorren el Upper West Side sentadas, una junto a la otra, en un bus del MTA.

—Ustedes los occidentales hablan del *karma*, pero no entienden que no se trata solo de las consecuencias que tendrá en la vida que tienen, sino en la que quizá vayan a tener después —Malik acompaña su

explicación dibujando formas con sus dedos en el aire y tocándose el pecho cada tanto—. Si eres bueno quizá puedas nacer en un buen lugar, con salud y en una buena familia. Pero si no lo eres, quizá te toque algo muy diferente.

—¿Nacer pobre? —pregunta Spavone, sorprendido de que por primera vez en su vida —o en su muerte— encuentre algún interés en ese tipo de cuestiones místicas.

—O peor.

—¿Peor?

—Nacer como un gusano o una mosca.

—¿Una mosca?

—Es lo que dicen, por eso procuro nunca matarlas: uno no sabe a quién realmente está matando.

—Y para que la próxima vez te toque algo mejor, debes procurar ser una musca buena. ¿Cómo? ¿No molestando a la gente que duerme? ¿No posarse sobre el pastel recién horneado?

—Supongo que el pastel estaría demasiado caliente para hacer eso: lo sé porque también me hacen subir una que otra ración junto con las copas. Pero entiendo a lo que se refiere. No podría explicarlo mejor, supongo que es un ciclo algo confuso.

Spavone se toma algunos minutos para mirar a través de la ventana del bus y extraer lo poco que pueda de las palabras de Malik:

—Ojalá más gente pensara como tú con respecto a las moscas.

—¿Por qué?

—Porque si lo que dices es cierto, no creo que me toque volver al mundo como algo mucho mejor.

Llegan al edificio que ocupa la escuela. Un leve barullo de voces mezcladas se deja sentir desde las ventanas abiertas de los salones: un rumor alegre que precede a las vacaciones de verano. Spavone ha decidido probar suerte allí primero: calcula que pronto los niños saldrán a recreo y se dirige a la parte de atrás donde, rodeado de una alambrada, se encuentra en patio de juegos. Solía hacerlo durante los primeros meses de la separación, cuando le provocaba ver a Alessia sin tener que pedirle permiso a Beatrice.

—¿Por qué se separaron?

—Muchas discusiones. Yo trabajaba mucho y cuando no, prefería estar en cualquier otro lugar para no discutir. A veces las cosas se ponían violetas y tenía que esquivar uno que otro plato volador mientras iba de salida.

—Entiendo.

—Alessia fue lo único bueno que salió de aquella relación. Siempre mereció un mejor padre que yo.

Aquella última frase pone un alto a la conversación, mientras

Spavone intenta no recordar los peores momentos de su relación con Beatrice: es más difícil de lo que cree.

La campana suena y lo rescata del hoyo negro del remordimiento.

Las puertas se abren y decenas de niños se despliegan, corren y saltan a lo largo y ancho del patio. Spavone busca entre las cabezas el cabello negro azabache con ondas que tenía su madre y que heredó Alessia. Lo ubica apenas la niña ha puesto un pie en el patio.

—Es ella, la de los tenis fucsia —le indica a Malik.

—La veo.

Alessia va acompañada de dos niñas más: le está mostrando el libro que Spavone recuerda haberle comprado semanas antes (o que Beatrice le ha comprado con el dinero que Spavone le envió para ello, más precisamente): una nueva edición ilustrada de *El resplandor*. Las niñas conversan animadas, se pasan el libro de una mano a otra y van a sentarse en una de las bancas que bordean la cancha de baloncesto.

Guiado por el impulso, Spavone grita el nombre de la niña. Una, dos, tres veces. Nadie oye, salvo Malik, que solo atina a mirar al suelo mientras Spavone maldice entre dientes. Deja correr algunos segundos antes de señalar:

—Es una niña muy hermosa.

—Lo es. Solía bromear con ella, diciéndole que el día que tuviera su primera cita, organizaría una redada en el cine, entraría dando tiros al aire y cuando todo mundo estuviera bajo sus asientos, incluido su acompañante, ella diría «Hola, papi».

Malik encuentra la gracia en la escena, pero Spavone apenas si puede sonreír.

Alessia ahora se ha sacado un sándwich del bolsillo. Lo parte por la mitad para invitárselo a una de las niñas que la acompañan. El viento juega con su largo cabello y Spavone casi puede sentir el olor del shampoo que ha usado toda la vida.

—¿Qué hace? —pregunta Malik, al ver que Spavone pone la mano derecha sobre el enrejado. Y empuja.

—Aún no lo sé.

La resistencia es mínima, es como pasar a través de una cortina de cuentas: ahora los dedos de Spavone están del otro lado, dentro del patio de juegos. Siguen el brazo, la cabeza y el resto del cuerpo.

Camina rápidamente hacia donde está la niña, cuyo sándwich ya casi ha terminado. Spavone clava una rodilla en el suelo, está a menos de dos palmos del rostro de su hija. La niña levanta la mirada y, al ver sus grandes ojos café, Spavone entiende que aún no sabe nada de lo ocurrido y que los próximos días habrán de ser muy duros para ella. Porque, aunque no ha sido el mejor padre del mundo, sabe que Alessia lo ama, y lo ama como solo una niña de un corazón tan grande como el suyo puede amar a un padre tan mediocre como él.

Por primera vez desde que se «despertó» aquella mañana, Spavone cree tener un sentimiento real dentro del pecho: la tristeza del adiós definitivo e inminente.

Antes ha oído que al morir, los momentos más importantes de la vida pasan por delante de los ojos de las personas, algo así como un especial televisivo con *Lo mejor de la vida de…*. Y eso es precisamente lo que le ocurre ahora: Spavone recuerda aquella Navidad en la que le regaló a su hija un par de patines bañados en brillantina. Ve a una Alessia tres años menor, tomada de su mano, intentando mantener el equilibrio sobre el hielo. Se ve también a sí mismo, con una sonrisa inmensa, apenas capaz de contener la risa, y a Beatrice gritando arengas desde fuera de la pista.

Retrocede algunos meses más, solo para ver a Alessia apretando los ojos con fuerza, mientras él tensa el hilo dental alrededor del incisivo central que está listo para salir. En esta ocasión, es él quien le da ánimos a la niña para que pueda aguantar el dolor. Spavone intentó convencerla de dejar que se cayera por sí solo, pero ella insistió: Nick, un niño de su escuela, dijo que no era lo suficientemente valiente para hacer que se lo quitaran y ella está dispuesta a demostrar que el tal Nick está equivocado.

No toma más de dos minutos, pero para ella ha sido una batalla bastante dura. Cuando ve el diente en la palma de su padre, lo enarbola como si se tratara de un trofeo de guerra. Spavone se oye a sí mismo proponiéndole ir a por uno de esos *sundaes* púrpura en Soft Swerve. Alessia lo abraza con todas sus fuerzas.

Entonces lo sabe: los mejores momentos de su vida tienen que ver con ella.

Si estuviera vivo, las lágrimas de Spavone habrían formado ya un charco a los pies de la niña.

Spavone mira detenidamente cada facción del rostro de Alessia, sus cejas pobladas, el lunar de su frente, la diminuta cicatriz blanca que le quedó en la oreja de cuando intentó hacerse ella sola su primer corte de cabello. Todo lo registra una vez más con la intención de conservar un recuerdo perfecto de ella y llevárselo allá donde le toque ir después (si Malik está en lo cierto y hay un «después», claro).

Alessia tiene una miga de pan por encima del labio. Spavone estira un dedo e intenta retirársela, pero no lo logra. Se concentra, cierra los ojos y, cuando vuelve a pasar el dedo, la miga cae de los labios de la niña, que se lleva la mano al mismo lugar. *Me ha sentido*, se dice Spavone.

El timbre suena por segunda vez y los niños se apresuran a volver al edificio.

Alessia se pone de pie, se sacude algunas migas más que han caído en sus pantalones y camina, sin saberlo, por delante de su padre.

Spavone se queda ahí, con la rodilla aún en el suelo, mientras la ve alejarse.

—Es algo terrible, ¿sabes? —dice Malik a su espalda.

—¿Qué cosa?

—No saber qué es lo que ocurrió con tu padre.

Por fin Spavone se levanta. No sabe en qué momento Malik llegó a pararse junto a él, pero la expresión del mesero delata que ha estado el tiempo suficiente como para hacerse una idea de los pensamientos que corren por la cabeza de Spavone.

—Quizá sea mejor que no lo sepa, así no tendrá a quién odiar —dice Spavone.

—Se equivoca, señor Kiki —dice Malik—, se equivoca mucho.

—¿Por qué lo dices?

—La incertidumbre la perseguirá para siempre. Se pasará la vida intentando buscar el rostro del culpable en cada persona que conozca. Jamás podrá volver a tener una noche tranquila si no sabe la verdad —da un paso más, hasta ponerse justo al frente de Spavone—. ¿Usted es el policía, verdad? ¿El que va a salir en una película? O iba a salir.

—¿Cómo…?

—Su rostro se me hizo familiar desde el inicio —dice Malik, repentinamente animado—, pero solo ahora sé dónde lo había visto antes. Salió en los diarios hace poco, lo acabo de recordar, yo lo vi.

Spavone no tiene más opción que decir que sí, pero que eso ya no importa, que no entiende qué diferencia puede haber.

—Una diferencia muy grande, señor Kiki. Quizá usted debería aprovechar el tiempo que tenga para intentar averiguar quién le hizo esto… quién lo mató. Hacerlo por su hija. Un policía como usted seguro puede hacerlo, incluso… desde *aquí*, desde el otro lado.

A su alrededor ya no quedan más niños, el murmullo vuelve a crecer desde las aulas. Spavone pasea la mirada, pero es atraída por la actitud recién estrenada de Nimay Malik, la misma que le cuesta ignorar y que, de hecho, ha empezado a incomodarlo: Malik lo está desafiando.

—Escucha, amigo —dice Spavone—, quizá tengas razón, no lo niego, pero según las cosas que me ha tocado ver, a veces es mejor dejar todo atrás, que el tiempo se encargue de todo eso. Tú eres bastante joven aún y…

—Mis padres murieron. Los dos, aquí, hace pocos meses. Vine a esta ciudad para saber qué ocurrió con ellos, pero no logré averiguarlo.

Ahora sí Spavone le presta la atención debida. Malik continúa:

—Si yo fuera como usted, si estuviera preparado, intentaría dejar al menos una señal para que mis hijos no tuviera que vérselas con una pregunta que los terminará aplastando. Se lo digo como uno de esos

hijos.

Spavone entonces piensa en Travis Deck, el fiscal que trabaja para sí mismo y con quien Spavone no quedó en los mejores términos, por decir lo menos; y en sus compañeros del departamento, siempre tan sobrecargados de trabajo y con una hostilidad hacia su éxito que ya no les interesaba disimular, y no puede dar con algún nombre además del de Thomas Dean a quien realmente le pueda interesar desentrañar el misterio de su asesinato. *Para lo cual el buen T también necesitaría de mi ayuda*, advierte.

Ahora, Spavone imagina a una Alessia de más de treinta, sentada a la mesa un domingo por la noche, con lágrimas en sus ojos, contándoles a sus hijos el gran enigma familiar, y heredando la incógnita a la siguiente generación.

La escena es demasiado vívida, descarnada. Tanto que dota de una dosis extra de culpa al ya suficientemente culpable Kiki Spavone.

No queda mucho más por decir: Malik tiene razón.

—¿Y por qué no investigar lo que ocurrió con tus padres? —pregunta Spavone— ¿O contigo?

—Por mí no habría problema, pero yo no dejo a nadie tras de mí que se lo vaya a preguntar de por vida. No llevo mucho tiempo en esta ciudad, casi no conozco a nadie con quien no trabaje, así que he pensado que lo mío ha sido accidental.

—¿Accidental?

—Sí, quizá… me caí por una ventana o resbalé escaleras abajo.

—Te tomas las cosas con calma, ¿eh?

Malik levanta ambos brazos, como si fuera a darle un abrazo:

—Somos parte de la Rueda de Samsara, nos hablan de ella desde niños. No sé si esta es la primera vez que me toca experimentarla así, pero no deja de ser maravilloso poder saber qué ocurre después: esto es el *después*. Un ciclo que se reinicia sin final. Entraré a mi siguiente vida con el conocimiento acumulado en esta. Una gran lección de la Madre Tierra.

—Wow. Bien, okay —dice Spavone, pensando que aquello de la Rueda de las vidas infinitas debería tener mayor difusión: al menos suena mejor que el infierno—. Pero qué hay de tus padres, investigar lo que ocurrió con ellos.

Malik cierra los brazos, junta ambas palmas a la altura de su pecho.

—Puedo hacerlo en esta vida o en la siguiente. No digo que haya sido un hombre perfecto, en absoluto, pero probablemente vuelva a aquí con brazos y piernas. No sé si usted vaya a tener esa misma oportunidad, señor Kiki.

Un silencio reflexivo pasa de puntillas entre ambos.

—Sí, claro, ya sé a qué te refieres —responde al fin Spavone, quien no cree haber oído nunca de una mosca que, por más inteligente o

entrenada que esté, sea capaz de resolver un crimen— Andando.

6.

En el autobús devuelta al hotel, el cariz de la conversación es distinto del que tuvo en el viaje de ida. Spavone se ha vuelto a enfundar el traje de inspector:

—Necesito acceder al registro de huéspedes. ¿Hay otro lugar en el que pueda revisarlo que no sea en las computadoras de recepción?

Malik también luce emocionado: se siente parte de la aventura. Spavone apuesta a que es de lo más interesante que le ha pasado durante su estancia en este mundo.

—Bueno, sí, hay un par de computadoras en las oficinas de contabilidad desde las que se puede acceder al registro: se usan para verificar quién pide qué cosa. También para entregarnos las propinas que nos dejan con tarjeta de crédito. Hasta ahora no me han dejado nunca una de esas, o eso me han dicho. Ahora que lo pienso, puede ser mentira porque…

—Sí, sí, claro. Escucha: cuando lleguemos necesito que me lleves ahí. Si estoy en lo correcto, los tipos que estuvieron conmigo ayer en

la noche aún estarán en sus habitaciones y quizá podamos escuchar algo y obtener alguna pista de lo que pudieran haber visto.

—¿Y sus compañeros de la policía no los habrán interrogado ya?

—Si lo han hecho, seguro no han abierto la boca ni para bostezar. Si hay algo que espanta a la gente de Hollywood más que una mala taquilla, es la mala publicidad. ¿Productores que se ven relacionados con un asesinato? Esos duran menos en la industria que… que…

—¿Un mal estreno en la taquilla? —pregunta Malik.

—Sí, claro, algo así —concede Spavone.

En el Belvedere las cosas casi han vuelto a la normalidad: ningún policía a la vista, la cinta amarilla ha desaparecido y hay un par de empleados intentando quitar la mancha de sangre de la moqueta del bar. Spavone escucha a un huésped preguntarle al botones qué es lo que ha ocurrido. El botones contesta que es solo mantenimiento de rutina y que en una hora más ya podrá acudir a por un reconfortante trago de whisky en las rocas.

Spavone pasa de largo y sigue a Malik que ahora lleva la delantera. Rodean el mostrador de recepción, caminan junto a los elevadores y se detienen junto a una de las oficinas que se encuentran metros antes de llegar a la escalera de emergencia y el elevador de servicio, que lleva pegada una hoja de papel avisando que está descompuesto.

Malik levanta el puño, está a punto de tocar la puerta. Spavone carraspea.

—Lo siento. La costumbre —dice Malik, justo antes de que Spavone lo tome del brazo para atravesar al mismo tiempo la puerta de la oficina de contabilidad.

No hay nadie. Malik explica que el señor Harrison y su asistente, los contables, no vienen sino a partir de la segunda semana de cada mes. Luego le señala a Spavone una de las computadoras:

—Esa es la principal, la que cuenta con el mismo sistema que tiene recepción.

Spavone se sienta frente al monitor e intenta presionar el botón de encendido. No lo consigue: su dedo se hunde en el plástico negro que rodea la pantalla. Intenta una vez más, pero es inútil.

—No lo entiendo. Acabo de tocar la miga en el rostro de Alessia, esto no es tan distinto.

—Déjeme intentarlo —dice Malik, pero tampoco lo consigue. Murmura una especie de oración, junta sus manos, se toca la frente y… vuelve a fallar—. Quizás ya no podamos hacerlo. Es decir, quizá estemos desapareciendo por completo.

—Genial —dice Spavone, echándose hacia atrás en el sillón del señor Harrison, el cual también atraviesa: queda tendido en el suelo sin la menor sensación de haber sufrido algún golpe o caída. Se levanta, apartando la mano que le tiende Malik—. Estoy bien, solo

dame algo de espacio —una vez de pie, sentencia—: Parece que tenemos un problema muy gordo.

—No podemos manipular nada.

—Exacto. Y no podemos pedirle a nadie que nos ayude con eso.

Malik tuerce el cuello, analizando del asunto. A los pocos segundos, se le ilumina el rostro:

—¡Sí! Quizás sí hay alguien.

—¿Quién?

—¡Mi bisabuelo!

Catorce pisos de escaleras más arriba, Spavone y Malik se encuentran en un pasillo similar al que ocupan las oficinas de la primera planta. La diferencia en que ahora se trata de pequeñas habitaciones utilizadas por algunos empleados que no tienen donde más quedarse, y que pagan con el descuento que les hace el hotel de sus magros salarios. El estado del papel tapiz y las luces parpadeantes son también algunos de los aspectos que las distinguen de sus gemelas del primer piso.

Por la oficina de la que acaba de salir, Spavone se hace una idea de las dimensiones del cuarto al frente del cual se ha detenido Malik y le parece imposible que pueda ser ocupado por dos personas. Menos aún si una de ellas es un adulto mayor. *O muy mayor*, rectifica Spavone que no cree conocer a nadie de la edad del mesero que aún tenga vivo a su bisabuelo.

Spavone está apunto de recordarle a Malik de que no tienen forma de hacer girar la perilla para entrar a la habitación como solían hacerlo hasta ayer y mucho menos de hacerse oír por nadie que no esté vivo, cuando ve que el mesero se arrodilla, pega una oreja al piso y habla por el resquicio bajo la puerta:

—*Paradaada*, *paradaada*, soy yo, abre la puerta.

Spavone se convence de que aquello ya ha llegado demasiado lejos: obviamente, Malik ya ha perdido algo más que la capacidad de manipular objetos. No está dispuesto a ser el próximo así que, en un acto final de compasión por el otro (pocas veces practicado en vida), Spavone pone una mano en el hombro del mesero:

—Vamos, amigo, creo que es hora de…

El sonido de la perilla girando corta su oración a la mitad.

Nimay Malik se levanta rápidamente.

—¡Lo sabía! ¡*Paradaada* nos va a ayuda!

Spavone pone los brazos en jarra mientras ve la puerta abrirse lo suficiente como para que asome una cabecita cubierta de pelo blanco y una nariz colmada de bigotes.

—¿Es un…?

—Sí, señor Kiki, pero le pido que se refiera a él como la persona

que en el fondo es y no como el hurón que parece.

—Pierde cuidado —dice Spavone reprimiendo una sonrisa y aguantando las ganas de rascarle la cabeza al bisabuelo de Malik.

7.

En su vida como hombre, Nevendra Yasin Malik Ubay, hijo de Chandragupta Malik, próspero empresario textil, natural de Andhra Pradesh, no solo fue conocido por su gran fortuna, sino también por su adicción al feni, el exclusivo licor producido únicamente en Goa, y por su predilección por las mujeres jóvenes.

Según su bisnieto, falleció a los sesenta años de un paro cardiaco, al cuarto día de haber iniciado los festejos por su cumpleaños, durante la primavera de 1980.

—¿Y cuándo *regresó*? —pregunta Spavone.

—Pues, mi familia supuso que su *aatma* estuvo saltando de criatura en criatura hasta hace unos tres años cuando por fin nos volvimos a reunir —responde Malik, dejando al hurón entrelazarse en sus tobillos y atravesándolos.

—No quiero ser irrespetuoso ni nada, ¿bien? Pero ¿cómo pudieron comprobar que en efecto era tu bisabuelo y no un hurón común y corriente?

—Apareció en la antigua casa familiar, sentado en el sillón que solía ocupar cuando fue hombre. Cuando nos acercamos a verlo nunca huyó ni tuvo temor, como podría hacerlo hecho un hurón cualquiera.

—Comprendo —dice Spavone, que a estas alturas se siente capaz de creer incluso en la existencia del hada de los dientes.

—Aun así, decidimos hacer una pequeña prueba para comprobar que se trataba de él.

—¿Cómo fue eso?

—Se le ocurrió a mi abuela, fue una prueba sencilla pero muy efectiva: colocamos tres copas delante de él. Una tenía agua; la otra, vino dulce y la última un poco de feni. Dimos algunos pasos atrás para dejarle especio y ver qué hacía.

—Y se tomó el feni.

—¡Exactamente! —dice Malik, para luego recordar con desazón lo que vino después—. El problema fue que apenas teníamos un poco de feni en casa y paradaada se puso de mal humor. Comenzó a mordisquear el tapete y a rasguñar todo. Sí, no tuvimos duda, era él.

—¿Y cómo dices que fue su nombre?

—Nevendra Yasin Malik Ubay, hijo de Chandragupta Malik, nieto de Bindusara el grande, descendiente de Seleuco Nicátor I. Pero yo le digo Bondi.

—Oh.

—Siempre quise tener un perro y llamarlo así. Lo siento paradaada, lo siento.

Al hurón parece no importarle la afrenta que Malik cree estar cometiendo contra él: el simpático Bondi olisquea ahora el lugar donde se encuentra Spavone.

—Él nos oye, puede sentirnos y por eso puede ser de mucha ayuda. Aprendió a abrir puertas hace solo unos días. Es muy listo.

—Excelente. Ahora vemos cómo le va con un teclado de computadora.

Devuelta en la primera planta, Bondi se escurre bajo la puerta de la oficina de Daniel Harrison y su asistente. Es una auténtica novedad para el mesero: no tenía idea de que el hurón podía hacer eso. Después de presionar el botón de encendido del computador y dar clic en el ícono con la relación de huéspedes según las primeras indicaciones recibidas, empieza el verdadero reto:

—Bien, dile que busque el apellido Holmes.

Bondi apunta su nariz hacia Malik, quien le transmite la orden de Spavone. Vuelve a hacerlo en hindi, pero el hurón se mantiene impávido.

—¿Qué pasa? —pregunta Spavone.

Malik reflexiona:

—No estoy seguro pero creo recordar que paradaada nunca aprendió a escribir.

—Excelente. Ve señalándole letra por letra.

Así es como lo hacen y tres minutos después ya tienen el número de las habitaciones que ocupan J. C. y Marvin Holmes: 506 y 509,

respectivamente. Al parecer, aún no se han marchado.

De camino al quinto piso, Spavone piensa que no está tan mal eso de no sentir fatiga: en su antiguo cuerpo habría tenido que tomar al menos un respiro a mitad de cada subida. Acaban de alcanzar la segunda planta cuando se dan cuenta que Bondi no está con ellos. Regresan al pasillo de las oficinas y lo encuentran olisqueando a las puertas del elevador descompuesto. Malik lo llama, temeroso de que pueda escurrirse entre las puertas y caer por varios pisos abajo.

—La caída sería mortal —le explica a Spavone. También teme de que alguien pueda verlo—: Si la señora Claire supiera que vive aquí, no descansaría un segundo hasta encontrarlo —dice Malik, refiriéndose a la jefa de mucamas—. La he visto matar palomas con un rastrillo. Es espantoso.

—¿Cómo lo trajiste aquí? —Pregunta Spavone—. Debe ser difícil meter uno de esos en un avión.

—No vinimos en avión, señor Kiki. Llegamos en barco, después de pasar veinticinco días en la bodega de un carguero. Bajamos en una de las islas que hay antes de llegar al puerto. Mucho calor y poco oxígeno. No se lo deseo a nadie. No hay muchas opciones para quienes no contamos con los papeles necesarios.

—Descuida, puedo imaginarlo.

El trío reemprende la subida hacia la quinta planta. Recorren los pasillos hasta dar con las habitaciones de los productores. Malik envía a Bondi a ocultarse en el cuarto de escobas. Se asoman primero a la 509, en la que encuentran a Marvin desnudo en la cama, acompañado de un hombre y una mujer, también desnudos.

—Hollywood —murmura Malik, con los ojos muy abiertos. Spavone le da un codazo para que lo siga a la habitación 506.

Está vacía, pero, al ver el desorden que hay en el cuarto y la maleta a medio hacer, Spavone deduce que J. C. Holmes volverá pronto con la intención de abandonar el hotel. Decide esperar.

No pasa mucho hasta que, a lo lejos, les llega el timbre del elevador para huéspedes, el sonido de pasos apresurados y la voz del mayor de los Holmes hablando por celular a voz en cuello. Entra a la habitación y arroja una bolsa de compras del 7-eleven sobre la cama. Tal como Spavone lo supuso, ha ido por una Coca-Cola, una bolsa de frituras y una cajetilla de Luckies.

—No me preguntes a mí lo que se supone que debes resolver tú, ¿comprendes? —J. C. se pone el teléfono contra el hombro mientras intenta quitar el precinto de seguridad a los cigarrillos.

—Está prohibido fumar en la habitación —dice Malik. Spavone lo manda a callar.

—Solo dile al inútil de tu guionista que incluya la nueva escena al final, donde aparece alguien que cose a tiros al policía en el bar—

continúa el productor ya con un cigarrillo colgando de sus labios—. Con eso podremos vender la película como inspirada directamente en la vida real, narrando incluso el trágico final que todo mundo recordará por la prensa, ¿entendido?

Spavone se para muy cerca de J.C. intentando oír qué es lo que le dice la persona al otro lado de la línea: cree captar una pregunta sobre qué es lo próximo que hay por hacer.

—Volaré a Los Ángeles si consigo que Marvin se levante antes de las cinco. Sí, sí, dejo el hotel en unas horas, no estuvo mal para haber salido gratis. Sí, recibí una llamada de la gente de Amazon que quieren presentarme un bonito montón de billetes para comprar la exclusividad de la película, ¿qué te parece eso? Sí, fantástico, menudo favor nos hicieron cargándose al detective ese, ha salido en todos lados.

Spavone aprieta los puños, pero se contiene para poder seguir escuchando.

—¿Qué? No, no, gracias al cielo no. Hacía un rato que Marvin había encontrado compañía, ya lo conoces: se reunió con un tipo en la barra, charlaron, se sacaron selfies y subieron a su habitación. Y yo me había excusado por un momento para ir a aplicarme unas rayas al baño. Sí, también a mí me conoces. No habían pasado ni dos minutos cuando se desató el caos en el hotel. Salí corriendo y lo vi ahí tendido. Una vez más en las que las drogas prácticamente me han salvado la vida. ¿Ah? No, tampoco, cuando llegué ya todo había pasado, no tengo ni idea de quién lo habrá hecho. Tampoco importa demasiado, porque la gente adora los misterios sin resolver.

»Sí, quién lo diría, lástima que no vaya a disfrutar de la buena porción del pastel que le toca… Sí, sí, es un contrato por las ganancias de la película, un porcentaje bastante interesante, fuera del adelanto… Sí, sí, todo muy triste. Suerte para la viuda —dice J. C. antes de estallar en una risa, colgar el teléfono y seguir alistando su maleta.

Spavone suelta los puños y retrocede lentamente hasta volver al pasillo y quedar frente a la puerta de la habitación 506.

—Beatrice.

—¿Beatrice? —Pregunta Malik— ¿La madre de su hija?

—Y todavía mi esposa, sí.

—No estará pensando que ella…

—Eso es justo lo que estoy pensando.

El mesero se lleva las manos a la cabeza, rodea a Spavone. Después de sus acostumbradas palabras en hindi, pregunta:

—¿Cómo puede creer algo como eso?

Spavone ya ha iniciado el camino hacia las escaleras de emergencia.

—Lo creo porque su nueva pareja es un bueno para nada que anda

hasta el cuello con las deudas de sus apuestas.

—Pero no creo que eso sea un motivo.

—Y porque hace nueve años la ayudé a librarse de haber cometido asesinato.

8.

Spavone aún recuerda con claridad la primera vez que vio a Beatrice, poco más de diez años atrás: avanzaba cojeando, la rodilla derecha ensangrentada, sin un zapato, sosteniéndose contra la pared del oscuro callejón del que venía saliendo. Él había sido el primer agente en llegar al lugar: una verdadera casualidad que se encontrara a pocas manzanas del lugar, mientras patrullaba la zona de Hunters Point, muy cerca del puente Roosevelt.

La anciana que había llamado a la central aseguró haber oído los gritos provenientes de un callejón aledaño a su casa.

—Creo que se trata de una pareja. Ahora discuten a los gritos —le dijo a la operadora— pero estoy segura que aquello cambiará en poco tiempo. Será mejor que manden a alguien rápido.

La anciana había acertado: para cuando Spavone se asomó al callejón, pocos minutos después, uno de los involucrados yacía inmóvil en el suelo.

Spavone se apresuró a auxiliar a la mujer, la ayudó a llegar al auto y le abrió la puerta que pudiera sentarse en el asiento trasero. Examinó su rodilla, de donde colgaban algunos jirones de piel.

—Soy el detective Spavone, ya estás a salvo ¿Cuál es tu nombre?

—Beatrice.

—Mucho gusto, Beatrice. Eso se ve mal, déjame llamar a los paramédicos.

—No… prefiero que me lleves al hospital.

—Seguro, pero quizá tu amigo sí vaya a necesitar de ellos. Déjame echarle un vistazo —no había dado el primer paso en dirección al callejón, cuando sintió las uñas de Beatrice clavándose en su antebrazo, impidiéndole avanzar. Lo retuvo por un par de segundos en los que su mirada le reveló a Spavone más de lo que hubiera deseado: aquel no era un típico caso de violencia y ella no era precisamente la víctima.

—¿Qué ocurrió entonces? —pregunta Malik, intentando seguirle el paso escaleras abajo. Bondi deja caer el morro de lado, procura no despatarrarse de un escalón a otro.

—Cuando fui a ver al tipo, tenía la cara como pasta de remolacha. Las heridas que Beatrice tenía en la rodilla eran producto de los dientes y los huesos que tenía rotos.

—Lamento haber preguntado.

—Era como el cascarón de un huevo roto, quebrado y hundido a la altura de la nariz, apenas si se podía distinguir el líquido de los ojos. Buena parte la hizo con el taco del zapato que le faltaba y que encontré clavado en alguna parte de lo que había sido su boca. Eso y que los sesos…

—Por favor, señor Kiki, por favor. Ya entendí.

—Sí, y ella no tenía más que las heridas de la rodilla. Me dijo que el sujeto había intentado forzarla, que había tirado de su ropa, pero era claro que no era verdad. Así que decidí ayudarla un poco: fui al baúl de mi auto, saqué una llave inglesa, le limpié mis huellas, embarré un extremo en la sangre del rostro y la dejé cerca del cuerpo. Retiré el zapato ensangrentado y lo guardé en una bolsa hermética dentro de mi patrulla. También le quité la cartera, dejé caer un par de billetes por aquí y por allá y me la guardé dentro de la chaqueta. Luego hice un par de tiros hacia el fondo del callejón. En mi reporte puse que al parecer la anciana se había equivocado, no era ninguna disputa de pareja: un par de tipos habían intentado robarles y luego habían intentado abusar de la mujer. Billy quiso hacerse le héroe y lo destrozaron con la herramienta. Llegué justo cuando ya estaban huyendo. Fin de la historia.

—¿Por qué hizo algo como eso? No la conocía y no sabía qué era lo que realmente había pasado.

—Lo supe una semana después, cuando ya estábamos en la cama —dice Spavone, deteniéndose de pronto en el descanso entre la tercera y la segunda planta—. Había estado saliendo con el sujeto por un tiempo, se llamaba Billy o Ben, no lo recuerdo, pero ya se había cansado de él. El sujeto estaba cada vez más obsesionado con su relación: cada vez que se venían terminaba llorando, rogándole para que no lo dejara y eso acabó con su paciencia. La noche en la que la conocí, Billy había ido a buscarla a una fiesta en un bar de la treinta y siete. Bastó apenas que se arrodillara y la tomara del tobillo para empezar a rogarle una vez más. Beatrice estalló de furia, lo tomó de la cabeza y le dio un rodillazo directo a la cara. Uno solo bastó para dejarlo inconsciente. El resto fue por puro placer.

»Si sospecho ahora de ella es porque conozco a Beatrice y sé de lo que es capaz y también sé que estaba cansada de mí. En eso le doy la razón. Súmale a eso la presencia de Steve Galli, mejor conocido como «Stakes», que probablemente me odia más que Beatrice, y la posibilidad de ganar medio millón de dólares.

—¿Medio millón…?

—O mucho más, si lo que dice J. C. es cierto y ahora la expectativa por la película ha crecido con la noticia de mi asesinato.

—¿Por qué dice que el nuevo novio lo odia más que ella?

—Porque cuando me enteré de que salían juntos, revisé su expediente, lo esperé a la salida de su casa de apuestas favoritas, le rompí una ceja, le metí el cañón de mi arma en la boca y le juré por mi madre que si le hacía o decía algo malo a mi hija, lo iba a despellejar vivo.

—Entiendo, entiendo.

—Hasta donde sé, ha cumplido su promesa, pero estoy seguro que no ha pasado un día en el que no haya pensado en deshacerse de mí.

Malik y Bondi se miran.

—¿Qué ocurre? —pregunta Spavone.

—Nada, solo que esto es mucho más interesante que los videos de conspiración que vemos en la habitación por las noches o los cómics que llegan por correo.

—Seguro que lo es.

—Pero eso no responde a la pregunta que le hice —dice Malik, rebobinando la conversación.

—¿Por qué la encubrí con lo del callejón? —se pregunta Spavone, asomándose rápidamente a través del muro: un vistazo a la calle— Era dura, no aguantaba pulgas, nunca había conocido una mujer como ella. Además, era hermosa. Igual que una droga, como el alcohol o las armas, me gustó como solían gustarme el riesgo y las cosas que podían acabar conmigo.

Spavone le dirige una sonrisa cómplice a un impávido Malik, luego a Bondi, traspasa el muro y salta siete pisos abajo.

9.

Han pasado ya algunas horas desde que la policía encontrara su

cuerpo en el bar y, aunque sabe que sus capacidades son algo limitadas, Spavone apuesta a que Thomas Dean debe tener algún dato nuevo.

O eso quiere creer.

Además, si es que Stakes ha tenido algo que ver en el asesinato, con algo de suerte habrá algún indicio esperándolo en la Unidad: Spavone le ha pedido a su confiable T, como un favor personal, mantenerlo en la lista de «personas de interés», de modo que su rastro esté siempre fresco. Hace un par de semanas que no echa un ojo a los reportes, pero se mantiene confiado: *No todo puede salir mal en un mismo día*, piensa.

Un minuto después, se encuentra con Malik a espaldas del hotel. El mesero no ha podido intentar el mismo salto que Spavone por dos razones: 1) Aunque hubiera tenido la oportunidad de saltar, Bondi no habría sobrevivido una caída de siente metros y ha tenido que guiarlo hasta la salida de emergencia; 2) A pesar de tener la oportunidad de saltar, Malik no lo habría hecho por el miedo que le sigue teniendo a la muerte y al dolor aún después de muerto.

El siguiente paso es llegar a la comisaría donde trabajaba Spavone, ubicada al este de Manhattan, a veinticinco millas de allí. Es casi la hora del almuerzo, Spavone sabe que hay varios asientos vacíos en la Unidad, de modo que es un buen momento para revolver entre los archivos.

—¿Cómo llegaremos allá sin que nadie vea o quiera capturar a paradaaada? —pregunta Malik, mientras mira a ambos lados de la calle, preocupado de que alguien pueda ver al hurón.

Bondi advierte la preocupación de su bisnieto y se yergue sobre sus cuartos traseros. Malik le dice que es un buen intento pero que necesitará de algo más para pasar desapercibido. Spavone sabe que no tienen el tiempo para ir caminando: aún sin cansarse y a la velocidad a la que puede correr un hurón como Bondi, llegar les tomaría no menos de cuarenta minutos.

No tienen la posibilidad de ocultar al hurón bajo la ropa o indicarle por señas cómo conducir un auto donde puedan ir los tres. Entonces Spavone recuerda una vieja táctica utilizada por los criminales cuando quieren evadir una captura: morderse la lengua lo más fuerte posible para luego empezar a toser sangre, aduciendo que sufren de un mal altamente contagioso. No siempre funciona y el verdadero problema es hacer que el sujeto declare con la lengua por la mitad; sin embargo, le da una idea de lo que pueden hacer con Bondi.

—Si no podemos evitar que lo vean —le dice a Malik (o a ambos, pues el hurón también lo observa con atención) —, al menos podemos evitar que se le acerquen.

Después los envía devuelta al hotel a buscar una barra de jabón.

Pronto, Spavone se da cuenta de que preocuparse por un hurón sin dueño corriendo por ahí es absurdo si se tienen en cuenta las cosas que se ven a diario en las calles de Nueva York. Como policía, él debería haberlo imaginado mejor que nadie. Ocurre lo mismo en el metro: al llegar a la estación, algunas personas han señalado a Bondi, le han hecho fotos y luego lo han olvidado, centrando su atención en una coreografía improvisada en el andén por una docena de personas con cabezas de unicornio y luego, ya en el vagón, participando de los actos de un ilusionista de YouTube.

Durante un truco de levitación, Bondi ha aprovechado para ocultarse bajo un asiento. Sacude furioso su pequeña cabeza, restregándose los ojos.

—Pobre paradaada —se lamenta Malik, arrinconado junto a Spavone, intentando que nadie los atraviese—, le hicimos llenarse el hocico de espuma por nada.

—Es mejor prevenir —dice Spavone, incapaz de evitar sentir también un poco de lástima por Bondi. Pero solo por un momento, pues su mente vuela de regreso a centrarse en la dupla conformada por Beatrice y Stakes. *Incluso riman*, reconoce.

Si sus sospechas son acertadas y ambos están detrás de su asesinato, tiene un motivo aún mayor para hacer algo al respecto y no dejar a Alessia a merced de quien, más temprano que tarde, habrá de convertirse en su padrastro. Y que, un poco más tarde, habrá de quedarse con el dinero con el que él, de haber sabido que sus horas estaban contadas, hubiera querido asegurar el futuro de su hija.

Como todo buen apostador compulsivo, Stakes no podría haber soportado la tentación de hacerse con un botín como el de Spavone. Menos aun teniendo en cuenta que no ha vuelto a conseguir un empleo estable desde que lo atraparon robándose seis pares de tenis del camión que conducía para Reebook. Apenas una cereza en el escabroso historial de Steve Galli: conducción en estado de ebriedad, alteración del orden público, agresión, etc.

Eso sin hablar de sus deudas que, si Spavone mal no recuerda, la última vez que revisó los informes, Stakes tiene con…

Spavone reacciona, gira la cabeza: Malik está agitado, señala el espacio en el que Bondi está oculto y la gruesa mano que se estira a buscarlo.

De pie, el sujeto debe aventajar a Spavone por una cabeza y media. Agachado en medio del vagón, da la impresión de ser un sofá para tres personas. No tiene problemas para capturar a Bondi entre sus dedos de salchicha.

Malik da brincos, aplaude: los nervios parecen haberlo transformado en una sonaja humana. Mientras, Spavone le dice a Bondi que muerda con todas sus fuerzas.

No es suficiente: al gigante no parece hacerle ni cosquillas.

Una mujer joven, de gafas oscuras, le hace notar que puede ser peligroso ya que el hurón tiene las fauces espumosas. El gigante le resta importancia, mientras se abre la chaqueta con el fin de guardarse ahí a Bondi.

Spavone salta hacia adelante, atravesando el gigante que un segundo después estornuda. *Eso es*, piensa. Spavone repite la operación, devuelta a su lugar, provocándole un segundo estornudo. Malik comprende qué es lo que Spavone hace y lo imita. Pronto, el gigante ni siquiera es capaz de tomar aire cuando lo ataca el siguiente estornudo.

La mujer de gafas oscuras grita diciendo que eso era justo lo que se temía.

El gigante suelta finalmente a Bondi y el pánico se desata en el vagón: todos corren hacia el extremo opuesto al tiempo que sacan sus celulares y empieza a filmar lo que se convertirá en el titular más popular de las redes sociales en lo que resta del día: HURÓN RABIOSO CONTAGIA TEMIBLE VIRUS A PASAJERO DEL METRO.

Spavone sabe que no tardará mucho hasta que Control de Animales haga acto de presencia, de modo que le indica al grupo que estén alertas pues se bajarán en la próxima estación.

Malik ni siquiera responde: sigue ocupado en provocarle al gigante un paro respiratorio a punta de estornudos.

10.

A pesar de la conmoción en el metro, Spavone sabe que aquella no ha sido la parte difícil. El verdadero reto será hacer ingresar a Bondi sin que ninguna de las treinta cámaras de seguridad que hay en la Unidad llegue a captarlo en su camino a conseguir los informes que Thomas Dean guarda en el último cajón de su escritorio.

—Es bastante peligroso —dice Malik, mientras se van acercando al edificio que ocupa la Unidad justo en la esquina de la Ochenta y tres y Amsterdam Avenue—, ya no estoy tan seguro de esto, señor Kiki.

Bondi avanza por el asfalto, pegado al bordillo de la acera: aprende a mimetizarse bastante rápido.

—No te preocupes —dice Spavone—, piensa que atrapan a tu bisabuelo aquí seguro acabará en un lugar mejor que el que iba a tener con el ogro que casi lo secuestra en el metro.

—Supongo…

—Además, pronto tú y yo seguiremos nuestro camino y él no podrá acompañarnos.

—Es cierto. Habrá que pensar en algo.

—Salvo que se arroje bajo un auto y quizá entonces el trío no tendrá porqué separarse.

—No, mejor no. Prefiero que muera a una edad venerable.

—Un hurón de edad venerable. ¿Cuánto sería eso?

—Catorce años.

—Suena bien.

Tal como salieron del hotel, ahora también se dirigen a espaldas del edificio para utilizar la puerta trasera: Spavone encuentra a un par de agentes fumando junto a los cubos de basura y haciendo bromas sobre lo senos de la nueva sargento. Recuerda los nombres de los agentes, pero no de la sargento. *Quizá deba echarle una mirada ya que estoy aquí*, evalúa.

Mientras Malik se encarga de provocar sendos estornudos, Bondi sigue a Spavone al interior de la comisaría, escurriéndose por debajo de la puerta. Spavone piensa que la de hacer estornudar a la gente es una tarea que el mesero realiza con gran placer y en la que se va volviendo cada vez más diestro.

Recorren el pasillo casi desierto hacia las escaleras que conducen al centro de control y los despachos de los superiores. Bondi avanza ocultándose detrás de una maseta, un abrevadero y cada objeto que encuentra en su camino. Malik los alcanza luciendo una sonrisa en los labios: uno de los agentes ha disparado su cigarro a la cara del otro debido al estornudo.

Una vez arriba, de camino al despacho de Thomas Dean, pasan frente a la armería, donde Sebastian Lang se aplica a desarmar un fusil de asalto sobre su mesa de trabajo con la pericia de un neurocirujano. Allí mismo, descansa la Glock que Spavone nunca más volverá a empuñar.

Llegan al despacho, donde encuentran a un Thomas Dean garabateando en su libreta roja, con el rostro bañado en lágrimas.

—¿Eran muy amigos? —pregunta Malik.

—Era lo más parecido a un amigo que he tenido —responde

Spavone, conmovido por el llanto de Dean.

Thomas Seymour Dean nunca quiso ser policía: su verdadera meta en la vida había sido dedicarse a ilustrar historietas y crear superhéroes. Por supuesto, no contaba con los reveses que le tenía preparados la vida. Entre ellos, no tener el talento suficiente para dibujar músculos bajo una capa.

Había estudiado la carrera de psicología antes de asimilarse a la policía. El suyo fue el típico caso del «hombre invisible»: un sujeto tan poco relevante dentro del cuerpo a quien su anonimato ayudó a escalar. Ahora, el detective Dean, aplica el mismo poder de «indivisibilidad» para atacar el día a día sin tener problemas con nadie, poder leer sus historietas en horas de trabajo y garabatear uno que otro dibujo en su fiel libreta roja.

Hace casi cinco años que trabajan en la misma Unidad, luego de que Spavone fuera transferido desde Staten Island. Hubo química: el inmenso ego del inspector encontró su complemento en la figura casi inexistente del detective, de quien solía apreciar el adecuado uso de su imaginación al momento de hacer conjeturas y establecer hipótesis, lo dispuesto que siempre se mostraba a encargarse del papeleo y, sobre todo, la gran admiración que sentía por él.

A cambio, Spavone lo ha protegido. Al menos eso es lo que cree haber hecho al evitar que lo transfirieran a algún otro distrito al que quizá no habría querido ir. De todas formas, confía en que está mejor en la Unidad del Upper West Side. Además, lo ha ayudado con asuntos más personales: un chantaje.

Sexy Storm, bailarina del *Yes, sir*, un club nocturno al norte de Brooklyn, tenía un video bastante comprometedor, por el cual, según Dean le contó a Spavone, la mujer estaba pidiendo el equivalente a dos años de su sueldo. Dean estaba desesperado, más que de costumbre. Le dijo Spavone que lo mejor sería desplegar una redada, utilizar los indicios que había de tráfico de drogas en el club y con ello ingresar al lugar, investigar a las bailarinas, conseguir órdenes de allanamiento para sus domicilios y hacerse con el video.

Spavone detecto de inmediato que había algo que Dean no le estaba diciendo.

—¿De qué se trata? —le preguntó con su ya conocida actitud de «¿Me estás llamando idiota?».

Con la vergüenza enrojeciendo su cuello y mejillas, Dean admitió que en el video aparecía con un traje de Batman. Spavone quiso saber si se había puesto la máscara con orejas y todo. Dean dijo que sí, que el traje era bastante bueno, muy profesional, salvo por el hecho de que no incluía pantalones y llevaba un murciélago colgado de la entrepierna. Spavone también quiso preguntar por lo que Sexy Storm

estaba usando, pero creyó que el pobre T ya había tenido suficiente.

Spavone dijo que se encargaría.

Resuelto el problema, la dupla continuó con el trabajo. Incluso, en el caso del Heaven´s Place, en el que Spavone fue solicitado como apoyo por el equipo de su antigua jurisdicción y que terminó resolviendo, Dean también tuvo algo de participación. No lo suficiente para ser parte del revuelvo mediático, del reconocimiento o de la película que eventualmente se haría, pero eso no pareció importarle.

Spavone recuerda haberlo encontrado algunas semanas después, mientras iba montado en su Mustang por el oeste de Harlem, justo cuando Dean acaba de salir de una agencia de viajes: reconoció su andar encorvado y huidizo a una cuadra de distancia.

—¿Hacia dónde vas? —le gritó Spavone desde dentro del auto.

—A casa —dijo Dean, recobrándose del sobresalto.

—¿Qué hay de tu auto?

—Todavía estará en el taller por un par de días más.

—Sube.

Se avecinaba un día especial para la madre de Dean y él quería llevársela a conocer Grecia: creía haber encontrado una buena oferta y la mejor manera de aprovechar el mes de vacaciones que tenía pendiente.

Al menos eso fue lo que Spavone creyó entender.

—Siempre fue su sueño conocer el paseo marítimo de Atenas.

—¿Cuándo se irán?

—A mitad de año.

—Fantástico.

—Ya lo creo.

Después de un breve alto para repostar combustible, Dean le preguntó por el contrato con Hollywood y si ya lo había firmado.

—Me lo enviarán el próximo mes. Ya casi hemos acabado con las entrevistas.

—¿Te refieres a las videollamadas con uno de los hermanos?

—Sí, justo esas —respondió Spavone, pensando que aquellas largas charlas que mantenía con Marvin Holmes encerrado en su despacho no podían pasar desapercibidas: la pared que lo separaba del lugar de trabajo de Dean era muy delgada.

—Pues felicidades, inspector. Espero vuelva a visitar a sus viejos amigos del cuerpo.

—O, también escuchaste eso —dijo Spavone justo antes de soltar una carcajada a la cual también el detective se animó a zambullirse.

Thomas Dean no era el tipo de persona que busca los reflectores. Estaba contento con saber que los malos habían recibido su merecido y que él podía volver a leer el último número de «¡Shazám!».

Spavone ha empezado a extrañar la dinámica entre ambos: pasarse por la oficina de Dean alrededor del medio día para hacerle algún chiste, invitarlo a la taberna que hay a la vuelta de la comisaría y que le dejara saber las novedades.

—No pensé que le fuera a chocar tanto —admite después, recordando que vio al detective ya bastante afectado en la escena del crimen.

—Me gustaría alcanzarle un pañuelo —dice Malik.

Tal como si hubiera oído al mesero, Dean empieza a buscar en su escritorio algo con qué secarse la cara. Mueve carpetas, documentos, su teléfono celular y un retrato de su madre que descansa junto a su teclado: es una mujer bastante mayor de lo que Spavone recuerda.

Justo cuando la nariz le empieza escurrir, Dean se seca con la manga de su camisa.

—Creí que lo haría con la corbata —dice Malik, visiblemente asqueado.

El timbre del teléfono de Dean resuena desde algún lugar del escritorio: ha quedado enterrado entre fichas de intervención y reportes varios. El detective contesta:

—Aquí Dean.

Spavone da medio paso hacia delante justo a tiempo para oír:

—Detective, soy Harrelson. Tengo las copias de las cámaras de seguridad del hotel.

—Bien. Tráemelas a la Unidad.

—Si gusta podemos ir verificando…

—Olvídalo. Tráelas, por favor. Tengo un perfil claro de la persona que estoy buscando.

—Como diga, detective. ¿Pudo encontrar lo que estaba buscando en las del caso de la tienda aquella?

—Nada, tampoco. Espero tener mejor suerte con estas.

— Espero que sí, detective —dice el oficial de la división
de informática de la Unidad antes de despedirse—. Vamos para allá.

—Bien —responde Dean y cuelga.

Dos cosas son las que sorprenden gratamente a Spavone de la conversación que acaba de oír: la autoridad en la voz del buen T, una que nunca le escuchó antes; y el hecho de que, al parecer, ambos estén buscando al mismo sospechoso.

Dean, sin embargo, no parece tan entusiasmado: se lleva ambas manos a la cara y ahoga sus sollozos.

—Alguien debería darle un abrazo, señor Kiki —dice Malik, con la voz quebrada.

Dean descubre su rostro y vuelve a buscar el inexistente pañuelo de hace unos minutos. Tampoco ahora lo encuentra, pero, en lugar de

empaparse la otra manga de su camisa, se levanta del asiento. Spavone se aparta para que el detective no termine estornudando sobre la pared los mocos que lleva aguantando en la nariz.

Una vez que Dean ha salido de la oficina, Spavone señala el tercer cajón de su escritorio.

—Ahí está lo que estoy buscando.

Bondi tira de la manija y se zambulle en él: debe encontrar una carpeta de color marrón, con las iniciales S. G. Malik tiene la cabeza fuera de la oficina, cerciorándose que Dean no esté de regreso.

Bondi da con la carpeta, la saca del cajón y la abre sobre el escritorio. *De haber sabido que eran tan inteligentes, le habría comprado uno a Alessia,* piensa Spavone al ver la destreza de Bondi, recordando la incontable cantidad de veces que su hija le pidió una mascota. El hurón empieza a husmear entre los lapiceros, el teclado y la libreta de Dean. Spavone se acerca a ver el último documento, fechado hace tres días.

Lee:

El sujeto abandonó su área habitual de acción para dirigirse hacia el norte, por West Street. Fue visto saliendo de «Those Coins», lugar de apuestas ubicado en Clarkson Street, alrededor de las 16:00. Después de detenerse en una gasolinera, ingerir lo que parecía ser un sándwich de queso y hablar por teléfono sin salir de su auto, condujo durante treinta y siete minutos y se detuvo junto a una barbería, «Cormier Shop», entre la 109 y Columbus.

Spavone reconoce la barbería: un antro donde los camellos van a rendir cuentas a sus supervisores, cambian dinero o de plano van a esconderse cuando la policía antidrogas anda cerca.

—Oigo pasos —dice Malik.

—Solo un segundo más —responde Spavone, que ha creído ver un nombre aún más familiar en el reporte.

Cerca de las 20:00, el sujeto abandonó la barbería y empezó a rondar la zona a pie, acompañado de un hombre de aproximadamente cincuenta años, 1.70 y setenta kilos de peso. Avanzaron por Columbus, giraron por la 105,…

—Sí, definitivamente son pasos, ya vienen.

Subieron por Amsterdam durante tres cuadras e…

—¡Vienen más de una persona!

Ingresaron en el hotel Belvedere.

Malik entonces vuelve a meter la cabeza en la oficina y le grita algo en hindi: Bondi lo entiende al momento que brinda del escritorio y vuelve al ras del suelo. Spavone gira en el momento exacto en el que Dean y la sargento Helen Fritz, esta última armada con una porra, abren la puerta.

—¡Es el del metro! ¡Lo acabo de ver! ¡El que desató la plaga! —

grita Helen, atacando con la porra hacia el lugar por el que acaba de cruza Bondi.

Malik arranca un concierto en el que se mezclan órdenes y alaridos a partes iguales. Entre el escándalo, Bondi ve su oportunidad y pasa entre las piernas de Helen. Spavone y Malik lo siguen, sin esta vez poder evitar atravesar a las personas que les cierran el paso.

Dean y Helen dan cada cual un estornudo. Luego empiezan a gritar de miedo, mientras se llevan las manos al rostro y el trío huye escaleras abajo.

11.

A Spavone ya no le queda ninguna duda: Stakes está detrás de su asesinato. Unas de las cosas que se pregunta es si Beatrice lo sabe o no. O si, quizá, ella es la autora intelectual del crimen: no lo recuerda, pero cree haberle mencionado durante su última conversación que, ya que era demasiado tarde para hablar con Alessia, se iría a una reunión en el hotel. Lo que lo intriga más que nada es saber cómo Stakes pudo haber anticipado que dicha reunión se llevaría ahí. *Quizá es mucho más listo de lo que parece*, piensa Spavone. No importa, no tiene el tiempo suficiente como para responder todas las preguntas, se dice, habrá de encontrar la forma de sacarlo de en medio. *De llevármelo conmigo antes que Dean vaya a arrestarlo*.

Eso es lo más importante.

Sale de la comisaría por la puerta trasera, por detrás de Malik y Bondi.

—Necesito encontrar a ese hijo de puta —dice Spavone.

—¿Tiene alguna idea de dónde, señor Kiki? —pregunta Malik, aun temblando.

—Si mi instinto no me falla —intentando no considerar el hecho de que su instinto le falló de la peor manera posible la noche anterior—, debe estar celebrando. Es el tipo de cabrón que celebra los feriados aunque no tenga trabajo, cualquier motivo es bueno, y ahora digamos que sí tiene uno realmente bueno. Probemos suerte en el Lower East Side: después de haber logrado su objetivo en la parte alta de la ciudad, debe haber vuelto a su hábitat natural.

—Eso suena a que vamos a volver al subterráneo. ¿Sabe dónde podemos conseguir más jabón que no sea dentro de la comisaría,

señor Kiki?

Spavone repara en Bondi: el hurón tiene una bola de papel extendida hacia él.

—¿Quieres que vea eso?

Casi parece que Bondi acaba de asentir. El hurón desarruga el papel con sus pequeñas garras, lo alisa contra el asfalto y vuelve a levantarlo, con el dibujo hacia Spavone. Es una de las páginas de la libreta de Dean: la marca aparece en la esquina inferior izquierda.

—Se parece a usted —dice Malik.

—Soy yo —dice Spavone, con una media sonrisa.

Quizá el talento no le haya alcanzado a Thomas Dean para convertirse en una gran estrella de *MARVEL* o *DC*, pero sin duda su destreza para la ilustración es superior al promedio: ha logrado retratar a Spavone en una actitud heroica, con el rostro hacia el cielo y su chaqueta ondeando al viento, en lo que parece la esquina más alta de un rascacielos.

—No está mal —dice Malik.

—No, nada mal —dice Spavone.

—Quizá la nariz le salió muy pequeña.

—Puede ser.

—Y quizá en su sonrisa también se le fue la mano.

—¿Ah sí?

—Sí, me recuerda al Guasón.

—¿Algo más?

—Bueno, si se fija bien… —Malik interrumpe las observaciones cuando se da cuenta que Spavone realmente no quiere oírlas.

Bondi gira la página para admirar también el dibujo: en la otra cara del papel hay algunos apuntes. Spavone reconoce la letra clara e inclinada de Dean. Se agacha aún más para ver mejor. Son datos sobre la escena del crimen en el bar del Belvedere: nada nuevo, por lo que puede leer. Sin embargo, hay un borrón muy inusual al final de la página. Spavone le pide a Bondi que levante un poco más el papel para poder verlo a contraluz: es inútil teniendo en cuenta los cuarenta centímetros que mide el hurón sin contar su cola.

—¿Qué es? —pregunta Malik.

—Nada —dice Spavone al final, sacudiéndose una rodilla que no ha cogido polvo—. Basta de perder tiempo. Vamos a encargarnos de Stakes —y echa a andar hacia Amsterdam Avenue

Spavone asume que las estaciones más cercanas deben estar alertas ante cualquier roedor que pueda siquiera parecerse a un hurón: las imagina abarrotadas de tipos con redes como las que se usan para limpiar las piscinas, por lo que decide que lo mejor será ir durante el primer tramo del viaje en autobús antes de volver a utilizar el

subterráneo.

—El autobús es más pequeño, señor Kiki —dice Malik, recordando el que abordaron para ir y volver de la escuela de Alessia—. Van a ser mucho más fácil que vean a *paradaada*.

—Solo si va dentro del autobús —dice Spavone, apurando el paso hacia la esquina donde habrán de abordar la línea B39.

—No entiendo.

En el paradero hay algunas personas esperando el autobús: la mayoría prendada de la pantalla de su teléfono, salvo por un invidente que aguarda golpeteando el suelo con su bastón blanco al ritmo de una de las cientos de melodías que en una ciudad como Nueva York salen de todos lados. Bondi se acerca a olisquearlo.

—Va a ir debajo —dice Spavone, oteando el final de la avenida.

—¿Debajo de qué? —pregunta Malik: sus ojos están tan abiertos que es evidente que sabe la respuesta.

—Debajo del autobús, colgado del chasis.

Bondi deja de olisquear al dueño del bastón para mirar alarmado a su bisnieto.

—Me parece demasiado peligroso, señor Kiki.

—No te preocupes —dice Spavone, reconociendo los colores del autobús que viene llegando: es el que deben abordar—. Los hurones tienen una capacidad de agarre incluso superior a la de los primates.

—¿En serio?

—Claro que sí: la proporción entre su peso y fuerza le permite trepar por varias horas sin experimentar cansancio.

—Vaya, no lo hubiera imaginado.

—Seguro que no —dice Spavone, reconociendo que aún no ha perdido el toque para las mentiras al paso—. Bien, prepárense. Tú, pequeño bribón, no vayas a aferrarte a nada que esté caliente ahí abajo.

El autobús frena con un bufido. Las personas suben en fila, sin despegar la mirada de sus teléfonos. Spavone y Malik suben justo detrás del hombre de bastón, que, aunque lento, avanza y pisa los escalones con gran solvencia.

Una vez arriba, los muertos caminan hacia el final de la cabina, para verificar que Bondi no quede al descubierto en medio del asfalto.

Cuando el autobús avanza, no hay rastro del hurón.

12.

No les toma más de dos minutos comprobar que Steve Galli, alias Stakes, no está en el Those Coins: no hay más que un puñado de hombres mirando carreras de caballos en televisores de pantalla redonda y alguna prostituta intentando adivinar cuál de ellos sería el afortunado en ganar lo suficiente como para invitarle una copa.

Spavone, Malik y Bondi *peinan* la zona: Greenwich, Houston, Varick Street. Comida rápida, gimnasios, casas de empeño, joyerías y, sobre todo, bares. Un recorrido que le recuerda a Spavone los días de patrullaje cuando no era más que un joven suboficial de policía con apellido italiano y sus ideales intactos.

Están a punto de entrar en el Glass Floor, un bar cuyo olor a desinfectante de pisos es especialmente desagradable —o eso le parece a Spavone—y en cuyo exterior hay un auto que se parece al que suele conducir Stakes (un Sentra del noventa y ocho), cuando Malik se detiene: no oye el repiquetear de las patitas de su bisabuelo.

Se gira y lo encuentra apoyado contra el bordillo, su cuello doblado sobre sí como si estuviera hecho de hule.

—Algo le pasa —dice Spavone.

—Está cansado —dice Malik—. Suele dormir casi todo el día y ahora apenas si ha parado desde que lo fuimos a buscar. Además, debe tener hambre.

—Ahí adentro le conseguiremos algo.

Spavone entra al tugurio, intentando ver a través de la penumbra y el humo del tabaco. Antes, le habría hecho abalanzarse sobre su cajetilla de cigarrillos. Ahora, por primera vez desde que tenía catorce años, le es totalmente indiferente.

Avanza entre las mesas y reconocer a la fauna habitual, compuesta en su mayoría por desempleados y sujetos que están a dos llamadas de atención de serlo. Todo muy deprimente, excepto por unas carcajadas que llegan desde el fondo del bar. *Chicos malos*, asevera Spavone. El impulso que no alcanza a reprimir es el de llevarse la mano a la cadera, donde solía portar su Glock.

Alcanza a contar dos tipos además de Stakes.

—¿Qué ocurre? —susurra Malik, como si alguien más pudiera oírlo.

—Es él —dice Spavone, sin dejar de mirar al sujeto calvo con barba de candado.

La forma en la que su mandíbula sube y baja para dejar escapar sus carcajadas le hace saber a Spavone que aquel debe ser uno de los días más felices en la miserable vida de Stakes: se ha quitado la roca que llevaba metida en el zapato, y lo ha hecho de tres tiros directos en el pecho. No teme que vayan por él, ni siquiera se esconde. Según el informe, Stakes ha ido al Belvedere tres días antes del crimen. Seguro a tomar sus precauciones. *Dean se va a sentar a revisar las cámaras de seguridad en busca de alguien que muy probablemente jamás verá aparecer*, se dice Spavone. O tal vez haya algo más: un factor extra que le ha dado la confianza para asesinar a un oficial de policía en medio de un bar abarrotado de gente. *¿Quién te protege, hijo de puta? ¿Quién te va a cubrir las espaldas?*

—Es él —repite Spavone, intensificando la gravedad en su voz.

Cuando por fin logra atenuar en algo la ira que lo invade, estudia el entorno y a los tipos que lo acompañan: uno de ellos es el típico sujeto que incluso duerme y se mete a la ducha con la gorra puesta —una de la campaña de Trump, para el caso—; el otro, de melena plateada, calza con la descripción que Spavone leyó en el informe de seguimiento a Stakes del hombre que lo acompañó en su última ronda por el Belvedere: cincuenta años, 1.70, setenta kilos de peso.

—El canoso debe ser su cómplice —continua Spavone.

—Bien, entiendo —y después de echarle una mirada a Bondi que llega hasta ellos casi arrastrando el morro, pregunta—: ¿y ahora qué?

Durante el camino, Spavone ha ido evaluando sus opciones: no son muchas. Y de las pocas que tiene, todas involucran a Bondi, pero ello es necesario dejarlo descansar y que pueda hincarle los colmillos a algo.

Sobre la mesa alrededor de la cual se encuentran los tres hombres hay un par de platos con restos de lo que parecen haber sido hamburguesas. Spavone distingue el inconfundible siseo de una freidora tras la pared más próxima.

—Vamos a la cocina.

—¿Y qué hay de él? ¿Qué ocurre si lo perdemos?

—Nuestro amigo acaba de llegar, tiene la cabeza brillante y la barba enrojecida, le pica por el calor que hay afuera; ni siquiera ha terminado su primera cerveza, y estoy seguro que la hamburguesa que están preparando ahora es la suya. No hay rastro de polvo blanco en la mesa, de modo que aún no han servido el prostre. Créeme, muchacho, tenemos algunos minutos más.

El olor a comida reanima a Bondi quien, según Malik, ha heredado la predilección por las fritangas que descubrió en su vida pasada.

—*Paradaada* no era el hombre más piadoso que uno podía encontrar en toda Nueva Delhi, ¿sabe? En vida, fue uno de los más grandes enemigos del vegetarianismo —Explica Malik—. Siempre lo acusaron de haberse comido una o dos vacas. Yo creo que fueron más.

—También lo creo —dice Spavone al ver el frenético olisqueo del hurón en dirección a la plancha donde se abrasa la carne molida.

El atuendo del cocinero luce tan grasiento que bien podría pasar por mecánico. Ahora se encuentra rebanando un tomate con las mismas manos con las que Spavone lo acaba de ver acomodarse la entrepierna del pantalón.

Un silbido llega desde el salón. El cocinero deja a un lado el cuchillo y va a tomar la orden.

—Bien, muchacho, date gusto —dice Spavone.

Bondi no tiene que oírlo dos veces: trepa hasta la plancha, se hace con una de las hamburguesas y empieza a dar cuenta de ella como solo se puede devorar aquello que está prohibido.

—Quizá deba probar una de esas la próxima vez —dice Malik—. Ya no estoy tan seguro de que sepan igual al Pani puri.

—¿Qué contiene el Pani puri?

—Harina y cebolla.

—Sí, definitivamente debes probar una.

Spavone camina inspeccionando los aderezos que hay en la cocina.

—¿Qué busca? —pregunta Malik.

—Paprika.

—¿Para qué?

—Stakes es alérgico a ella. Aquí está, esta debe ser —dice Spavone intentando tomar el frasco en cuyos bordes se aprecia restos de especia roja. Sus dedos, por supuesto, pasan de largo.

—Si quiere hacerlo estornudar, señor Kiki, solo debemos pasar una y otra vez mientras él…

—Steve Galli ha sido asmático durante la mayor parte de su vida. Aún ahora, cada dos o tres meses sufre ataques que lo hacen arrastrarse al hospital por una nebulización de emergencia. Afuera hay casi noventa grados, el calor empeora los síntomas de las alergias. Y nosotros le vamos a dar una dosis generosa de veneno rojo. Así que alto ahí, rata carnívora —dice Spavone señalando a Bondi, quien está a punto de hacerse con la otra carne que hay sobre la plancha—. Esa no es para ti.

Malik asiente lentamente y frunce el ceño, para después, cuando su mente alcanza a la de Spavone, hacer brincar sus cejas pobladas en señal de sorpresa.

—¿Usted quiere que *paradaada* envenene a ese hombre?

—Justo eso.

El hurón se yergue cuan largo es, los bigotes se le erizan, y antes de

que Spavone pueda volver a hablar, sale huyendo de la cocina.

13.

Spavone y Malik van tras él. Al salir, descubren la razón por la que el cocinero aún no ha vuelto: está sentado a la mesa de Stakes, contando billetes y escuchando lo que el sujeto de gorra de Trump está contando: una anécdota que tiene que ver con la carretera que va hacia Arizona, un frasco de anfetaminas y un pitbull con una hernia del tamaño de una pelota de baloncesto.

Todos romper a reír una vez más. El olor a carne asada es reemplazado por el de carne chamuscada.

Bondi se ha ido a ocultar entre las botellas y garrafas que hay tras la barra, a un lado de las mesas, donde, por las noches, un moreno de grandes antebrazos que sirve martinis y gin tonics.

Malik llama a su bisabuelo cuidando, una vez más, de que alguien vaya oírlos. Spavone se ve tentado a propinarle una aleccionadora y amistosa bofetada.

—*Paradaada*, es lo correcto. Ese hombre ha de pagar por lo que hizo, no es inocente. Recuerde aquel viejo proverbio que dice…

El mesero empieza a hablar en hindi, pero tampoco así obtiene ningún resultado: Bondi sigue acurrucado tras una gran botella de auténtico ron cubano. O eso dice la etiqueta.

—Déjame probar —dice Spavone, quitándole el lugar a Malik—. Escucha, abuelo: el sujeto que está ahí riéndose tan tranquilo es un maldito asesino, me mató por venganza, por dinero y porque además es un mal bicho. En un par de horas saldrá de aquí borracho y drogado hasta las cejas, irá a la casa donde vive Alessia, mi hija y lo más probable es que pase la noche ahí. Si no me encargo de él ahora, llegará el día en el que el rostro o la voz de mi hija le recordará tanto a mí que sentirá que tiene que hacer algo al respecto. Quizá no sea hoy o mañana, pero ese día seguro llegara y yo no estaré ahí para protegerla, ¿comprendes?

»Si tienes miedo de que la Rueda de la fortuna te cuente esto como una mala acción, te aseguró que te equivocas. Lo estás haciendo por el bien de una niña que no tiene que pagar por nada de lo que su padre puede haber provocado.

Bondi apenas si asoma la nariz por detrás de la botella de ron. Spavone ha dado lo mejor que tenía en su pequeño discurso y ya no se le ocurre otra forma de convencerlo. Miras las demás etiquetas intentando encontrar en ellas alguna otra idea.

Y la encuentra.

—¿Cómo dijiste que se llamaba el licor que le gustaba a tu bisabuelo?

—¿Se refiere al feni?

—A ese mismo —responde Spavone, sin dejar de mirar la penúltima botella de la fila cuya etiqueta anuncia a «El verdadero espíritu de la India».

Malik le comunica el hallazgo al hurón que, después de un par de segundos de confusión, y sin dejar que su bisnieto termine de comentarle sus reparos con respecto a lo que Spavone está sugiriendo, se mueve hacia la botella recién descubierta, la echa hacia sí, la destapa y empieza a beber los dos dedos que aún quedan del licor.

—Eso es, bribón.

—Quizá ya sea suficiente, señor Kiki, ¿no le parece?

—Déjalo que termine. Está apunto de matar a alguien, va a necesitar todo el valor líquido posible.

El hurón da cuenta de las últimas gotas al tiempo que el cocinero se pone de pie y abandona la mesa: el olor a quemado que sale de la cocina le hace saber que si no hace algo al respecto, pronto tendrá que llamar a los bomberos.

Stakes le advierte que más le vale que aquello que apesta no sea su hamburguesa.

Spavone también se dirige a la cocina, seguido de Malik y un extasiado Bondi: cada tanto el hurón interrumpe su andar para lamerse las patas delanteras, donde aún encuentra algo del sabor a jugo de anacardo.

El cocinero tira al cubo la hamburguesa carbonizada y vuelve a colocar dos bolas de carne molida sobre la plancha. Una vez más, abandona su lugar para ir a tomar una orden.

—Ahora —ordena Spavone a Bondi.

El hurón se desplaza algo más lento que de costumbre, pero ya no se trata del cansancio: el alcohol viaja mucho más rápido dentro de su pequeño cuerpo alargado y ha empezado a abotagarlo. Los reparos que tenía antes, sin embargo, han desaparecido.

Bondi toma el frasco de paprika y lo acerca a la plancha. Mira a una y a otra hamburguesa, indeciso.

—Pónselo a las dos, no sabemos cuál será la que el maldito se coma.

Malik retoma su puesto de vigía: tampoco cree posible que el cocinero vuelva a permitir que se le queme la carne.

—Eso, vacíalo todo.

El hurón obedece y pronto del frasco no caen más granos de polvo rojo. Comprueba que está vacío, deja la paprika a un lado y se sienta

sobre sus cuartos traseros: su vientre luce pesado, parece una bolsa de agua caliente.

—Salgamos de aquí —dice Spavone.

El trío pronto se encuentra otra vez en el salón, a dos metros de la mesa, a la espera de que el cocinero salga con el bocadillo que, con algo de suerte, será el último en la vida de Steve Galli.

El hombre de gorra ya ha terminado de contar la anécdota y ahora es el sujeto canoso quien habla. Señala a Stakes con el pico de su botella:

—¿Y qué tal aquello del policía? ¿Quién crees que se lo haya cargado? ¿O fuiste tú? Dicen que le dispararon a pocos metros directo en el pecho.

—Seguro estabas muy drogado por eso tuviste que acercarte tanto —dice el de gorra, después de quitarse el pico de la cerveza de la boca.

Todos vuelven a reír: Stakes con más fuerza que nunca.

—Nada de eso, maricas. No me habría manchado las manos por él.

Malik se inclina hacia Spavone, está apunto de decirle algo, pero abandona la idea: Spavone ha dejado de dar rápidos vistazos a la puerta de la cocina, para concentrarse únicamente en Stakes. No parece un buen momento para comentarle que Bondi yace dormido o desmayado detrás de la barra de bebidas.

—Vamos, Stakes, se la tenías jurada desde hace rato. Eras tú o él —arremete el de gorra—. Felicidades supongo —eructa y vuelve a beber.

—Será mejor que no bromees así, Mitch. Te lo digo en serio —dice Canas. Luego, relaja el semblante para rematar diciendo—: estás dentro de su rango de tiro: mi buen amigo Stakes no falla a esa distancia.

El de gorra tiene que hacer un gran esfuerzo para que la cerveza no le salga por la nariz. Stakes, mientras tanto, acusa el chiste, pero no dice nada.

—Dice que él no ha tenido nada que ver, señor Kiki —dice Malik.

—Me sorprendería que no lo hiciera —responde Spavone, apretando los dientes: empieza a haber momentos en los que la ingenuidad de Malik le resulta insoportable—. Los rumores viajan rápido, la policía tiene oídos en todos lados y a Galli no le conviene tener un testigo al que Dean le pueda echar el guante y hacerlo cantar para sustentar aún más su acusación.

—Entiendo —responde Malik, en un tono aún más débil.

Spavone no deja de estudiarlo: Stakes se ve algo más robusto que la vez anterior que lo tuvo así de cerca, cuando le examinó las amígdalas con el cañón de su arma. *Seguro anda con la puta nariz metida en el frasco de galletas de mi casa*, presume Spavone, impaciente. Al menos

sabe que no ha intentado fastidiar a Alessia de ninguna forma. *Hasta ahora.*

Ha indagado al respecto un par de veces con ella, intentado que sus preguntas suenen lo más casuales posible:

—Sí, el tiempo pasa rápido, ¿eh? ¿Cuánto tiempo lleva tu madre saliendo con Steve? ¿Dos? ¿Tres meses?

Aquella última vez iban caminando alrededor de Cherry Hill, al sur de Central Park, mientras Alessia soplaba y dejaba volar burbujas de jabón: había convencido a su padre de probar una fórmula que ella misma había preparado guiándose de una tutorial de YouTube.

—Cuatro —respondió la niña, concentrada en el vuelo de una burbuja del tamaño de un melón—. Los cumplieron el sábado pasado.

—Genial, muy bien. ¿Celebraron?

—Mamá compró una tarta y Steve trajo una botella de no sé qué. Me empezó a doler la barriga y mamá me envió a dormir.

Spavone asiente, evitando imaginar alguna escena posterior al momento en el que Alessia abandonó el comedor.

—Ya veo. ¿Te dolió mucho?

—Solo un poco. Al día siguiente ya no tenía nada.

—Eres una niña fuerte.

—¡Mira esa! —gritó Alessia, señalando una que se encontraba más próxima a las dimensiones de una sandía—. ¡Atrápala, papá, no dejes que se vaya!

Spavone la tomó con ambas manos, segundo antes de que una mezcla de detergente y líquido lava trastes le salpicara a los ojos y lo dejara ciego por unos segundos. Alessia rio hasta que le dolieron las costillas.

—¿Y qué tal es Steve contigo? ¿Gentil?

—Sí. ¿Podemos ir a ver el pato mandarín? Natasha dice que es muy bonito, su mamá dejó que le tomara fotos.

—Seguro, vamos.

—¡Vamos!

—¿Nunca te ha hecho sentir mal? Me refiero a Steve.

—No, supongo —dijo Alessia, encogiéndose de hombros.

—Me alegro.

—No hablamos mucho.

—Entiendo.

No pudo extraerle mucho más: después de llegar hasta donde el nuevo inquilino emplumado de Central Park, no volvieron a hablar de otra cosa que no fueran las fotografías que Alessia le tomó con el teléfono de Spavone y que él prometió iría a imprimir a la mañana siguiente (cosa que «sorprendentemente» no hizo). Sin embargo, la niña se veía bien: ningún cambio significativo en su estado de ánimo o

su aspecto (ojeras, tartamudeo, manos sudorosas, etc.) que sugiriera que estuviera ocurriendo algo malo dentro de su casa. *Beatrice tampoco lo permitiría*, se repitió Spavone una vez más: un mantra al que se aferraba sin demasiada convicción. Y aun así, estaba claro que hablar de su posible nuevo padrastro, no era el tema favorito de su hija.

Había algo en Stakes que parecía intimidarla, y eso bastaba para que Spavone quisiera quitarlo de en medio.

Y por el siseo de la plancha que ha dejado de oír, está a pocos minutos de lograrlo.

La puerta de la cocina se abre y Grasiento aparece con una hamburguesa de queso algo menos quemada que la anterior. En la cara se ve que está bastante satisfecho con el resultado.

—Aquí tienes, Stakes —dice justo cuando coloca el plato humeante delante de Steve Galli.

Stakes mira la comida y se encoge de hombros:

—Quizá ya no tengo tanto apetito. Mejor tráeme otra cerveza.

—Como digas —responde el cocinero, mucho menos satisfecho con la respuesta de Stakes.

Spavone pone el dorso de la mano frente a la nariz de Malik, quien acaba de abrir la boca:

—Dale tiempo. Ninguna cerveza es capaz de ganarle a una hamburguesa.

La conversación continúa: Mitch se ha quitado la gorra y la ha colocado sobre la mesa, junto a los restos de su hamburguesa. Les está mostrando la cicatriz que lleva en la frente: el resultado de una pelea con «un maldito demócrata», afirma. Spavone cree reconocer en él a un antiguo contrabandista de armas, pero no le toma mayor atención. Canas le pregunta a Stakes si es que ya ha conseguido empleo. Stakes responde que está en eso. El cocinero está de regreso no con una, sino cuatro cervezas más. Toma asiento y empieza a beber.

Spavone no ignora que las bromas de antes han borrado la sonrisa que llevaba Galli en la cara. Se ve en exceso pensativo. *Vuelve sobre sus pasos a revisar sus errores*, se dice Spavone, casi seguro de que Stakes no sabe que hace mucho que todos sus movimientos están siendo monitoreados. *Quizá ya deberías haber puesto tierra de por medio, amigo*.

—¿Qué crees que pasó con el policía? —le pregunta el cocinero, cuya mirada va a caer sobre la hamburguesa entre palabra y palabra.

—Pudo ser cualquier cosa. Gente muere todos los días —responde Stakes.

—No todos los días muere asesinado un policía de Nueva York —dice Canas, quien vuelve a mirar fijamente a Stakes.

—¿Qué te ha dicho tu mujer sobre eso? —pregunta Mitch.

—¿Saben qué? Acabo de recordar que debo ir a verla —dice Stakes,

poniéndose repentinamente de pie. Saca las llaves de su auto, mira la hora en su teléfono—: volver al norte me tomará un buen rato si no salgo ahora.

Malik clava los dedos en el brazo derecho de Spavone.

Stakes vacía el resto de su cerveza: se limpia la boca con el antebrazo antes de sacar un par de billetes de su cartera y despedirse de los otros tres.

Spavone se niega a creer que tenga tan mala suerte. *¿Quién coño puede dejar atrás una de queso?*

Bondi ronca pesadamente, oculto tras la barra de bebidas, indiferente del drama silencioso que viven sus amigos.

Es el cocinero quien se pronuncia al respecto:

—¿En serio no te la vas a comer?

Stakes se detiene y voltea a ver la hamburguesa. Hace una mueca de disgusto o indecisión: son dos o tres segundos que a Spavone le parece necesitan una buena engrasada para avanzar al ritmo que deben.

Está apunto de soltar una maldición cuando Steve Galli regresa y se planta al borde de la mesa:

—Que sea para el camino —dice antes de tomarla con la mano libre.

Le da las gracias al cocinero y se la encaja en la boca.

14.

Spavone y Malik lo siguen a la calle. Al parecer, Steve Galli tiene más hambre de la que decía tener: cuando lo alcanzan ya solo le queda la mitad de su hamburguesa.

El cuarto o quinto mordisco lo da a mitad de la pista, a pocos metros de su Nissan. Spavone ve el momento exacto en el que la paprika empieza a causar estragos en el organismo de Stakes: el sujeto se detiene, escupe una bola de comida y se toma del cuello con ambas manos. Desde donde está, tanto Spavone como Malik oyen lo dolorosas que se han vuelto sus inhalaciones. O sus intentos por seguir inhalando aire.

—Está funcionando —dice Malik, sin dejar de prestar atención el espectáculo que es ver morir a un hombre—. Suena a que no lo va a lograr.

Spavone está de acuerdo: no es la primera vez que asiste a dicho espectáculo, aunque debe admitir que la muerte por asfixia es de las peores. Ha visto accidentes de motocicleta, balas perdidas que entran por el cuello y miembros triturados por enormes máquinas en distintos

tipos de fábricas, pero ninguna de ellas puede competir con la simplicidad y sutileza de una anafilaxia que es capaz de oprimir sin misericordia alguna el pecho y la garganta al mismo tiempo. Alguna vez oyó a un paramédico describirlo como si se lo explicara a un niño de preescolar:

—Es como si llevaras un rinoceronte invisible sentado sobre el esternón.

Y vaya que el que ahora lleva encima Stakes debe ser un macho de no menos de dos toneladas: el hombre está de rodillas en el suelo. Pronto empieza a gatear de vuelta al bar del que acaba de salir. Las venas de su cráneo se hinchan como cables de internet trasatlánticos.

—Ahí lo tienes —dice Spavone, con la misma frialdad con la que le metió el cañón de su arma a la boca tiempo atrás—. Disfruta tu hamburguesa.

Desde dentro del bar, alguien da el aviso a los demás: en un parpadeo, Mitch, Canas y el cocinero están también en la calle, observando aterrados lo que está ocurriendo con Stakes.

—¡Alguien llame a emergencias! —grita Canas, mientras corre hacia donde está Stakes.

Mitch saca su teléfono: le muestra la palma a un auto que intenta pasar.

El cocinero retrocede lentamente hacia el interior del bar. Mira a ambos lados de la calle, se quita el mandil perdido de grasa y echa a correr en la misma dirección a la que Spavone y Malik han echado a andar.

Malik se aparta a tiempo y el cocinero no interrumpe la huida para estornudar.

—Fue más sencillo de lo que parecía —dice el mesero.

—Siempre parece más sencillo cuando ya todo ha terminado —dice Spavone, cuya única misión ahora es poner un pie delante del otro hasta que algo más ocurra.

Lo más probable es que para cuando la ambulancia llegue, nadie en este mundo pueda hacer algo por Steve Galli. Spavone se lo imagina despertando en un par de horas más en la habitación que tiene cerca del límite de la Villa ucraniana sin saber qué está ocurriendo y emprendiendo su propio camino de descubrimiento. *Quizá pueda dirigirme hacia allá para no perderme la estúpida expresión de su cara*.

Y aun así, la sensación que tiene no se parece mucho a la que tendría después de un gran triunfo.

—Pero no podemos irnos, señor Kiki —dice Malik, frenando en seco—. Tenemos que volver por *paradaaada*.

—Él estará bien: es bastante más inteligente que muchos de los perros que he conocido.

—Es cierto pero… no puedo dejarlo así. Al menos, debo saber que estará en un lugar seguro cuando ni usted ni yo estemos.

—No creo que tengamos tanto tiempo como para encontrar un lugar así en Nueva York —responde Spavone, apurando el paso.

Cruzan la calle y llegan una zona mucho más comercial: hay salones de belleza, comida china, alguna iglesia metodista y tiendas de celulares y electrodomésticos en general. Otra de las grandes características de la ciudad: es una totalmente distinta de una cuadra a otra. Eso sin mencionar al vagabundo que duerme abrazado a una bolsa de papel y cuyas piernas tanto Spavone como Malik procuran, instintivamente, no pisar.

—Entiendo, señor Kiki —dice Malik, dejándose tomar por los nervios—, pero aun así. Mi lugar está con él. ¿Sabe? Cuando uno es niño en la India, aprendemos que cada criatura es en sí misma… ¿Señor Kiki?

Spavone se ha detenido frente a un escaparate en el que se lucen media docena de pantallas planas. Son poco más de las dos, demasiado temprano para el noticiero de la tarde, de modo que lo que está viendo ahora es un informe especial.

Y vaya que lo es.

Lo que ha llamado su atención, en primer lugar, han sido un par de capturas de un video tomado en el metro: es Bondi huyendo dentre las manos del gigante que lo había atrapado. Luego, algunos segundos extraídos directamente de las cámaras de seguridad de la Unidad, donde se ve a Bondi saliendo a toda velocidad de la oficina de Thomas Dean, tomar el pasillo y correr en dirección a la salida: apenas una mancha blanca que va al ras del suelo a la velocidad del rayo. REAPARECE HURÓN PORTADOR DEL VIRUS EN DEPENDENCIA POLICIAL, reza el titular. Sin embargo, es el siguiente en aparecer en el cintillo bajo la narradora de noticias el que lo ha obligado a detenerse.

Tiene que ser una puta broma, se dice Spavone.

Malik vuelve a mencionar su nombre, a preguntarle qué le ocurre, pero para Spavone no hay nada más importante en ese momento que el aviso que aquella atractiva mujer está compartiendo en televisión nacional y la fotografía del sujeto que lo acompaña.

Por primera vez desde que está muerto, Kiki Spavone siente algo parecido a su estómago descolgándose y atravesando sus intestinos.

Porque según lo que está diciendo Kelly Rogers de Fox News, acaban de identificar a su verdadero asesino.

Segunda parte
Negocios con la mafia

15.

Un error lo comete cualquiera. Incluso un tipo con tanta experiencia como Filippo Bagarella, conocido en las calles de Brooklyn y Queens como «Jingles»: cuatro horas antes, mientras Kiki Spavone iba camino de la Anderson School para despedirse de su hija, una patrulla le dio el alto a Jingles dos manzanas después de haber embestido un histórico buzón de correos ubicado en la 36, justo en medio de Dutch Kills.

Los oficiales creyeron que se trataría de un típico 6-11(«Conductor ebrio»), con lo cual en menos de una hora estarían de vuelta a su recorrido de rutina en busca de acción de verdad. No contaban con que su detenido, un tipo cuyo rostro habían visto más de una vez adornando el organigrama de una de las cinco familias, tuviera algo más que botellas de bourbon vacías en el piso de su lujoso Mercedes GLS; el mismo que, por supuesto, no estaba registrado a su nombre.

—Vamos, campeón, es hora de ir a la cama —dijo el oficial Ben Palmer, mientras ayudaba a Brown, su adjunto, a bajar a rastras a Jingles, tal como solía decirle a su hijo de cuatro años, toda vez que este se quedaba dormido en el mueble de la sala.

Palmer se comunicó con la central para que la enviara una grúa, no sin antes accionar «accidentalmente» el botón para abrir el baúl. En ese momento, tanto él como Brown supieron que no volverían a su recorrido de rutina y que quizá deberían agenciarse un peine con el cual lucir presentables cuando recibieran las felicitaciones correspondientes: allí, torpemente ocultos bajo la llanta de repuesto, había nueve kilos de cocaína. Una incautación de cerca de trescientos mil de los grandes que a ambos oficiales les sonaron a un par de bien merecidos ascensos: a Brown, por ejemplo, le costó lo suyo aguantar

las lágrimas mientras redactaba el informe.

Jingles fue conducido a la comisaría del distrito 108 junto con su valioso cargamento, donde el detective Draper lo esperaba con un puñado de aspirinas, seis latas de Red Bull, las mangas de la camisa remangadas y una sala de interrogatorio reservada especialmente para él.

La primera media hora fue infructuosa: Jingles apenas si se quejó por las bofetadas que le propinó el detective. Draper, un tipo bastante profesional que quería creer que su terapia para el control de la ira de veras le estaba sirviendo de algo, decidió darle una hora más para dormir la mona. Ordenó que le hicieran el examen toxicológico y que le trajeran el expediente Bagarella para poder echarle un vistazo. Salió a la calle a fumarse un par de cigarrillos, hacer un par de llamadas y revisar su correo. Pasada dicha hora, el detective volvió a entrar a la sala de interrogatorio con una cubeta llena de agua helada: Jingles empezó a sacudirse sobre la mesa atornillada al piso como un atún sobre la cubierta de un barco pesquero.

El detective abrió la primera lata de energizante y se la extendió a su detenido:

—¿Cómo te llamas?

—…

—¿Sabes qué día es hoy?

—N…

—¿Sabes donde estás?

—Esto es… Es…

—¿Alguna vez has estado en Rikers Island?

—No… no —respondió Jingles, después de sacudir cuando fuerte pudo su cabeza.

—¿Sabes lo que le hacen ahí a los tipos de menos de metro setenta, como tú, ahí adentro?

—…

—¿Te gustaría hablarme de la coca que llevabas en el baúl?

—No.

—¿No te gustaría?

—No puedo.

—¿Sabes lo que son veinticinco años de…? —Preguntó Draper, haciendo un sonar el dorso de su mano derecha contra la palma de su mano izquierda—. ¿Te lo imaginas?

La imagen consiguió ablandar —o espabilar— algo más a Jingles: empezó a sudar el alcohol por los poros de su frente y mejillas.

—Sí… Bueno, no…

—Entonces vas a tener que hablar conmigo sobre la coca.

—…

Draper intentó echar mano de alguno de las técnicas aprendidas durante las sesiones de terapia: visualizar el mar, contener sus inhalaciones durante cinco o más segundos o darse un leve masaje en las cienes con las yemas de los dedos. Ninguna acabó por convencerlo. Decidió optar por algo más elocuente de cara a su detenido: estampó ambos puños contra la mesa, haciendo brincar la lata a medio beber de Red Bull.

—Te tenemos en cámara, impactando contra aquel buzón. Tus muestras de sangre arrojan cifras dignas de un programa concurso. No solo eso: te cogimos mientras transportabas nueve kilos de coca de un lado a otro de la ciudad, en un auto a nombre de una de las empresas de tus jefes. Si no empiezas a cantar ahora, maldito inútil, ten por seguro que…

—¡Sé quién mató al policía! —gritó Jingles, repentinamente lúcido.

Y así fue cómo inició la negociación.

16.

Jingles no le temía tanto a la prisión de Rikers Island como a la extradición: tenía dos condenas por crimen organizado esperándolo devuelta en Italia, el país del que se había marchado hacía siete años para, según creyó entonces, no volver jamás.

Lo segundo a lo que le temía era Matteo Pizzolatto Dinaro, nuevo jefe de la familia Pizzolatto desde hacía dos años, y a su gusto por torturar a personas haciéndole tragar peces vivos: pequeños atunes que resbalaban por la garganta generando una indescriptible sensación de ahogo y que nadaban frenéticos en el estómago por varios minutos antes de dejarse morir. La peor parte quizá fuera el tener que arrojarlos de vuelta por donde habían entrado: comer dos o tres kilos de pescado crudo no es el tipo de indigestión que pueda solucionarse con una botellita de Pepto.

Que Jingles supiera, nadie había logrado vencer la barrera de los cuatro atunes. Nadie que hubiera quedado vivo para contarlo, claro.

A sus cuarenta y seis años, Filippo Bagarella no tenía la menor intención de probar suerte con los escurridizos peces de Pizzolatto cuando se viera obligado a rendirle cuentas, de modo que prefería cerrar la boca con respecto a la coca y sacarse el único as que llevaba bajo la manga.

Draper, bastante más sereno, le hizo su mejor oferta: pago de una sustanciosa reparación a la ciudad y reducción de pena con la posibilidad de transformarla en arresto domiciliario. La extradición quedaba totalmente fuera de la mesa. Eso a cambio de información que conduzca a la captura del asesino del inspector Enrique Spavone. Un delito grave por otro mucho más grave.

Jingles aceptó de buena gana.

Antes de empezar a brindar la información preguntó si le podían abrir otra Red Bull ya que la anterior había quedado regada por el suelo.

—Tómala tú mismo —respondió Draper liberando a Jingles de sus esposas.

—Gracias.

—Antes de que me cuentes lo que sabes, quiero que me aclares cómo es que terminaste así de ebrio y al volante.

Después de titubear durante algunos segundos, dijo:

—Mi madre acaba de fallecer.

—Vaya, lo siento —dijo Draper, recordando que, según el archivo de Bagarella, su madre había muerto veinte años atrás—. Bien, será mejor que empecemos con esto —y encendió su detector de patrañas metal.

Horas después, Kiki Spavone se encuentra frente a un televisor que le dice que lo más probable es que se haya cargado al tipo equivocado.

Malik señala la fotografía del hombre en la pantalla: su dedo atraviesa el cristal del escaparate pero él no parece darse por enterado.

—Esa sí que es una quijada cuadrada. ¿Lo conoce?

Spavone asiente:

—«Little Joe» Verro. Asesino a sueldo de la familia Pizzolatto.

El mesero rebusca entre sus magros conocimientos y referencias criminales.

—¿De la mafia?

—La cosa nostra, sí.

—¿Como El Padrino?

—Más violento. Y con autos que contaminan menos.

Malik vuelve a virar al hindi. Spavone ni siquiera se molesta en descifrarlo. Sigue mirando la pantalla donde ahora hay un reportero entrevistando a un detective cuyo nombre, según el cintillo, es Solomon Draper, del distrito 108. A Spavone no le suena de nada.

Devuelta al español, Malik logra dar con un nuevo motivo de preocupación.

—Si Stakes es inocente… —va atando cabos mientras sus globos oculares amenazan con brincar desde sus cuencas—. Eso quiere decir

que…

El hindi de Malik regresa con nuevos bríos: *Si alguien además de mí pudiera oírlo, ya habría llamado al 911*, piensa Spavone.

—Nosotros… *paradaaada*… ¡Hemos asesinado a un inocente!

La noticia es reemplazada por un anuncio de dentífrico. Spavone se vuelve para contemplar la angustia de la que está siendo presa el mesero.

—¡Hey! ¡Oye! No sabemos si realmente es inocente, ¿de acuerdo?

—¡No lo sabemos! ¡No lo sabemos!

—Estuvo en la escena del crimen antes y tiene motivos para quererme fuera del juego. Eso lo sabemos. Las investigaciones sueles ser así: hay más de un sospechoso, cada cual con distintas pistas que los incriminan.

—Si ese hombre es inocente —dice Malik, señalando calle abajo, donde desde hace pocos segundos se oye el ulular de una sirena— nosotros hemos cometido una *anyaay*, una injusticia y la vamos a pagar en la otra vida. ¡Qué va a ocurrir cuando nosotros…!

Spavone siente el momento exacto en el que su última gota de paciencia se evapora: toma a Malik del chaleco con ambas manos y lo trae hacia sí.

El mesero se queda sin habla.

—¡Estamos muertos! —dice Spavone a dos centímetros de la cara de Malik—. ¡Muertos! ¿Me oyes? No existe nada peor que esto. Si te da miedo despertar mañana siendo una puta mosca, volverás justo aquí, donde estamos ahora, ¿está claro? Al parecer el infierno no existe, lo que, imagino, también es una buena noticia para todos. Pero ahora no es el momento para andar llorando a un sujeto cuyo mayor mérito quizá sea saber cuándo debe quedarse callado y no contarle a sus amigos lo mal que se ha estado portando. Lo que toca ahora es seguir adelante en esta investigación en la que tú mismo provocaste que me metiera, ¿lo recuerdas? ¿Eh?

Por primera vez, Spavone cree advertir el parecido entre Nimay Malik y la reencarnación de su bisabuelo: el mesero tiene el aspecto de un pequeño animal asustado e indefenso. Asiente apenas y Spavone lo suelta.

—Lo siento, señor Kiki.

—No importa —dice Spavone, confiado de que aquel mal rato pronto se convertirá en algo útil para Malik. En esta vida o en la próxima.

La calma vuelve a asentarse entre ambos con la paciencia de una primera nevada. La ambulancia no se oye más: quizá Stakes logre llegar a un hospital. Quizá no.

—Puede ser que estemos a tiempo de llegar al fondo de esto —dice Spavone, poniéndose en marcha nuevamente y esquivando a un

paseador de perros que camina con el cuerpo tirado hacia atrás: los dos dálmatas, el mastín napolitano y el cocker spaniel que van por delante apuntan sus narices hacia el rastro que parece haber dejado Spavone—. Si nos apresuramos.

—¿A dónde vamos?

—Al distrito 108. No está demasiado lejos.

Se ve obligado a detenerse tres metros más allá: Malik no lo está siguiendo.

Spavone voltea. No necesita preguntarle al joven mesero qué le ocurre: decide concederle su deseo con el fin de limar cualquier aspereza que su «llamado a la cordura» haya podido dejar.

—Bien. Primera vamos a ver qué carajos hacer con el ebrio de tu bisabuelo.

Malik está a punto de echarse de rodillas, pero Spavone lo evita tomándolo del brazo y tirando de él devuelta al Glass Floor.

17.

El bar está cerrado: un par de cadenas y un candado bloquean la entrada a cualquiera que, a diferencia de Spavone y Malik, no tengan la facultad de atravesar paredes.

—Quizá el cocinero se lo pensó mejor y regresó para asegurar el chiquero que le da de comer —dice Spavone, una vez que está del otro lado: las luces están apagadas, es casi imposible diferenciar el bar de un almacén abandonado o una bodega cualquiera. Quizá sea una idea suya, pero atravesar la puerta le ha parecido algo más sencillo que las veces anteriores.

Malik aparece dentro del antro en penumbras.

—Eso se sintió…

—¿Más fácil? —dice Spavone.

—Sí, así.

—Sí, también lo sentí. Quizá realmente no nos quede mucho tiempo y estamos empezando a… —la palabra se queda atorada por un segundo en su garganta: estar muerto sigue siendo relativamente nuevo para él—. Empezando a desvanecernos.

Han pasado algo más de seis horas desde que Spavone despertó en su cama. Si han bastado para que su «corporeidad» disminuya a un nivel tan notorio, entonces no cree que ni Malik ni él vayan a superar

la barrera de las veinticuatro horas. Ni en su mejor momento ha sido capaz de resolver un caso en tan poco tiempo.

No lo dice, pero, en el fondo, espera no haberse equivocado con Stakes. *Y si es el caso, espero que la maldita ambulancia haya llegado a tiempo*.

—Vamos de una vez a ver al viejo —le propone al mesero.

Caminan hasta la barra de bebidas. Bondi sigue durmiendo, solo que ahora descansa con el vientre apuntando al cielo.

—Yo diría que va a estar ahí un rato más —dice Spavone.

—Imagino que sí —dice Malik, arrodillándose para verlo más de cerca—. Duerme durante todo el día y hoy ha corrido todo lo que nunca corrió en su vida. O en todas. Me alegro de que se haya reencontrado con su amado feni. En el hotel apenas si podía traerle algo de whisky por las noches. Se lo bebe mientras le leo algún cómic. Se porta como si fuera un niño.

A Spavone le parece ver a Malik llevarse dos dedos a la frente para luego colocarlos entre los ojos del hurón. Al hacerlo, murmura algunas palabras en su idioma natal: una especie de beso de las buenas noches al estilo indio.

—Aquí no habrá más acción hasta mañana —dice Spavone—. Estará seguro.

—Me gustaría saber qué hacer con él cuando terminemos aquí, señor Kiki.

Spavone asiente, pensando a su vez en Alessia: cada cual tiene un ser amado a quien dentro de poco dejará atrás. Al menos, en su caso, su hija no se quedará sola. *El bueno de Bondi tendrá que arreglárselas solo, durante el puñado de años que le queden por delante*, piensa.

Nimay Malik vuelve a ponerse de pie. No está llorando, pero su semblante no es en absoluto festivo.

—¿Qué pasó con tus padres? —se le ocurre preguntar a Spavone—. ¿Qué es lo que sabes?

Malik no se sorprende con la pregunta: es muy probable que una parte de su mente haya estado pensando en ellos en ese momento.

—No mucho. Vinieron aquí hace diez años, a trabajar. Fueron echados de su empleo al mismo tiempo. No eran muy jóvenes y no pudieron encontrar otro. *Pita*… Mi padre no tenía buena salud. La última vez que hablé con él estaba muy preocupado, su voz temblaba. Semanas después nos avisaron que habían fallecido.

—¿Quién les avisó?

—Una mujer, una amiga suya, llamada Irina. Había trabajado con ellos alguna vez, durante sus primeros años en Norteamérica y desde entonces no les había perdido el rastro. Sabía que estaban solos. Una buena persona.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Que mi padre había sufrido un infarto cerebral y que estaba en un hospital. Dos días después mi madre también cayó enferma.

—¿Dijo en qué hospital?

—Supongo, sí. La verdad no lo recuerdo. En ese momento yo no…

—Entiendo. Una vez aquí, ¿pudiste comunicarte con ella?

—No. Tenía una dirección, pero el lugar estaba desocupado. Supongo que llegué demasiado tarde. Era un departamento de Hoboken.

—¿Sabes algo más sobre ella? ¿Su apellido al menos?

—Robins. Solo eso.

—Lo siento.

—Al menos pude ver dónde fueron enterrados. Yo… los iba a ver en mis días libres.

La mirada de Malik no refleja angustia, tampoco su voz: las palabras salen al mundo frías, cortantes. Spavone puede imaginar sus noches dentro del cuartucho que ocupaba con Bondi en la última planta del hotel Belvedere: una cadena de pensamientos interminable, teñidos de una rabia silenciosa contra el mundo y contra sí mismo.

También puede imaginarlo parado frente a la tumba de sus padres, *con algo de lluvia*, prometiéndose hacer algo al respecto. *Repatriarlos, quizá*, piensa Spavone.

No es sino hasta ese momento en el que advierte los puños apretados del joven mesero.

—Si quieres podemos ir a verlos —dice Spavone, esperando que Malik diga que no: una desagradable sospecha ha empezado a crecer en su mente desde que vio la fotografía de Little Joe en las noticias y tiene toda la intención de quitársela de encima.

—Podría ser —dice Malik, soltando por fin los puños—. Si es que hay tiempo.

—Claro, seguro.

Spavone está buscando una nueva forma de decir que si no se ponen en marcha ahora no habrá tiempo de nada, cuando es el propio Malik quien pasa por delante de él y cruza el bar en penumbras de camino a la puerta.

18.

El edificio que ocupaba la comisaría del distrito 108 no era tan moderno como el que albergaba la Unidad de Spavone: se trataba en realidad de una vieja estación de bomberos que había sido

abandonada a principios del siglo pasado, reocupada —y remodelada— por la policía y que cada cierto tiempo necesitaba alguna fumigación por la aparición de ratas.

Al menos es lo que Spavone ha escuchado.

—¿Y eso por qué? —pregunta Malik, mientras recorren el tramo que separa la comisaría de la estación del metro por la que acaban de emerger.

—El alcantarillado es antiguo, tiene más de cien años: mientras siga funcionando no lo van a cambiar. Solo Dios sabe lo que corre ahí adentro. Con suerte solo han salido ratas de ahí y no un puto caimán.

Durante el viaje la preocupación ha sido otra: sin Bondi para ser su «brazo operativo», el equipo no tiene forma ni siquiera de accionar un interruptor.

—Sí, probablemente eso sea un problema —ha dicho Spavone, analizando el asunto sin mucho entusiasmo, creyendo advertir un callejón sin salida.

El asunto de las ratas, sin embargo, le da una idea.

—Al parecer, si todo lo que ha ocurrido durante las últimas horas es cierto y no estoy a mitad de una viaje provocado por LSD o la oxicodona, cada animal posee un alma o un espíritu o un…

—*Aatma*.

—Eso, y esa *aatma* probablemente, en algún momento, estuvo dentro de un cuerpo de hombre o mujer, ¿cierto?

—Supongo que sí.

—Supones. Bien, con eso me basta —dice Spavone, quien camina ya sin preocuparse de esquivar personas: una retahíla de estornudos hacen que los transeúntes se dirijan miradas recelosas. Continúa—: Eso quiere decir que, en teoría, debería ser posible para cualquiera de nosotros comunicarnos con ese espíritu y solicitar su ayuda, tal como lo hicimos con tu bisabuelo.

Malik salta hacia un lado para no atravesar a un tipo que va cargado con varias cajas de frascos de vidrio, lo cual Spavone encuentra bastante acertado.

El mesero reflexiona algunos segundos.

—Supongo que estás en lo correcto.

—Supones, estupendo.

Spavone observa una fila de personas esperando entrar a una tienda: supone que se trata de un nuevo modelo de iPhone o algo por el estilo. Malik también se detiene a verla: intenta atisbar entre las personas cuidando de no «tocar» a ninguna.

—Creo que es una librería —dice el mesero. Suena repentinamente entusiasmado—: Quizá tengan el número doscientos treinta de las aventuras de…

—¡Camina! —dice Spavone, exasperado ante la idea de que tantos

hombres mayores de veinte sigan disfrutando con historietas escritas para niños sin pelos en las bolas. *Le ha quitado su lugar al porno*.

Llegan a la entrada de la comisaría: Spavone pone un pie en el primer escalón.

—¿Y nunca lo has intentado?

—¿Qué cosa, señor Kiki?

—Comunicarte con otras criaturas de esa forma.

—Bueno, una vez, cuando era niño. Que recuerde.

—¿Cómo? ¿Con cuál?

—Con un perro.

—¿Un perro?

—Perra, más bien. La perra de un amigo. Decían que dentro llevaba el alma de su madre, que había muerto durante el parto. Era una perra muy bonita, muy serena, jamás la vi jadear como hacen otros perros. Tenía una mirada muy especial, sentías que entendía cada cosa que querías decirle. Un día me acerqué, le presenté mi respeto, le dije que era amigo de su hijo y que quería presentarme. Y eso fue lo que hice.

—¿Y qué pasó?

—Me dio la pata.

—Wow.

—Sí, bueno, es lo que recuerdo.

—Sí, bien, toda una experiencia.

—Sé que no parece gran cosa, señor Kiki, pero si usted hubiera visto aquellos ojos…

Pero Spavone ya va tres peldaños por delante y no termina de escucharlo.

Es la primera vez que Spavone «está» en la comisaría del distrito 108. El linóleo de ajedrez y las divisiones en madera oscura le confirman todo lo que él pretendía saber sobre la arquitectura del lugar.

Los reciben también el clásico ulular de los teléfonos y un gran mostrador aparentemente de roble que divide las dos alas en las cuales está dividida la comisaría y en el cual hay acodadas un par de personas: una de ellas, una madre que, entre sollozos, pide saber el motivo por el cual su hijo está detenido.

Spavone elige el ala derecha, indica a Malik el camino. Están a punto de dejar atrás el recibidor cuando una voz familiar llama la atención del agente encargado del mostrador:

—Detective Thomas Dean —dice el amigo de Spavone, asomándose por encima de la cabeza de la desconsolada mujer: su voz suena amortiguada por la mascarilla que lleva puesta—. Vengo a ver al detective Draper.

—Un momento, detective —responde el agente y levanta uno de las

bocinas que tiene delante, la del intercomunicador. Informa del visitante y vuelve a colgar.

—¿Es el dibujante? —dice Malik.

—Así es —responde Spavone.

—¿Por qué lleva eso en la boca?

—Probablemente tu peludo bisabuelo tenga que ver.

Spavone sonríe: no solo por el temor que debe sentir Dean de estar infectado por el supuesto «Virus del hurón», sino por el hecho de que ambos están tras las mismas pistas, tal como solían hacer cuando eran compañeros de equipo. Una vez más, es gratificante verlo tomar la iniciativa en la investigación. *Quizá debí haberlo dejado brillar un poco más*, piensa Spavone.

—¿Está aquí por el mafioso?

—Así parece. Viene a ver qué es lo que tienen por aquí, de dónde salió el nombre de Little Joe.

—Entiendo.

—Va a ser de gran ayuda: solo tenemos que seguirlo y prestar atención a todo lo que le diga Draper.

Segundos después, el intercomunicador y el agente contesta. Dean recibe el pase: Draper lo espera al final del pasillo de la izquierda, en la sala de conferencias.

Spavone y Malik van por detrás de Dean. *Incluso su joroba ya no se ve tan pronunciada*, piensa Spavone.

Thomas Dean entra a la sala de conferencias y estrecha la mano que le ofrece su equivalente del distrito 108:

—¿Todo bien, detective? —pregunta Draper, señalando la mascarilla.

—Eh… Sí. Al parecer estoy iniciando un resfriado y no quisiera…

—Entiendo. Asiento, por favor —dice Draper, señalando una de las sillas vacías alrededor de la mesa ovalada: sobre la superficie hay algunas carpetas y fotografías sobresaliendo de ellas. Draper empuja una caja de pastelería a medio abrir hacia Dean—: ¿Donas?

—Estoy bien, gracias detective.

—Es como en las películas —dice Malik, excitado—. Ese me hace recordar al comisionado Gordon.

—¿A quién? —al igual que la caja de donas, la atención de Kiki está también sobre la mesa: realiza un paneo sobre los archivos leyendo las etiquetas. Lo que ve no le sorprende lo más mínimo: todos están relacionados con la familia Pizzolatto, la dueña absoluta de las calles de esa parte del estado.

Draper pone a Dean al corriente: hace un resumen sobre la captura de Jingles, sus antecedentes y el trato al que han llegado y que está a la espera de que el fiscal le dé el visto bueno.

—Esperamos que no pase de hoy —dice Draper, mientras su mano hurga en la caja de donas hasta dar con una rellena de fresa—, pero por lo pronto podemos facilitar la información que le resulte útil, detective.

—Y lo agradezco mucho. Como le comenté por teléfono, se trataba de… un buen amigo —responde Dean, acomodándose la mascarilla sobre el puente de la nariz. Los cristales de sus gafas se empañan con cada nueva exhalación: el vaho choca contra las capas de algodón y poliéster y regresa hacia él.

—Lo entiendo, no tiene que explicar nada más. Vamos al grano.

El resto de la dona desparece en la boca de Draper: el detective se quita el polvo de azúcar que ha quedado entre sus dedos dando un par de palmadas. Se pone de pie y se ajusta las mangas de la camisa alrededor de sus velludos antebrazos.

—Según Bagarella, el asesino es Constantino Verro, alias «Little Joe». ¿Está familiarizado con el clan Pizzolatto?

—No demasiado —dice Dean.

—Miente —dice Spavone.

—¿A qué se refiere? —pregunta Malik.

—Hemos hablado de la familia Pizzolatto en más de una ocasión. Hasta donde recuerdo, T tiene las cosas bastante claras al respecto.

—¿Entonces por qué dice que no?

—Para ver qué es lo que tiene Draper. Y si no le está ocultando algo.

—Bien —dice Draper, dejándose engañar por la actitud de «no las tengo todas conmigo» que utiliza Dean—. Un poco de contexto, primero: la familia Pizzolatto es una de las más poderosas del estado —dice Draper, abriendo la carpeta más gruesa que hay sobre la mesa: despliega un mapa del estado en blanco y negro—: Controlan el tráfico el negocio de la droga y la prostitución en Queens y el norte de Brooklyn hasta Crown Heights. De ahí es donde sacan la mayor parte de su dinero. Sin embargo, también tienen redes de negocios que van desde casinos hasta lavanderías, pasando por clubes nocturnos, discotecas, etc. Nada fuera de lo común.

—Entiendo, claro.

—Eso hasta un par de años, cuando el que mandaba era Calogero Pizzolatto, nacido en Italia, el último dinosaurio que quedaba en barrio —Draper coloca una foto donde se observa a un septuagenario ataviado con un largo abrigo oscuro, bajando de un lujoso Lincoln de tonelada y media—. Calogero nunca había querido entrar en negocios con el gobierno estatal ni nada por el estilo: prefería seguir pagando sobornos a quien correspondiera para que lo dejaran operar sus negocios tranquilo, negocios que él podía entender. Un caballero, que veía la violencia como un recurso y no como una diversión.

Lamentablemente, falleció hace dos años, incapaz de seguir dándole batalla al maldito *cangrejo*.

—¿Dijo cangrejo? —pregunta Malik.

—Cáncer —dice Spavone.

—¿Y por qué no dijo…?

—Shhh.

—Y si digo lamentablemente —continúa Draper— es básicamente porque el encargado de asumir el liderazgo de la familia luego de la muerte de Calogero fue su hijo, Matteo Pizzolatto, dos veces más inteligente que su padre y veinte veces más cruel —el detective saca una nueva fotografía que coloca junto a la anterior: es una toma de una hombre entre los treinta y cuarenta años que toma el sol en la cubierta de un yate en lo que, de acuerdo a los rascacielos que se ven al fondo, parece ser Upper Bay. Pizzolatto hijo recibe la luz del sol con unas grandes gafas oscuras y su piel llena de tatuajes—. Entre sus grandes «innovaciones» ha hecho que los hombres que tiene bajo su mando reciban adiestramiento de sus socios del sur, Los Zetas.

—¿Los narcotraficantes?

—Exacto —dice Draper—. El nuevo acuerdo no solo consta de mercancía de alta calidad, sino también de un par de semanas cada cuatro meses en Veracruz, en las que sus soldados van a ser adiestrados en el uso de armas de largo alcance, tácticas militares y, las favoritas de Matteo Pizzolatto, técnicas de tortura.

—Todo un visionario —dice Dean, tomando las nuevas fotos que le alcanza Draper: imágenes tomadas a medio kilómetro de distancia de un campo de entrenamiento, en el que una docena de hombres rodean un auto.

—Esas son de un secuestro simulado, según información facilitada por la CIA —explica Draper—. Uno de aquellos hombres ha sido identificado como Constantino Verro.

—Little Joe —dice Dean.

—Así es. Ahora bien, la segunda gran diferencia con el reinado de su padre, son los tratos de que Matteo ha entablado con la ciudad: construcción, concesiones, etc.

Draper pone una nueva carpeta frente a Dean: en ella ya no hay fotografías, sino actas empresariales, contratos y estados financieros.

—Matteo ha delegado esa nueva área de su negocio a un sujeto dentro de su organización: más un contable que un mafioso, pero que no por ello deja de ser un pésimo elemento.

—¿Quién? —pregunta Dean, recibiendo una última fotografía de manos de Draper.

—Regienald Kray. Hasta hace poco, un lobista de distintos sindicatos de transporte y construcción, y que ahora integra la flamante organización de Pizzolatto. Un tipo que ha reemplazado sus

viejos trajes de supermercado por armanis de dos mil dólares.

En la foto que sostiene Dean, y que, por sobre su hombro, también observan Spavone y Malik, se ve a Kray saliendo del edificio que ocupa el municipio de Manhattan, cerrándose el segundo botón de, precisamente, uno de aquellos lujosos trajes como de tela metálica.

—Mierda —dice Spavone, echando la cabeza hacia atrás—Hijo de puta.

—¿Qué ocurre, señor Kiki? —pregunta Malik.

—Lo conozco.

—¿A quién? ¿A cuál de todos?

—A Kray.

—¿Y…?

—Lo conocí hace tres meses, quería charlar conmigo —dice Spavone que, aún más que el rostro de Regienald Kray, lo que recuerda es la forma en la que el sujeto tiraba delicadamente de los puños de su traje, intentado desaparecer cualquiera asomo de arruga.

—¿Sobre qué?

—Sobre la campaña de Travis Deck —responde Spavone, lanzando una patada contra la mesa.

Que no choca con nada.

19.

Para Spavone no es difícil recordar el día en que encontró a Regienald Kray recostado despreocupadamente sobre su Mustang, quitándose algún hilo imaginario de la superficie metalizada de su traje caro: fue el mismo día en el que se acostó por primera vez con Selina.

De hecho, fue el día en que también la conoció a ella.

Eran poco más de las diez de la mañana. Spavone acababa de llegar a la taberna que hay a la vuelta de la Unidad a por un «desayuno de campeones», como solía referirse a cualquier copa que se tomara antes del mediodía.

La noche anterior había dedicado algunas horas a darle seguimiento a un caso de homicidio en primer grado: una mujer en Harlem había apuñalado a su mejor amiga con unas tijeras de peluquería luego de que esta le confesara que estaba esperando un hijo del hombre con el que la primera se había casado hacía ocho años. El dato «curioso» era que, según los análisis de sangre, no había embarazo alguno. Al parecer, el marido era el que había convencido a la amiga de deslizar la mentira a ver si con eso podía conseguir el tan

ansiado divorcio: entre ambos nunca había habido nada más que un par se sesiones de chat llenas de lamentos de un lado y compasión del otro.

Un crimen estúpido que hacía que Spavone se alegrara de lo poco que faltaba para dejar todo aquello atrás.

«Figura pública». El rótulo volvía a brillar frente a sus ojos, opacando a la mujer de Harlem, sus tijeras y todos aquellos neoyorquinos que, el día menos pensado, se levantaban transformados en homicidas potenciales.

Como ese tipo del avión, Sully, se dijo Spavone, cerrando la carpeta con el registro telefónico y las declaraciones del estupefacto marido, *que luego de aterrizar en el Hudson no ha tenido que volver a pilotar para ganarse la vida nunca más*.

Mientras rumiaba las cifras que ganaría con sus conferencias alrededor del mundo y los libros que, después de la película, se pondría a escribir, Spavone decidió ir a por una copa.

Y luego, y otra más.

Y ahí estaba al día siguiente, en la taberna de Lou, ya sin tantas cifras en la cabeza, pero con las ganas de beber intactas.

Se sentó en la barra, estiró un brazo y tomó la botella de Jack Daniel´s de la que de todas formas Lou le iba a servir: si otro sujeto se hubiera tomado una libertad como esa, el buen Lou, un irlandés que, aunque ya retirado de los Highland Games, aún era capaz de arrojar un tronco de árbol a siete metros de distancia, le habría devuelto el brazo con tres o cuatro nuevas articulaciones.

La puerta se abrió justo cuando Spavone ya iba por su segundo *shot*.

Lou, que en ese momento se encontraba secando una jarra en forma de bota —apenas era capaz de introducir dos de sus enormes dedos en ella—, se detuvo en seco: la única mujer que veía entrar a su taberna era Myr, su hermana, que venía cada dos semanas a ayudarle con las cuentas.

Spavone se giró con el vaso a dos centímetros de los labios y reparó en el que quizá fuera otro detalle ante el cual Lou y los dos o tres hombres que también se encontraban bebiendo en ese momento, se habían quedado estáticos: el sastre beige con el que la mujer iba vestida no le impedía lucir arrebatadoramente sexy.

Spavone apuró el bourbon para no perderse cualquier otro detalle.

Lou seguía impávido: no tenía protocolo para una situación como esa.

La mujer caminó hasta una de las mesas, dejó caer media docena de archivadores sobre el tablero y exhaló un suspiro como si los hubiera llevado encima desde el día de su nacimiento.

—Quiero algo fuerte —dijo la mujer, mientras tomaba asiento.

Al ver que la capacidad de Lou para enfrentarse a «lo desconocido» aún estaba en punto muerto, Spavone tomó la botella de Jack Daniel ´s, dos vasos limpios y fue a sentarse a la misma mesa que la mujer.

—Espero que sea lo suficientemente fuerte —dijo Spavone, colocando dos dedos de bourbon frente a ella.

Creyó que iba a preguntar qué era, pero el líquido desapareció en menos tiempo que el que tomó el haberlo servido.

—Se acerca mucho —dijo la mujer, reprimiendo una mueca.

Spavone volvió a servir: esta vez llenó ambos vasos.

Dos rondas después, sabía que su nombre era Selina, que odiaba vestir de sastre y que acababa de ser despedida de su empleo como agente de bienes raíces.

—Los apartamentos no valen lo que cuestan, ¿eh?

—Salud por eso —y bebió el bourbon que quedaba en su vaso, esta vez sin asomo de mueca—. Desde 2008 nadie ha vuelto a comprar aquello que *dicen* que quieren comprar. Pero no solo es eso.

A Selina la habían despedido por cruzarle el rostro de una bofetada a un cliente que *sí* iba a comprar: no solo le había costado su empleo sino una comisión de cincuenta de los grandes, y otros cien directos a la empresa.

—Decirle que no a cincuenta mil dólares requiere de agallas —comentó Spavone.

—Más aún cuando acabas de comprar un piso nuevo y alguien debe pagarlo —respondió Selina, ofreciendo su vaso, nuevamente vacío—. Se requiere mucho más que eso para dejarme tocar el trasero

Fue el turno de Spavone de disimular: empezaba a sentir su sangre fluir a raudales hacia su entrepierna. Por un segundo, recordó el caso de la homicida de Harlem y se convenció de que Dean no tendría problema para encargarse de eso.

Desde la seguridad que le ofrecía su lugar tras la barra, Lou les dedicaba una que otra mirada de curiosidad: se preguntaba si a partir de ese momento tendría que acostumbrarse a atender mujeres. Al parecer, no había porqué variar la oferta del bar.

—¿Qué hay de ti? ¿A qué te dedicas? —las mejillas de Selina estaban cada vez más encendidas.

—Soy policía.

—¿Y qué tal va eso?

—Ni bien ni mal, supongo —respondió Spavone, preparándose para contar su maravillosa historia—. No creo que vaya por mucho más tiempo.

Cuando llegó a la parte de las entrevistas telefónicas que estaba teniendo con Marvin Holmes y el guionista que habían contratado, un tipo sujeto llamado Alex, la botella de Daniel´s estaba vacía. Spavone

le propuso a Selina seguir la conversación en otro lugar. Quizá su apartamento.

—Tal vez lo venda para mudarme.

—Eso suena interesante —respondió Selina, echándose el cabello hacia atrás. *Acalorada*, pensó Spavone.

—Sí, y te aseguro que soy el tipo de hombre que reconocen el verdadero valor de algo cuando lo tiene al frente —dijo Spavone, pronunciando cada palabra con una lentitud lo suficientemente elocuente.

Se levantaron de la mesa dejando atrás los archivadores con fotografías de las propiedades que Selina ya no iba a preocuparse de vender y algunos billetes para que Lou los tomara cuando estuviera listo.

Todo estaba saliendo a pedir de boca para Spavone. Hasta que llegó a su auto y se encontró al sujeto que estaba bloqueando la puerta por la que pensaba hacer subir a Selina.

20.

—¿Y qué hizo? —pregunta Malik.

—Le pregunté qué carajo estaba haciendo sobre mi auto —dice Spavone, pellizcándose la nariz con el índice y el pulgar derechos, intentando recordar con la mayor precisión posible su encuentro con Regienald Kray—. Le romí la nariz y lo dejé tendido en el suelo.

—¿Así como así?

—No, claro que no. Intercambiamos un par de palabras. Me dijo que quería hablar un minuto conmigo y se corrió para darle paso a Selina.

—¿La chica que había encontrado en la taberna?

—Sí, ella. Entró al auto y Kray le aseguró que no tomaría más de un minuto.

—¿Y qué le dijo?

—Que quería hablarme sobre la campaña de Travis Deck. Que había muchas personas interesadas en que yo formara para de ella y que estarían muy satisfechos si es que yo pudiera reunirme con el fiscal hacer algunas apariciones públicas. El mismo Deck ya me lo había propuesto semanas atrás, me había citado en un restaurant y yo le había dicho que me lo iba a pensar. Confiaba en que sabría que aquello era un no, pero estaba equivocado. Al parecer, los imbéciles del tamaño de Deck no tienen esa palabra dentro de su vocabulario.

»Después de dejarme el mensaje sobre el fiscal, Kray me quedó

mirando con la sonrisa más estúpida que vi jamás: seguro creía que el nombre de un amigo importante y un traje caro son a prueba de balas. Le dije que él y el fiscal podían irse al infierno, y que si no se quitaba de mi auto le iba a partir el culo. Rodee el auto para subirme del lado del conductor.

Malik y Spavone han formado su propio conciliábulo en un rincón de la sala: Dean y Draper continúan en el suyo, alrededor de la mesa: ambos lanzan hipótesis sobre los motivos que puede haber tenido la mafia para acabar con el inspector Spavone. Aquello parece una de esas sesiones de *coaching* con tareas en parejas para mejorar la comunicación dentro del ambiente laboral.

—¿Y qué hizo él?

—¿Kray? Me siguió, también rodeó el auto. Abrí la puerta y la volvió a cerrar. No sé si se haya dado cuenta que había estado bebiendo, o si fue por eso que no se tomó en serio mis amenazas y se portó de esa forma. No tengo idea. Escuché que me llamaba «cretino» y algo más. No lo dejé terminar: le di con la frente en mitad de la cara. Le di un golpe en el estómago y lo arrojé al asfalto. La sangre le brotaba con aspersor y no quería que me manchara ni la chaqueta ni el auto.

—Regienald Kray no debe haber estado muy contento después de eso. Todavía no entiendo por qué un hombre de la mafia iba a querer hablar con usted sobre el fiscal.

—Negocios, principalmente —dice Spavone, observando a Dean tomar notas en su libreta roja: se pregunta si su amigo ya se habrá dado cuenta de que alguien le ha arrancado la hoja donde lo había dibujado. *La cara que pondría si supiera que fue el hurón*, piensa—. Como ya has oído, Pizzolatto ha extendido el negocio a contratos de construcción con la ciudad y el estado. Hay mucho dinero, pero los controles son más estrictos que nunca: los federales revolotean sobre esos contratos como moscas sobre la mierda. Sin embargo, el encargado de llevar cualquier irregularidad o crimen ante la justicia, el único muro real que separa a sujetos como Pizzolatto de acabar en prisión, es el fiscal general. De él depende todo, quién vive y quién muere, y si Travis Deck le debe algo a la mafia, sabrá encontrar otros casos en los cuales centrar su atención. Nada nuevo, de hecho. Su relación con el clan viene desde que mandaba Calogero.

—Entiendo —dice Malik.

—No me iba a prestar al juego sucio de sabandijas como esos. No solo fue el alcohol lo que me hizo reaccionar así ese día: en serio me dan asco.

Malik asiente. En los segundos siguientes, Spavone desciende un escalón más en la oscura fosa de sus recuerdos: su malestar no hace sino empeorar.

—Tal vez dije algo más —dice al cabo de un rato—. Algo sobre Deck que quizá haya hecho que después de ese desplante el fiscal mandara a sus amigos de la mafia a ir a por mí.

Malik baja la mirada: sus ojos parecen estudiar el patrón de colores en el linóleo: blanco, negro. Blanco, negro. Blanco, negro.

—Debió haber sido algo grave —dice el mesero.

Spavone se lleva ambas manos al rostro: se estruja la piel, intentando ahuyentar todas las imágenes que vienen a su mente y que, aunque él jamás estuvo involucrado en el caso de los gemelos Faulkner, lo acusan como si él hubiera sigo el culpable de todo.

Si hay algo que aprenden los policías que tratan con delitos violentos, es que hay casos en los que la verdad no va a significar un alivio para nadie: casos que merecen ser enterrados para siempre por el bien de la cordura de los agentes y los deudos. Y porque, en ocasiones, la responsabilidad habrá de recaer sobre gente que ni el mejor fiscal de la tierra podría sentar en el estrado.

El de los gemelos Faulkner es uno de esos casos.

Yo y mi puta boca, se recrimina ahora Spavone, exento de toda furia: no le queda fuerza para eso.

—Sí, fue grave. Bastante grave —dice mirando a los ojos a Malik—. Me habrían enviado a matar por menos que eso.

—¿Dónde está Bagarella ahora? —pregunta Dean.

Draper toma la caja de donas vacía y la aplasta entre sus enormes manos hasta convertirla en poco más que una pelotita de cartón:

—Duerme el resto de la mona en una de las celdas del ala derecha. Voy a seguir revisando esto y lo despertaré si se me ocurre alguna otra pregunta. Estará aquí hasta mañana.

—Entiendo —dice Dean y se lleva la mano al bolsillo: un segundo después la música de *Cazafantasmas* empieza a brotar de su teléfono.

El detective contesta.

—¿Qué es lo que hizo el fiscal? —pregunta Malik: poco a poco se acostumbra a no bajar la voz en compañía de los vivos.

—Créeme, no quieres saberlo —dice Spavone, pendiente de la llamada que está atendiendo Dean. Se acerca para oír mejor, pero la voz del otro lado es demasiado débil.

Otro agente abre la puerta y se asoma a la sala: desaparecer al instante al ver que está ocupada.

Draper ha empezado a reordenar las fotografías y documentos dentro de la carpeta: la gran mayoría lucen pequeñísimos agujeros en las esquinas, dando fe de que en algún momento estuvieron sujetos a un corcho formando parte de un vasto organigrama.

—¿Por qué su amigo no le cuenta sobre Stakes al otro detective?

—Necesita pruebas legítimas que lo incriminen —dice Spavone,

sintiéndose plenamente conectado con el rumbo de la investigación realizada por su antiguo compañero—. No sé si Dean ya habrá terminado de revisar el circuito cerrado de cámaras del hotel, pero no puede basar una acusación el seguimiento que yo le había encargado hacer. Es ilegal, podría meterse en problemas.

—¿Cuándo cree que vaya a terminar con las cámaras del hotel?

—No lo sé. Las investigaciones no suelen tomar menos de dos o tres meses. A diferencia de nosotros, Dean estará mucho más tiempo: no tiene gran apuro.

—¿Y qué es lo que toca hacer ahora? ¿Vamos a buscar a Little June?

—Little Joe —corrige Spavone—. No lo creo: es un mercenario de élite. Estará inubicable durante los próximos sesenta días al menos —lo único que le genera conflicto sobre la culpabilidad de Little Joe es que no le haya disparado a la cabeza como cabría esperar de un asesino de su nivel. Por supuesto, a la distancia a la que fue acribillado, el pecho funcionó igual de bien—. No hay tiempo, dejemos que sea Draper quien ordene su búsqueda. Pero estaba pensando en otra cosa. O en otra persona, mejor dicho. Quién de verdad se lo merece.

—¿El fiscal?

—Tú lo has dicho, M.

—¿Y a los mafiosos no? Ellos son los verdaderos responsables.

—¿Quién es el responsable si un perro ataca un niña que juega en el parque? ¿El perro o el sujeto que no se preocupa de llevarlo atado a una cadena o con el bozal bien puesto?

—No entiendo, señor Kiki.

—Es simple: los mafiosos no conocen otra forma de hacer las cosas. Muerden y asesinan, igual que un perro bravo porque es lo que les sirve. No puedes esperar otra cosa de ellos, por eso es que existimos nosotros, los «agentes de la ley», los sujetos encargados de ponerles una cadena de ahorque alrededor del cuello, de mantenerlos alejados de las gente a la que puedan dañar y de ponerlos a dormir si es necesario.

»El problema es cuando los últimos no hacen su trabajo y dejan que los perros corran libres y maten a quienes se les antoje. Y es todavía peor cuando un sujeto como Deck no solo los deja libres, sino que los protege, los alimenta e incluso, como en mi caso, les pone una prenda delante del hocico para que sepan sobre qué cuello lanzarse a continuación. ¿Comprendes?

—Sí —responde el mesero, intentando buscarle un lugar adecuado en su cabeza a aquella nueva, peculiar y repugnante información.

—De eso se trata esto, colega: de encargarnos del verdadero responsable.

—El verdadero responsable. Entiendo.

Spavone mira el reloj que cuelga de uno de los muros de la sala: pasan de las tres. Si sus cálculos son correctos aún le quedan alrededor de catorce horas para hacer una última jugada.

—¿A qué es alérgico el fiscal? —pregunta Malik.

Spavone se vuelve hacia él: no puede evitar reír.

—Que yo sepa, ninguna. Pero quizá podamos pedir algún tipo de ayuda a las alimañas que hay bajo la comisaría: convencer a un centenar de ratas que vengan en nuestra ayuda y se coman a ese miserable.

La tensión vuelve al rostro de Malik:

—Señor Kiki, ¿de veras piensa que…?

—¿Es en serio? ¿Después de todo lo que hemos visto en las últimas horas crees que existe algo lo suficientemente descabellado como para intentarlo? ¿Eh? ¡Convencimos a un hurón de que envenenara a un sujeto, santo cielo!

Malik abre la boca con la intención de objetar, pero desiste: Spavone tiene mucha razón.

—Supongo que podríamos intentarlo.

—Por supuesto que sí. Lo único que debemos averiguar es dónde estará Travis Deck en las próximas horas.

Lo que sucede a continuación sí resulta ser algo que les cuesta creer a ambos

Thomas Dean cuelga:

—Eran de la oficina de prensa del fiscal general —le comenta a Draper—. A las seis de la tarde el fiscal Deck dará una conferencia de prensa y solicita la presencia de los compañeros más cercanos del inspector Spavone. Al parecer iba a ser mañana, pero la adelantaron para hoy. Debo estar allí.

—¡Eso es! —dice Malik, con los puños en guardia.

—Ya veo —responde Draper— ¿Dónde será?

—En el 4312 de Palisade, en Union City.

—Será mejor que empiece a moverse, detective.

—Sí, pero antes quisiera copias de lo que tiene, si no es molestia, detective —su celular vuelve a sonar—. Discúlpeme una vez más, por favor.

Draper hace un gesto con la mano en señal de que no tiene inconveniente. Esta vez, la conversación de Dean apenas toma unos pocos segundos.

—Era de la agencia de viajes —explica—. Tenía planeado un viaje a Grecia con mi madre para dentro de dos días, pero voy a posponerlo. No es una ocasión especial.

—Si me permite decírselo detective, a nuestra edad, un viaje con la madre siempre es una ocasión especial. Debería tomarlo.

Dean sonríe con tristeza por toda respuesta.

—Sé que se trata de su amigo, lo tengo más que claro —añade Draper—, pero ni siquiera atrapar al culpable cambiará las cosas. No defraude a su madre, detective; de seguro no va a defraudar a su amigo muerto.

—Este Draper es una expendedora de frases —murmura Spavone—. Me recuerdo a un sujeto de la tele.

—Al comisario Gordon, se lo dije —repite Malik.

—Con respecto a los documentos —continúa Draper—, se los puedo enviar por correo. La mayoría ya los tenemos digitalizados.

—Preferiría llevarlos impresos —responde Dean y se da unos toques en las gafas.

—Correcto. Sígame —dice Draper, abriendo la puerta y dándole el pase a Thomas Dean para que sea el primero en abandonar la sala.

Bien hecho, T, piensa Spavone, *a nadie le conviene tener esa información en la bandeja de correo si es que gente poderosa está involucrada*. Las variables introducidas por la tecnología hacen que la gran mayoría de sabuesos añoren los tiempos en los que las investigaciones, los informantes y los sospechosos solían ser asuntos de orden casi personal.

Kiki Spavone es el primero de ellos.

Malik se gira hacia él:

—Es genial, sabemos el lugar exacto en el que va a estar el fiscal. Esto no deja de emocionarme, en mi próxima vida seguro voy a ser policía, me recuerda mucho a…

El mesero ve que Spavone no comparte su entusiasmo. Le pregunta si se encuentra bien.

—Es la dirección —dice Spavone, sin mover otro músculo más que los que requiere para hablar.

—¿Qué tiene? ¿La conoce?

Spavone asiente:

—Es la casa donde vive Alessia. Era mi casa.

21.

El día se le hace increíblemente largo: solo después de muerto, exento por completo de necesidades fisiológicas, Kiki Spavone reconoce la absurda cantidad de tiempo que la gente dedica a comer,

sentarse en el inodoro y a dormir una siesta.

Y a acostarse con otra gente, se dice a sí mismo pensando en Selina. *Ojalá lo hubiéramos hecho un par de veces más*.

El recuerdo de sus piernas perfectamente esculpidas de Selina se ve perturbado por la lección de teología india que Malik le está dando:

—Las ratas son la reencarnación de la poderosa Karni Mata. Bueno, no todas: varias de ellas son sus seguidores, los primeros que tuvo. Imagino que no fueron pocos. Tienen su propio templo en Deshnoke. Ahí viven más cincuenta mil de ellas.

Ambos caminan por una especie de cloaca bajo la comisaría: un túnel que cuenta con una lámpara para electrocutar insectos por toda iluminación —para alejar precisamente a las ratas— y donde el agua estancada les llega hasta la mitad de las pantorrillas. Spavone imagina que el olor debe ser insoportable, pero, si más temprano era capaz de advertirlo, ahora le resulta imposible. *Por suerte*.

Han accedido al alcantarillado atravesando el suelo de la misma sala de reuniones en la que antes se encontraban Dean y Draper: por un instante Spavone ha tenido la impresión de estar descendiendo al infierno. No tiene interés en averiguar si realmente puede hacerlo.

—Karni Mata también es una reencarnación —continúa Malik—, pero no recuerdo de qué dios o diosa, exactamente.

El mesero camina levantando las rodillas, como si el agua aún pudiera mojarlo.

—Imagino que no es bien visto olvidar el nombre de uno de tus dioses —responde Spavone.

—Sí, aunque resulta algo complicado si se tienen en cuenta los trescientos millones que existen.

—Qué divertido.

Avanzan intentado alejarse de la luz: no debería tomarles demasiado empezar a oír el correr de las primeras alimañas.

Mientras tanto, Spavone se sigue convenciendo de la factibilidad de su idea: recuerda al menos un par de ocasiones en las que su equipo ha llegado hasta uno de aquellos apartamentos en los edificios de viviendas sociales del Bronx, donde suele haber más heroína que azúcar en la despensa, y han tirado abajo la puerta solo para encontrar el cadáver de un bebé carcomido por las ratas.

La primera vez casi se cagó encima: no existe alcohol suficiente en todo el mundo que le permita olvidar una imagen como esa. Desquitarse a golpes con los yonquis de los padres tampoco sirve de mucho: podría haberles cortado el cuello sin que dejaran por un momento de dedicarle una sonrisa sin dientes al universo.

Y aun así, también es posible echar mano de ese tipo de experiencias cuando es necesario.

Spavone imagina que si es capaz de convencer a un centenar de

ratas de seguir su plan quizá pueda ver a Travis Deck ser devorado por ellas mientras está tomando una ducha: las ve saliendo del resumidero, generando el pánico en el fiscal en cada célula del cuerpo del fiscal y dejando que la superficie resbalosa haga el resto.

Gritos. Sangre. Terror.

Por alguna extraña razón, visualiza el ataque en blanco y negro: como si se tratara de una escena eliminada o una parodia de *Psicosis*.

Spavone vuelve a pensar en el caso de los gemelos Faulkner y sabe que Travis Deck no es el tipo de sujeto que merezca morir por una inyección letal o un limpio disparo a la cabeza.

—Realmente lo aprecia, ¿verdad? —dice Malik, esperando en vano oír el eco de su voz.

—¿Te refieres a Dean? —pregunta Spavone, ahora a cuatro metros por delante.

—Sí.

—Si hay algo que puede caracterizar a Thomas Dean es el ser un sujeto agradecido: lo ayudé con un asunto que pudo haber acabado con su carrera. De modo que sí, supongo que me apreciaba.

—¿Qué caso?

—Una mujer lo estaba extorsionando. Una bailarina nudista que también brindaba otro tipo de servicios. Tenía videos de él bastante bizarros.

Los *flashbacks* llegan y se van con la velocidad del relámpago: Spavone entrando en un antro llamado Yes, Sir, avanzando hacia los pequeños cubículos destinados a la atención «privada»: aquí y allá habitaciones iluminadas con neón, con sujetos que pueden pagar cien dólares por un vaso con cinco onzas de whisky.

—Estaba sacando de sus casillas a Dean, no podía concentrarse en el trabajo y sabía que iba a necesitarlo fresco en el caso de Heaven´s Place. No te voy a mentir: el buen D siempre fue el cerebro, pero yo tengo mis propios talentos. Le hice una visita a la mujer.

Spavone encontró la habitación con las siglas de su nombre ficticio: Sexy Storm. Se calzó el pasamontañas de fabricación casera que había improvisado con una media y entró en la habitación. La bailarina apenas si había terminado de hacer lo mismo con una peluca plateada.

—¿Qué fue lo que hiciste? —pregunta Malik.

—Solo digamos que no me porté exactamente como un caballero. Le dije que mejor se olvidara del asunto, que no iba a obtener ni un puto dólar y me llevé su celular. Al parecer no era la primera vez que se beneficiaba con la intimidad de sus clientes. A ese tipo de personas es mejor demostrarles que si ellos tienen un martillo, entonces tú tienes un garrote prehistórico —dice Spavone, sin mencionar el hecho de que redujo a la mujer en el suelo y le arruinó el antifaz

carnavalesco que llevaba puesto con la suela de uno de sus zapatos.

—Lo dejó en paz.

—Ya lo creo que sí. Ni Dean ni yo volvimos a saber de ella.

Diez minutos después, encuentran justo lo que están buscando: dos enormes ratas grises con los hocicos metidos dentro del vientre de otra.

—Eso no se ve en el templo de Deshnoke —dice Malik—Las ratas del templo se alimentan con la comida que les llevan sus fieles.

—Pues qué suerte: esas no nos servirían —dice Spavone, aproximándose a los animales.

Cuando se encuentra a menos de un metro, uno de ellas, la más grande y gorda, levanta la nariz, alerta. *Bien*, piensa Spavone, *sabe que estamos aquí. Buen comienzo*.

—¿Alguna idea de cómo hacer «conexión»?

—Podrías probar suerte mencionando a Karni Mata. O a Ganesha que también es una de las deidades asociadas a ese tipo de animal —dice Malik—. Eso quizá les suene familiar.

—¿Y se supone que debo decirlo en hindi?

—Buena pregunta. Déjame intentar.

Malik se arrodilla olvidando por primera vez el agua estancada: hace algunas señas a la altura de su frente, junta las manos e inicia lo que parece ser una canción.

—¿Qué es eso?

—Una melodía que mi madre me enseñó para conectar con el universo y el mundo ancestral.

—Bien —dice Spavone sin acabar de convencerse.

El tiempo corre: quizá Dean ya esté terminando de fotocopiar los expedientes. Spavone ha pensado que sea él mismo quien los movilice en su auto. Sin saberlo, claro.

La rata sigue con el hocico levantado. Los cánticos de Malik no están haciendo el trabajo.

Spavone cree haber oído la canción antes:

—¿Qué es lo que dice exactamente la canción?

—Habla sobre el lugar que ocupan los astros que nos guían, quiénes son y cómo encontrarlos —responde Malik, manteniendo su posición reverencial.

—¿Y de casualidad no se encuentran «en el cielo, sobre el mar»?

—Exacto.

—¿Cómo «diamantes de verdad»?

—¿La conoces?

—¡Como todo el jodido mundo! —dice Spavone reprimiendo el impulso de empujar al mesero para quitarlo de en medio—. Le estás cantando una canción de cuna. Largo —se coloca frente a la rata y extiende las manos mostrándole las palmas: un símbolo universal de

no-amenaza—: No sé quién hayas sido en tu vida anterior, pero estoy aquí porque necesito de su ayuda. Y la de tus… amigos. Hay un sujeto muy malo que envió a otro sujeto aún más malo a matarme. Ese sujeto, el primero, va a ir a mi casa, a ver a mi familia, va a estar con mi hija y… —*se va a tomar sonrientes fotos con ella. No, eso no suena muy peligroso*— la va a poner en riesgo, en peligro.

»Por eso, he venido a pedirte —la voz de Spavone va in crescendo —, que convoques a todos los que son como tú, todas las ratas posibles, las más grandes y feroces que conozcas, para que acudan al lugar donde les voy a indicar y, a mi señal, devoren a ese malnacido hasta que de él no queden más que sus miserables huesos.

El eco de sus últimas palabras rebota en los muros empedrados del túnel durante un par de segundos: se alejan retumbando como dentro de una bóveda eclesiástica.

Y después, nada.

Spavone aún mantiene ambas manos arriba, en espera de alguna respuesta. La que recibe no es positiva: el pesado roedor se gira dándole el morro y vuelve a meternos la cabeza en las entrañas de su compañera muerta.

—Pensándolo bien —dice Malik—, quizás no sea de esas que trabajan en equipo.

Spavone deja caer los brazos, se levanta y vuelve sobre sus pasos. Si aún tuviera un cuerpo con flujo sanguíneo dentro, para ese momento, la mayor parte de él estaría corriendo directo a sus orejas.

No es lo único que no sale como esperaba: para cuando el dúo ha logrado volver a la superficie —sus cabezas han aparecido en el suelo de una celda aún más inmunda que el alcantarillado que dejaban atrás — Thomas Dean ya no está dentro de la comisaría.

Spavone corre hacia la salida y alcanza la calle justo cuando el auto del detective alcanza la mitad de la cuadra.

—Mierda.

Malik está jadeando a su espalda:

—¿Es… el del auto blanco?

—Sí —responde Spavone. Y luego, impaciente—: ¿En serio te sientes cansando?

Deja que el mesero reflexione mientras observa el viejo Corolla de su amigo alejarse sin que pueda hacer nada al respecto. De la misma forma como tampoco puede hacer nada para evitar reparar en la motocicleta que acaba de partir inmediatamente después de Dean y que avanza en la misma dirección:

—Lo siguen —dice Spavone—. Motocicleta y casco negros.

—La veo.

—Mira los hombros y la espada. Es hombre.

—¿Está seguro, señor Kiki? Porque ahora es posible…

—Puedes cambiarlo todo, M, menos la estructura ósea.

El Corolla gira a la izquierda por Vernon Boulevard. La motocicleta dejar pasar un par de taxis y un camión de comida antes de hacer lo mismo: no es un dato suficiente para afirmar que va tras Dean, pero algo en el instinto de Spavone le dice que no se trata de una simple coincidencia.

22.

Al igual que Thomas Dean, Spavone debe apresurarse si quiere llegar a tiempo para la conferencia de prensa de Travis Deck, al otro lado de la ciudad.

Aun así, sus pasos llevan el peso de la derrota: cree haber llegado finalmente a un callejón sin salida. La sensación no es del todo nueva: tenía dieciséis años cuando, mientras conducía el auto de su padre, se quedó sin frenos. A medida que se acercaba a un cruce de calles, creyó que aquellos eran los últimos metros de vida que le quedaban.

Esto se siente exactamente igual.

La única diferencia es que en aquella ocasión, despertó seis horas después en un hospital: se había desmayado con las manos aún en el volante y chocado contra una valla publicitaria rodante.

Esta vez, si despierta, lo hará en condiciones tan nuevas como difíciles de imaginar.

Puede acudir a la cita con Travis Deck y hacerlo estornudar las veces suficientes como para dejarlos sin aires y hacer que lo internen de emergencia en un hospital con régimen de aislamiento, pero al día siguiente, cuando Spavone se haya desvanecido por completo de este mundo, el fiscal volverá a sus rutina, sus constantes ruedas de prensa y a hacer de la vista gorda con los negocios de sus mafiosos amigos.

Fin de la historia.

Malik le hace preguntas al respecto, pero Spavone ni siquiera se molesta en contestarlas, enfrascado como está en aceptar lo inminente: el mundo seguirá girando sin que nadie más que una niña

de nueve años —y quizá también una atractiva ex agente inmobiliaria— se anime a recordar la vida y obra de Kiki Spavone.

—Quizás lo mejor será que vayamos a ver a tu bisabuelo —dice luego de no encontrar más que explorar con su silencio—. Creo que tengo alguna idea de qué es lo que podemos hacer con él.

—¿En serio?

—Sí, creo tener a la persona correcta.

—Muchas gracias, señor Kiki. Bondi, es decir, *paradaada* es familia, ya no existe nada más importante que la familia.

—Lo sé.

—Yo… —por primera vez, Malik se anima a colocar una mano sobre el hombro de Spavone, lo cual, para su sorpresa, él agradece— lamento mucho que las cosas no hayan resultado como esperaba, señor Kiki.

—Descuida, amigo, al menos tengo un nombre que llevarme a la otra vida.

—Es un buen detective, señor Kiki.

—Gracias. Y ya deja eso de señor Kiki, ¿bien?

—Lo haré, señor detective Spavone.

—Mejor quédate con lo anterior. Por cierto, quería preguntarte, ¿cómo puedo saber qué fui en mi vida anterior? Suponiendo que la tuve, claro.

Cruzan la calle, dejando que los autos pasen a través de ellos: la sensación de resistencia en menor a cada minuto. Para Kiki Spavone, la urgencia que antes tenía empieza a derivar en alivio.

—Bueno, hay distintas formas en las que puede saberse —responde Malik—. Algunas personas dicen que es a través de sueños o visiones. Sueños en los que estás en una determinada época y donde te sientes en casa. O por cosas que se te dan muy bien.

—Si me gusta pintar ahora, quizá fui un gran pintor antes.

—Sí, supongo que sí. Mis padres solían decirme que en una vida anterior yo había sido un gran marino.

—¿Ah sí?

—Lo creí hasta que tuve que viajar en barco aquí. Odié cada día del viaje. Quizás interpretaron mal las cosas, quizá solo me gustaba bañarme.

—Suena a que tuviste buenos padres.

—Es cierto ¿Lo cree usted?

—Sí, los buenos padres siempre tienen ese tipo de mentiras en la punta de la lengua.

—¿Qué quiere decir, señor Kiki?

—Nada, nada. ¿Hay otra forma de averiguar sobre tu vida pasada?

—Existen brebajes y cosas como esas, pero nunca los probé. Se dice que hay personas que no vuelven a ser los mismos, como si su mente

se quedara en el pasado. Se vuelven algo locos.

—Espero poder probar alguno de esos la próxima vez —dice Spavone, obligándose a esquivar cada vez más gente—. Así quizá recuerde todo lo que estamos haciendo.

—Quizá nos podamos encontrar, seguir siendo amigos —dice Malik, con el entusiasmo repentinamente renovado.

—Quizá, pero hay cosas por las que preocuparse primero.

—¿Qué cosas, señor Kiki?

—Saber si volveremos a la tierra como seres que entiendan el concepto de «amistad», por ejemplo.

En la siguiente cuadra, el tránsito se vuelve imposible: la aglomeración de personas incitan a Spavone a pasarse a la acera de enfrente.

—¿Kim Kardashian está aquí? ¿Qué carajos?

—Es la librería, todos quieren entrar ahí —dice Malik, señalando primero el logo de Barnes & Noble y después, la fila de personas que se extiende paralela a la fachada—: Cargan libros muy gruesos.

—Es una firma —dice Spavone, bajando al asfalto—, seguro vendrá una de aquellas autoras que escriben de vampiros más interesados en el sexo que en la sangre.

Está apunto de cruzar, cuando una Suburban llega y se estaciona justo frente a la librería. El alboroto no se hace esperar: es el tipo de auto donde se moviliza la gente importante.

Dos sujetos de más de dos metros se bajan y se colocan delante de la puerta que da al asiento trasero. Cuatro sujetos más salen de la librería y forman una barrera a uno y otro lado, listos para contener a los fanáticos.

Lo que sigue, parece ocurrir en cámara lenta: la puerta del vehículo se abre y, del mismo, desciende un hombre alto y delgado, de gafas y cabello cano. Los efectivos de seguridad son aplastados a uno y otro lado por hombres y mujeres que gritan por alcanzarlo. Un centenar de teléfonos celulares apuntan sus cámaras hacia el autor que levanta la mano derecha y sonríe al mismo tiempo.

Spavone no está seguro de que Malik lo haya reconocido, pero para él no es en absoluto un extraño.

No cree que lo sea para nadie que, durante los últimos cincuenta años, haya puesto un pie en una librería.

La última vez que Spavone lo hizo, de hecho, fue para comprar un libro suyo. El mismo que Alessia le había pedido desde hacía semanas.

—Stephen King —murmura Spavone—, ahora todo tiene sentido.

—¿Es escritor? ¿Qué escribe? —pregunta Malik.

—Terror. Es el maestro absoluto. Alessia lo ama.

Lo siguiente, los toma por sorpresa: a medio camino de la entrada

de la librería, Stephen King se detiene, voltea la mirada hacia ellos y les ofrece una delgada y siniestra sonrisa que casi le toca las orejas.

Por un segundo, Spavone cree que los está viendo a ellos. Es el mismo King quien lo saca de dudas: el rey del terror le guiña un ojo.

Después, entra a la librería.

23.

Spavone arrastra una vez más a Malik: lo hace atravesar una decena de personas, los muros de la librería, un par de torres de libros y lo lleva hasta la mesa que la librería ha dispuesto para King y donde el escritor habrá de firmar cuanto libro le pongan en frente.

—¿Está seguro que él lo vio, señor Kiki?

—Tan seguro como te estoy viendo a ti. Solo quiero confirmarlo.

En el momento en que Spavone empieza a acercarse a la mesa de firmas, las puertas de la librería se abren a los lectores: la turba entra como una estampida cortándole el paso a Spavone. *Aquí no será*, piensa.

Vuelve a tomar a Malik del chaleco, pero el mesero le dice que así está bien, que promete seguirlo a donde se le ocurra ir.

Spavone empieza a recorrer los pasillos, mirando los carteles que penden del techo y que determinan cada sección: ROMANCE, THRILLERS, AUTOAYUDA, etc.

—¿Qué es lo que está buscando? —pregunta Malik.

—El baño.

—¿Ya le dieron ganas? Creí que…

—No es para mí, genio. Ahí es donde vamos a esperar a King.

—¿Cómo sabe que va a ir?

—Esa es una fila no menor de cuatro horas y el sujeto tiene más de setenta. Muéstrame un hombre de esas edad que no tenga que orinar un par de veces por hora y yo te mostraré una monja coqueta —dice Spavone, utilizando una expresión que debe haber oído alguna vez en un bar. Sigue caminando, apretando el paso—. Mierda, este lugar es inmenso.

Encuentran el baño cinco minutos después.

Y se sientan a esperar.

Ven entrar y salir a una veintena de hombres antes de que uno de

los gorilas que protegen a King ingrese para cerciorarse de que no hay peligro alguno.

Abre la puerta para que el escritor pueda entrar:

—Gracias, Cole. Desde aquí ya puedo solo —dice King, mientras espera que el sujeto cierre la puerta tras él.

Spavone y Malik se encuentran cuatro metros más allá, sin mover un músculo.

King les hace una seña para que se acerquen.

—No debemos hablar muy fuerte: creo que ya les doy suficientes motivos para pensar que estoy loco —dice cuando los tiene a menos de dos pasos.

Malik es el primero en abrir la boca:

—¿Usted puede…?

—¿Verlos? ¿Oírlos? Sí, todo menos olerlos. Por suerte, supongo. A veces incluso me llegan ciertas voces a lo lejos y sé que son seres en una situación como la suya. ¿Tú eres el policía asesinado?

—Así es —dice Spavone: la impresión le quita fluidez a sus movimientos, incluidos los de la boca.

—Sí, vi las noticias. No hablan más que de ti y del virus del hurón. Mal día para estar en Nueva York.

Stephen King camina hacia el urinario más cercano y se baja la cremallera:

—Allá vamos.

—¿Cómo es posible? —Pregunta Spavone— ¿Siempre ha sido capaz de ver… muertos?

—Desde niño, sí —responde King al unísono del chorro que está dejando escapar—. No sé cómo, ni por qué, pero siempre lo tuve. Supongo que algunos niños nacen con dedos flexibles que les permiten tocar el piano mejor que se les da el hablar. Yo nací con algo más flexible aún que me permite verlos a ustedes.

Se vuelve a subir la cremallera y se encamina al lavabo.

—¿Alguien más lo sabe? ¿Se lo ha comentado a alguien? —pregunta Spavone.

—A mi esposa. Y a todo el mundo: debo haber escrito más de veinte libros al respecto, pero por alguna razón nadie más que ella me cree.

—Seguro.

—Es divertido, ¿sabes? Ustedes, los del otro lado, siempre tienen cosas muy interesantes qué contar y vaya si soy adicto a las buenas historias. Algunas de ellas me han servido de inspiración para mis novelas. ¿Qué puedo decir? Si la vida, o la muerte, te dan limones, ¿me entiendes? —Termina de escurrirse las manos y toma una toalla de papel—. Hay ocasiones donde es claro que necesitan ayuda. Como ustedes.

Vuelve a dedicarles la sonrisa con la que llamó su atención poco antes de entrar a la librería. *Es un tipo que se dedica a hurgar en lo más profundo del espíritu y mente humanos*, se recuerda Spavone, *no debería sorprenderme que nos haya leído tan fácilmente*.

—Como podrán imaginar no se trata de una situación especialmente nueva para mí, pero agradezco que me hayan abordado durante el día, en un lugar público y no mientras me estoy dando una ducha o a mitad de un momento íntimo, o a mitad de un juego de los Red Sox, que sería mucho peor que todo lo anterior. En verdad lo hubiera odiado —Continúa el escritor.

»No recuerdan nada de lo que les pasó, ¿verdad? Supongo que es una manera muy sabia que tiene Dios de evitar que las personas no puedan escapar de aquellos últimos instantes de vida. No recordar la muerte, sí, bien pensando. Un poco frustrante, pero más conveniente a la larga. He pensado en cómo evitar la amnesia: estoy listo para dejarme una nota a mí mismo cuando sea el momento. Solo palabras clave, claro: algo como VENENO, CAFÉ, MUCAMA. En caso de que me encuentre de gira.

—Vaya —dice Malik, fascinado—. Ojalá se me hubiera ocurrido.

—En fin, soy todo oídos.

—Este es el caso —dice Spavone, y por los siguientes minutos se dedica a explicarle a Stephen King lo que ha ocurrido durante las últimas horas, y lo que cree ocurrió la noche anterior. Finaliza con su infructuosa charla con la rata.

—No entiendo por qué no funcionó —dice el escritor, ahora cruzado de brazos—. Las ratas suelen ser de por sí muy inteligentes. Tengo una novela corta que tiene a una como protagonista.

—¿En esa historia devoran a un adulto de ciento veinte kilos? —pregunta Spavone.

—No, le cumple un deseo a un escritor.

—El caso es que me habría gustado poder hacer algo al respecto de Deck, que no se librara de todo como si nada hubiera ocurrido.

—Lo que me parece interesante es la idea de un fiscal asesino: es él quien se encarga de llevar a juicio a los criminales así que desde ya está bien cubierto. También me gusta un final donde es devorado vivo por las ratas. Sí, supongo que puedo hacer algo con eso. Le voy a dar una vuelta. Ahora, con respecto a tu situación —dice King dejando caer sus largos brazos a cada lado de su cuerpo—, lamento decirte que no se me ocurre otra forma de hacerlo sufrir tanto.

—Demonios —dice Spavone, con ganas de estrellar su puño contra el espejo.

—Ni con ratas, ni gatos, ni perros.

—Gracias por nada —incapaz de soportar más decepción por aquel día, Spavone pasa junto al escritor con la intención de abandonar el

baño.

—Supongo que tendrás que conformarte con causarle un paro cardiaco —concluye King, encogiéndose de hombros.

Spavone se detiene:

—¿Causarle qué?

—Un paro. No le va a doler tanto como que cientos de ratas le coman la piel y los músculos al mismo tiempo, pero te aseguro que será bastante incómodo durante algunos largos segundos. ¿No lo sabían?

—¿Dice que… podemos causar la muerte de alguien? —pregunta Malik, empapado de todo el desconcierto que Spavone se cuida de evidenciar—. ¿Cómo?

—¿Todo bien, señor? —pregunta una voz desde fuera del baño.

—Todo en orden, Cole. Un minuto.

—Bien, señor —responde Cole: su voz hace vibrar el ambiente como si se tratara de un tren de cercanías.

—¿Cómo? —Repite King—. ¿No se han dado cuenta que cuando rozan o pasan a través de alguien, o alguien pasa a través de ustedes, la persona estornuda?

—Eso lo sabemos —responde Spavone, retornando a su lugar frente a King—, pero no va más allá de un estornudo. Si queremos provocar un paro cardiaco, imagino que tendríamos que pasar una y otra vez a una velocidad que…

—Nada de eso, muchacho. La respuesta es lo contrario: no pasar a través de, sino estar en el mismo lugar, «dentro» de la persona el tiempo suficiente —y una vez más aquella delgada e inquietante sonrisa vuelve a aparecer en la cara del escritor: es igual a la de un niño que ve consumada una travesura.

Malik y Spavone cruzan miradas.

—Simple, ¿no? Y escalofriante—Continúa King, paseando la mirada por el cielo raso—. Uno se pone a pensar cuántos de los paros cardiacos que suceden a diario son provocados por ustedes, muchachos, los del otro lado.

—¿Cómo es posible? —Pregunta Spavone— ¿Hay alguna explicación?

Para tranquilidad de Malik, la sonrisa de King desaparece y sus hombros vuelven a subir.

—No es que alguien me lo haya dicho, pero supongo que el corazón humano no es lo suficientemente fuerte como para resistir dos almas en un mismo cuerpo. Como una caja de luz que no es capaz de soportar el voltaje que le puede provocar un rayo. Simplemente, ¡Puf!, estalla y no da para más.

Del otro lado de la puerta ha surgido un murmullo y un ruido de pisadas cada vez más intenso: cualquier precaución y cuidado para

con un tipo que ha vendido más de quinientos millones de libros nunca es demasiado.

—¿Está seguro que funciona? —pregunta Malik.

—Estoy tan seguro de ello como lo estoy de la existencia de una placa tectónica aunque nunca he visto una. No quiero que lo tomen como una invitación a desatar una matanza apenas salgan de aquí, pero, si es cierto lo que dicen y el fiscal general es un granuja redomado, creo que tienen un buen candidato donde poner a prueba lo que les digo —se lleva dos dedos a la frente, imitando un saludo militar—. Ahora, si me disculpan, hay una fila de quinientas personas y contando, esperando a que firme al menos tres de sus libros. Mucha suerte, fue un placer conocerlos. Adiós, inspector. Adiós…

—Malik. Nimay Malik, señor.

—Sí, adiós. Y no se olviden de hablar bien de mí allá donde van.

Stephen King sale del baño e inmediatamente el murmullo y los pasos cesan: la calma vuelve a asentarse sobre su equipo de seguridad y sobre la industria editorial mundial.

—Ojalá Alessia hubiera estado aquí para verlo —murmura Spavone.

—¿Aquí? —pregunta Malik, señalando los urinarios.

En lugar de responderle, Spavone vuelve a tomarlo del chaleco para llevarlo devuelta a la calle.

24.

Durante el camino, Spavone analiza lo dicho por Stephen King y recuerda que su padre murió precisamente de un paro cardiaco. O al menos eso fue lo que dijeron sus jefes que había sucedido.

—Trabajaba en una fábrica de autos. Recuerdo que llamaron a casa antes del mediodía. Mamá se había pasado toda la mañana preparando su comida favorita pues había prometido que volvería a casa a almorzar. Íbamos a celebrar. Dos días antes había llegado una notificación: mi padre había ganado un juicio contra sus medios hermanos por una propiedad. Mi madre se compró un vestido nuevo. No alcanzó a estrenarlo nunca.

Malik oye el relato en silencio, sentado junto a Spavone en los últimos asientos del último vagón. Frente a ellos, hay un hombre acostado sobre su maletín de trabajo: su espesa barba aletea con cada exhalación, duerme como si no lo hubiera hecho en siglos.

—Pienso en que quizá haya habido algún alma que decidió tomarse más tiempo del necesario en cruzarse con él. En ese entonces la

seguridad dentro de las fábricas no era lo que es hoy: había accidentes y un muerto cada cierto tiempo. Quizá se le atravesó un compañero y se lo llevó consigo —dice Spavone y recuerda que el viejo Miklos Spavone no solía ser el tipo más popular de la fábrica de autos. O de su barrio. O en su propio hogar—. No lo sé, no es algo que me haya preguntado muchas veces durante las últimas décadas.

Spavone se sorprende a sí mismo preguntándose si es que en vida habría logrado entablar amistad con aquel ex mesero del Belvedere y si es que le habría resultado tan fácil contarle el triste final de su padre como le resulta ahora. *Una cosa es cierta: sabe escuchar*.

El psicólogo del departamento habría dado lo que fuera porque Spavone se animara a contarle el tipo de cosas que ahora Malik estaba oyendo. En cambio, lo único que tenía durante cuarenta y cinco minutos cada dos meses era una vista privilegiada del inspector Enrique Spavone mientras se fumaba una caja de cigarrillos entera.

En sus narices.

—¿Piensa hacerlo, señor Kiki? —pregunta Malik: la timidez en su voz indica que comprende la solemnidad que tienen ciertos recuerdos.

—¿Te refieres a provocarle un paro a Deck?

El mesero asiente.

—Aún no lo sé. Más allá de lo que me haya hecho o mandado a hacer, sabe Dios que no es lo peor que ha de cargar en su conciencia.

—Se refiere a lo de los niños. Los gemelos.

—Sí, justo eso.

El silencio que sigue es bastante elocuente, recriminatorio.

Las pocas veces en las que Spavone se ha animado a hablar de lo ocurrido con los gemelos Faulkner siempre ha sido después de una cuarta copa en un bar lo suficientemente alejado de su cuadrante de acción: jamás en la taberna de Lou, que suele ser una extensión casi perfecta de la Unidad. Y solo lo ha hecho cuando es incapaz de seguir viendo desfilar aquellas imágenes por sus sueños y necesita quitárselas de encima, desahogarse con un desconocido y compartirlas con él. Siempre ayuda: Spavone puede volver a dormir. Lo hace hasta que, tarde o temprano, las imágenes vuelven a aparecer y se extienden desde su subconsciente como las raíces de la mala hierba.

—Créeme, no es algo que te gustaría saber antes de irte de aquí —continúa Spavone, en un último intento de disuadir a Malik. Espera unos segundos, pero la actitud del mesero es la misma: no lo logra—. En fin, supongo que si me vas a ver matar a ese tipo supongo que te debo una explicación.

Kiki Spavone había sido convocado por el propio Jefe del Departamento: lo citó en su despacho en Civic Center con carácter de urgencia: cuando Spavone le dijo que se tardaría aproximadamente un

par de horas en lo que terminaba un interrogatorio, el Jefe Price le comunicó, con su acostumbrada monotonía en la voz, que más le valía encargar al testigo con algún otro compañero si es que no quería encargarle a él su placa y su arma.

—Muévete —dijo el Jefe antes de colgar—, el equipo de secuestros ya están aquí.

Spavone tomó su chaqueta, le prometió al camello que estaba interrogando que volvería antes de que se la acabaran las cuarenta y ocho horas que lo podía tener detenido y condujo su Mustang directo al sur.

Al llegar, se dio con la sorpresa que el «equipo de secuestros» constaba de apenas una persona: Bill Mosley.

—Spavone, te presento al agente Mosley —dijo Price, sentado tras su escritorio—. Imagino que no se conocen.

—No, pero he oído lo suficiente —respondió Spavone, estrechando la mano colmada de anillos del viejo Mosley, una leyenda dentro del cuerpo, el negociador con mayor índice de éxito en cuanto a situaciones con rehenes, que se había retirado hacía tres años. Al menos, eso era lo que creía Spavone hasta ese momento—. Un gusto, agente.

—Todo mío —respondió Mosley.

—Iré directo al grano: hace tres horas secuestraron a los hijos del concejal Faulkner: Bryan y Dustin, de ocho años, gemelos. Junto a ellos iba su seguridad, el agente Sánchez, también desaparecido. El vehículo en el que iban de la escuela a su casa fue interceptado. Se cree que el chofer podría haber estado involucrado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Spavone.

—Se llamaba —aclaró Price, poniendo una fotografía sobre el escritorio, equidistante a la mirada de Mosley y Spavone—. El agente Max Fingran, seguridad del Estado. Fue hallado muerto hace una hora dentro del vehículo en el que iban los gemelos y el otro agente de seguridad. El GPS que tanto los gemelos llevaban en los zapatos ya nos arrojó su ubicación exacta.

—¿Eso es posible?

—No es el mismo GPS de tu teléfono o tu auto, Spavone —dijo Price, tomando su iPad y deslizando sus dedos sobre la pantalla—. El receptor que llevaba el agente reconoce su frecuencia cardiaca y demás información biométrica: emite una alerta cuando es desactivado o separado del portador. En el caso de los gemelos, el receptor reacciona incluso a su información genética. Ni siquiera sería posible que intercambiaran zapatos sin que nos diéramos cuenta. Están justo aquí —Price mostró un punto en el mapa: un lugar muy cerca de Prospect Park, en Brooklyn.

—La próxima vez que me siente en esta oficina los viajes en el

tiempo van a ser cosa de todos los días —dijo Mosley, tirando del nudo de su corbata.

—Imagino que SWAT los tiene rodeados —dijo Spavone.

—No es ese tipo de intervención —respondió Price—. El equipo está, pero no lo suficientemente cerca. Los gemelos van a ser liberados apenas el concejal Faulkner salga a la prensa a decir que va a poner en el archivador su propuesta de la nueva legislación sobre el impuesto a los casinos.

—Es la mafia.

—Exacto. El concejal ya anunció una rueda de prensa para dentro de veinte minutos: están haciendo lo posible para llenarlo de calmantes sin que eso termine por desmayarlo. Spavone, estos tipos van en serio. Todo tiene que ser calculado al milímetro. La información, sobre todo.

Ese fue el momento en el que Spavone entendió la razón de que todo el equipo solo contara con dos personas: Mosley para manejar la liberación de los gemelos y Spavone para que le cuidara las espaldas y cerrara la boca. No era la mejor de las reputaciones, pero al menos el departamento podía sacarle algún beneficio. La mirada del Jefe Price era bastante expresiva: dejaba que sujetos como Kiki Spavone, que solían brincar a un lado y a otro de la legalidad según su conveniencia, para poder echar mano de ellos en momentos como estos.

Hasta antes de esa llamada, el Jefe y Spavone tenían una conversación pendiente sobre un presunto caso de soborno y la posibilidad de una investigación por parte de Asuntos Internos.

—Cuente con ello —respondió Spavone, con la absoluta certeza de que, si todo marchaba bien, dicha investigación no se llevaría a cabo.

Lo cual no ocurrió.

—Esperamos la orden a quinientos metros del lugar, escuchando las declaraciones del concejal por la radio: sonaba como si acabara de salir de una cirugía de cerebro. Mosley apostó a que el tipo llevaba un recipiente bajo los pantalones para la orina. Cuando recibimos la orden bajamos del auto y nos aproximamos caminando. No había ningún signo de vida alrededor, era como una puta película de vaqueros. Llevábamos chalecos debajo de la ropa, pero ninguno de los dos íbamos armados: tenía el lugar rodeado con detectores de metales y municiones.

—¿Fue la misma mafia de Pizza-Latte? —preguntó Malik, mencionando lo que parecía ser el nombre de una extravagante franquicia de comida rápida.

—Pizzolatto. En parte sí. Era más bien un mensaje que todas las familias estaban enviando: las reglas del juego se quedan como están.

Lo que Faulkner proponía era reducir las ganancias de los casinos a la mitad, llevándose por delante mucho del dinero sucio que la mafia lavaba en ellos. Faulkner era nuevo en política: se había creído el cuento de que las buenas intenciones de un hombre son más poderosas que cualquier arma. Está bien para una campaña, pero no para ejercer el cargo. Mucha gente le aconsejó que no lo hiciera, pero él no quiso escuchar.

—Pero accedió a las demandas.

—Sí, pero eso no cambió demasiado las cosas. La mafia no podía permitir que cualquiera les faltara el respeto de esa forma: el Jefe Price seguro sabía que aquello no iba a acabar bien y que lo mejor era contener el escándalo lo más posible y que la mierda no salpicara lejos.

—Los mataron.

—A uno de ellos. Cuando llegamos solo Bryan estaba vivo. En estado de shock. Había visto morir a su hermano: al niño lo habían obligado a tragar un par de fichas de cien dólares hasta que murió asfixiado. Faulkner les había querido quitar la mitad de sus beneficios y ellos le habían quitado la mitad de sus hijos.

Spavone recuerda la dificultad de Bryan Faulkner para caminar y enunciar incluso respuesta de sí y no a sus preguntas y vuelve a pensar en Alessia, a quien volverá a ver dentro de algunos minutos más: es apenas un año mayor que los gemelos cuando fueron secuestrados. *Maldita la hora en la que la dejo sola en este mundo de mierda*, se recrimina.

—Vaya —dice Malik, negando con la cabeza—. ¿Y qué hay del guardia de seguridad que iba con ellos?

—A Sánchez lo había golpeado hasta dejarlo en coma. Pasó tres semanas en el hospital. Creo que lo mejor hubiera sido que no despertara.

—¿Y dónde es que entra el fiscal en todo esto?

—En lo que vino después. El asesinato terminó de llegar a la prensa. Una vez más, el mismo Faulkner salió al frente guiado por un absurdo sentido del deber moral: lo denunció todo frente a cuanta cámara y micrófono le pusieron en frente. Estaba en su derecho, supongo. Todos decidimos que íbamos a colaborar con nuestras declaraciones. Incluso el propio Mosley dijo que lo haría, aunque con ellos su carrera se llevara un manchón que no tenía por qué cargar. El precio que se había pagado era demasiado alto, así que decidimos aprovecharlo e ir a por los peces gordos que habían ordenado la ejecución. Entonces hizo su entrada el entonces fiscal del distrito.

»Salió a declarar que no existían las pruebas suficientes y utilizó a Fingran y Sánchez como sus chivos expiatorios: los culpó de todo y dijo que lo habían hecho con la intención de pedir rescate. Es más,

dijo que Sánchez había traicionado a Fingran, que lo había asesinado y presentó una declaración del supuesto culpable en donde se atribuía toda la responsabilidad. Cuando salió del coma, el jodido Sánchez ni siquiera era capaz de tomar la leche sin pajilla, pero cargó con todo. Terminó en una clínica con unas esposas en los tobillos que lo sujetaban a su cama. Utilizó la imagen de los dos niños una y otra vez durante el juicio y recibió un veredicto exprés. Faulkner estaba demasiado afectado para contradecirlo: creo que hasta se creyó todo lo que Travis Deck dijo. Renunció al Consejo y se mudó a Canadá.

Nimay Malik le hace una última pregunta al respecto, dedicándole una mirada cuajada de sentimientos encontrados: Spavone sabe que es imposible, pero el mesero parece algo más pálido que hace unos momentos.

—¿Recuerda qué fue lo que le dijo a Regienald Kray cuando lo abordó afuera de la taberna?

—Sí —responde Spavone, sintiéndose apenas algo más ligero después de haber depositado la historia en la cabeza de Malik—. Lo recuerdo palabra por palabra: le mandé un mensaje muy claro para su jefe.

—¿Pero qué fue exactamente lo que…? —Malik está al borde del asiento.

—Que en algún lugar todavía tengo un par de fichas empapadas con la saliva de Dustin Faulkner.

25.

No existe una sola esquina al sur de Union City que no le traiga recuerdos a Spavone: Beatrice y él cargando un colchón de segunda desde el mercado en Bergenline en dirección a su nueva casa; los paseos a media tarde cuando iban a buscar los mejores pretzels junto a Ellsworth Park y Alessia intentando sus primeros pasos; los paseos mucho más solitarios durante los últimos años, cuando el final era inminente y Spavone salía a fumarse hasta tres cajetillas mientras vagaban por Lincoln Harbor, viendo los ferris alejarse hacia arriba del

Hudson.

Le parece imposible que todo aquello quepa en apenas cinco años. Es un hoyo bastante atractivo en el cual sumergirse: no hay mejor momento para desgranar vivencias dolorosas que después de muerto. Si es que hay la oportunidad, por supuesto.

Como ahora.

Spavone reconoce la trampa y prefiere concentrarse en cualquier otra cosa: el tiempo que les queda, la decisión de matar a Deck, los pasos presurosos de Nimay Malik que solo él puede oír.

Después de conocer lo ocurrido con los gemelos Faulkner, el mesero es el más entusiasta con la ejecución:

—Es hombre no solo encubrió a los criminales, también se encargó de destruir a un buen hombre y a su familia. No merece seguir aquí.

—Tienes un sentido bastante firme de la justicia, ¿verdad? —dice Spavone, con una media sonrisa: es difícil encontrar a alguien mayor de doce años que, como Malik, se tome la justicia de una forma tan drástica—. Qué bueno que no te hiciste policía: no te hubiera tomado ni una semana matar a tu primer criminal.

—¿Lo hará?

—Depende.

—¿De qué?

—De si Alessia está demasiado cerca o no: lo último que necesita es estar presente cuando a ese sujeto le dé un paro.

Las furgonetas de los distintos canales de comunicación son visibles cuatro cuadras antes de llegar al lugar: a Spavone le parece que son justo las mismas que vio agolparse a las afueras del Belvedere más temprano. *Un tipo como Deck no es nada si su caja de resonancia portátil*, piensa.

También hay un buen puñado de reporteros y camarógrafos. Y tipos con celulares en alto: algunas de esas personas llevan mascarillas. A pocos metros del número 4312 de Palisade, Spavone comprueba que el séquito del fiscal aún no se ha hecho presente. Se lo comenta a Malik.

—En la estación ya era casi la hora —responde el mesero.

—Un tipo importante como Deck siempre se hace esperar.

—¿Qué hacemos mientras tanto?

—¿No quieres pasar? —dice Spavone, señalando la puerta.

No hay ningún cambio significativo desde que estuvo ahí hace algunas semanas: quizá los muebles antes miraban hacia la ventana, y definitivamente las grandes botas negras junto a las escaleras no estaban. *Stakes*. Por lo demás, es el mismo hogar que Kiki Spavone compró, pintó e inauguró hace nueve años.

Una vez más, siente la nostalgia respirándole en el cuello.

—Parece que no hay nadie —dice Malik a su espalda.

En ese momento, un ruido de platos llega desde el final del pasillo, donde se encuentra la cocina. Poco después, la reconcha figura de la señora Menes asoma frente a ellos: en sus manos lleva una taza humeante, decorada con la imagen de Bob Esponja: la favorita de Alessia.

—¿Quién es?

—Nuestra ama de llaves, Sandra Menes. En ocasiones también nuestra cocinera. Depende. Una de las mujeres más bondadosas del planeta: la adoro —dice Spavone, viendo a la mujer pasar a centímetros de él y llevarse la taza escaleras arriba: ahora está seguro de que Beatrice no se encuentra en casa—. Ha venido a cuidar a mi hija —y sin más, sube detrás de ella.

La sigue por el corredor del segundo piso: pronto le llegan los sollozos de Alessia desde su habitación y Spavone tiene que hacer un gran esfuerzo para no rebasar a la señora Menes.

—Ya estoy aquí, cariño. Toma —dice la mujer, sentándose junto a Alessia, quien tiene el rostro enterrado en su almohada—. Es chocolate caliente. Te sentará muy bien.

—Apuesto a que sí —murmura Spavone. Y luego, en dirección a Malik que mantiene su posición en el vano de la puerta, explica—: Es una receta secreta que trajo de Sudamérica. Es mágica.

La señora Menes acaricia los cabellos negrísimos de Alessia que le llegan casi a la cintura. Spavone la ve extendida cuan larga es sobre su cama, con los tenis fucsia casi rozando el límite inferior y sabe que pronto habrá necesidad de comprar otra.

No obstante, él no estará ahí para verlo.

Como tampoco estará para ver la decoración infantil de la habitación de su hija ir desapareciendo y dar lugar al mundo que Alessia habrá de habitar como adolescente. Spavone está sobrecogido ante la crudeza que conlleva la revelación en ese preciso momento. Ya no le interesa si dentro de algunas horas más se va a estar asando en el infierno por toda la eternidad: *esto es la verdadera tortura*, sentencia para sí.

—Vamos, cariño, debes beber un poco al menos —dice la señora Menes, sin dejar de acariciarla—. Hazlo por… tu padre.

Apenas si es posible descifrar las palabras de Alessia que llegan desde la almohada.

—No quiero salir, no quiero que me vean las cámaras. No quiero nada de eso —su voz va tomando fuerza, al tiempo que empieza a quebrarse—: Y tampoco quiero ver a esa estúpida psicóloga que trajo mamá desde la escuela. ¡No quiero!

—Suena a usted —dice Malik.

Spavone sonríe:

—Es lo que su madre siempre dice.

—Te entiendo, cariño —dice la señora Menes—. No tienes que hacerlo si no quieres. Te prometo que si bebes un poco te dejaré seguir descansando todo el tiempo que necesites, ¿está bien?

Sandra Menes encuentra, una vez más, el tono y la cadencia correctos: lentamente, el cabello y el cuerpo de Alessia empiezan a removerse. La niña se sienta al borde de la cama, se frota las mejillas rojas y los ojos hinchados y toma la taza con las yemas de los dedos.

—Suele hablar mal de la policía —dice Spavone.

—¿Quién? —pregunta Malik, avanzando un paso hacia el interior del cuarto.

—La psicóloga de su escuela. Alessia la odia por eso, porque la ha escuchado decir que en un mundo como el de ahora lo menos que se necesitan son personas que anden utilizando la violencia contra otras personas. Alessia le dijo que a veces es necesaria la violencia cuando los criminales son muy violentos. La psicóloga le dijo que la violencia nunca es la solución. Después de responder por última vez, a Alessia la suspendieron dos semanas.

—Creo que puedo imaginarme lo que dijo.

—Que cerrara la puta boca.

Ambos ríen. Por un momento, Spavone siente la formación de un nudo en la garganta, que las lágrimas van a aflorar en sus ojos.

Pero aquello no sucede.

—Quizá ya no haya quedado mucho que pueda aprender de mí —dice Spavone, sentándose junto a Alessia quien ya va por el cuarto sorbo de chocolate: la receta de la señora Menes es infalible—. Es más fuerte y diez veces más inteligente que yo.

La poca luz que ahora entra a través de las ventanas de la habitación ha transformado todos los colores en distintas variantes del azul. La señora Menes extiende la mano hacia la lámpara que hay junto a la cama, pero Alessia le dice que no, que así está bien.

Le entrega la taza vacía:

—Gracias.

—Descuida, cariño.

—¿Te puedas quedar esta noche?

Sandra Menes, cuyos cuatro hijos hombres ya sobre pasan la barrera de los veinticinco, le dedica su mirada más dulce:

—Claro que sí, hermosa.

Alessia la abraza.

La calma queda hecha trizas cuando los periodistas vuelven a ser presas del alboroto: gritan preguntas que se mezclan unas con otras, haciéndolas inteligibles.

Spavone se levanta de la cama, se asoma por la ventana e intenta

adivinar de quién se trata:
—No es Deck, no veo ningún vehículo oficial.
Todos dentro de la habitación oyen cuando la puerta principal se abre y Beatrice Spavone —todavía Spavone— entra en la casa.

26.

Malik se hace a un lado justo cuando Beatrice llega a la habitación:
—Hola —saluda mientras avanza a ocupar el lugar junto a la niña en el que antes estaba Spavone. Alessia se desprende de la señora Menes para aferrarse con igual fuerza a su madre—. Hola, hermosa, ya estoy aquí. ¿Todo bien? —pregunta Beatrice, mirando a la mujer.
—Sin novedades.
—Bien.
Spavone observa a su ex: es lo más cerca que ha estado de ella en mucho tiempo. Y se permite detenerse en los detalles: ni siquiera parece haber ganado peso, sus rasgos finos son los mismos, su nariz y labios cincelados con destreza griega no han envejecido ni un poco desde el día en que la conoció. El mismo pensamiento que ha tenido durante los últimos años toda vez que la ha vuelto a ver, lo asalta también en la muerte: la memoria es traicionera, inexacta. Quizá un poco perezosa: *no recordaba que fuera tan hermosa*.
—¿Aún le gusta, verdad? —pregunta Malik
Por una fracción de segundo, Spavone ha olvidado al mesero, las demás personas en la habitación e, incluso, el hecho de que está muerto.
—Quizá. Siempre he tenido debilidad por las mujeres hermosas.
—¿Cuál fue el problema?
—Mi debilidad por las mujeres hermosas.
Vuelve a la contemplación de Beatrice: se pregunta si realmente dejó que Stakes fuera al hotel a acribillarlo, si al menos estaba al tanto de sus intenciones. Una parte de él quiere creer que no, pero otra —mucho mejor informada— sabe de lo que Beatrice es capaz si se la presiona demasiado. Y por las veces que le ha tirado el teléfono, Spavone sabe que su actitud apuntaba directamente a eso.
—¿Cómo está? —pregunta la señora Menes— ¿Puedo verlo?
—Sí —responde Beatrice—, está estable, pero aún no ha despertado.

—Ha estado en el hospital, visitando a Galli —explica Spavone, al ver aflorar nuevamente una expresión de desconcierto en el rostro del mesero.

—Ha sido una reacción alérgica bastante fuerte. Esperan que pueda abrir los ojos en las próximas horas y luego tendrá que quedarse allá durante un par de días.

—Entiendo.

—¿Le entregaste mi carta?

Spavone clava la rodilla derecha en el suelo: para cerciorarse de que ha sido Alessia quien ha hecho la pregunta y porque repentinamente ha perdido la conexión con su pierna.

—Claro que sí, cariño. La puse junto a su cama, será lo primera que vea al despertar.

No es necesario que Spavone voltee a ver a Malik para saber que se ha llevado ambas manos a la boca. Él, en cambio, necesita tomarse un minuto para no hacer lo mismo: aquello no lo vio venir.

Spavone baja la cabeza, intentando rearmar los pedazos de aquello que creía saber sobre la relación entre su hija y la pareja de su ex y que han quedado regados sobre la alfombrilla en forma de corazón.

Lo que recuerda es la renuencia de Alessia de hablar con él sobre Galli, las respuestas escuetas y la forma en la que solía cambiar de tema a la primera oportunidad: lo hacía a la misma velocidad a la que Spavone adicionaba un par de palas de carbón más a su horno y elaboraba una conclusión a su medida.

La misma que ahora le acaba de estallar en la cara: lo que en ese momento Spavone interpretó como intimidación para con Galli, puede que haya sido, en realidad, pudor para con él.

Entonces repara en los tenis.

Fucsia, brillantes. Nuevos.

Reebook.

Spavone voltea hacia el lugar donde descansan el resto de los zapatos de Alessia y encuentra cinco pares más: todos de la misma talla, con distintas varias de color y diseño, pero igual de brillantes y nuevos.

Seis pares en total: la misma cantidad que Steve Galli robó del camión que conducía y por los cuales fue despedido. *Todos para Alessia*.

El audio de una de las miles de discusiones que ha tenido con Beatrice durante el último año al teléfono empieza a correr en su cabeza:

—Es un puto criminal, algo sé de eso —le dijo Spavone, poco después de leer el parte en el que el jefe de Galli lo acusaba del robo —. Tiene suerte de que el sujeto sea lo suficientemente bonachón o

bobo como para presentar cargos.

—Es un maldito explotador, que ni siquiera paga lo que debe. Steve debió denunciarlo hace meses, pero tiene al sindicato comiendo de su mano.

—Robar es un crimen. No sé si pueda ser más específico que eso. No quiero a un puto criminal cerca de mi hija.

Un puto criminal que solo quería consentirla, se dice ahora Spavone, olvidando la discusión justo antes del solo de Beatrice el que se despacha contra él sin guardarse nada. *Un puto criminal que ha sido lo suficientemente bueno con Alessia como para merecer que le escribiera una carta el mismo día en el que mataron a su padre*.

Una nueva inspección por la habitación revela más de lo que Spavone necesita saber a estas alturas. Sobre la cómoda donde descansan las pulseras, sus libros favoritos —Roald Dahl codo a codo con Stephen King— y primeros artículos de maquillaje de Alessia, también hay fotografías: un par de sus primeros cumpleaños y fiestas de Navidad, aún con su padre; las demás tomadas durante alguna excursión escolar o en el centro comercial, solo con Beatrice; en las demás, las más grandes y que abarcan el setenta por ciento el espacio total, aparece Stakes. O Steve, más precisamente, puesto que el hombre sonriente que pasa un brazo por la cintura de Beatrice y otro por los hombros de Alessia no parece capaz de cometer el menor crimen o, al menos, tener un alias.

—No quiero que él también… —dice la niña, que ya no es capaz de aguantar el dolor que corre por su cuerpo.

Su madre la abraza, le asegura que no tiene nada más que temer, que Steve se pondrá bien.

—Ahora debes descansar —le dice Beatrice, mientras se agacha a desatarle los tenis—. El día de mañana… será un día algo ocupado.

—¿A qué hora será la ceremonia? —pregunta la señora Menes.

—Al mediodía.

—Si le parece bien, pensaba quedarme por esta noche.

—Te lo agradecería muchísimo.

—Descuide.

—Me recuerda a mi madre —dice Malik: su cabeza descansa contra el marco de la puerta. Cada tanto se confía y la mitad de su rostro se hunde en el muro de madera.

—Sabemos que Stakes estuvo en el Belvedere un par de días antes del asesinato —dice Spavone, aclarándose la garganta, poniéndose de pie—. Sin duda yo no era su persona favorita, pero no nos consta que él haya sido quien apretó el gatillo. Y por lo que veo, quizá ame lo suficiente a Alessia como para no ir a por mí. Por lo pronto lo puse en el hospital: quizá ya haya tenido su merecido.

—Y se quedará con su dinero.

—Sí, eso también. Que se cobre de ahí. Ahora, del otro lado, tenemos una confesión que apunta directamente a Deck. Un tipo como Little Joe podría haber entrado a liquidarme, tomarse un expreso inmediatamente después y aun así no aparecería en ninguna cámara de seguridad. Y, como ya te dije, al fiscal no le faltaban motivos para deshacerse de mí: no quise ser parte de su juego y me había descubierto como un posible enemigo.

—¿Realmente aún tenía fichas con la saliva del niño?

—No —respondes Spavone, caminando hacia él—. Fue un bluf que me costó demasiado.

Alessia ya se encuentra arropada: su madre le da un beso y una última caricia antes de salir tras la señora Menes, quien le ha comentado que hay una taza de chocolate caliente esperándola en la cocina.

Spavone y Malik se apartan para dar paso a ambas mujeres.

—¿Y si fuera mentira? —pregunta Malik, cuando los apenas si se oyen los pasos en la escalera.

—¿Qué cosa?

—Que Stakes estuvo en el Belvedere —el mesero deja que la premisa cale en Spavone antes de continuar—. Solo se tiene registro en ese informe, pero no hay fotografías ni nada.

—Las fotografías no estarían adjuntas, pero Dean tuvo que verlas antes de admitir que el agente encargado cumplió con su trabajo. De otra forma, el sujeto podría haber estado en casa viendo una maratón de Friends para luego inventarse todo.

—¿Una maratón de qué?

—Nada, olvídalo. No, no creo que sea mentira.

—¿Quién es el agente que se encargó de seguirlo?

—Dean delegó a dos, ambos de mucha confianza. Hank Smith y Ben Romero. La madre de Smith hace la calle, pero paga con favores el que nadie más que Dean y yo lo sepamos. Y en el caso de Romero, le doy algunos billetes como recompensa. También tiene problemas con las apuestas: me dio mucha información sobre Stakes en su momento.

El resto de preguntas que Malik tiene se quedan rondando en su cabeza, no alcanzan a llegar a su lengua: desde el exterior de la casa se eleva una nueva ola de gritos mucho más grande que la anterior.

No solo eso: también hay sirenas.

El fiscal general ha llegado.

27.

Spavone ya decidió que no lo hará hasta que el discurso de Deck haya terminado: va a esperarlo dentro de su vehículo, justo cuando el fiscal crea haberse anotado una buena ración de simpatía popular a su nombre.

—¿Por qué esperar? —pregunta Malik.

—Porque quiero que ocurra lo más lejos de Alessia como sea posible —responde Spavone, descartando la idea de salir por la parte frontal de la casa—. No quisiera que supiera que, además de todo lo ocurrido, un tipo acaba de morir de un paro en la puerta misma de su casa. Ya tiene suficiente.

Malik asiente: sigue a Spavone quien, después de pensarlo mejor, enfila hacia el pantalla plana fijado en la pared norte: otro cambio del que él no es responsable.

—¿Qué pasaría si los dos nos metemos en su cuerpo? —pregunta Malik, apareciendo por uno de los muros laterales de la casa y haciendo estornudar a un tipo con chaleco de la *CNN* que se ha escabullido lejos de las cámaras para echar una meada: algunas gotas amarillas alcanzan a salpicarle la camisa.

—Probablemente le volaríamos la cabeza —responde Spavone, encogiéndose de hombros—: el cerebro le comenzaría a chorrear por los oídos, qué se yo. A estas alturas, espero lo que sea.

Rodean la casa y la enorme barrera humana que se ha formado alrededor de la entrada. Spavone reconoce a algunos de quienes durante cinco años fueron sus vecinos: la señora Woo aún conserva su traslúcida bata de Los Simpson y su ropa interior color arándano, y el extraño hijo de los Hall ahora viste un uniforme de Pizza Hut. Este último es de los que lleva mascarilla.

—Este tipo de cosas normalmente se llevan a cabo en el ayuntamiento —dice Spavone—, pero entonces sería el alcalde quien se llevaría los flashes y no Deck.

—Me imagino —responde Malik.

—O en la comandancia central, en Civic Center, pero el Jefe Price tampoco encuentra muy simpáticos los espectáculos que le gusta montar a Deck. Debe estar preparando un pronunciamiento por su cuenta. Sin duda estará presente mañana en el cementerio —dice Spavone, sin estar completamente convencido.

También están en el lugar Helen Fritz, Sebastian Lang y un par de

colegas más de la Unidad: todos montan guardia junto a la puerta con sus uniformes gala y las manos cruzadas por delante del vientre.

—Su amigo aún no ha llegado —comenta Malik.

—Debe haber ido a cambiarse para la ocasión —responde Spavone, pensando que todos ellos volverán a usar el mismo uniforme al día siguiente en el cementerio, cuando le rindan los honores fúnebres y se realice el plegamiento de la bandera por sobre su féretro: siempre lo ha encontrado de muy buen gusto, con mucha clase, aunque ahora que él será el homenajeado ya no le parece tan atractivo.

Veinte segundos después, Travis Deck aparece en escena: baja de su vehículo, agacha la cabeza y camina lentamente por delante de los oficiales en dirección a la puerta. Uno de sus guardaespaldas está a punto de tocar el timbre, pero el fiscal lo detiene con un enérgico gesto de la mano: incluso *eso* forma parte de la difícil tarea a la cual, con el máximo de entereza, un hombre como él debe enfrentarse. Apenas un segundo después, la puerta se abre y Travis Deck se abalanza sobre la señora Menes en un profundo y sentido —y sorpresivo— abrazo. Los flashes no se hacen esperar. La pobre mujer queda atrapada bajo las cientos de libras del fiscal, que ahora la mece entre sus brazos como si no pesara más que un almohadón de plumas.

Cuando piensa que ya han tomado suficientes fotos, la suelta y toma su mano: un breve intercambio de palabras le hacen ver al fiscal que aquella no es la viuda. Mucho menos la madre de la víctima: Deck mira discretamente por sobre el hombro para verificar si alguien más se ha dado cuenta de su error.

—Nunca se me he podido pensar en otra persona en el mundo además de Deck que me motive a emplear la palabra «papanatas» —dice Spavone, pensando en voz alta.

Aún algo perpleja, con las mejillas encendidas, la señora Menes vuelve al interior de la casa en busca de Beatrice. Mientras tanto, Thomas Dean ha llegado y se abre paso en dirección a donde están formados sus compañeros: tal como Spavone lo supuso, camina terminando de cerrar los botones de su chaqueta de gala y acomodándose la visera del gorro. La mascarilla de antes ya no la lleva. Se cuadra a la derecha de Helen Fritz: saluda a los demás con una rápida inclinación de cabeza.

Spavone busca al tipo de la moto entre la muchedumbre, pero no lo encuentra. No representa un gran alivio: si su instinto no lo engaña, aparecerá pronto.

Poco después, la puerta de la casa se abre por segunda vez y ahora sí es Beatrice quien aparece frente a las cámaras.

Una nueva andanada de flashes golpean desde todas direcciones: Spavone se da cuenta que se ha tomado un par de minutos para reponer su maquillaje y buscar una blusa de color negro en su

guardarropa.

Antes de que Deck se abalance sobre ella, Beatrice le pone la mano en frente, firme como un golpe de karate. *La señora Menes debe haberla puesto sobre aviso*, piensa Spavone.

A Deck no le queda más remedio que estrechar la mano de Beatrice. Eso sí, la retiene más del tiempo necesario. Los compañeros de Spavone son los siguientes en presentar sus condolencias: Thomas Dean se toma algo más de tiempo que los demás.

Incluso desde donde se encuentra, Spavone puede advertir el temblor en el labio inferior del detective.

Es al único al que Beatrice abraza.

—¿Se conocieron? —pregunta Malik, quien ahora debe ponerse en puntas de pie para poder seguir observando: un sujeto de metro noventa, que Spavone cree haber visto alguna vez atendiendo una ferretería dos calles más abajo, se ha colocado delante de él.

—Así es. Beatrice y yo nos separamos un año después de que empezara a trabajar con Dean: vino a cenar con nosotros un par de veces. Siempre trajo buen vino —responde Spavone, viendo desfilar la escena frente a sus ojos—. A Beatrice le encantaba que tuviera un amigo como él. Decía que podía enseñarme algo sobre no ser un patán.

—¿Qué le respondía usted?

—Que no existe ni siquiera un policía que se libre de tener un lado así: todos tenemos algo de patán. Algunos más que otros, por supuesto. Mira a Fritz —dice Spavone, señalando a la sargento con un movimiento de cabeza—, parece absolutamente correcta, ¿verdad? No creerías que trabajó tres años como infiltrada en una banda de trata de personas haciendo el papel de proxeneta, ¿no?

—Para nada —responde Malik, fascinado.

—¿Lo ves? Para hacer este trabajo hace falta más que saber maniobrar un arma —Spavone lo dice contemplando a la barrera humana delante de él: gente que prefiere intercambiar el noticiero de las ocho por una inofensiva comedia y que jamás tendrá que vérselas con la inmensa cantidad de mierda que un policía promedio en una ciudad como aquella debe soportar todas las semanas. *Una decisión bastante saludable*.

Dean regresa lentamente a su lugar: Spavone está seguro de que su rostro anegado en lágrimas habrá de aparecer en más de una portada de diario al día siguiente.

Inicia entonces la rueda de prensa.

Spavone no está dispuesto a volver a oír la inútil diatriba de Travis Deck: mientras el fiscal se encarga de convencer a todos de lo mucho que le importa la vida de «cada uno de los valientes uniformados que

protegen nuestros país», Spavone y Malik se escabullen al interior de la Suburban. Se acomodan en la tercera fila de asientos.

—Muy cómodo —dice Malik.

—Es para que el fiscal pueda viajar a gusto él y su descomunal ego.

No están solos.

Dentro, aguarda el chofer: un moreno de espaldas tan anchas que se ve incómodo aún en un vehículo de esas dimensiones. Tampoco parece muy interesado en el discurso de Deck: mira videos de chicas bastante menores que él en TikTok. Spavone se alegra de que su hija encuentre ese tipo de cosas casi tan estúpidas como él. *Por ahora, al menos*.

—Espero volver cerca de aquí —dice Spavone.

—¿Se refiere a renacer en la misma ciudad? —pregunta Malik.

—Exacto.

—Bueno, hasta donde sé funciona así. Al menos volverá al mismo país donde vivió y murió.

—¿Qué hay de ti? Has muerto en un país diferente al tuyo.

—Pues…

—¿Y de tus padres? ¿Qué pasa con ellos?

—En ese caso creo que…

—Y con tu bisabuelo: no creo que pueda volver a oriente por sí solo. ¿Su siguiente vez será aquí?

Nimay Malik deja de lado la fascinación que hasta hace segundos sentía por el vehículo del fiscal. A Spavone le queda claro que va a necesitar algo de tiempo para encontrar la respuesta —si la hay— en batiburrillo de conocimientos religiosos que tiene. Aprovecha que se lo ha quitado de encima por un momento para observar los alrededores en busca del sujeto de la motocicleta. *¿Quién podría estar interesado en seguir a Dean? ¿Por qué ahora?*, se pregunta. Una vez más, su olfato le señala una dirección específica en relación a la última pregunta: tiene que ver con su muerte.

28.

Las tontas y repetitivas melodías de TikTok dejan de oírse: al parecer el chofer ha tenido suficiente de la aplicación y pasa a un contenido mucho menos incitador.

Noticias.

Spavone le pide a Malik que se guarde por un momento aquella vieja historia sobre un príncipe indio muerto en alguna batalla de Europa para poder cazar algo de la información que mana del celular:

se pasa a la segunda fila de asientos y se asoma por sobre el hombro del chofer para ver mejor.

El jefe del departamento de epidemiología del New York-Presbyterian pide a la población mantener la calma: asegura que no tienen planes de levantar ningún tipo de alerta con respecto al «Virus del hurón». El siguiente reporte viene desde las calles: la población vacía los anaqueles de mascarillas y productos de desinfección. Cuando dan paso a un especial sobre las principales epidemias desatadas en el mundo por animales exóticos, Spavone se echa hacia atrás. Lo hace con demasiado impulso: atraviesa el asiento, el piso del vehículo y queda tendido sobre el asfalto.

Vuelve a trepar al interior del vehículo.

—Ni una palabra —le advierte a Malik, que tiene los carrillos inflados.

A través de parabrisas, ve una motocicleta aparcar al final de la calle. Pasan de las siete, los postes de luz apenas si están despertando. A pesar de eso, está claro que la vestimenta del conductor es completamente negra.

—¿Es él? —pregunta Malik.

—Estoy ochenta y nueve por ciento seguro que sí —responde Spavone, asomado nuevamente entre los asientos delanteros. El chofer estornuda y su celular va a pasar entre los pedales de la Suburban: Spavone lo ha tocado sin darse cuenta.

Una salva de aplausos llegan desde la multitud que rodea la casa: el discurso de Travis Deck ha terminado. Cuando el ruido cesa, Spavone cree reconocer la voz de Beatrice en aquel débil murmullo que ha reemplazado las enérgicas arengas del fiscal general.

—No falta mucho —dice Malik, mirando en la misma dirección en la que lo hacen las cámaras.

El chofer vuelve a tener la pantalla de su celular delante de sí: se ve como una cajetilla de fósforos entre los dedos como zanahorias de su dueño. Vuelve a la aplicación de noticias justo a tiempo para ver la nueva información que hay sobre el asesinato del policía.

Y las fotografías.

—Es el bar del Belvedere —dice Malik, que ha saltado desde la tercera fila de asientos hacia adelante.

—Y ese soy yo —dice Spavone.

El reportaje muestra imágenes sacadas de las historias de Facebook de uno de las personas que también se encontraban en el bar la noche anterior. Según la voz femenina encargada de la narración, los selfies fueron tomados, presumiblemente, dos o tres horas antes del asesinato.

En la primera foto, cinco o seis metros detrás de los rostros que aparecen en primer plano —debidamente pixelados, claro está— se ve

a Kiki Spavone sentado en una de las mesas altas del bar. Frente a él, sobre el tablero circular, hay un vaso de lo que parece ser whisky en las rocas y su teléfono celular.

Está solo.

En la siguiente, tiene el teléfono pegado a la oreja.

—Hablé con alguien —pronuncia las palabras sin encontrar en ellas el menor atisbo de convicción—. Hablé con alguien antes de que me mataran.

Antes de que Malik pueda formular la pregunta más obvia posible, un detalle llama su atención: una figura aún más al fondo, cuyo color de vestuario y tez le parecen harto conocidas. Lleva lo que se aprecia como una bandeja con vasos en la mano derecha:

—¡Soy yo! ¡Estoy ahí!

—Estuviste ayer en bar

—Quizá yo mismo te serví ese trago.

Spavone siente las conjeturas correr y atropellarse unas a otras en dirección a su boca:

—Estuvimos muy cerca uno del otro. Tal vez incluso… hablamos… —la más prominente se impone sobre las otras— nos conocimos.

Spavone puede imaginarse a sí mismo agradeciéndole la atención al mesero con un movimiento de cabeza, haciéndole alguna broma ya avanzada la noche (suele hacerlo con toda aquella persona que tenga cerca al momento en el que el alcohol empieza a ganar terreno en su torrente sanguíneo).

Pero, ahora que ha pasado el tiempo suficiente con Malik como para tener claro su, por momentos, flagrante sentido de la justicia, puede imaginarse algo más. Una idea que le provoca un escalofrío que hasta ese día solo había sentido estando vivo: quizá murió por mi culpa. Quizá murió intentando ayudarme.

Spavone busca encontrar las palabras adecuadas para transmitirle a Malik su sospecha: ninguna de las primeras construcciones formuladas lo exime de culpa. Probablemente no exista ninguna que lo haga: *Intentaste detener al asesino / intentaste evitar que huyera / lo perseguiste hasta que…* De una u otra forma, si es que su sospecha es fundada, el mesero hizo más de lo que le tocaba hacer la noche anterior: recoger vasos vacíos y llevarlos devuelta a las mesas llenos de alcohol.

Malik aún sigue fascinado con la idea de haber estado en el lugar del crimen: sus intensos ojos negros siguen clavados en la difusa y pequeña imagen que lo representa.

La voz que sale del celular asegura que aquello es todo lo que hay de nuevo hasta el momento.

Los aplausos de la multitud vuelven a oírse desde el exterior, esta vez con menos fuerza: los asistentes han emprendido la retirada. Los primeros motores empiezan a despertar.

Spavone gira todo el cuerpo hacia Malik, que se encuentra a su derecha. El mesero intuye que se viene algo importante y devuelve la atención.

El mensaje de Spavone queda en suspenso: la puerta del lado donde está Malik se abre y Travis Deck se sienta «sobre» él.

El fiscal toma aire para estornudar, pero este no sale devuelta como él, su chofer y Spavone esperan. Travis Deck se queda con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta: recuerda a una morsa esperando que su entrenador arroje un pez congelado en su hocico.

Spavone es el único que sabe lo que está pasando: su voluminoso cuerpo demuestra que, tal como lo dijera Stephen King, no puede soportar dos espíritus al mismo tiempo.

Le está dando un paro cardiaco.

—Señor, ¿se encuentra bien? ¡Señor! —al no obtener respuesta, el chofer envía unos códigos mediante el auricular que lleva enterrado en la oreja: solicita ayuda médica cuanto antes.

Spavone piensa que debe hacer algo, pero no sabe exactamente qué: se pregunta qué es lo que está sintiendo Malik, si se encuentra «bien»: el mesero ha quedado completamente engullido por el corpachón de Travis Deck. Las puertas de la segunda fila de asientos se abren, ambas al mismo tiempo: agentes de seguridad se asoman por cada una de ellas para verificar si lo que acaba de decir el chofer es cierto: sus cejas se enarcan tras las gafas oscuras y repiten los mismos códigos hablándoles a los micrófonos que llevan ocultos en los puños de la camisa.

Spavone mira hacia la calle en el momento en el que el auto de Thomas Dean pasa junto a la Suburban y enfila hacia el final de la calle, donde aguarda el motociclista.

Sin casco.

El hombre está a más de doscientos metros de Spavone, pero su barba de candado y frondosa cabellera castaña —a pesar de verse aplastada por efecto del casco— no dejan lugar a dudas.

Robert Burke.

El único otro inspector en todo el departamento de policía que conoce el mayor crimen cometido por Spavone.

Y su cómplice.

Cuando el auto de Dean llega a la esquina y da vuelta a la derecha, Burke vuelve a ponerse el casco: va tras él.

¿Por qué?

Spavone devuelve su atención a lo que ocurre dentro de la Suburban: el cuello de Travis Deck luce aún más hinchado que de costumbre, sus ojos amenazan con reventar como bombillas sobrecargadas de voltaje, la sangre ha empezado a manar de una de

sus fosas nasales. Algo le queda claro a Spavone: no quiere tener que explicarle a Malik que quizá el hombre que acaba de matar no sea el que están buscando.

Actúa: introduce ambos brazos por uno de los costados del fiscal, los remueve hasta dar con algo que parece ser el hombro o el codo de Malik. Se aferra a la misteriosa extremidad y tira hacia él con todas sus fuerzas: ambos terminan despatarrados en el asfalto, al tiempo en que Travis Deck deja escapar todo el aire contenido en un convulso y violento ataque de tos.

Malik se pone de pie:

—¿Qué pasó? —Pregunta a Spavone—. Ya casi lo tenía.

Spavone empieza a caminar en dirección al lugar por el que acaban de enfilar tanto Thomas Dean como Robert Burke: se cruza con más de un persona, pero no todos estornudan: no es un detalle que le pase desapercibido. A su espalda, Malik repite la pregunta y adiciona algunas otras que tiene que ver con lo que Spavone hace y piensa en ese momento.

El mesero no obtiene respuesta: se limita a seguir a Spavone, haciendo estornudar a un índice mucho mayor de personas: el pánico empieza a nacer entre los vecinos de Palisade.

Hay confusión dentro y fuera de la cabeza de Spavone, cuyos demonios siente más próximos que nunca. Se detiene a mitad de camino, se gira: la expresión de alarma de Nimay Malik le hace saber que ha escuchado lo mismo: un comentario de uno de los periodistas que se apresura a terminar de recoger un conjunto de gruesos cables y meterlos como sea dentro de la furgoneta.

Acaban de encontrar al hurón que desató el pánico en el metro: estaba escondido en un bar de Varick Street.

Malik se lleva ambas manos al rostro.

Paradaada ha sido capturado.

Tercera parte
Atraco en el Heaven´s Place

29.

—El caso requiere un sujeto como tú, Spavone —dijo Robert Burke. Y segundos después, cuando se dio cuenta que la afirmación podía hacer referencia una amplísima gama de aptitudes, entre buenas y, en su mayoría, no tan buenas, se apresuró a agregar—: alguien con tu experiencia. Conoces de sobra cómo se manejan las cosas en la isla: hay que tener mucho tacto si no quieres cortar el cable que haga volar todo en pedazos.

—Suena a que es un caso conformado únicamente por cables equivocados —respondió Spavone.

Habían quedado en un café a tres cuadras del Liberty State Park, escenario habitual de conversaciones sobre cine experimental y conflictos sociales tercermundistas: un par de agentes como Spavone y Burke no habrían dado en un lugar como aquel de no ser por su ubicación equidistante entre sus correspondientes distritos.

La llamada de Burke lo había tomado por sorpresa: durante los años que pasó en trabajando en el distrito 120, nunca había trabajado con él en algún caso. Su relación se limitaba a saludarse con un movimiento de cabeza cuando se cruzaban en el estacionamiento o a un breve intercambio de palabras sobre lo lenta que iba la máquina de sánguches cuando alguna vez se encontraron frente a ella.

Eso fue todo.

Robert Burke tenía una reputación que corría a media voz entre los pasillos de la comisaría de Richmond Terrace: el tipo de agente favorito de los jefes: un extintor de incendios con permiso para portar armas y la dureza suficiente para partirle el cráneo a cualquiera. Se decía que había sobrevivido a un par de tiroteos y que llevaba una bala alojada en la espalda demasiado cerca de la médula espinal como

para que cualquier cirujano se anime a retirarla.

Kiki Spavone lo admiraba sin si quiera darse cuenta que lo hacía.

No había vuelto a pensar en él hasta que, años después, la noticia del atraco al club de campo saltó a las primeras planas.

El cóctel molotov perfecto: robo, agresión y secuestro. Según uno de los rehenes, una mujer de setenta años cuyo apellido y fortuna estaban directamente relacionados con el auge del acero durante la segunda mitad del siglo XIX, los criminales habían ingresado al salón principal disparando ráfagas e incrustando el cañón de sus armas al rojo vivo en el vientre de todo aquel que no obedeciera sus órdenes con la suficiente velocidad, incluido su esposo.

Las compañías de seguros apenas si estaban empezando a trabajar en el cálculo de daños, pero las cifra estimada del dinero robado en objetos de valor ya superaban los tres millones de dólares. *Hay gente a quienes los Rolex de cincuenta mil dólares no les pesan ni para jugar al squash*, recuerda haber pensado Spavone.

Un nuevo y flamante candidato para el «Atraco de la década».

Esa misma tarde, Burke lo llamó para citarlo en aquel panal de hípsters.

Su colega de Staten Island lo esperaba aferrado a una botella de cerveza artesanal y con la pinta de haber tomado una larga ducha fría con la que no había alcanzado a disimular la mala noche. No había cambiado demasiado, salvo por las canas que ahora llevaba salpimentando su barba.

—El Jefe Price tenía razón contigo —dijo Burke, dejando que la sonrisa tirara del lado derecho de su boca—. Fue él quien apuntó en tu dirección. En su momento no entendí por qué te convocaron a ti para actuar en lo de los gemelos y no a mí, o a otro más del departamento. Claro que por esos días nadie le estaba dando explicaciones a nadie, pero ahora ya no me queda duda.

—Salud por eso, inspector —dijo Spavone, cuando la camarera le puso en frente una cerveza de cuya marca nunca había escuchado y que nunca más iba a volver a escuchar.

—Dime Bob.

—Dime Kiki.

Después de apurar el resto de su cerveza, Burke entró en materia:

—Lo que tenemos entre manos no es un robo, Kiki, pero eso es justo lo que vamos a tener una vez que nuestro trabajo haya terminado. Solo digamos que una de las empresas de uno de los inofensivos socios del club le estaba vendiendo armas a quien no debía: los artífices del atentado ya están fuera del radar, ellos cumplieron su parte. Ahora, hay que actuar y pensar rápido: si todo sale como espero, esto será bueno para todos.

—Te escucho —dijo Spavone, para luego también vaciar su botella.

—Hoy empezaremos con los interrogatorios: sin presionar a nadie, solo haremos acto de presencia. El promedio de edad de las víctimas es de sesenta años: vamos a tomarles la mano y asegurarles que atraparemos a los malos. Mañana por la noche, tú, yo y un equipo especial vamos a irrumpir en un sótano Tottenville: vamos a encontrar casi todo lo robado y algunas armas. A la prensa debe quedarle claro que ya estamos en la pista para atrapar a los culpables. Conoces cuáles son las bandas que operan en la isla, cuáles están en capacidad de operar un golpe así.

—¿Y ya tenemos identificada a la responsable?

La sonrisa que apareció en el rostro de Burke se extendió entonces hacia ambos lados:

—Eso es justo lo que tú me vas a decir. Y me vas a convencer de que estás en lo cierto.

30.

Spavone nunca se ha aplicado en aprender un nuevo idioma además de la jerga que se usa en los distintos puntos cardinales de Nueva York. Sin embargo, después de oír los continuos lamentos de Nimay Malik a lo largo del día y de las no pocas discusiones que ha tenido con taxistas a lo largo de su vida adulta, cree empezar a reconocer ciertos patrones del tercer idioma más hablado del mundo.

Y todo parece indicar que las lecciones no habrán de parar pronto: los alaridos del mesero son tan intensos que Spavone ha tirado la toalla y no piensa gastar más tiempo en pedirle que se calme. Ni siquiera lo escucha cuando Spavone le asegura que nadie va a sacrificar a su bisabuelo.

No esa noche, al menos.

Solo hay un lugar donde han podido llevar al hurón y no está demasiado lejos de Union City: el Centro de Cuidado Veterinario, en el Midtown, el mismo lugar al que van a parar los pelícanos que aterrizan en los *pent-house* de la bahía de Long Island, los leopardos utilizados en espectáculos clandestinos y cualquier animal que pueda representar un peligro para la comunidad.

El buen Bondi debe estar a buen resguardo, apuesta Spavone, mientras viaja junto al mesero en un bus que recorre el Lincoln Tunnel a

velocidad crucero. Habrán de llegar en menos de treinta minutos. Aun así, Spavone no alberga demasiadas esperanzas: no cree que tengan oportunidad de liberar al bisabuelo de Malik. Con suerte, el hurón pasará sus últimos días como una atracción más del zoológico de Central Park.

Mientras el atormentado bisnieto sigue perdido en el peor escenario posible, Spavone vuelve sobre el ingreso a escena de *Bob* Burke y los motivos que tiene para seguir a Thomas Dean.

Su cerebro dispara la primera conjetura en menos de lo que a Malik le toma decir *laanat hai khaana banaana* (sea lo que sea que eso signifique): *Burke quiere saber hacia dónde apunta la investigación de Dean*, piensa Spavone, y el solo hecho de que Burke tenga interés en saberlo adiciona un par de nuevas aristas e hipótesis al caso: 1) Quiere saber si Dean está tras la pista correcta o 2) Él sabe cuál es esa pista.

Podría estarlo haciéndolo por encargo de alguien más o ser el propio Burke quien necesite estar seguro de que Dean no va a descubrir más de lo que conviene. Si lo segundo es lo correcto, Spavone sabe que hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que esté relacionado con el caso de Heaven's Place. La pregunta es *¿Por qué?*

Hasta donde Spavone sabe, todo salió a pedir de boca: la banda correcta fue implicada, los «malos» obtuvieron su merecido, el poco patriota empresario armamentista recibió el mensaje fuerte y claro, y tanto Burke como él fueron acreedores de sendas palmaditas en la cabeza. A Spavone además lo ascendieron a inspector jefe y luego Hollywood llamó a su puerta.

Entrar, operar, salir y sonreírle a la prensa. El del club de campo había resultado ser un trabajo bastante limpio.

¿O no?

Con gran parte de la extensión sur del Hudson enmarcada en su ventana, Spavone repara en un hecho sobre el cual sí cuenta con toda la certeza posible: está exhausto. No físicamente, claro, pero sí a nivel mental —si es que sus pensamientos y voz interior aún pueden considerarse una prueba de la aún existencia de su mente—: el discurrir de la cuenca hacia el Atlántico le recuerda que el camino hacia la verdad, antes que el éxito o la resolución de un caso, lo que promete es una profundidad casi tan ignota e indómita como el más allá.

Hace un recuento de los sospechosos: Galli, Deck, Burke. ¿Cuántas personas existen que hayan querido acabar con él? Ya no sabe si aquella es una pregunta que le hiciera Malik más temprano o si se la está haciendo ahora a sí mismo. No importa, la respuesta es la misma para ambos casos: no es ni siquiera la tercera parte de las personas que podrían tener un motivo para hacerlo.

Nadie lo ha dicho nunca mejor que Bill Mosley:

—Ser policía es igual a jugar la ruleta rusa todas las mañanas utilizando un revolver con cinco balas en lugar de solo una.

Lo dijo mientras aguardaban la orden para rescatar a los gemelos Faulkner: Spavone le había preguntado si creía que saldrían con vida si las cosas con la mafia se torcían. Después había agregado algo como que nadie sale vivo de la vida.

Es el destino de los agentes que, como Mosley, alcanzan la dorada edad de jubilación: sus caderas se ensanchan, acaban con los pulmones casi perforados por el tabaco, ni siquiera pueden subir dos pisos de escaleras sin tomarse un respiro en el rellano, pero se vuelven más sabios que el mismo diablo.

Una ruleta rusa, se repite Spavone.

Galli, Deck, Burke: apenas tres de todas las balas cargadas en el tambor del revólver con el que Kiki Spavone se había habituado a jugarla. Un tambor con una capacidad para mucho más que solo seis proyectiles.

¿A cuántos más aún no ha conseguido identificar? ¿A cuántos más sería posible en solo veinticuatro horas?

Cierra los ojos, no se le ocurre un mejor momento para tirar la toalla.

A Kiki Spavone no le faltan motivos sobre los cuales lamentarse. Lo que no tiene son fuerzas.

Quizá de esto se trata, piensa, *los espíritus de los muertos no hacen nada durante las horas que le toca esperar aquí porque ya no hay nada que hacer, porque es imposible hacer algo*. Spavone no es muy bueno para las metáforas, pero se imagina estar en lo alto de un risco, admirando el océano que se abre frente a él e intentar determinar en dónde es que acaba el agua.

Mira a su alrededor: hay una mujer de entre setenta y ochenta años sentada en una de las filas intermedias. Su mirada está perdida en un punto indeterminado entre la fila de asientos de enfrente y sus pensamientos: podría pasar por una estatua. Spavone se pregunta si ella no es también un alma a la espera de su siguiente regreso a la vida. Quizá ni ella misma lo sepa.

Spavone camina lentamente por el interior del autobús, solo por hacer algo: ninguna de las personas a las cuales atraviesa estornuda o parece tener ganas de hacerlo.

La brisa más leve lo supera en todo.

—Sigue dormido. Seguro no tiene idea de a dónde lo han traído.

Malik se asoma a la jaula donde Bondi aún duerme: no parece haber sufrido demasiado la captura y posterior reubicación: las dieciséis horas de sueño que necesita, el cansancio de las actividades

detectivescas en las que ha participado y la generosa cantidad de Feni que ha ingerido lo han dejado completamente anestesiado.

El Centro de Cuidado Veterinario luce escasa presencia humana a aquellas horas: un guardia y dos veterinarios de turno toman café a pocos metros de los lugares donde guardan a los animales. Hay un área exclusiva para perros: una poderosa salva de ladridos se ha desatado cuando Spavone y Malik han cruzado por el frente. En la siguiente área, hay una fauna mucho más variada y exótica. En las jaulas alrededor de la que ocupa Bondi hay conejos, ardillas, una comadreja bastante parecida al hurón y un zorro algo maltrecho: este último olfatea en dirección de Spavone y Malik. Las aves ocupan su propia sala insonorizada.

—Será mejor que lo dejes descansar —dice Spavone—. Aún tenemos algunas horas por delante.

Malik pasa sus dedos por la nariz del hurón un par de veces más antes de hacer lo que Spavone dice.

—Al menos estas personas no van a traficar con él —dice el mesero —: no me gustaría saber que la piel de *paradaada* va a terminar en el cuello de alguien.

—O convertida en guantes.

—Exacto.

—Quizás unas botas para bebé.

Malik le demuestra toda la repugnancia que es capaz de albergar en su rostro: Spavone se encoge de hombros, mete las manos en los bolsillos de su chaqueta y va a buscar un lugar lo más lejos posible de las jaulas donde sentarse. *Es increíble: me despido del mundo rodeado de animales.*

Malik lo sigue luego de murmurar una nueva oración en hindi.

Se sienta junto a Spavone cruzando las piernas en la postura de la flor de loto. *Quizá podría intentarlo*, piensa Spavone, *ahora que ninguna de mis articulaciones es capaz de generar dolor.* Desestima la idea al instante e intenta disfrutar de uno de los pocos momentos en los que el mesero tiene la boca cerrada.

No dura demasiado.

—¿Por qué no me dejó terminar con el fiscal, señor Kiki? ¿Por qué no me dejó matarlo?

—Deck podría no haber sido el culpable.

—Pero igual es culpable de muchas otras cosas, ¿verdad? Usted mismo me lo dijo.

—Así es, pero esas batallas no son tuyas. Ni siquiera estoy seguro de que sean las mías.

Cada cual vuelve a su esquina mental. Spavone cuenta los segundos: no oye la campana que, al parecer, Nimay Malik sí.

—¿Quién era el hombre de la moto?

—Un policía de Staten Island, Robert Burke, el que me convocó para trabajar en el caso del club de campo.

—¿También es un sospechoso?

—Es un tipo acostumbrado a jugar sucio, como la mayoría. La única diferencia es que no acostumbra dejar cabos sueltos y, quizá, pensó que yo era uno de ellos —Spavone no espera a que Malik le alcance la siguiente pregunta, sino que desarrolla su hipótesis con la paciencia de quien pela una banana luego de la cena—. El de Heaven ´s Place no era un atraco, pero debía parecerlo. En realidad era un mensaje a un magnate que estaba haciendo negocios que el gobierno no veía con buenos ojos. Ni siquiera recuerdo su nombre, no son archivos que hayan estado al alcance de mi rango, la mayor parte lo hizo el servicio de inteligencia.

»En fin, a Burke le tocaba limpiar las sobras y presentar un grupo de culpables lo suficientemente creíbles. Quería alguien externo que le ayudara y que, una vez resuelto el asunto, se fuera de ahí.

—Usted.

—Así es.

El relato de Spavone es interrumpido por el guardia de seguridad y la veterinaria que acaban de ingresar en la sala de mamíferos menores. Parece que van a realizar algún tipo de inspección, pero se quedan junto a la puerta, hablando entre susurros.

Spavone continúa:

—Hice lo que se me pidió: identifiqué a una banda criminal, *Latin Kings*, con la que había tenido algunos roses cuando trabajaba en el distrito. Muchos miembros, lo suficientemente avezados o idiotas como para meterse con la realeza de Nueva York, en un lugar tan seguro como uno de sus clubes de campo favoritos.

—Entonces todo salió bien.

—De maravilla. Pero llamó demasiado la atención.

—Lo de la película.

—Exacto. Tal vez Burke, o los tiburones que ocupan el escalón por encima de él, creyeron que el asunto estaba suscitando un interés que no habían calculado. Quizá no sabían qué tanto tendría que revelar o si, a partir de ese momento, más personas empezarían a hacerse preguntas.

—Incluido el empresario.

—¿Cuál empresario?

—El de las armas.

Spavone no la ha considerado, pero debe admitir que es una pieza que encaja con facilidad en el rompecabezas: *una venganza con todos aquellos que participaron del encubrimiento de su atentado.*

—Pues si eso es cierto —dice Spavone—, yo apenas soy la primera víctima de una lista larga. De todas formas, no pensaba revelarle a ese

tipo de cosas a Marvin Holmes, uno de los productores, ni a nadie, no soy tan idiota.

—¿Qué pasó con los miembros de la banda?

—Latin Kings.

—Sí. ¿Ellos no podrían haber querido vengarse por acusarlos falsamente?

Una vez más, Spavone entiende que todo esfuerzo es inútil, que es muy poco el tiempo para descubrir quién se «encargó» de él.

—No sería la primera vez que les hacen algo así. Además, varios miembros pudieron llegar a un buen acuerdo porque aceptaron los cargos. No les fue tan mal; pero claro, supongo que no estoy en las condiciones de descartar a nadie.

—Su amigo, Dean, ¿él también participó en la… la…?

—¿Imputación de los cargos?

—Sí, en mentir sobre los culpables.

—En parte. Sabía lo que estábamos haciendo con ellos, pero al final, cuando recopiló todos los indicios y antecedentes y los llevó donde la fiscalía, casi me costaba creer que fueran inocentes. Fue una sorpresa descubrir la capacidad que Dean tenía para mentir y hacerlo tan bien. Sentí algo muy parecido al orgullo.

Malik no logra encontrar en el último comentario la gracia que Spavone parece estar disfrutando. Prefiere seguir con las preguntas:

—¿Qué parte es la que su amigo no sabía?

—Había un problema: no podíamos demostrar cómo es que los sujetos que supuestamente irrumpieron en el club de campo conocían los accesos y las rutas de escape ideales: el Heaven´s Place es una fortaleza de colores pasteles en el centro mismo de la isla, ni siquiera es fácil entrar como invitado. Ni las cámaras ni los sistemas de seguridad habían registrado nada sospechoso, ningún intento de desentrañar esos mismos sistemas, pero encontramos una forma de hacer parecer que sí. La idea la tuve yo.

»Metimos un par de personas más en la bolsa de los acusados: un par de mexicanos que trabajaban dentro del club. Era el enlace perfecto: latinos ayudando latinos. A estos últimos los contemplamos como colaboradores de la fiscalía y les dijimos todo lo que tenían que declarar para salir bien librados. Ninguno pisó la cárcel.

—Eso suena mal —dice Malik, percatándose del conflicto de intereses consigo mismo.

—Dime algo que no lo haga, amigo.

Junto a la puerta, el guardia de seguridad y la veterinaria se enzarzan en un abrazo apasionado: se besan como si se estuvieran asfixiando e intentaran succionar oxígeno de la boca del otro.

El zorro que antes se había fijado en Spavone, ahora apunta su ávida nariz hacia la pareja de amantes: sacude la cola al sentir las

feromonas en el ambiente.

—Las fotos de las redes sociales —dice Spavone.

—¿Qué tienen? —pregunta Malik, aún más atento a la pareja que el zorro.

—Fue Marvin Holmes quien las tomó. ¿Recuerdas al sujeto de la habitación 509? El que estaba en medio del otro hombre y la mujer.

—Sí… Hollywood —vuelve a murmurar Malik, perdido en la imagen del único trío que ha visto en todo su existencia.

—Sí, eso. Aunque en las noticias se encargaron de ocultar su identidad, todavía pude reconocerlo. Imagino que tomó muchas más fotos, pero no las subió todas a la red.

—Vayamos a ver su teléfono. Quizás allí…

—Hubiera sido una estupenda idea hace unas diez horas, pero ahora debe encontrarse devuelta en Los Ángeles.

Junto a la puerta, las cosas pasan al siguiente nivel: el guardia de seguridad empieza a desabrocharse el cinturón.

—Pero no es el único teléfono que me gustaría revisar —dice Spavone, poniéndose de pie.

—¿Cuál otro?

—El mío.

Malik desenreda las piernas y también se levanta: inmediatamente se lleva ambas manos hacía adelante. Spavone se pregunta si cree estar teniendo una erección y si su objetivo es ocultarla.

—¿Por qué el suyo?

—Hable con alguien ayer por la noche, poco antes de que me asesinaran.

—¿Con quién?

—No estoy seguro, pero empiezo a tener una fuerte sospecha —responde Spavone, echando una última mirada a la pareja de amantes —. Temo que esa persona haya estado ayer conmigo y que algo pueda haberle ocurrido.

—¿Y dónde cree que esté el celular?

—Si la cadena de custodia sigue funcionando igual que hace veinticuatro horas, ahora mismo debe estar durmiendo en la sala de evidencia, en la misma comandancia a la que fuimos cerca del mediodía.

—¿Pero cómo vamos a llegar a él? Imagino que habrá que abrir cajas, bolsas, ¿quién va a manipular el teléfono cuando…?

Malik sigue la dirección a la cual está apuntando el índice derecho de Spavone: la jaula que queda justo frente a ellos.

—¿Quién? —Repite Spavone— Pues tengo un amigo que ya parece listo para volver a la acción —y sonríe ante el rostro nuevamente ansioso de Bondi, quien mueve la cabeza de un lado a otro por detrás de las varillas metálicas.

31.

Kiki Spavone sabe que se trata de una táctica bastante manida —la ha visto mil veces en salas de interrogatorios y en coches de patrulla—, pero confía en que pocas personas la hayan visto ejecutada por un hurón.

Le toma menos de un minuto explicársela a Bondi, y otros cinco explicársela a Malik.

Cuando el trío se ha puesto de acuerdo, inicia el espectáculo.

—Espera —dice la joven veterinaria, separándose del guardia de seguridad y volviéndose a cerrar la blusa y el guardapolvo—. Algo le ocurre al hurón.

La mujer se acerca a la jaula donde el animal se sacude como si una fuerte descarga eléctrica estuviera atravesando su cuerpo de salchicha.

—Está sufriendo un ataque —dictamina, dejando de lado los jadeos de excitación y adquiriendo un tono bastante más profesional—. Abre la jaula —le indica a quien hasta hace pocos segundos era el objeto de su deseo y que ahora vuelve a reconocer como un empleado del Centro—, traeré algo para contrarrestarlo.

El guardia, un treintañero de mejillas encendidas, rebusca entre la media docena de bolsillos que tiene su pantalón. Encuentra el manojo de llaves correcto al tiempo que Bondi empieza a bajar la intensidad de los espasmos.

En el momento en que el guardia consigue abrir la jaula, y antes de que Malik le pueda provocar el estornudo acordado, el hurón salta directo hacia su rostro. A Spavone le parece estar viendo una escena de *Alien* o algo por el estilo.

El guardia grita intentado quitarse a Bondi del rostro. Los pantalones que no había tenido tiempo de volver a ajustarse se le caen hasta los tobillos y el hombre se estrella de espaldas contra el grupo de jaulas del lado opuesto. Cuando el hurón libera las pequeñas —aunque afiladas— garras de su rostro, hilillos de sangre corren por sus mejillas.

El plan sigue en marcha: Malik provoca un estornudo antes de correr detrás de Bondi que, a su vez, sigue el rastro de Spavone hacia la salida más cercana. De camino, el hurón pasa por entre las piernas de la veterinaria que se afana en llenar una inyección clavándola en un frasquito que lleva invertido.

La operación es un éxito: en menos de dos minutos el trío ha

llegado a una avenida donde pueden abordar el autobús que habrá de llevarlos por el este de Manhattan, a pocas calles de donde se encuentra la Unidad.

—Tu bisabuelo se ha vuelto un escapista profesional —le dice Spavone a Malik.

Si el hurón pudiera hablar, les contaría de los sueños que tiene —y del que, de hecho, acaba de salir—, donde él es apenas un adolescente llamado Yasin, que sortea a toda velocidad las tiendas y transeúntes del mercado de especias en Kadapa, intentando poner distancia entre él y los hombres a los que les acaba de sustraer una bolsa llena de rubíes.

La siguiente parte del plan es un tanto más complicada: volver a ingresar al edificio que ocupa la Unidad. El mismo que ha redoblado sus sistemas de alarma desde la tarde de ese mismo día.

Ahora con un par de detectores de calor y cámaras de alta reacción para seguimientos a gran velocidad.

Además de la cereza del pastel: un atlético dóberman apostado en la puerta trasera de la comandancia, listo para saltar sobre cualquier cosa que si quiera se parezca a un hurón. Spavone lo reconocer: es uno de los sabuesos estrella del equipo antidrogas. De su collar cuelga una simpática placa con el nombre de «Arnold».

Nada menos.

—Creo que ya sabe que estamos aquí —dice Malik, al ver que el perro acaba de voltear en su dirección.

Bondi se agazapa aún más tras el bordillo de la calzada: reconoce a un depredador cuando lo ve. O lo huele.

Los bocinazos de la convulsa noche neoyorquina a la espalda de Spavone le impiden concentrarse: sabe que debe haber una solución para volver a irrumpir en el edificio, pero aún no puede vislumbrarla.

Pero no es solo eso: ha empezado a temer por la vida de Selina.

La última vez que la vio fue hace cuatro días: un encuentro mucho menos apasionado que el que acaba de presenciar en el Centro Veterinario, pero con un significado mucho más trascendental para la vida que Kiki Spavone creyó tendría en adelante.

Quedaron en un lugar de pasta a quinientos metros del Empire State y del que Spavone pudo obtener una mesa mostrando discretamente su placa al atildado anfitrión: la primera velada romántica que Spavone tenía en décadas. Una vez más, Selina llegó cargada de archivadores. Desde su despido, había decidido empezar a mostrar propiedades por su cuenta y, al parecer, no le estaba yendo tan mal como había temido: acababa de cerrar el trato por un apartamento muy cerca de ahí.

Brindaron con una botella de vino cuyo precio Spavone cargó a la

cuenta del pago que recibiría por la venta de su historia: su salario de policía divorciado no lo habría soportado. Spavone la recuerda especialmente hermosa, dedicándole una sonrisa tras otra. Charlaron de cosas sin importancia (el tráfico, el trabajo, algún nuevo crimen por resolver, el actor más idóneo para interpretar su personaje en la película: hasta el momento, Russell Crowe llevaba la delantera) hasta que la botella empezó a vaciarse y Spavone le preguntó si no le gustaría mudarse con él.

Dejó la pregunta en el aire, mientras buscaba a alguien quien pudiera tomarle un nuevo pedido de vino.

Lamentablemente, no hubo respuesta. Tampoco una segunda botella: Selina recibió una llamada donde le avisaban que, al parecer, había un problema con la firma del comprador. Se excusó y volvió a recoger sus archivadores. Spavone le dijo que no se preocupara, que retomarían la charla el fin de semana.

Le parece la alternativa más factible: *lo de ayer también pretendía ser una celebración*, piensa ahora, *si es que Marvin Holmes fue por compañía, yo debo haber intentado lo mismo.*

Spavone teme que Selina haya llegado antes de que se llevara a cabo el asesinato, que pudiera haber salido herida. O —aún peor— que ese momento también sea un espíritu confundido vagando por los alrededores de su apartamento, «viviendo» la que quizá es la peor de las pesadillas.

No, intenta tranquilizarse Spavone, *eso es poco probable. Ya habrían reportado su cuerpo*. Pero la tranquilidad no termina de asentarse sobre él: *¿Seguro que lo habrían reportado?*, se pregunta con una voz interior cargada de ironía, *¿Igual que el cuerpo del mesero que va a tu lado? ¿Qué pasa si fue testigo de lo ocurrido y el asesino ha ido tras ella? ¿Qué si ahora mismo está herida, al borde de la muerte, sin nadie que pueda ayudarla?*

Según sabe, la madre de Selina murió hace varios años, y su padre vive en una lejana ciudad de Irlanda: no habla con él desde que mamá murió.

Tampoco tiene hermanos ni pariente cercano alguno. Y el que se perfilaba como su siguiente novio ahora tampoco está muy «disponible» que digamos.

Fin: no queda más que pensar. Spavone debe acceder al celular y cerciorarse cuanto antes.

Una niña pequeña se acerca a toda velocidad a Bondi: lo ha visto desde la otra calle. Malik se interpone entre ella y el hurón, quien busca refugio bajo un auto estacionado unos metros más allá. Por suerte, la madre no demora en llegar para llevarse a la niña del brazo: la regaña como si hubiera estado a punto de saltar a las vías del tren. La mirada de Spavone se queda prendida de la forma en la que la

pequeña es arropada bajo el amplio abrigo de su madre.

—Vamos a entrar por el frente —anuncia, mientras termina de redondear su nueva idea y se dispone a esperar.

32.

El sujeto (un ladronzuelo de autopartes que ha tenido la mala suerte de ser capturado en plena faena) es arrastrado hacia dentro de la comisaría por los oficiales de turno: forcejea con violencia por liberarse de ellos, pidiendo a gritos que le quiten las esposas y al animal que se le acaba de meter por la pernera de su pantalón.

—¡Vamos, cabrones, ayúdenme! ¡Es la rata más grande que he visto en mi puta vida!

Pero el oficial Gerry no es tan estúpido como el criminal cree: ya ha caído antes y, desde la última vez, se ha prometido dejar de lado su buena voluntad para ayudar antes de volver a cogerle la verga a un malandrín especialmente dotado. De modo que, en lugar de hacer caso a las tan bien interpretadas súplicas del ladrón —valga la pena reconocerlo—, lo que hace es imprimir aún más fuerza bajo su axila derecha y llevarlo directamente a la celda de detención.

Junto con Bondi.

—No le creen —dice Malik, fascinado.

—Ni en un millón de años —responde Spavone. Jamás se habría imaginado que todas las mañas que los criminales suelen usar contra ellos, los policías, iban a serles tan útiles después de muerto.

Antes, han dejado pasar a un ebrio que habían sacado de su casa después de medio matar a su mujer y a un pandillero con la mitad del cuerpo bañado en la sangre de su «colega»: ambos iban demasiado escasos de ropa. El ladrón de autoparte ha sido el candidato ideal: la cantidad de bolsillos en su indumentaria le ha dado la oportunidad a Bondi de pasar completamente desapercibido. *Podrían haber entrado un par de especímenes más sin problemas*, calcula Spavone.

—¿No hay peligro de que puedan registrarlo?

—El primer «cacheo» se realiza al momento de la detención. El próximo vendrá con la toma de huellas dactilares y las fotografías para su ficha policial. Eso nos deja una ventana de algunos minutos en los cuales tu bisabuelo pueda escabullirse de la celda y llegar a la sala de evidencia.

Spavone y Malik siguen al detenido a dos metros de distancia: el sujeto no para de moverse, dando patadas al aire con la pierna en la que está aferrado el hurón. Llegan al ala de DETENCIÓN. El criminal

es arrastrado hacia el fondo, donde lo espera quien será su compañero de celda: un veinteañero que fue detenido horas antes por haber atacado al guardia de seguridad que intentó despegarlo de la barra del bar en el que se encontraba, y que ahora duerme sobre una de las literas. Tiene el brazo izquierdo vendado por los trozos de vidrio que no fueran a parar ni al suelo ni al rostro del guardia.

Uno de los oficiales abre la celda. Spavone da la alerta:

—Ahora hay que moverse rápido.

Lo primero que el ladrón hace al verse liberado de las esposas es, por supuesto, llevarse ambas manos a la entrepierna. Malik entra en acción y le ocasiona un par de estornudos seguidos.

—Dos más —le ordena Spavone, al ver que los oficiales aún no han abandonado el pasillo de las celdas.

Malik obedece: una repugnante salva de mocos explotan desde la nariz del criminal y van a parar a lo largo de su camiseta. Sus gritos ya no son solo de desesperación, sino también de asco. Al lado opuesto de la celda, a menos de dos metros de distancia, el muchacho con el brazo vendado levanta la cabeza, intentando enfocar algo con los ojos entornados: su somnolencia se esfuma cuando ve al animal que se escabulle fueran del pantalón del otro sujeto que ahora ocupa la celda.

El muchacho se retrepa contra la pared, muerto de espanto: aún no lo sabe, pero no volverá a pisar un bar en toda su vida.

Bondi pasa por entre los barrotes y llega hacia la entrada del pasillo, donde lo espera Spavone.

La sala de evidencias no es la más transitada de la Unidad, pero no está lejos del área de detención: es conocida en esta y en otras comisarías como «la jaula», por el enrejado que bloquea el paso para cualquiera que quiera entrar en ella. Detalle que en esta oportunidad resulta de gran ayuda para Bondi, que no encuentra mayor inconveniente en hacer pasar su dúctil cuerpo entre alguno de los espacios en forma de rombo que la conforman.

Lo que no resulta tan favorable son el conjunto de cámaras que flanquean tanto la entrada como el interior de la jaula y que Spavone sabe habrán de registrar el insólito momento en el que un hurón empieza a hurgar en un cajón de evidencia. *Esa mierda va hacer volar el YouTube*, piensa Spavone y observa una de las cámaras en lo alto de la sala que apunta hacia el interior y cuya lucecita roja luce implacable, acusadora. *Ni modo*.

—Solía haber un agente que era el encargado de custodiar la jaula —comenta Spavone, mientras el hurón termina de hacer pasar el morro por el enrejado: va dejando algunos pelos prendidos de los alambres cruzados—: un tipo que se sentaba a la puerta sin hacer más

que llenar el registro de detectives que iban a trastear con las evidencias, ver que nadie entrara sin permiso, rascarse la entrepierna y atracarse de pasteles.

—¿Y por qué ya no está? —pregunta Malik.

—No tenía el menor sentido: las evidencias se perdían todo el tiempo y el agente tenía que cargar con toda la responsabilidad. Lo cual es lo lógico, claro, pero después del último que tuvo el cargo, nadie más estuvo dispuesto a ser el cabeza de turco de los demás miembros de la Unidad.

—¿Hacen eso a menudo?

—¿Qué?

—Llevarse evidencias.

—En promedio la mayoría de los policías lo hace.

—Entiendo.

—Pero en promedio todos los hombres y todas las mujeres tienen un testículo y un ovario. En promedio. Así que, depende de cómo lo veas.

—Eso no lo entiendo.

—Yo tampoco. Camina.

El trío avanza hasta uno de los anaqueles que contienen centenares de cajas blancas, todas exactamente iguales salvo por lo que dicen las etiquetas pegadas en uno de sus lados: el nombre de la víctima, el delito cometido contra ella, el código asignado, el oficial a cargo, etc. La luz del pasillo apenas alcanza el interior de la sala: Spavone, Malik y Bondi van más lento de lo que hubieran querido. Siguen el orden alfabético hasta llegar al anaquel correspondiente a la letra «S».

—Esa esta —dice Spavone, señalando una de las cajas a la altura de su pecho.

Bondi trepa y se introduce en ella.

—Con cuidado, *paradaada* —dice Malik.

Spavone mira hacia ambos lados, luego hacia arriba, donde ya no puede encontrar la lucecita roja que señala el correcto funcionamiento del sistema de filmación.

Siente que algo está ocurriendo o a punto de ocurrir.

El impacto lo sobresalta aún más: la caja que contiene la evidencia de su asesinato —y con Bondi al interior de ella— ha ido a parar al suelo: su celular, las llaves de su auto, su cajetilla de cigarros y los casquillos de bala, cada cual dentro de una bolsa con cierre hermético, están ahora desperdigados por el suelo.

—¿Estás bien, *paradaada*? —se preocupa Malik.

El hurón sacude la cabeza y se abalanza sobre el celular: en dos segundos sus afilados colmillos han logrado romper el plástico que lo envuelve.

—Me parece que está bastante bien —dice Spavone y le indica

cómo encender el aparato: cuenta dos segundos y la manzana mordida aparece triunfal sobre la pantalla negra. También le marca el patrón que habrá de seguir con la pequeña almohadilla de su pata para desbloquearlo.

Spavone cree oír pasos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Malik.

—Hay que apresurarnos —responde Spavone, señalando ahora el ícono del teléfono: estimado que no deben quedar más que un par de minutos de batería.

Bondi obedece y el registro de las últimas llamadas realizadas aparece frente a tres pares de ojos que se olvidan de parpadear: reconoce la llamada hecha a Beatrice a las 21:14 (la tiene guardada como «Bx». La «x» la dota de la precisión suficiente), cuando quiso hablar con Alessia, desearle las buenas noches. También está la llamada recibida por parte de J. C. Holmes («JHol») a las 21:40, cuando lo invitó a darse una vuelta por el bar del Belvedere y acudir a su cita con la muerte.

Esto último configura una prueba en favor de Beatrice: *No pude decirle a dónde iba a aquella noche pues al momento de hablar con ella, ni siquiera yo lo sabía*, piensa Spavone, aunque no sea un argumento lo suficientemente sólido como para exculpar a Stakes del asesinato.

El último registro se encarga de confirmar lo que tanto temía: la llamada fue realizada exactamente a las 02:32 am del sábado y fue contestada por Selina.

—Mierda…

—¿Qué? ¿Quién es? —se agita Malik.

La enigmática «S» con la que Spavone la lleva guardada en su registro es la prueba. Sin pensarlo, presiona el ícono de llamar.

—Es una mujer importante —dice Spavone, pretendiendo que es la forma más explícita con la que puede referirse a Selina. Mientras tanto, espera oír el primer tono de llamada—. Creo que hablé con ella para que me fuera a ver al hotel.

Pero el tono nunca se deja oír. Todo lo contrario: la llamada entra al buzón directamente.

El teléfono está apagado.

—Mierda…

Malik vuelve a pedirle explicaciones a Spavone, pero los pasos ya son perfectamente audibles: alguien se aproxima a la sala de evidencias.

Alguien que ha tenido la delicadeza de, previamente, desactivar las cámaras para no ser registrado por ellas.

33.

—¿Lo conoce? —pregunta Malik

En la penumbra, Spavone no puede advertir rasgos precisos, pero está casi seguro que esos voluminosos antebrazos y ese corte al cepillo indican que se trata de Chris Peccan, un sargento recientemente destinado a la Unidad y que ahora va vestido de civil. Se lo comenta a Malik, mientras observa los cautelosos movimientos que realiza Peccan para abrir el candado y digitar el código que da el acceso a la sala de evidencias: Spavone apuesta a que Peccan no tiene intención de firmar el registro de ingreso.

El trío ahora se encuentra agazapado tras el anaquel del cual acaba de caer la caja del caso Spavone. Podrían haber esperado sin moverse de su lugar, pero han seguido a Bondi al ver que el hurón buscaba refugio. Algo en la nariz de Spavone le dice que su caja es precisamente la que Peccan ha ido a buscar.

Y ese algo, acierta.

Peccan se detiene frente a la caja que hay en el suelo: al igual que Spavone mira hacia ambos lados y también hacia arriba. Da la impresión que va a sacar su arma y buscar al intruso que hay además de él en la sala. Sin embargo, el sargento se agacha y recoge una de las bolsas de cierre hermético: el breve tintineo delata que se trata de los casquillos recogidos en la escena del crimen.

Peccan se guarda la bolsa por dentro de la chaqueta deportiva y rápidamente recoge la caja y el resto de cosas —incluido el iPhone de

Spavone— y la vuelve a colocar en su lugar.

—Interesante —murmura Spavone.

—¿Qué hacemos? —pregunta Malik.

Peccan inicia la retirada.

—Seguirlo.

Peccan sale y vuelve a cerrar la puerta de la sala de evidencias, procurando hacer tanto o menos ruido que al momento de entrar: Spavone ya lo está esperando algunos pasos más allá.

Malik se queda junto a Bondi dentro de la sala, esperando que no haya moros en la costa.

Peccan se guarda las llaves en el bolsillo y, en lugar de enfilar hacia la puerta principal de la comisaría, toma el pasillo a su derecha en dirección a la puerta trasera.

Spavone le «pisa» los talones. Malik y Bondi lo siguen a una distancia mayor: el hurón va ocultándose tras el mismo abrevadero, la maseta y los demás objetos que encontró más temprano al entrar por primera vez, hasta que se detiene y no quiere avanzar más. Spavone oye como su bisnieto lo increpa a continuar, pero sabe que es en vano.

Arnold.

Peccan abre la puerta y pasa junto al dóberman cuyo hocico vuelve a apuntar hacia donde está el hurón.

El primer ladrido rebota en el pasillo como una carga de dinamita. Spavone ve cómo Peccan desaparece al tiempo que la puerta vuelve a cerrarse y los ladridos del perro se suceden uno tras otro.

Actúa lo más rápido que puede: vuelve donde está Malik y empieza a disparar indicaciones:

—Síguelo. Yo me quedaré con Bondi y le buscaré un lugar dónde ocultarse.

—Pero luego…

—Peccan va a volver aquí, estoy seguro —dice Spavone, sin tiempo de explicarle que los turnos de los oficiales que se encuentran en la Unidad no terminan sino hasta el día siguiente y que, por otro lado, Peccan no lleva consigo su maleta deportiva en la que guarda su ropa de cambio con la que suele ir a entrenar al gimnasio de box que hay a pocas cuadras de allí—. Ve con él y mira lo que hace con los casquillos. Probablemente se quiera deshacer de ellos.

En el fondo, Spavone espera que Dean haya tenido tiempo de realizar los primeros análisis de huellas dactilares, por si al asesino se le ha olvidado llevar guantes al momento de manipular las balas, o si es posible rastrear a quien se las vendió, pero no alberga demasiadas esperanzas: las investigaciones policiales no suelen ir al ritmo de las órdenes en un McDonald’s cualquiera.

Nimay Malik aún se permite dudar por una centésima de segundo

más antes de hacer lo que Spavone le dice: corre hacia la puerta y se deja tragar por ella. Por poco y Spavone le aconseja que se cuide, pero no tiene sentido: literalmente no existe nada en el universo que pueda empeorar su situación.

Los ladridos de Arnold no han descendido ni un decibel desde que empezaron: pronto alguien empezará a pensar que no está ladrando solo por un gato. Ahora es el turno de Spavone y Bondi de moverse rápido.

—Vamos.

Solo hay un lugar lo suficientemente seguro como para evitar que el hurón sea capturado. Un lugar al que seguramente nadie se va a acercar en un buen rato.

34.

El perro aún tarda un par de minutos en cerrar el hocico. Al parecer, el buen Arnold se ha cansado de hacer el ridículo: la estrategia de ponerlo de vigía no tiene mucho sentido si nadie se va a molestar en verificar el motivo de sus ladridos.

Durante el trayecto, se toparon con un par de cámaras, pero lograron sortearlas aprovechando los puntos ciegos que Spavone recuerda o cree recordar. El movimiento en la comisaría es el que cabría esperar en un fin de semana normal. Spavone constata, no sin cierto regusto amargo, que su muerte no ha cambiado demasiado las cosas: el bullir de la acción está en el frente y, de los colegas que ha visto hasta el momento, ninguno aparte de Thomas Dean parece más cabizbajo de lo habitual.

También le indicó a Bondi un ducto de ventilación mediante el cual llegar al piso de arriba, con el fin de no utilizar por las escaleras, donde hubiera sido imposible pasar desapercibido. Las rejillas del ducto siempre ceden con facilidad: semanalmente, el personal de limpieza debe revisarlo por si algún detenido o sospechoso —o algún agente, ya puestos— se ha dejado olvidado un frasco con éxtasis o alguna prenda incriminatoria.

Spavone lo ha esperado del otro lado: Bondi ha llegado con retraso, procurando que sus garritas no hagan tanto ruido al avanzar sobre la superficie de acero galvanizado.

A dos metros de llegar a su destino, estuvo a punto de ser descubierto: la puerta de la armería se abrió y Sebastian Lang apareció para cortarles el paso.

—Tranquilo, quieto —ordenó Spavone.

Bondi aplastó su cuerpo contra el suelo: si su pelaje no hubiera sido de un color distinto a la de la moqueta, habría pasado por un descuido del tapicero.

Luego de cerrar su puerta, Lang se detuvo en seco:

—Pero qué carajo… —dijo, al ver la mancha de tinta en los documentos que llevaba por delante—. Impresora de mierda.

Volvió a abrir la puerta de la armería, entró y Bondi pudo volver a respirar.

Spavone le pidió que estuviera tranquilo, que ya solo estaban a dos puertas.

Cuando está seguro de no oír pasos, Spavone se aleja de la puerta, se gira y pasea la mirada por la que solía ser su oficina: aún con la escasa luz del alumbrado público que llega a través de las persianas, ahora le parece un lugar mucho más acogedor y agradable que antes: es un despacho amplio, con ficheros y repisas bastante bien distribuidos, y con un sillón de cuero que parece decir «Nunca pensaste que llegarías tan lejos, ¿a que no?». *Quizá debí pasar algo más de tiempo aquí*, se reprocha Spavone.

Mientras Bondi se pierde bajo la mesa de café, Spavone va hasta su escritorio: observa las fotografías bajo el cristal que cubre la superficie completa. La mayoría son de Alessia, pero no es posible verlas todas. Hay algunos documentos desperdigados aquí y allá que el mismo Spavone estuvo revisando durante las últimas semanas (el ser ordenado jamás se ha contado entre los atributos que lo definen), pero de los cuales ahora le resulta imposible extraer el menor significado: declaraciones, pericias, mapas de ruta extraídos del GPS de algún sospechoso, etc. Ninguno de ellos ya le dice nada: ni siquiera se toma la molestia de recordar a qué caso pertenece cada uno de dichos documentos. Al igual que el resto de cosas —salvo por la tarea de identificar a su asesino— también han dejado de ser problema suyo.

También hay algunos recibos de compra, un encendedor descartable, un par de billetes de cinco y diez dólares arrugados, notas garrapateadas y algunas tarjetas de presentación. *Es como si hubiera vaciado mis bolsillos antes de irme a donde estoy ahora*.

El hurón sale de detrás de la mesita de café y va acostarse junto a los pies de Spavone: en la boca lleva un paquete de Oreo a medio

comer.

—No recuerdo que eso sea mío. En todo caso… —muy lentamente, Spavone se sienta en su sillón, cuidando de no atravesarlo y quedar despatarrado sobre la moqueta: la de su oficina o la de la planta baja — date el gusto, amigo.

Cuando intenta reclinarse, el resultado no es tan satisfactorio: su espalda empieza a ser engullida lentamente por el respaldo de cuero. Spavone decide no tentar más a su suerte y quedarse erguido: no tendrá la vista del techo que tantas veces tuvo en los últimos años, sino que esta volverá a recaer sobre el desorden que él mismo dejó sobre su escritorio.

El reloj en la pared a su derecha marca las nueve de la noche: Spavone sabe que no le quedan más de ocho horas por delante.

Quizá menos.

Está casi convencido de que no será suficiente para averiguar el paradero de Selina: lo único que Spavone espera es que esté viva. El siguiente paso lo tiene bastante claro: ir a su piso en Mott Haven para ver si se encuentra ahí, o si pueden dar con algún indicio que los ponga en su pista.

Abordar un nuevo autobús, indagar en un nuevo escenario. *He trabajado más en estas últimas veinticuatro horas que los últimos dos años*, piensa Spavone.

A sus pies —o en el lugar donde estarían sus pies— Bondi da cuenta de la última tapa de Oreo y de la crema que hay en ella: conoce a la perfección el ritual de los niños y lo respeta.

Spavone piensa en Malik, si es que ya habrá descubierto algo para entonces: confía en que Peccan no vaya demasiado lejos: se le ocurren un centenar de buenos lugares dónde deshacerse de una bolsa de evidencia tan pequeña. Lo máximo a donde puede llegar el sargento si tiene intención de volver pronto es el Hudson: *El día que ese jodido río se seque, van a encontrar más armamento que el utilizado en todas las guerras del mundo*, piensa Spavone. *Yo no me habría tomado tantas molestias*: *habría reemplazo los casquillos por otros*.

—¿Para quién trabaja Peccan? —la pregunta aflora en los labios de Spavone con cierta pereza.

Nuevamente, el carrusel de sospechosos empieza a girar en la mente de Spavone: Travis Deck, Little Joe, Robert Burke, Beatrice Spavone... La gran ausencia es ahora Steve Galli, Stakes, que ha tenido que bajarse del carrusel para ir directo al área de emergencia del hospital.

A pesar de ello, Spavone puede contar varios lugares libres y una larga fila de errores y malas prácticas cometidas durante su carrera esperando postular algún candidato.

Sus ojos siguen brincando de aquí a allá sobre los papeles que tiene

al frente: cada tanto vuelven sobre una extraña tarjeta de cumpleaños que intenta ocultarse bajo una prueba de alholemia y la transcripción de una escucha telefónica: *debe tener un buen rato descansando ahí*, piensa Spavone, pero no le suena de nada.

—Oye, goloso. Necesito tu ayuda aquí un segundo —le dice a Bondi.

El hurón por fin deja de lamer el envoltorio y se trepa al escritorio para apartar los papeles que Spavone le señala. Algunos van a dar al suelo, pero no importa: la tarjeta ahora está despejada.

Hay una fotografía impresa en ella.

Spavone le pide a Bondi que tome la tarjeta y la acerque hacia el rayo de luz naranja que cae en diagonal desde la ventana.

Lo que pensó era un efecto de la escasez de luz, ahora se presenta como una certeza: la fotografía de la mujer está en blanco y negro. Se trata de una anciana de gesto afable: Spavone cree detectar un aire familiar en sus gruesas gafas de carey.

Al leer la leyenda escrita en la tarjeta entiende porqué:

Está cordialmente invitado al
oficio de conmemoración a un año
del sensible fallecimiento de
nuestra amada hermana.
Agatha Meadow Dean,
a celebrarse en la iglesia de Riverside
el día…

Se trata de la madre de Thomas Dean que, según la tarjeta, lleva muerta más de un año.

Extraño momento para ir de vacaciones a Grecia, piensa Spavone, *ya que yo también lo estoy debería intentarlo* y siente que el carrusel de los acusados empieza a girar más y más rápido.

35.

Dean miente: lo hizo con él meses atrás y también con Draper. *¿Pero por qué?*, se pregunta Spavone, mientras recuerda la llamada de su amigo con la agencia de viajes cuando estaba en la sala de reuniones de la comisaría del distrito 108: *bastante conveniente*, piensa,

sin dejar de tener en cuenta que fue Draper quien «convenció» a Dean de irse de viaje y no cancelarlo por la muerte de su amigo. *¿Acaso necesita una coartada para huir? Ni siquiera es buena: con solo ingresar el nombre de Agatha Meadow Dean en los registros civiles la mentira quedaría desbaratada.*

Spavone se lleva ambas manos a la cabeza: vienen sobre él los primeros minutos de fastidio al dar con nuevas y desconcertantes piezas del rompecabezas. Es como cuando uno cree estar cerca de ganar al mentiroso y de pronto descubre que todavía tiene varios naipes de los que debe deshacerse.

Se levanta y empieza a caminar en círculos por la oficina.

Se lleva las manos a la cadera y una nueva pieza le cae en la cabeza con la sutileza de una mierda de paloma: las preguntas sobre la conducta de Dean hacen eco sobre un detalle en el cual Spavone hasta ahora no ha reparado.

Uno que amenaza con detener el corazón que ya no tiene: fue Dean quien le pidió su arma.

—Lang dice que ya es tiempo de revisarla —le dijo el día anterior su compañero señalando su Glock, justo cuando Spavone se preparaba para dar por finalizado el día—. Puedo llevarla por ti ya que también voy a dejar la mía.

Pero no dejaste la tuya, piensa Spavone, recordando todas las ocasiones en las que ha visto a Dean durante el día: todas ellas luciendo su flamante Taurus apenas utilizada en la sala de tiro bien adherida a su cinturón.

—Me desarmó… Dean se encargó de desarmarme…

Bondi percibe el desconcierto en la voz de Spavone y apunta sus bigotes hacia él, esperando instrucciones.

Spavone gira y le devuelve la mirada:

—Dean se llevó mi arma —dice y recuerda la actitud afable de Thomas Dean con la que se ofreció a llevarse su arma: daba la impresión de que podía ponerle en la mano hasta las llaves de su casa —. Él sabía que podría servirme y…

El hurón está tan quieto que parece disecado.

—Sabía lo que iba a pasar.

Las conjeturas de Spavone desencadenan cientos de conflictos en su interior. A pesar de lo cual, no dejan de salir: son los eslabones de la cadena del ancla que se precipita a toda velocidad hacia el lecho marino.

—Él sabía…

Es interrumpido una vez más por una secuencia protagonizada por el que, en pocos segundos, de forma inusitada, se ha convertido ya en el sospechoso estrella. Secuencia llevada a cabo a pocos metros del lugar donde Bondi y Spavone se encuentran ahora:

—Las cámaras del hotel… Dean es el único que ha tenido acceso a las cámaras —dice recordando la negativa del detective de que alguien más pueda revisarlas.

«Olvídalo. Tráelas, por favor. Tengo un perfil claro de la persona que estoy buscando», fue lo que le dijo al agente Harrelson.

Un perfil bastante claro, piensa Spavone, *mierda, T: tenías bastante claro que al único al que le interesaría saber qué ocurrió conmigo ibas a ser tú.*

—Es lo más parecido que tuve a un amigo —le dice a Bondi, tal como se lo mencionó más temprano a Malik—, lo cual quiere decir que nunca lo fue.

Bondi ha dejado de mirarlo: ahora examina el suelo alrededor de sus patas, quizá en busca de algún trozo de galleta que no haya comido, o al menos pretendiendo que eso es lo que busca y no una forma de eludir la incomodidad del momento.

Spavone reinicia el recorrido en círculos de los cuatro metros cuadrados que comprende su oficina, sintiéndose más y más abrumado en cada nueva vuelta.

Puede aceptar el hecho de que no hayan sido los mejores amigos, pero ejecutar —o planear, al menos— su asesinato, está tras una línea que creía demasiado lejana de Thomas Dean. Para ello, se requieren motivos de peso y a Spavone no se le ocurre pensar en alguno que haya podido motivar a su compañero a hacer lo que, al parecer, hizo.

Ni uno solo.

Al menos no en los primeros segundos después de haber llegado a dicha conclusión.

Durante la siguiente vuelta, Spavone ya ha dado con dos o tres.

—Así es cómo funcionan las cosas: yo te digo lo que tienes que hacer y tú lo haces —dijo Kiki Spavone, escupiendo diminutas gotas de saliva sobre las gafas de Thomas Dean, sentado tras su escritorio—. Si yo no te lo ordeno, tú no mueves un puto dedo, ¿bien? Ahora te voy a dar nuevas instrucciones: vas a ir donde el comisario a explicarle que ha habido un error en la transcripción de dicha declaración, que te has equivocado por andar tan distraído con tus jodidas revistitas y que lo que dice Grimes ni siquiera suena coherente.

»Será mejor que lo hagas ya mismo si no quieres que tú y yo demos un paseo por un deshuesadero donde lo que acaba en pedazos más rápido no son los autos viejos. ¿Entendido?

Un rostro pálido y un par de mejillas temblorosas fue lo que Spavone obtuvo por toda respuesta.

—Así está mejor —dijo Spavone antes de alejarse del escritorio que entonces Dean ocupaba en el piso con los demás agentes y volver a sus asuntos.

Aquella aleccionadora charla había tenido lugar pocos meses de que Spavone ingresara a formar parte de la Unidad del distrito 5: no tenía más que un par de investigaciones en curso y un caso que Spavone prefería considerar como «extraoficial» y en el que, lamentablemente, Dean había acabado metiendo las narices.

Norman Grimes era sastre al igual que su padre, y al igual que su abuelo antes que este. Su familia había llegado desde Europa dos minutos antes de que iniciara la cacería de judíos. Junto con otro grupo de familias exiliadas, había echado raíces en Norteamérica, con la intención de labrarse un futuro valiéndose de la destreza de sus manos: justo lo que las sucesivas generaciones de Grimes se habían abocado a hacer.

Sin embargo, a diferencia del resto de artesanos que tenían sus negocios en la Setenta y dos Oeste, junto a la Bronx River Avenue, Norman Grimes había nacido con un muy inconveniente espíritu libertador: a sus treinta y ocho años, luego de que su padre se hubiera retirado por completo del negocio, Norman decidió que no tenía por qué seguir destinando dinero a las mafias del distrito para que lo dejaran trabajar en paz: no si, como creía, él y sus amigos vivían bajo el amparo de un Constitución a prueba de tropelías.

Por supuesto, Norman Grimes no era ningún tonto. Al menos no tanto como cualquiera que lo oyera hablar de sus convicciones podría creer: siguió envolviendo sus fajos de dólares en papel de kraft mensualmente (el mismo que utilizaba para entregar los trajes a sus clientes), mientras encontraba a algún agente de la ley que quisiera prestar oídos a sus historias.

En su distrito no encontró ni uno: la mayoría lo enviaba devuelta a su negocio con una palmada en la espalda. Alguno incluso se animó a hacer un chiste sobre un sastre que denuncia a la mafia.

El ímpetu de Norman Grimes se fue diluyendo mientras se ocupaba de cosas sobre las que sí tenía el control: importar telas a precios más módicos, enviar a sus padres a una mejor residencia geriátrica, criar a sus tres hijos, etc. Dejó pasar un par de meses, hasta que, uno de aquellos días de pago, el recaudador, un sujeto con la cabeza hundida entre sus hombros de montaña y al que le faltaba un pedazo de cartílago de la oreja izquierda, le hizo un comentario sobre lo suave que lucía la piel de la señora Grimes.

Norman volvió entonces a su propósito inicial y empezó a tocar puertas.

Hasta que llegó a la del despacho de Spavone.

—Ya es tiempo de que alguien haga algo, inspector: estos rufianes se están llenando los bolsillos de dinero a más no poder —concluyó Grimes al cabo media hora de exponer su caso.

Spavone no pudo estar más de acuerdo: alguien debía hacer algo.

Debía ser él.

Tres noches después de la visita del indignado sastre, Spavone se dejó caer por el ala oeste del Bronx: no solo dio con el sujeto al que le faltaba parte de la oreja, sino con quien, en un acto aleccionador, se la había arrancador con un abrelatas.

Les comentó de la denuncia que había realizado cierto sastre del sector y que si es que ellos estaban dispuestos a enviar a uno de los suyos a deslizar un poco de la recaudación de aquel mes por la ventanilla apenas abierta de su Mustang estacionado dos calles más abajo, entonces él estaba dispuesto a encontrar algo mejor que hacer que emprender dicha investigación.

Luego de eso no había vuelto a contestar las llamadas de Norman Grimes: jamás tuvo nada en su contra, pero Spavone estaba convencido de que el preservar el *status quo* en las calles siempre es mejor que hacer la guerra, y que los agitadores pocas veces piensan con claridad sobre las consecuencias de sus actos. *Al menos se comprometieron en dejar de hacer comentarios sobre su esposa*, se decía a sí mismo mientras contaba el dinero que habría de destinar a distintas cosas, *es más de lo que iba a conseguir con su denuncia*.

Norman Grimes no parecía compartir dichas convicciones: al no obtener mayo respuesta de Spavone, decidió volver a presentarse en la Unidad. Lo hizo un día durante el almuerzo, cuando el único agente que se encontraba dispuesto a volver a tomarle su declaración fue uno que se encontraba devorando un sándwich de pavo al mismo tiempo que una revista con la cara de un extraño payaso de pelo verde: ambos con la misma fruición.

Grimes volvió a contar su historia de la misma forma que lo había hecho unas diez veces antes, adicionando un desagradable comentario sobre un policía de esas misma comisaría al que, según el sastre sospechaba, la banda le había pagado para que no hiciera nada.

—¿De qué mierda está hablando este sujeto, Spavone?

Por el bien de su cintura, el comisario Hendrix no solía abandonar el cómodo sillón con doble amortiguación que tenía en su oficina. Tampoco tenía por costumbre hablarle a Spavone en esos términos: pero ahí estaba, asomado a la oficina de este último y con una copia de la declaración de Grimes entre sus dedos.

No le había tomado más de dos minutos quitarse al comisario de encima: Spavone le había asegurado que se trataba de un error: de hecho, él se encontraba recolectado una que otra pista al respecto. Le pidió a Hendrix que no se preocupara, ya se encargaría de ello.

Luego pasó a ocuparse de Dean.

Spavone no había querido resultar demasiado directo: durante la mitad de la mañana Spavone había considerado invitar al detective a beber un trago donde Lou, preparar el terreno con un par de

comentarios sexistas y explicarle que la información que tenía no era exacta y que había personas a las cuales era mejor no tomar declaraciones.

Pero terminó por aceptar que aquel no era su estilo.

Y que con la intervención de Dean, había demasiado en riesgo.

Spavone esperó a que la comisaría empezara a vaciarse a la hora del almuerzo, sorteó los escritorios ya vacíos, llegó hasta el de Dean y le dio sus nuevas instrucciones.

Al terminar estaba convencido de que las acusaciones de aquel idiota de Grimes se quedarían varadas en el procesador de textos o, como máximo, en los archivadores de Dean justo antes de acabar en la papelera. Lo que Spavone no sabía —pues en ese momento a Dean le hubiera sido imposible si quiera explicar el proceso de pelado de una uva— era que los puntos importantes de la declaración ya habían trascendido hasta la oficina del comisionado.

Y un par de escalones más arriba, hacia el despacho del jefe Price, haciendo una inevitable parada en la oficina de Asuntos Internos: el correo que Spavone recibió hablaba de una audiencia preliminar para dentro de dos semanas.

Nunca se había planteado las consecuencias que podría acarrear el asesinar a un compañero de trabajo: llegó a la conclusión que para cuando dieran con el cadáver de Dean ya habría demasiadas flechas apuntando hacia él. De modo que luego de leer sobre la citación, canceló el fin de semana que tenía planeado con Alessia (helado y un par de boletos para un concurso de perros amaestrados), vio aumentar su ira con los reclamos e insultos de Beatrice, fue a un bar cualquiera, se embriagó y le rompió la mandíbula a un sujeto que tuvo la desafortunada idea de pedirle que se hiciera a un lado si es que no iba a utilizar el único lavabo que había en el baño.

Aquello ayudó a saciar en algo su sed de venganza. No obstante, al salir del bar, con la chaqueta y los nudillos empapados de sangre ajena, Spavone estaba convencido de que más temprano que tarde, Thomas Dean, a quien la mayoría consideraba un nerd que no tenía madera de policía, habría de pagar.

Y vaya que lo hizo, piensa ahora Spavone.

Lo que no es tan fácil de explicar es el tiempo: *¿Por qué ahora?*

Spavone se devana los sesos mientras cree oír un cuchicheo proveniente de algún rincón: Bondi ha vuelto a hurgar en busca de algo más provechoso que verlo dar vueltas.

Hay un dato revoloteando frente a las narices de Spavone que finalmente es succionado por su matriz de pensamiento: un dato sobre la forma en la que fue asesinado.

Los disparos.

Hechos a menos de dos metros de distancia, por alguien que no tuvo menor dificultad en acercarse tanto: *Alguien a quien conocía*, piensa Spavone, justo antes de imaginarse a Dean acercándose por detrás, poniéndole una mano en el hombro para llamar su atención y mostrándole el cañón de su arma al tiempo que Spavone le muestra su más fidedigna expresión de desconcierto.

—No… no puede ser… Dean no puede haber…

Spavone recula, intentando encontrar el error en sus últimos minutos de cavilaciones: definitivamente hay algo que lo ha hecho saltar hacia lugares equivocados porque Thomas Dean y él son amigos. *O algo muy parecido*, se repite Spavone.

Continúa su obsesiva caminata al tiempo que intenta convencerse de que eso es lo que son —*buenos compañeros, al menos*—, recordando todos los momentos y casos criminales en los que trabajaron en equipo: paradójicamente, la mayoría de ellos intentando resolver homicidios.

Spavone siente que va por buen camino, hasta que recuerda la tarjeta que le acaba de mostrar Bondi y una vez más vuelve a la casilla de inicio: el funeral de la madre de Dean a la que él, su «buen compañero», no asistió.

Puede imaginar el interior de la nave principal de la iglesia Riverside —Spavone nunca la ha visitado, pero no cree que sea muy diferente que cualquier otra iglesia construida durante el siglo XX—, con el féretro conteniendo el cuerpo de Agatha Meadow Dean frente a las bancas vacías. O casi vacías, a excepción de un único lugar ocupado por un hombre que se siente doblemente miserable: por haber perdido a su madre y por no tener a nadie más en el mundo a quien perder.

Entonces Spavone se rinde:

—Bien, Dean, quizá si pudiste haber sido tú.

La cuestión aún no resuelta sigue siendo el momento elegido para ejecutar la venganza: ¿Por qué no hace un año? ¿O hace más de tres cuando ocurrió lo de Grimes? Haciendo algo de esfuerzo, Spavone puede pensar en decenas de ocasiones en las que el buen T pudo haber atentado contra él: cuando les ha tocado montar guardia a solas en un piso franco, durante alguna incursión ocasional en algún barrio especialmente anónimo o aquella vez en la que lo ayudó a salir de aquel edificio de viviendas sociales en llamas y al que Spavone había ido en busca de una fuente con un gusto particular por las pipas de opio artesanales: *pudo haberse quedado de brazos cruzados y no dar el aviso a nadie*. Eso sin contar las veces en las que el propio Dean se encargó de sacarlo a rastras de la taberna de Lou —con algo de ayuda del propio Lou, claro está— para llevarlo a su casa conduciendo su Mustang, y de las que Spavone solo tiene conocimiento por testimonio

del propio detective Dean: *no le hubiera costado ponerme al volante y direccionar el timón hacia el barranco más cercano.*

Perdido como está en perseguir pistas e indicios, Spavone no se da cuenta que hace ya un par de pasos que no está en su oficina, sino precisamente en la de Thomas Dean, al otro lado de un exiguo muro de drywall.

Por fin se detiene: aún le es posible oír a Bondi del otro lado: supone que el hurón al fin se ha animado a trastear en la papelera.

Casi le parece un buen motivo para reír:

—Yo y mi puta boca —se recrimina Spavone por segunda vez en el día.

36.

Spavone atraviesa el muro de vuelta para buscar a Bondi quien, contrario a lo que había supuesto, está con la mitad del cuerpo metida —o atascada— en el último cajón de su escritorio.

—Será mejor que vayamos a esperar a tu bisnieto afuera —dice Spavone—. Aquí ya no hay nada, ni para ti ni para mí.

Pasan de las diez: Malik se está tardando más de lo que había supuesto. Spavone se pregunta qué es aquello que hace que Dean tenga «cogido» a Peccan para que este último vaya a deshacerse de las pruebas que puedan apuntar hacia él: solo por curiosidad, no es que importe lo más mínimo.

Bondi por fin logra salir del cajón y se prepara para abordar el pasillo y, luego, volver al ducto de ventilación: se coloca junto a la puerta, con la nariz al ras del suelo, intentando detectar el olor del peligro.

—Esta vez no vas a tener que meterte en los pantalones de nadie, amigo. Esa es la buena noticia —Spavone asoma la cabeza: timbres de teléfono, alguna fotocopiadora y voces de fondo, pero ningún paso en su dirección—. La mala es que vas a tener que salir tal como la hiciste más temprano, con el agravante de que esta vez tendrás que hacerlo por la puerta principal y a una velocidad mucho mayor, porque si te atrapan, no habrá forma de que yo le pueda provocar estornudos a nadie. ¿Entiendes?

Bondi se toma un momento para procesar lo que acaba de oír —o eso parece—. Una vez que logra descifrar el mensaje, empieza a correr de una esquina a otra de la oficina: acelera más a cada nuevo tramo.

Está calentando.

—Bien pensado.

Spavone deja que Bondi prepare los músculos para la huida: el azúcar de las galletas parecer estar haciendo efecto en la red sanguínea del hurón. Hecha una última mirada a su oficina: el adiós definitivo de una parte más de la que fue su vida.

—Te merecías alguien mejor, cariño —dice, al tiempo que camina dejando atrás la puerta—, pero no creo que lo tengas.

Casi se le escapa ver el rayo de pelos que pasa junto a él.

En el momento en que Bondi atraviesa el vestíbulo de la Unidad, un par de mujeres esposadas, cuyos abrigos abiertos dejan ver la lencería que llevaban al momento de haber sido detenidas en el club nocturno en el que trabajan, hacen el evento principal de la noche: le han roto la cabeza a «un sujeto que había cruzado la raya», según sus propias declaraciones. Dicho sujeto es un policía encubierto para el que pedirles que le enseñaran el contenido de su bolso no era necesariamente pasarse de la raya.

Incluso el comisario Hendrix ha tenido que salir a apaciguar la situación. *O tal vez solo iba por un bocadillo en la tienda de la otra calle*, piensa Spavone.

Nadie se fija en el hurón que acaba de saltar desde el ducto de ventilación junto a las escaleras y que pasa como un suspiro entre las piernas de policías y detenidas en dirección a la puerta.

Spavone lo alcanza tras un poste de luz averiado contra el que Bondi está apoyado, oculto como en las caricaturas.

—Tómate un par de minutos. Te lo has ganado —dice Spavone, sonriendo ante la rapidez con la que la minúscula cavidad torácica del mamífero sube y baja—: un *sprint* envidiable, el tuyo.

Spavone empieza a plantearse si no sería conveniente ir hacia el piso de Selina y dejar que Bondi espere la llegada de Malik: se hace más y más difícil mantener la impaciencia a raya. Pero la idea se desploma por sí sola: de nada le serviría acudir y no poder hacer más que observar lo que estuviera ocurriendo allí.

Se prepara para reemprender la caminata en círculos cuando, a doscientos metros de distancia, distingue a un hombre que se acerca: camina apretando el paso, mirando por sobre el hombro cada tanto. Cuando pasa bajo un poste que sí echa luz sobre la calle, Spavone lo reconoce.

—Peccan —murmura.

En poco tiempo, llega a la esquina de la cuadra: gira hacia la derecha, buscando la entrada trasera.

Cuando Peccan se aparta, deja el panorama libre para cualquiera que tenga el don de ver almas, pueda apreciar la frenética carrera que está ejecutando Nimay Malik en dirección a la comisaría: al ver que Spavone ya lo espera en la calle, acelera aún más.

Se encuentran cuando el mesero ya ha recorrido las tres cuartas partes del camino:

—Lo vi —exclama apenar se ha detenido—. Se ha reunido con el sujeto.

Spavone responde con una media sonrisa:

—Y le dio las balas.

—Sí, así es.

—Lo supuse.

—Y él le dio otras.

—¿Otras balas? ¿Para reemplazar las que se llevó?

—Sí, eso fue justo lo que le dijo.

—Vaya. ¿Sabes hacia dónde fue?

—No, se fue en un auto negro. Yo volví junto a Peccan. ¿Cómo está *paradaada*?

En respuesta, Bondi asoma su cabeza desde el bordillo: Malik se sienta junto a él y le hace la misma pregunta en hindi.

—Al menos tuvo el tino de cambiar su auto —dice Spavone, observando un grupo de ciclistas que pasan frente a ellos: van atados unos a otros con luces de Navidad, en busca de una sangrienta colisión múltiple.

—¿Cambiar? —pregunta Malik, levantándose del suelo.

—Conduce uno blanco, ¿no lo recuerdas?

—¿Pretty John conduce un auto blanco?

—¿Pretty qué?

—El tipo del noticiero, el que vimos después de que *paradaada* envenenara a Stakes. Fue él quien se reunió con el policía.

Spavone está apunto de corregir a Malik, pero entonces se da cuenta que no entiende nada y que prefiere que el mesero le vuelva a contar detalle a detalle, muy despacio, el intercambio al que acaba de asistir.

37.

Luego de salir por la puerta trasera de la Unidad, Malik alcanzó a Peccan a una cuadra de distancia: lo escuchó hablar por teléfono.

—Avisó que estaba en camino —explica Malik, llevándose un puño a la oreja—. Luego tomó un taxi al que casi no llegué a subir.

—¿Iba muy rápido? —pregunta Spavone.

—No, solo que mi madre me dijo demasiadas veces que no me subiera nunca a un auto con un desconocido. Lo dudé por un momento.

Spavone le dedica una sonrisa cargada de adjetivos contenidos antes de pedirle continuar.

El taxi los llevó durante algunos minutos, antes de detenerse ante un edificio del que Malik no puede dar más señas además de decir que era alto, con muchas ventanas.

—La puerta estaba abierta, todo adentro estaba oscuro. No parecía haber nadie más allí adentro.

—¿Peccan iba armado?

—Creo que sí.

Malik siguió al sargento hasta el segundo piso: en las escaleras encontró el primer obstáculo.

—¿De qué hablas? —pregunta Spavone.

—Un gato. Había un gato acostado en uno de los escalones justo antes de llegar al segundo piso—responde Malik, abriendo los brazos ante sí para dar a entender de que era uno grande—. Empezó a… a…

—¿Gruñir?

—Sí, eso, supongo. Y se le pusieron los pelos de punta —Malik se encorva, sacando la joroba—, como si hubiera visto un fantasma —Spavone y Bondi se miran— Se puso rabioso, hizo que el policía también se detuviera.

—Qué mierda le pasa a tu gato, ¿eh? —gritó Peccan, en dirección al pasillo que se extendía frente a las escaleras.

El hombre apareció sin que Malik ni Peccan se dieran cuenta. Tampoco el gato, al quien el hombre tomó por el pescuezo para quitarlo del camino: las garras del animal se llevaron algunos filamentos de la moqueta.

—¿Qué pasa Chris? —Dijo Little Joe Verro, dejando que el animal se posara sobre su hombro— ¿Ahora eres alérgico a los gatos? ¿O llevas encima algo más que casquillos de bala? Camina.

Peccan siguió a Verro hacia el interior de una de las habitaciones, iluminada únicamente por la luz de una pantalla del ordenador portátil que había sobre la mesa. El gato no despegaba la mirada del espacio detrás del sargento.

—Me ponía nervioso.

—Solo dime qué le dijo Little Joe a Peccan —se impacienta Spavone.

—Le preguntó si estaba seguro de que nadie lo había seguido y el policía dijo que sí, que venía solo. Luego le pidió que le mostrara los casquillos, que los pusiera en la mesa. Peccan obedeció y puso la bolsa transparente frente a los dos.

—¿Qué más?

—Little Yan cogió la bolsa y dejó otra exactamente igual en su lugar, con la misma cantidad de casquillos: tres.

—¿Otra bolsa de evidencia?

—Sí. Me acerqué para verla y no pude encontrar ninguna diferencia con la que Peccan le había llevado.

—Quería que Peccan reemplazara una por otra.

—Sí.

—Es raro.

—Peccan le preguntó por qué.

—¿Por qué reemplazaba los casquillos por otros?

—No —el mesero agacha la cabeza—: Por qué lo mató a usted, señor Kiki.

Spavone se acerca aún más a Malik:

—¿Qué fue lo que Verro dijo?

—Le dijo a Peccan que ya había hecho lo que tenía que hacer y que no perdiera el tiempo preguntando cosas que no tenían por qué importarle. Le dijo que volviera a la comisaría a poner los casquillos donde debían estar. Al policía no le gustó nada que le respondiera eso.

—Me imagino —dice Spavone: en el fondo no esperaba una confesión por parte de Little Joe, no es su estilo—. ¿Y luego?

—Las cosas se pusieron violentas.

—¿Violentas? ¿Peccan sacó su arma?

—No.

—¿Qué hizo Little Joe?

—Nada.

—¿De qué carajo hablas?

—El gato volvió a gruñir y saltó desde el hombro de Little algo: venía a por mí, estaba como loco. Intenté patearlo pero lo atravesé. Al final, uno de los hombres gritó algo y el gato salió huyendo. Fue un momento bastante tenso.

Spavone mira hacia todos lados, intentando encontrar algún indicio de la hora: lo único que tiene en claro es que se van acercando sin freno hacia la media noche.

—¿Algo más?

—Solo algo más, pero que no tiene que ver con usted.

—¿Qué hay de nuestro arreglo? —preguntó Peccan, luego de que Little Joe lo hubiera despachado. A él y al gato.

—¿Qué arreglo? —pregunta Spavone.

—No lo sé, solo preguntó eso, y después Little Blue sacó su arma y le apuntó al policía. Le dijo que seguía haciendo preguntas que no debía. Peccan se quedó con las manos en alto mientras el otro salía del edificio. Él y yo lo vimos desde la ventana: cruzó la calle y se subió a un auto estacionado a varios metros. El auto era negro.

—Sigo sin entender —dice Spavone: mira a Bondi que ha empezado a rascarse la oreja, como si al hurón le ocurriera exactamente lo mismo.

—Puedo volver a contárselo —responde Malik—. Salí de la comisaría y alcancé al policía cuando…

—No me refiero a eso. Hasta antes de que llegaras creía saber quién era el asesino.

—¿Quién?

—Dean.

—¿La única persona además de su hija que ha llorado por usted?

Spavone se toma algunos segundos para reconocer la validez del argumento a favor del detective por más simple que parezca. *Buen punto*, se dice.

—Sí, él.

—¿Por qué? —pregunta Malik.

—Te lo contaré todo de camino.

—¿A dónde vamos ahora?

—A comprobar si es que alguien apagó algo más que el celular de Selina la noche de ayer.

El trío se pone en marcha una vez más.

38.

Es apenas la segunda vez que Spavone llega al lugar: la ocasión anterior estaba más ocupado en desprender a Selina del sastre tan entallado que llevaba y en olvidar —si es que ya no lo había hecho— el desagradable episodio con el enviado del fiscal Deck, Regienald Kray.

—¿Este es el lugar? —pregunta Malik.

Spavone se ha detenido frente a la puerta azul que corresponde al 2801 de la 137 Este: ha sido fácil ubicarse después de encontrar el restaurant de tacos que hay doblando la calle: se le antojaron justo cuando iba de salida después de dejar dormida a Selina.

—Así es —responde Spavone.

En el camino le ha enumerado a Malik los indicios que apuntaban hacia Dean. La expresión de escepticismo del mesero a oírlos no ha variado en ningún momento: ni lo de la mentira de la madre muerta,

ni lo de la primera advertencia que Spavone le hiciera sobre el caso Grimes. Sin embargo, la actitud de Malik ha cambiado cuando le ha contado lo de las historietas.

—¿De cuáles eran? —preguntó el mesero con el ceño fruncido en dirección al piso del metro.

—Las del tipo murciélago.

Silencio.

—¿Había algún número en ellas?

—No lo sé. Eran viejas.

Silencio.

—¿Qué tan viejas, señor Kiki?

—Mucho. Fue como rasgar papel higiénico.

Luego de escuchar aquello, Malik no alcanzó a contenerse por más tiempo:

—Es un monstruo, señor Kiki —dijo, temblando de indignación.

Spavone intentó quitarle hierro al asunto, pero sabía que el mesero tenía razón: para los amantes de los cómics existen reliquias que jamás deben ser profanadas.

Aquella vez, al ingresar al piso de Thomas Dean apenas era capaz de mantenerse en pie. Hasta al momento de forzar la puerta y avanzar entre los muebles de la pequeña sala, no tenía claro lo que haría: quizá pegarle la paliza que no le habían dado desde la preparatoria, o sencillamente esperarlo en la oscuridad y… En ese punto, las otras ideas se esfumaban y la de la paliza volvía a imponerse.

Lo otro se le ocurrió luego de encender la luz y ver las vitrinas.

—Creí que se trataba del lugar donde Dean guardaba sus trofeos ganados en competencias de matemática o deletreo. Me acerqué para verlos mejor y me di cuenta que era como un santuario de sus revistas. Estaban impecables, sobre un soporte que las hacía girar muy lentamente y con un termómetro que indicaba una determinada temperatura dentro de la vitrina. Es más: había un sillón apuntando directamente hacia ella: seguro Dean se sentaba a contemplarlas un par de horas antes de irse a dormir. Estaba a punto de romper el vidrio de una patada, cuando sentí una punzada de advertencia. Debía haber una alarma conectada en algún lado.

»Me asomé por debajo, luego por la parte de atrás. Vi que había una pequeña lucecita roja a la mitad de la pared oculta por la vitrina, tenía dificultades para alcanzarla. Así que intenté abrirme camino entre la mierda esa y la pared. Solo la empujé un poco y…

La vitrina no fue a dar directamente contra el piso: el sillón que apuntaba hacia ella amortiguó la caída, no hizo demasiado ruido como para alertar a algún vecino. El resultado fue una lluvia torrencial de vidrios rotos y las revistas que antes giraban sobre sofisticadas plataformas ahora rodaban por el suelo.

Spavone apartó los vidrios y tomó un par.

—Esperé a que llegara antes de empezar a romperlas. Solo fueron dos, pero creo, al parecer, sí, lo tomó muy mal.

—¿Tenían algún título en especial? —preguntó Malik, recibiendo a Bondi en su regazo: a esa hora de la noche, no había ni un alma —además de ellos— en el vagón, por ende tampoco una razón para que el hurón siguiera ocultándose. La única otra persona que se habían encontrado había sido una mujer que andaba como varios bultos de tela y plástico amarrados a sus caderas, sentada en las gradas de acceso de la estación y que había salido despavorida al ver a Bondi.

—Estaba bastante ebrio, ya te lo dije —respondió Spavone—, pero me pareció extraño leer algo como de detectives en la portada.

Fue como si alguien le hubiera picado en la espalda a Malik con una lanza:

—¿«Detective comics»?

—Sí, algo así. ¿Son muy especiales o qué?

—Mucho, muchísimo. Hace poco leí en internet que el valor de una de ellas en perfecto estado no baja de los quince mil dólares.

—¿Quince mil dólares? —se sobresaltó Spavone.

—Pueden llegar incluso a los cuarenta mil.

—¿Cuarenta…?

—Y sospecho que las de su amigo era de estas últimas.

—Mierda —dijo Spavone, intentado visualizar el momento de su venganza como si, en lugar de desgarrar las hojas de las historietas, le hubiera prendido fuego a un buen montón de fajos de dólares.

—Pero el precio es lo de menos, no se trata de dinero —dijo Malik, con la intención de transmitirle a Spavone la verdadera gravedad del asunto—. Es algo histórico, que nunca se volverá a repetir en la vida y de la que no se pueden hacer más. Hay personas que estarían dispuestas a vender su casa y vivir en la calle por tener una de esas. Hay otras que darían la vida o el alma por ellas Y otras quizás…

Aquel último silencio fue diferente de los anteriores: la antesala de una revelación.

—Otras estarían dispuestas a matar.

Después de eso, Malik no volvió a abrir la boca.

Desde que han llegado a la calle donde vive Selena, la nariz de Bondi no ha dejado de apuntar en dirección al restaurante de tacos.

—Quizá pueda ir a ver si consigue algo —dice Spavone—. Saldremos de aquí en un minuto —y luego, dirigiéndose al hurón—: Vuelve rápido.

Malik se toma un tiempo prudencial para pensar si aquello es una buena idea: exactamente el mismo tiempo que a Bondi le toma en cruzar la calle e ir en busca de alguna tortilla con frijoles que haya

caído al piso.

Spavone ingresa al edificio y busca las escaleras: inician el ascenso hacia el cuarto piso.

—¿Cree que su amigo haya intentado algo contra ella? —pregunta Malik a sus espaldas.

—En circunstancias normales, habría temido por él: Selina es una mujer que no tiene reparos en plantarle cara a nadie —dice Spavone, y recuerda uno de los aspectos, después de la belleza, que más le gusta en las mujeres—. En circunstancias normales, claro.

—¿Eso qué significa?

—Significa que aunque yo sea la única víctima que hubo en el bar del hotel, si es que Selina estuvo conmigo anoche y vio algo, Dean puede haber ido a por ella. No tiene a nadie cercano: podrían pasar meses hasta que alguien note que le ha ocurrido algo. Si es que alguien finalmente lo hace, claro. Espero que podamos encontrar algo en el apartamento que pueda parecerse a una pista.

—¿Su amigo sabía que usted tenía algo con ella, señor Kiki?

Spavone tiene problemas para concentrarse: se ve a sí mismo y a Selena rebotando de un muro a otro en el hueco de las escaleras, devorándose con una desesperación que solo se le ocurre describir como etílica. *Es imposible que me lo haya guardado solo para mí*, se sincera Spavone, *debo habérselo contado hasta a Lou.*

—Supongo que sí —responde y empieza a subir escalones de tres en tres.

A poco de llegar a la cuarta planta, no llega a concretar el paso. O sí lo hace, solo que el escalón no parece darse por enterado: el zapato de Spavone atraviesa la escalera seguido de su pantorrilla.

—Mierda…

Extiende los brazos para aferrarse del pasamanos y sostenerse en la pared y no hundirse por completo, pero no funciona: sus extremidades superiores tampoco cuentan con la consistencia suficiente y Spavone queda a merced de la gravedad.

Se precipita a caer tres pisos abajo, cuando siente las manos de Malik tomándolo de la chaqueta.

—Señor Kiki, ¿qué ocurre? ¿Se encuentra bien?

Valiéndose de la ayuda de Malik y el otro pie —el que sí ha logrado mantenerse en el lugar en el que lo puso—, lentamente, Spavone extrae la pierna que ha atravesado el escalón y vuelve a ponerse de pie. *Eso estuvo cerca*. Tampoco ahora hay ningún tipo de dolor físico, únicamente la sensación de tener un reloj corriendo en su contra y del que apenas si les sobran algunos minutos.

—Tenemos que movernos más rápido —dice, dándose algunos segundos para recobrar la compostura.

Vuelve a intentar el paso: Spavone concentra todas sus energías en

hacer que la suela de su zapato quede asentada en el escalón: primero la punta, luego el resto. Entiende que no se trata de manejar el peso, sino de un asunto de precisión.

Y lo consigue.

—Adelante.

Superado el impase, ya en el cuarto nivel, Spavone va más concentrado en encontrar el apartamento de Selina: esa es la parte que no alcanzó a grabar en su memoria el día que entró en el edificio. Cree recordar que había un 0 y un 4 después del 4 inicial. O un 0 y un 7. O un 0 y un…

Es inútil: no hay otra solución que ir asomándose a través de cada una de las puertas que encuentran a un lado y otro de los pasillos.

Malik las de la derecha. Spavone las de la izquierda.

—¿Algún distintivo en especial? ¿Algo que ayude a reconocer si es el piso correcto? —pregunta el mesero, asomándose sobre el hombro de Spavone.

—Es un lugar sin mucha decoración. Está casi vacío. Selina se mudó hace relativamente poco tiempo, pero jamás tenía tiempo para decorar. De hecho —un detalle le salta al frente—, hay un colchón que se puede ver desde la puerta misma.

Eso sí lo recuerda a la perfección: la sensación de que el piso de Selina tenía por finalidad de albergar ese cochón y ninguna otra cosa más, como pensado únicamente para dormir y follar. Se lo dijo a Selina aquella noche cuando habían terminado el primer round. Ella rio y volvió a atraerlo hacia sí.

El mesero asoma por la primera puerta: un sujeto duerme despatarrado en un sillón, rodeado de latas de cerveza vacías, frente a un televisor encendido. Sin novedad. Al sacar la cabeza, pregunta:

—¿Y dice que sabe por qué pudo haber esperado para vengarse?

Spavone deja atrás una puerta tras la cual hay cuatro niños esperando a que su raquítica abuela les sirva la cena:

—Pienso que se había olvidado de eso. De la venganza, quiero decir. Tal vez pensó que estábamos a mano por el hecho de haberme delatado, y que hubo algo que volvió a encender las brasas dentro de Dean.

—¿Qué?

—Lo de la película.

Spavone le hace una seña a Malik y ambos, en perfecta sincronía, hunden la mitad superior de sus cuerpos en un nuevo par de puertas.

Ninguna es la que buscan.

—¿Qué pasaba con la película? —pregunta Malik.

—Iban a incluir un personaje. Un personaje, digamos, algo inspirado en Dean —trata de encontrar una forma amable de decirlo,

pero pronto descubre que no la hay—: El idiota de la historia, en resumen.

—Oh —el mesero asiente lentamente—. Creo que ya sé por dónde va la cosa.

—Se iba a tratar de un policía bastante nerd que anda todo el día con la nariz metida en sus historietas y al que casi es necesario ir a limpiarle el culo cada tanto. Siempre hay uno de esos en las películas, ¿entiendes?

—Entiendo —responde Malik y, al igual que Spavone, dobla hacia el pasillo que se abre a la izquierda donde hay aún más puertas por revisar—. Pero, su amigo no parece ser un idiota. Le gustan las historietas, pero no anda metiendo la pata. De hecho, es bastante inteligente.

—Sí que lo es —responde Spavone, más convencido que nunca de la capacidad de Dean para pasarse de listo—, pero las películas no muestran la realidad, solo están inspiradas en ella.

Ni siquiera es necesario que Spavone se asome para revisar el siguiente apartamento: no tiene puerta. Dentro, hay una remodelación en marcha. Continúa caminando. Un metro más allá se da cuenta que Malik no habla.

A decir verdad, tampoco lo está siguiendo.

Todo parece indicar que el mesero ha quedado embebido con lo que acaba de encontrar tras la última puerta.

—¡La mesa seis está esperando!

—¡Ya voy! —reacciona Malik. Cuando vuelve a tener la imagen de Spavone delante, se da cuenta que ya no está en el Belvedere. Su expresión lo delata, Spavone lo puede leer como si lo llevara escritor en la frente: ahí adentro había un revolcón en progreso.

Continúan caminando:

—Lo cierto es que sí, quizá resultaba demasiado fácil reconocer a la persona que había inspirado al personaje, y quizá también era una caricatura demasiado exagerada, pero lo único que yo hice fue seguirle la corriente a J. C. La idea fue suya, lo único que yo hice fue adornarlo un poco con ciertos detalles sacados de Dean. Eso es todo.

»Admito que la pasábamos bien hablando del personaje: me encerraba en mi oficina y hablaba con el productor sobre lo que le podría ocurrir en la película. Era divertido. Se lo dije a J. C. y él dijo que eso era bueno, que un personaje así siempre engancha a la audiencia. Mientras peor la pasa es mejor, ¿sabes a qué me refiero? No debe haber sido difícil para Dean oírnos un día de esos y pensar que estábamos a punto de dejarlo como un imbécil frente a millones de personas.

»Ahora recuerdo: pensamos en una escena muy graciosa en la que todo la Unidad se organiza y muda el escritorio, el ordenador y la

oficina completa del personaje al baño. En sujeto llega de con el fin de echar una meada y encuentra todas sus cosas…

Spavone se calla.

Deja de avanzar.

Ha aparecido un enorme obstáculo a mitad del pasillo, uno que lo confronta y que, de seguir vivo, le habría quitado las ganas de estarlo muy fácilmente: la absoluta certeza de que el único imbécil en todo aquello que está contando es *él*.

Malik se cuadra con timidez a su lado, tratando de averiguar qué le ocurre.

Spavone apenas si lo está descubriendo.

—Me gustaría… me gustaría tener la oportunidad de… —Continúa Spavone, efectuando un drástico viraje en su discurso: quiere decir lo mucho que lamenta todo por lo que Thomas Dean ha tenido que pasar. Es raro: se siente como pronunciar por primera vez una palabra en ruso. O en hindi, ya puestos. Quizá sea la primera vez que Spavone se da el tiempo de reflexionar en el daño que le ha causado a alguien, en lugar de escudarse en su típica actitud de «la vida es así». De modo que ahí va—: La oportunidad de decirle… que me perdone por todo.

Las palabras le salen del único lugar posible ahora: desde el alma.

39.

Encuentran el apartamento: con Spavone aun ensimismado debido al sabor extraño y salobre de la culpa, Malik ha tenido que tomar las riendas de la búsqueda: se ha asomado a cuanta puerta ha encontrado hasta que, en la 513, no ha alcanzado a ver nada más que un colchón tirado a mitad de la sala: un rectángulo cuyo color blanco lo hace ver más como el fantasma de un colchón.

—¿Es este? —le pregunta a Spavone, esperando que este haya retomado la conexión con el presente.

La luz que se filtra bajo la puerta desde el pasillo es bastante pobre, pero suficiente para comprobar que no hay más mobiliario: lo único además del colchón son las dos maletas aparcadas en un rincón de la estancia y que Spavone también había visto antes.

—Sí, al parecer sí —dice Spavone caminando alrededor.

—Para dedicarse a vender propiedades, no tenía mucha mano para la decoración. ¿No pensaba quedase?

—Ya te dije que se acababa de mudar.

—¿Por qué no trajo sus cosas de su antiguo lugar? —pregunta Malik.

La misma pregunta que Spavone le hizo a Selina durante su segunda cita: ambos sentados dentro del Mustang, al pie del puente George Washington, terminando de dar cuenta de un par de hamburguesas y observando las luces de los autos que corrían muy por encima de sus cabezas. Spavone recuerda lo identificado que se sintió al oír su respuesta:

—Fue repentino —dijo Selina— tenía que ver con un tipo al que dejaba atrás.

—Sé de lo que hablas —respondió.

Justo lo que él había hecho cuando se marchó de la casa que compartía con Beatrice y de la que solo se llevó el aroma de su hija dormida y lo que tenía puesto en ese momento.

Esa noche Spavone decidió que Selina no iba a ser una mujer más en su vida: había puntos de conexión entre ambos, como dos lobos que se encuentran para comparar sus heridas. Lo de lobos no era gratuito: también había una pasión animal, salvaje, de por medio: aquella vez ni siquiera terminaron sus hamburguesas antes de brincar uno al cuello del otro.

Pocos días después, Spavone ya estaba buscando el momento ideal para pedirle que se mudara con él.

—Nunca tenía tiempo para ir de compras —le dice finalmente a Malik—: se la pasaba todo el día mostrando otras casas. Y cuando no, estaba conmigo, en mi departamento. Además, apenas si está volviendo a montarse en el caballo.

—¿También ofrece establos? ¿Aquí en Nueva York?

—No, tonto. Me refiero a su trabajo: la despidieron no hace mucho y ahora va por libre. Sin familia, sin amigos, cuidaba el dinero que tenía.

Malik sopesa la nueva información:

—Yo también cuidaba del mío, pero al menos tenía sábanas.

—Ella también las tenía, creo recordar.

Spavone se asoma a ver el par de maletas abiertas: también están vacías.

Tantea su camino hacia el baño: ni siquiera un tubo de dentífrico. En la papelera tampoco hay nada.

—Se ha ido —dice al volver a la sala.

Malik está con los brazos en jarras:

—¿La secuestraron?

—No lo creo: no hay indicios de que haya ocurrido una pelea o algo por el estilo —*o rastros de sangre,* piensa—. La puerta tampoco ha sido forzada. Ella misma se largó de aquí: debe haber metido todo lo que pudo en una bolsa y se fue.

—¿Tenía auto?

—No.

—¿A dónde pudo haber ido?

—El otro lugar seguro que conocía era mi apartamento, pero si es que fue testigo de mi asesinato, entonces tampoco debe haber ido para allá —a Spavone no se le ocurre ningún otro lugar, pero no es necesariamente algo malo—: Podría estar en cualquier parte —dice y siente la nostalgia acentuarse un poco más.

—¿Cree que su amigo vaya por ella, señor Kiki? —pregunta Malik.

—Lo que creo es que…

Entonces Thomas Dean tira abajo la puerta.

El detective queda tendido sobre el tablero de madera a pocos pasos de Nimay Malik, quien ha pegado un brinco que Spavone solo puede describir como «felino» a causa del susto.

Spavone no está asustado, pero sí bastante sorprendido: lo mayor demostración de fuerza que ha visto en Dean no ha ido más allá que la de abrir una lata de refresco. Jamás lo hubiera creído capaz de echar abajo una puerta.

Y no se equivoca: pues el responsable no ha sido el buen T, sino el tipo que lo ha utilizado como ariete y que ahora camina hacia el interior del apartamento.

—Burke —dice Spavone.

El inspector de Staten Island ni siquiera le da tiempo a Dean de ponerse de pie: lo toma por la camisa, lo arrastra hacia el muro más cercano, lo levanta y lo estampa contra él.

—Lo va a matar, ¡lo quiete matar! —exclama Malik, superando al fin su absurdo temor de que alguien además de Spavone lo vaya a oír.

—¿Qué… qué… ? —un hilillo de sangre empieza a correr desde la boca de Dean.

—No, detective —dice Burke apretando aún más sus puños contra el pecho de Dean—. Quien hace las preguntas soy yo. Has estado bastante ocupado últimamente, ¿no?

—Siempre… ando ocupado…

—¿Qué hago? ¿Lo ayudo? ¿Lo hago estornudar? —desespera Malik.

—Cállate —ordena Spavone—. Si quisiera matarlo ya lo hubiera hecho. Lo está interrogando.

—Sí, eso me consta —dice Burke, sin disminuir la presión—. Y ya que andas tan ocupado, imagino que habrás averiguado ya algo interesante que quieras compartir conmigo, ¿verdad?

—No mucho… —Dean apenas si puede respirar.

Robert Burke se impacienta: retira una mano para devolverla al cuerpo de Dean en forma de puño: el detective no puede doblarse pero se lleva ambas manos al vientre.

—¿Quién más lo sabe? —pregunta Burke.

Spavone da un paso al frente.

—No sé… No sé de qué hablas… —las palabras pasan a rastras por su garganta.

El inspector mira a su espalda: los primeros vecinos no tardarán en asomarse. O llamar a alguien que se anime a hacerlo.

Arroja a Dean al suelo y le adiciona un par de patadas más al puñetazo que le dio antes: el interrogatorio ha terminado.

Burke se agacha para que el mensaje le llegue lo más claro posible:

—Más te vale que dejes el caso en paz, ¿comprendes idiota? —Burke saca su arma y le apunta a Thomas Dean un dedo más arriba de la oreja—. Eso si no quieres acabar igual que esos dos.

Spavone lo oye y voltea a ver a Malik: el mesero se lleva ambas manos al pecho y le devuelve la mirada.

«Igual que esos dos».

Robert Burke se guarda el arma y se marcha, dejando colgada su confesión de ese puñado de palabras.

40.

—¿Qué hacemos? ¿Lo seguimos? ¿Dejamos que se marche? ¿Nos quedamos? ¿Voy solo yo? ¡Señor, Kiki! ¡El asesino se escapa!

Spavone lo sabe, pero está más ocupado en seguir el curso de las nuevas asociaciones en las que trabaja su cerebro: Burke sigue a Dean y lo amenaza pues no quiere que continúe investigando. Pudo haberlo hecho ya con Selena en el lugar de los hechos, por eso es que ella ha huido. Entonces Thomas Dean no es el culpable y lo único que ha hecho Spavone es intentar convencerse de que lo es. *¿Pero cómo encaja Little Joe en todo eso?*, se pregunta. Sabe que estaba interesado en intercambiar los casquillos de bala por otros: para incriminar a alguien. *Puede haberlo hecho por órdenes de Burke*, dice Spavone sabiendo que es perfectamente posible que el asesino a sueldo y el inspector se conozcan y que hayan llegado a colaborar. *¿Por dinero? ¿Para que guarde silencio sobre lo de Heaven´s Place? ¿Y qué hay de Deck? ¿Sigue involucrado?... Mierda*, la mente de Spavone se parece al cielo nocturno un 4 de julio, *un corcho me sería de mucha ayuda ahora mismo.*

—¿Señor Kiki?

—Sí.

Malik le señala a Dean que se pone de pie lentamente: la paliza de Burke no ha tomado mucho tiempo, pero ha demostrado ser efectiva: el detective se ve como si acabara de pedir tiempo en medio de una pelea de bar. Lleva la camisa fuera de los pantalones, el cabello

alborotado y sus gafas yacen rotas junto a una mancha de sangre: Dean intenta levantarlas, pero los vidrios se le escapan entre los dedos.

—Mierda, T.

Spavone ahora sabe que es doblemente imbécil: por haber tratado a Dean de una forma muy similar a la empleada por Burke y por, luego, haber sospechado de él.

—Ojalá vaya a un hospital —dice Malik, inspeccionando el estado de Dean a la misma distancia a la que estuvo Burke de él—. ¿Sigue creyendo que él…?

—No, en absoluto —lo corta Spavone que ya tiene suficiente con su acto de autorecriminación.

—¿Y la mentira sobre su madre?

—No sé porque lo hizo, pero ahora tampoco importa demasiado.

—¿Cómo cree que llegó aquí? ¿Conocía el lugar?

—Puede haber obtenido información del GPS de mi auto o mi teléfono: normalmente hacemos un barrido de los lugares visitados por las víctimas o sospechosos durante las últimos dos o tres meses antes del crimen. Este sitio le debe haber parecido peculiar: es el tipo de cosas que buscamos: un lugar que no encaje con los recorridos usuales.

—Entiendo.

—También es posible que Selina haya aparecido en una de las cámaras del hotel y que Dean haya hecho una búsqueda en la base de datos de los contribuyentes.

—¿Qué apellido tiene ella?

—Daniels.

Thomas Dean ya se encuentra completamente erguido: ha logrado controlar el temblor que aún amenaza sus músculos. Se lleva la mano al bolsillo y extrae su celular. Empieza a buscar un número.

—¿Qué va a pasar con Burke? —Malik ahora ha vuelto a pararse junto a Spavone—. ¿Cree que su amigo irá a por él?

—No lo creo —responde Spavone y empieza a caminar nuevamente: sale al pasillo, quiere quitarse de la cabeza la imagen del malnacido de Robert Burke aporreando a Dean—. En primer lugar, las pruebas ya no apuntan a él, sino a quien sea el dueño de las huellas de los nuevos casquillos. Segundo, el motivo por el que Burke quería deshacerse de mí es un misterio para todos menos para… mí, claro, y si ha seguido a Dean durante todo el día y le ha dado una paliza es para que se mantenga así. Tercero,… ¿Voy muy rápido?

—No, no.

—Bien. Tercero, Burke tiene amigos poderosos que pueden protegerlo: lo vienen haciendo desde hace mucho. Cuarto, si está Little Joe está colaborando con él, ya sea por cuenta de Deck o por la del

mismo Burke, muy probablemente las horas de Dean también estén contadas.

—Vaya. Tiene una respuesta para todo, señor Kiki.

—No es así —responde Spavone, volviéndose hacia el mesero—. No son respuestas, son posibles respuestas: hipótesis. Unas que se sustentan en menos de un día de investigación, si es que podemos llamar de esa forma al nuestro largo paseo antes de marcar nuestra tarjeta de salida.

Ambos se apartan cuando Dean llega al pasillo. Lleva el celular junto a la oreja, pero no lo pega a su rostro: quiere evitar que el aparato se encuentre con el cardenal que ha empezado a teñir esa parte de su piel.

—Las investigaciones de verdad suele tomar meses. Años. Cuentan con muchos más recursos, personal especializado e incluso eso tampoco garantiza que el caso se resuelva o que el asesino sea atrapado.

—Pero el hombre de la barba dijo…

—Sí, también oí lo que dijo, pero si hay algo que he aprendido en los años que vengo haciendo esto, y después de haberme equivocado de sospechoso un par de veces en menos de veinticuatro horas, es que si hay alguien que vaya a averiguar quién nos asesinó —continúa Spavone, mientras ve a su amigo detective renquear su camino de vuelta a las escaleras—, ese alguien no seré yo.

Después de lo cual, también se dirige hacia las escaleras.

A lo lejos, el rugir de una moto se pierde en la noche neoyorquina.

Dean ha intentado un par de veces más con el teléfono antes de salir a la calle: nadie responde del otro lado. Se para en el bordillo de la acera, se frota la cabeza y mira a ambos lados de la calle. *Aún no las tiene todas consigo*, piensa Spavone.

—Seguirlo —dice Malik, mirando a su vez a ambos lados en busca de Bondi—. Ese será el plan.

—¿Tienes otro mejor?

—Supongo que no.

—Yo tampoco.

Para Spavone no solo se trata de ser el más apto: es que Dean es el único capaz de resolver el asunto y, de paso, salvar el pellejo de Selina. Además, el hecho de que Burke quiera intimidarlo es una señal de que va por buen camino: Spavone se pregunta qué otras cosas ha podido averiguar mientras Malik, Bondi y él andaban jugando a los fantasmas.

El detective empieza a caminar calle arriba: el techo blanco de su auto se ve a menos de doscientos metros.

—Vamos —dice Spavone.

—*Paradaada* aún no ha llegado —responde Malik.

Spavone mira hacia la esquina: no hay rastro alguno del hurón. Se vuelve a Dean, que camina algo más lento de lo esperado.

—Yo iré a buscarlo —le dice a Malik—. Súbete al auto con Dean y si piensa arrancar, hazlo estornudar hasta que las llaves se le caigan de las manos.

—Okay.

Ambos se cruzan para tomar direcciones opuestas: Malik va tras Dean y Spavone se dirige hacia el restaurant de tacos. Se cruza con un vagabundo que empuja un carrito de supermercado y una pareja de punks que no pueden quitarse las manos de encima. A poco de doblar la esquina, Spavone repara en un nuevo cambio: no puede percibir el olor de la carne de ternera asada que solía llamarlo y hacerle agua la boca a medio kilómetro de distancia. *Mierda*, se siente como Cenicienta contando las campanadas de la medianoche.

Sortea la desazón y aprieta el paso.

Llega al restaurant y lo que ve a través del ventanal lo deja aún más desencajado: reconoce al cocinero, un sujeto robusto de mejillas alegres y brillantes, siempre al pie de la plancha desde la que mira hacia el salón: la elaboración de tacos transformada en un show. Sin embargo, esta noche, el protagonista no es él: sino un hurón que atrapa trozos de carne asada al vuelo, que hace gestos graciosísimos al probar el pico de gallo y que enrolla los tacos con un castor empuja troncos para construir una presa.

—Carajo…

Spavone atraviesa el ventanal, las mesas y los cuerpos de los entusiastas comensales: una veintena de teléfonos celulares transmite en vivo la escena.

—Es hora de irnos, abuelo —le dice Spavone.

El hurón lo mira con pena por un segundo: luego se escabulle entre los tomates y condimentos y precipita al borde del tablero para bajar de él.

Pero eso parece no hacer muy feliz al cocinero que lo toma de una de sus patas traseras para que Bondi no escape.

En un acto reflejo, Spavone se lleva una mano a la cadera.

En un segundo acto reflejo igual de inútil, se abalanza sobre el cocinero que ahora levanta a Bondi como un pez que acabara de sacar del agua: Spavone atraviesa el corpachón del cocinero y queda tendido detrás de la plancha: la suerte que tuvo al lidiar con el del Glass Floor ya no lo acompaña ahora.

Bondi sigue girando cabeza abajo. Los teléfonos no dejan de filmar.

Si Spavone no hace algo, Dean se largará con Malik en su auto, partiendo al equipo en dos una vez más: al mesero tampoco le queda mucho antes de perder la capacidad de provocar estornudos.

Vuelve a abrir su caja de recursos criminales: ya solo queda un truco del jamás en la vida pensó echar mano por el asco que le provoca el recordar el par de veces que lo han utilizado contra él.

—Escúchame bien, abuelo —y le dice a Bondi lo que debe hacer.

El cocinero sigue con Bondi en alto: lo muestra a las cámaras al tiempo que promete el mismo espectáculo todas las noches y repite una vez más la dirección de su restaurant. Su sonrisa es la misma que habría puesto de haber encontrado petróleo bajo su propiedad. Pero la explosión que ocurre a continuación, aunque de un color bastante similar al del hidrocarburo, le augura un futuro diametralmente distinto al que espera.

El público ahoga un grito cuando ve las heces del hurón salir disparadas hacia el cielo raso y, eventualmente, caer en el antebrazo del ya no tan sonriente cocinero.

—Hijo de la chin…

Bondi queda libre y cae dos metros al suelo. Se sacude e inicia la retirada seguido de Spavone. Otras manos intentando atraparlo, pero no lo consiguen ahora que va mucho más ligero.

Salen del restaurant de tacos, doblan la esquina y siguen corriendo en pos del auto de Dean. A poco de llegar, Spavone sabe que los problemas no han terminado: encuentra a Malik para junto a la puerta del piloto y con ambas manos en la cabeza.

—Señor Kiki… Yo no… —la mueca de angustia le impide articular las palabras suficientes para terminar una oración—. Él estaba a punto de…

Spavone llega junto a la puerta y entiende la aflicción de la que es presa el mesero.

Ahí está Thomas Dean, sentado al volante de su auto, con los ojos cerrados y la cabeza hacia un lado.

Sin moverse.

41.

—Mierda.

—Lo siento mucho señor, Kiki. Yo solo…

—¡Solo te dije que le causaras un estornudo, no que lo mataras! —explota Spavone, llevándose él también las manos en la cabeza antes de perder nuevamente los estribos y cerrarlas al rededor del cuello de Malik.

—Pero no está muerto —dice el mesero—. No lo creo. Es decir… El golpe no fue tan fuerte… creo.

—¿De qué carajos estás hablando?

Malik le explica que, tal como Spavone lo supuso, Dean no parecía muy dispuesto a perder un segundo de su tiempo: cuando llegó al auto ya tenía listas las llaves para arrancarlo.

—Solo fue un estornudo, pero al parecer su amigo no estaba del todo repuesto después de los golpes.

—Aun no entiendo cómo pasó —dice Spavone, aún evaluando si Malik merece ser estrangulado durante, al menos, un par de minutos.

—Lo hizo tan fuerte que su frente fue a dar contra el timón y pues… No ha habido novedades desde entonces.

Spavone se asoma para inspeccionar mejor el estado de Thomas Dean: le ha brotado una pelota de tenis en el espacio despejado que debería haber entre sus cejas y el nacimiento de su nariz. Fuera de rezongar como un cerdo pequeño, parece estar bien. Aunque fuera de combate, claro.

—Intenté pasar otra vez para ver si así despertaba pero no funcionó.

—Vale, tranquilo. Le tomará un minuto estar de vuelta.

—¿Todo bien con *paradaada*?

—Al final sí.

Ahora es el turno de Spavone de contar lo que acaba de ocurrir en el restaurant de tacos.

—No me sorprende que le hayan gustado tanto—dice Malik cuando Spavone ha terminado su relato—. No creo que los haya probado antes, en esta o en cualquiera de sus vidas, pero suenan bastante parecidos al *shawarma*.

—Y son mejores.

El gesto que hace a continuación el mesero le indica a Spavone que ahora está ponderando la segunda parte de lo ocurrido, cuando Bondi estuvo presa del cocinero.

—¿Cómo se le ocurrió eso, señor Kiki? ¿También lo hacen los criminales para zafarse de la policía?

—Me ha ocurrido un par de veces. Suele funcionarles —responde Spavone, recordando a un sujeto que, aún con las manos esposadas a la espalda, logró bajarse los pantalones lo suficiente y le apuntó su chorro de orina directo a la cara: Spavone lo esquivó por poco menos de un palmo. Se revisó la chaqueta a conciencia mientras el hombre volvía a buscar refugio al interior del edificio del que acababa de sacarlo. Lo otro que recuerda es que tuvo que conseguirse una porra nueva luego de que acabara con él—. A veces.

Ambos callan a la vez: en algún lugar está sonando un celular.

—Es el de Dean —dice Spavone.

El timbre va en aumento a medida que el detective va poniendo fin a sus ronquidos y empieza a removerse en el asiento.

—Está despertando.

Lo que el mesero señala hace reaccionar a Spavone: le indica a Bondi que se escabulla dentro del auto por el espacio abierto que hay en la ventana trasera del lado derecho: una precaución que Dean nunca deja de tomar por la cantidad de veces que se ha dejado las llaves dentro. Una precaución que le ha costado unos tres coches, hasta el momento.

Spavone y Malik también se montan en el auto: «ocupan» el asiento trasero y Bondi se refugia bajo el asiento del copiloto. Spavone se ubica con cuidado, concentrado en posarse sobre el asiento con delicadeza, como si se sentara sobre una mina.

El tablero del auto indica que son casi la una de la madrugada. *El show en el lugar de tacos y la siesta de Dean ha tomado más de lo que esperaba*, se dice Spavone.

Dean sacude la cabeza y saca el celular de bolsillo: coge la llamada en el último timbrazo:

—Aquí Dean.

Spavone se acerca lo más posible para poder oír quién es la persona que está del otro lado, pero la voz que sale del teléfono apenas resulta audible. El propio Dean tiene problemas para oírla.

—Sí, estaba llamándolo —dice el detective cuando finalmente logra ubicarse en el tiempo y el espacio—. ¿Dónde está?... Sí, bien, no se mueva. Iré por usted… ¿Qué? No importa, solo necesito que se quede dónde está y que no hable ni vea a nadie hasta que yo llegue, ¿bien? Bien —y cuelga. Se guarda el teléfono una vez más y se mira en el espejo retrovisor, ponderando los daños a su rostro—. No… no… —sus dedos recorren las distintas magulladuras en su rostro, sin olvidar, por supuesto, el enorme hematoma a cuenta de Malik.

Dean se estira sobre el asiento del copiloto y extrae un nuevo par de gafas de la guantera.

Malik mira a Spavone: este asiente lentamente.

—No es la primera vez que le ocurre algo que acaba con sus gafas hechas añicos. Es bastante precavido.

—Así veo.

Malik espera a que Dean se coloque las gafas y encienda el auto antes de preguntar lo mismo que Spavone está pensando:

—¿A quién cree que ha llamado?

—No tengo la menor idea, pero sabemos dos cosas: es un hombre y corre peligro.

Dean toma el puente de la Tercera avenida y baja hacia el sur por la Harlem River Drive: el Corolla se desliza por la autopista coqueteando con el límite de velocidad. Spavone no cree haber visto nunca a Dean manejar tan rápido.

—¿Cree que el otro sujeto haya amenazado a alguien más? —pregunta Malik después de un rato.

—¿Burke?

—El de la paliza, sí.

—Es probable. O puede ser que Dean tema que lo haga: al parecer la persona aún está a salvo. Quizá se trate de un testigo —dice Spavone, ponderando la posibilidad de que Dean haya encontrado algo en las cámaras del hotel.

A los pies de Malik, Bondi asoma el hocico desde debajo del asiento del copiloto: ha encontrado un lugar cálido donde poder descansar. Spavone mira al hurón y a la caja que hay junto a él: tiene el doble de tamaño que un cubo Rubik y con el negro como color único. No presenta ningún distintivo, pero no parece ser una caja común y corriente.

—¿Pasó algo, señor Kiki? —pregunta Malik.

—Nada —responde Spavone volviendo a mirar por la ventana.

Veinte minutos después, cuando Spavone ve que la Roosevelt Island queda atrás y que Dean aún enfila hacia el sur, el avispero en su cabeza empieza a agitarse nuevamente. *¿Quién es el hombre que corre peligro? ¿Qué tiene que ver conmigo? ¿Cuál es el siguiente eslabón de todo esto?*

La respuesta la recibe otros veinte minutos después cuando toman el puente Williamsburg y recorren algunas pocas calles más: Dean detiene su auto frente a un lugar que a Spavone le resulta sumamente familiar —de hecho, estuvo ahí mismo el diciembre pasado—, pero que nunca antes ha visitado de noche.

—¿Dónde estamos? —Malik se remueve en el asiento.

A Spavone le gustaría contestar, pero la nueva información se está abriendo camino a codazos en su sistema.

Dean vuelve a marcar en su celular:

—Estoy afuera —dice cuando le contestan.

Inmediatamente después, la puerta de la zapatería se abre y un tímido Marley asoma a la calle.

42.

Marley Robinson no debe tener menos de sesenta y cinco años, estima Spavone: lo rizados mechos de cabello cano que le salen de ambos lados del cráneo lo hacen ver como un viejo payaso desmaquillado. Lo conoce desde hace un tiempo cuando por primera vez oyó hablar de su trabajo, pero su relación no ha ido más allá de

verse una o dos veces al año cuando Spavone cree conveniente cambiar de zapatos.

El modelo siempre es el mismo: suela de media pulgada, cuello hasta los tobillos y una puntera ovalada, todo ello recubierto con cuero de bisonte.

—Es mucho más resistente y cálido que el de res normal—le explicó Marley la primera vez que Spavone llegó hasta el mostrado de su tienda—. Es… especial —resumió, ofreciéndole una extensa sonrisa.

Luego de que Spavone desembolsara los cuatrocientos dólares que le cobró por aquel primer par, su sonrisa se hizo aún más extensa.

—Yo no les veo nada de especial —dice Malik, sincerándose luego de que Spavone le muestre el trabajo del viejo Marley—. Se parece a esos botines que usan los obreros.

—Te aseguro que son mucho más cómodos y sí, son especiales.

—Si usted lo dice.

—Eso no es lo importante ahora —dice Spavone de mala gana—. Lo que quiero saber es qué rayos tiene que ver el zapatero con esto —dentro de todo el desconcierto que le ha tocado experimentar en las últimas horas, la aparición de Marley Robinson en escena se lleva el lugar más alto del podio.

Marley se apresura a pasar una cadena y su correspondiente candado por delante de la puerta de su tienda: sus movimientos son algo torpes. *Está nervioso*.

Cuando termina y comprueba la solidez de la cadena, Marley rodea el auto y sube al asiento del copiloto.

—Buenas noches, detective.

—Buenas noches. Necesito que me diga si alguien lo ha llamado durante el día o si ha recibido alguna visita o si ha visto a alguien merodeando fuera de su taller.

—Pues… no, no, ninguna de esas cosas. Durante la mañana no vino nadie y, pues, luego de que me llamó hice lo que me dijo: cerré la tienda y ya.

—Bien —dice Dean, intentando acomodarse las gafas: la hinchazón a la mitad de su cara le impide mantenerlas en su lugar habitual.

—¿Qué le ocurrió en…? — pregunta Marley, con la piel arrugándose sobre su frente infinita.

—Resbalé, eso es todo.

—Entiendo —y luego, volviendo al tema de fondo, pregunta—: ¿Esto tiene que ver con lo del policía que compraba sus zapatos aquí?

—¿Se refiere a los golpes o al motivo por el cual lo llamé?

—A las dos cosas

—Bueno, sí: tiene que ver

—¿Con qué?

—Con las dos cosas.
—¿Cómo?
—Eso es lo que vamos a averiguar —responde Dean y vuelve a arrancar el auto.
—¿Hacia a dónde vamos? —pregunta el zapatero, colocándose el cinturón.
—Al lugar de los hechos.
En el asiento trasero, Spavone y Malik se miran, pero siguen en silencio.

Marley no se queda en silencio por mucho tiempo:
—¿Es necesario que yo vaya? ¿Por qué debo hacerlo exactamente? Nunca me ha gustado ver sangre, ¿sabe detective?
—No va a tener que ver ni sangre ni muertos —responde Dean, repartiendo su atención entre la calle que tiene al frente y la pantalla de su celular: —. El cadáver fue levantado hace varias horas. Lo necesito pues quizá usted pueda reconocer a alguien.
—¿A quién?
—A una persona que entró a su tienda poco antes del robo que sufrió y que quizá sea la responsable del mismo.
—¿Qué? —pregunta Spavone, casi tan desconcertado como luce también el zapatero.
Recuerda el atraco que Marley sufrió hace algunas semanas: recuerda sobretodo su llamada desesperada de ese momento:
—¡Han roto los visillos de la puerta! —exclamó al teléfono.
—Debiste haber comprado una cadena y un candado hace rato: los ladrones dejaron de respetar los vidrios hace casi un siglo —respondió Spavone, levantando la mano en dirección a Lou para que este le sirviera una segunda ronda de lo que fuera que estuviera bebiendo en ese momento. Luego le dijo a Marley que lo sentía mucho, que se encontraba muy ocupado, pero que lo podía derivar con un buen amigo que se encargaría de su caso.
Thomas Dean.
Marley asiente al tiempo que selecciona las piezas de su siguiente pregunta:
—¿Y cree que la persona que me robó tenga también algo que ver con lo que le sucedió al otro policía?
Spavone y Malik parecen dos suricatos que creen haber oído el advenimiento de un depredador. Bondi también lo parece pero no tanto en su actitud como en un sentido más estético.
Dean demora su respuesta: Spavone lo conoce y sabe lo reticente que puede ser cuando se trata de saltar sobre conclusiones de forma precipitada: puede llegar a leer un mismo expediente una docena de veces antes de si quiera levantar el teléfono y contactarse con el

primer testigo.

Pero Dean también sabe que le debe una buena explicación a aquel viejo que ha sacado de la cama a esas horas de la noche:

—Escúcheme, señor Robinson: el suyo no fue un robo.

—Cómo no si se llevaron…

—La recaudación de la semana —murmura Spavone, repitiendo lo mismo que Marley le gritó durante aquella llamada.

—Sí, es cierto, pero no fue un robo real.

—No entiendo.

—Es simple: se llevaron el dinero para que pareciera un robo, como una precaución digamos, pero lo que realmente querían era información sobre sus clientes. ¿Recuerda que todos los comprobantes de venta estaban regados por doquier?

—Sí, claro.

—Bien, entre todos ellos, figuraba el nombre y los datos de identificación del teniente Spavone. De hecho, el recibo del teniente estaba apartado de los demás, sobre la repisa, mientras los demás estaban en el suelo. Quizá eso no lo recuerde usted, señor Robinson, pero para mí no pasó desapercibido. Revisé el video de la cámara que tiene en el exterior, pero la lluvia en la imagen es demasiado intensa. Y el de la cámara interior no sirve pues filma a todas las personas a contraluz. Eso sin mencionar que es una resolución bastante mala— *Vaya viejo tacaño*, piensa Spavone. Dean aprovecha el rojo del semáforo para ver a Marley a los ojos y transmitirle la gravedad del asunto: no tiene sentido mantener la incertidumbre—: Escuche, señor Robinson, es muy probable que la persona que asaltó su tienda, y que supongo que había visitado con anterioridad, haya querido averiguar la identidad del teniente para matarlo.

—Santo cielo —murmura Marley.

—Tiene que ser una puta broma —dice Spavone, echando la cabeza hacia atrás.

—Eso quiere decir que…—inicia Malik.

—… el asesino sigue en el hotel —completa el zapatero.

—Así es —responde Thomas Dean y hace rechinar los neumáticos de su auto.

43.

Llegan a la calle del hotel, pero Dean no estaciona el Corolla a las puertas del mismo, sino justo en frente, donde hay una cafetería abierta las veinticuatro horas: sus amplios ventanales de la década de

los cincuentas, dominan casi toda la calle y tienen una vista privilegia del Belvedere.

Todos descienden del auto, menos Bondi, quien nuevamente es atacado por incómodo escozor en una de sus orejas.

—Creí que íbamos al hotel —dice Malik, después de cerciorarse que Dean haya vuelto a dejar un resquicio en la ventana trasera del lado del conductor que le asegure a su bisabuelo algo de oxígeno.

—Aún no —responde Spavone—. Si es que el asesino está ahí adentro, no creo que se anime hacer una captura sin refuerzos, pero desde aquí puede dominar todo.

Pocos minutos antes de llegar —con las dos de la madrugada ya encima, dato que no pasó desapercibido ni para Malik ni para Spavone — Marley se permitió formular una pregunta adicional. Bastante pertinente, a decir de los vivos y muertos que iban en el auto:

—¿Cómo está tan seguro de que el culpable no se ha marchado ya del hotel?

—Tengo a un hombre vigilando el lugar desde la noche anterior —respondió Dean, mirando por el retrovisor y, sin saberlo, «mirando» también la expresión de incredulidad de Spavone—. De hecho, fue él quien acudió al hotel cuando oyó los disparos y la conmoción que se desató entre quienes estaban ahí.

Y ese alguien es Ben Romero, una oficial de policía con menos de treinta años y con pinta de jugador de béisbol, a quien Dean saluda antes de ocupar una par de sillas en la misma mesa.

—Ese nombre me suena —dice Malik, siguiendo a Spavone al interior de la cafetería: ya ninguno de los dos es capaz de causar el mínimo efecto en la camarera con la que se cruzan.

—Es uno de los agentes que habíamos dispuesto que siguieran a Stakes —responde Spavone y se cuadra en un extremo de la mesa donde están los demás: da la impresión de que ha llegado a tomarles la orden. Malik se ubica en otro de los espacios libres.

Dean realiza las presentaciones:

—Señor Robinson, este es el oficial Romero.

—Mucho gusto, señor Robinson.

—Igualmente.

—¿Qué le ocurrió en el rostro? —pregunta Romero.

—Te lo diré luego. ¿Alguna novedad en los últimos minutos? —pregunta Dean, espantando con un gesto a la camarera.

—Ninguna, detective —responde el oficial, aferrado a una taza de café humeante: sobre la mesa hay un par más que están vacías.

El aspecto de Romero no es el acostumbrado: tiene unas ojeras profundas y los breves temblores de un adicto en ascuas recorriéndole el cuerpo. *Debe llevar despierto más de veinticuatro horas,* adivina Spavone. Eso mismo también advierte Dean y le da un par de

palmadas en la espalda.

—Espero que esto acabe pronto, oficial. Buen trabajo.

Pero la felicitación no tiene el efecto esperado: Roberto aprieta las mandíbulas al tiempo que los ojos se le comienzan a humedecer.

—Yo... Esto es mi culpa, detective. Es mi culpa, lo siento tanto.

—Tranquilo, era imposible que supieras que esto iba a ocurrir.

—Detective, yo…

Romero deja en suspenso su argumento: sabe que lo próximo que habrá de brotar de su boca no serán palabras sino un llanto sólido que lo hará sentirse aún más avergonzado.

Marley mira incómodo a ambos policías.

Thomas Dean alza la mirada para cerciorarse de que no haya movimiento a la entrada del hotel mientras el oficial se toma un momento para lamentarse: ninguna novedad.

—Desde hace algún tiempo el oficial Romero lleva a cabo una misión extra oficial —empieza Dean, dirigiéndose a Marley—: seguirle el paso a un sujeto llamado Steve Galli, quien es la nueva pareja de la ex esposa del teniente Spavone, ¿me comprende? —Marley asiente—. El tipo tiene algunos antecedentes, no resulta muy confiable, y el teniente quería estar seguro de mantenerlo bien vigilado, por la seguridad de su hija claro.

La mención de Alessia recrudece las ganas de Romero de romper a llorar: con esfuerzo, logra seguir conteniéndose.

—Hace algunos días, Galli había estado rondando el hotel: sabía que el teniente iba a tener una reunión importante aquí y quería venir a hablar con él. El día de ayer…

Dean resopla, las gafas vuelven a resbalar por el puente de su nariz: parece apenado.

Spavone vuelve a ponerse en alerta: algo le dice que la interrupción de Dean no es mero cansancio y que está a punto de escuchar algo importante.

—El día de ayer su ex esposa, o aún esposa mejor dicho, Beatrice, se puso en contacto conmigo, y me avisó que Galli tenía intención de venir y abordar al teniente. Entonces me puse en contacto con el oficial para que vigilara el lugar por si las cosas se ponían tensas. Digamos que la relación entre el teniente y Galli no eran las mejores.

—Estuve muy atento, todo el tiempo —dice Romero, sorbiendo mocos lo más dignamente que puede—, pero el tipo no asomó la cabeza por aquí. Cuando dieron las cuatro me convencí de que no ocurriría nada y me relajé. Lo lamento tanto…

—¿Por qué tenía que su exesposa tendría que avisarle eso a su amigo? —le pregunta Dean, igual de atento al relato.

Spavone no contesta, sino que espera que aquella respuesta salga de la boca del propio Dean:

—La mujer me dijo que Galli quería arreglar las cosas con el teniente de una vez por todas, que ya era hora de que tuvieran esa conversación por el bien de Alessia. A mí me pareció bien. Luego ella dijo que no solo me llamaba para comentármelo sino que quería que le hiciera un favor.

—Mi Glock —murmura Spavone.

—Me preguntó si podía hacer algo para que, la noche de ayer, el teniente no estuviera armado: me dijo que temía que pudiera hacer algo contra Galli apenas lo viera: ya antes el teniente lo había amenazado con la pistola. Aquello no me pareció una buena idea: desarmar a un policía nunca lo es. Pero ella insistió y entonces yo creí que eso… sería bueno.

—Mierda, Dean —dice Spavone: una sonrisa de tristeza se extiende al lado izquierdo de su cara.

—Fue ahí cuando llamé al oficial Romero y le pedí que viniera a vigilar el encuentro por si ocurría algo. Luego, fui donde el teniente y le dije que requerían su Glock en la armería para mantenimiento. Le mentí y me la entregó. Si yo no lo hubiera hecho quizá… tal vez…

Y ahora es Thomas Dean el que se tiene que contener para no volver a llorar.

—Pero, entonces, si ese hombre, Galli, no estuvo aquí anoche, ¿quién pudo matar al teniente? —pregunta Marley ya completamente embebido en el caso.

—Eso es lo que quiero confirmar —dice Dean, y luego, dirigiéndose al oficial, ordena—: Si la persona sigue allí adentro, lo mejor será pedir refuerzos: comunícate con la Unidad y ve quién está disponible.

—Bien —dice Romero y saca su teléfono: se levanta de la mesa y camina hacia la salida en busca de aire fresco.

—Dijo «confirmar» —Marley no deja escapar ningún detalle—. De modo que ya debe tener una idea de quién es el asesino, detective.

—Es hábil —señala Malik, sentado sobre la mesa más próxima con las piernas en nudo.

Spavone le dedica un vistazo impaciente y vuelve a concentrarse en lo que dice Thomas Dean.

—Así es, la tengo.

—¿De quién cree que se trata?

—No se lo dirá —se adelanta Spavone.

—Si se lo digo eso podría sugestionarlo y no quiero que eso suceda, señor Robinson: que me señale a alguien lo más rápido posible con tal de volver a su cama.

—¿Y cómo está tan seguro de que el asesino sigue allí adentro? Podría haberse confundido con algún huésped o haberse lanzado por una ventana o qué se yo, quizá…

—¿Por un túnel que comunique al hotel con otro edificio a dos kilómetros de aquí? —sugiere Dean.

—Así es.

—¿Le parece que pidamos un café antes de responder a su pregunta?

—El mío con crema —responde Marley.

—Yo lo tomo igual —dice Malik.

Luego de un par de sorbos por parte de ambos, y luego de oír a la camarera hablar sobre un remedio casero con miel caliente y piel de cebolla, muy efectivo para las magulladuras, receta que su abuela había aprendido cuando vivió durante décadas en Oklahoma, precisamente en la época de los enfrentamientos de las tribus… etcétera., el detective expone la situación a su testigo:

—Actualmente, el hotel funciona a un tercio de su capacidad: hubiéramos estados en serios problemas si es que el crimen se hubiera cometido la próxima semana cuando inicia oficialmente el verano. Desde el día de ayer, tanto el oficial Romero como yo contamos con la relación de huéspedes, la misma que el oficial se ha encargado de verificar desde que se cometió el crimen por si alguna de las personas que salía no correspondía con la lista oficial. Por lo que sé, ha habido un par de casos, pero ninguno de ellos ha dado el perfil necesario: la mayoría han sido repartidores, familiares de los huéspedes y…

—Prostitutas —dice Spavone.

—En fin —continúa Dean—, todos han sido cotejados en tiempo real por el oficial Romero y el agente Harrelson, de nuestra división de informática: una foto y dos segundos después ya teníamos un nombre para dicho rostro.

—Interesante. ¿Pero qué hay de los otros lugares de donde puede haber escapado?

—La otra salida de emergencia del hotel da al callejón que desemboca justo allí —dice Dean, señalando el espacio entre el Belvedere y el siguiente edificio—. De haber salido por allí, el oficial lo habría visto. Además, ninguna habitación tiene ventanas hacia la cara trasera del hotel: no le habría quedado otra que salir descolgándose de la terraza, lo cual habría llamado demasiado la atención. ¿Comprende?

El zapatero se lleva una mano a la barbilla. Asiente: Spavone apuesta que no está del todo incómodo con lo que ocurre: debe ser lo más interesante que le ha ocurrido en mucho tiempo.

Un par de obreros ingresan a la cafetería: dejan huellas con restos de brea en su camino hacia una de las mesas. La camarera, en lugar de regañarlos, los saluda afectuosamente y les deja una carta.

—¿Qué hay de Lolly Jeans y el hombre que golpeó a su amigo, señor Kiki?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Alguno de ellos es el culpable?

—Hemos visto a Burke hace un rato y tú has visto a Little Joe aún antes, eso quiere decir que ninguno de los dos acabaron conmigo. O con nosotros. Sin embargo, a Little Joe le interesaba tener acceso a las pruebas y a Burke que Dean dejara el asunto en paz. De modo que, aunque ninguno de los dos haya hecho nada aquí, no podemos dejar de pensar que estén involucrados.

—Entiendo, entiendo.

Mientras tanto, Romero ha terminado con las llamadas: regresa a ocupar su asiento.

—No había mucha gente que estuviera disponible —el oficial ya no solo luce apenado, sino derrotado—. Al mencionar que tenía que ver con el teniente, ellos solo…

Spavone carraspea: no debería, pero le fastidia un poco que su Unidad vuelva a dejarlo solo.

—¿Nadie? ¿Ni uno?

—Solo la sargento Fritz que viene en camino y el capitán Hendrix. Siempre que su esposa logre despertarlo.

—Lo cual no sucederá antes de las diez —responde Dean—. El teniente Spavone no era el más popular del equipo —le explica al zapatero a modo de disculpa—. Habrá que esperar.

Spavone da media vuelta y sale de la cafetería: los recibe el viento frío de que llega desde el Hudson que él ya no puede sentir. Observa la imponente fachada del Belvedere, el lugar donde perdió la vida, y vuelve a pensar en lo absurdo de su final: su verdugo aún sigue allí adentro, alguien que la noche anterior llegó hasta él por detrás y le abrió el pecho a tiros: igual que sacrificar a un perro rabioso o a una vaca enferma.

—El final más estúpido en el que puedo pensar —dice cuando siente que Malik está tras él—. Ni siquiera en un tiroteo lo que siempre resulta heroico. ¡Diablos, una explosión habría estado bien!

—Al menos usted sabe qué ocurrió con su cuerpo, señor Kiki —murmura Nimay Malik, parado junto a él, mirando al suelo—. Yo jamás sabré qué pasó conmigo.

Seguro Bondi siente la tristeza de su bisnieto y escurre su cuerpo entre los dos centímetros de espacio que hay en la ventana trasera del Corolla para arrebujarse a sus pies.

—En eso tienes razón —dice Spavone—. Lo siento.

—Yo también. Por mí y por usted.

—Gracias. Espero haberme portado bien contigo ayer y haberte dejado una buena propina aunque, bueno, no es que haya sido un hábito para mí.

—No se preocupe, señor Kiki, tampoco era mi hábito recibirlas.

Spavone se ríe por primera vez desde que está muerto y Malik le sigue, al igual que en todo lo que el primero ha hecho desde que se conocieron. Spavone le ofrece el puño y el mesero se lo choca con el suyo.

Abajo hay acción: el hurón vuelve a rascarse la oreja: la comezón parece más intensa que antes.

—Parece sarna —dice Spavone.

—¿Qué pasa, *paradaada*? ¿Qué ocurre? —pregunta Malik, arrodillándose junto a Bondi. Luego le repite las mismas preguntas en hindi.

Spavone atiende al sonido del timbre de la puerta de la cafetería que vuelve a sonar: Dean y Romero llegan a la calle y, sin saberlo, se paran a dos metros de la primera pareja. Cuando Spavone se vuelve hacia Bondi, el hurón se ha ocultado tras uno de los neumáticos del auto de Dean.

—Eso se ve mal, detective —dice Romero, echándole un nuevo vistazo a las heridas de Dean—. ¿Quién lo hizo?

—Un sujeto que espero que nunca tengas que conocer —dice Dean, llevándose a la boca un par de dedos en pinza: tiene un canino que le baila. Spavone no sabe si es a cuenta de Burke o de Malik—. Estaba investigando uno de los lugares que sacamos del GPS del Mustang del teniente por si me daba una pista. Ahí fue donde el sujeto me abordó. Me había estado siguiendo todo el día.

—¿Está involucrado en lo que le pasó al teniente?

—No. No, exactamente.

Spavone acorta la distancia entre él y Dean: una vez más le cuesta reconocer al sujeto que solía tomar por un bobo y que ahora se ha revelado como un investigador sumamente capaz. *Mucho más que yo*, se dice, sintiéndose cada vez menos avergonzado de sí y más orgulloso de Dean.

—Buenos argumentos, detective: lo de descolgarse por la pared trasera del hotel sonó un poco a Adam West vestido de Batman, pero eso de la verificación en tiempo real sonó bastante creíble. Parece que el hombre sí se tragó la historia.

—Eso espero: es nuestro único testigo y no quiero que tengo dudas cuando vea a la mujer.

—¿Mujer? ¿Dijo una mujer? —dice Malik, tirando de la manga de Spavone.

El último cabo suelto desaparece de su mente: ya sabe exactamente quien lo ha asesinado.

—Así es, viejo. Una mujer.

44.

—Jamás supe su nombre real —dice Kiki Spavone, en un tono satisfecho que desconcierta al mesero—. Supongo que Dean tampoco lo sabía, pero no era necesario. Sabía lo importante: dónde podía encontrarla y lo que tenía que hacer con ella.

Spavone recrea la noche de su ingreso al night club con música electrónica de fondo: se ve a sí mismo con la dosis de alcohol suficiente en la sangre —y quizá algo más que le hubiera birlado a un camello esa misma tarde— como para actuar como un autómata: atravesar el salón principal después de enseñarles su placa a los gorilas de la entrada, tirar algún par de botellas en su camino, ingresar al pasadizo donde están las habitaciones para shows privados de quinientos dólares, ocultar su rostro con la media que ha llevado para la ocasión y tirar abajo la puerta con el nombre de Sexy Storm.

—¿Qué fue lo que hizo exactamente? —pregunta Malik, preparándose para recibir una nueva cucharada de información desagradable.

—Ella estaba ahí lista para salir al escenario: lencería con lentejuelas, corona, antifaz, etc. Ni siquiera le di tiempo de hablar. La tomé por el cuello y la samaqueé un poco.

—¿Un poco?

—Bueno, la arrojé al piso y le di una patada en el estómago —la expresión del mesero es la de haber oído a un tenedor arañar la superficie de un plato vacío—. Busqué entre sus pertenencias y me llevé su teléfono y su tableta.

—¿Y qué más?

Spavone estaba seguro de que el video podría estar a salvo en la nube sin que él pudiera hacer nada para borrarlo. Al menos no en ese momento, pero confiaba en su capacidad para que la advertencia pudiera calar lo más hondo posible en la desnudista.

—No dejé que se pusiera de pie. No recuerdo cuáles fueron mis palabras pero eso sí lo sé bien.

El celular de Romero suena y tanto él como Dean vuelven al interior de la cafetería.

A Spavone aguarda al timbre de la entrada. Cuando retoma el relato, las palabras le pesan como nunca:

—Le pisé la cara.

—Por Brahma —murmura Malik.

—Por eso está el viejo Marley aquí —dice Spavone, moviendo la cabeza en dirección a la cafetería—: la única pista que la mujer tenía sobre el desconocido que la agredió aquella noche, además de saber que era policía, era la imagen de un jodido bisonte repujada en la suela de su zapato.

—Esa es la razón por la que averiguar quién lo hizo resulta casi de vida o muerte para Dean: se siente culpable de que me hayan matado por haberlo ayudado.

—¿Él tenía los detalles de lo que hizo esa noche?

—Se lo conté todo —dice Spavone, recordando lo orgulloso que estaba cuando le dijo a Dean lo que acababa de hacer.

—Aun así… —dice Malik, oteando el cielo nocturno—su amigo podría averiguarlo mañana o la semana siguiente. ¿Por qué el apuro? ¿Es por el viaje que supuestamente tiene que hacer con su madre?

Por el final de la calle, Spavone ve aparecer otro auto de aspecto familiar además del Corolla que tiene al frente.

Helen Fritz acaba de llegar.

—No es por eso—responde Spavone—. Pero sospecho que compartimos una misma intuición al respecto del final de este caso.

—¿Cuál?

—Que la de anoche era una operación de kamikaze.

—¿Una operación qué?

Pero Spavone sabe que ya no hay tiempo para responder a eso.

Helen estaciona su Prius por delante del Corolla: treinta años de tecnología separan a uno del otro. La sargento se baja y entra corriendo a la cafetería.

Son las tres de la mañana: Spavone sabe que podría desaparecer en cualquier momento a partir de entonces. Espero que no sea muy distinto a desmayarse, piensa.

—Creo que su amigo está dictando algunas indicaciones —dice Malik, atento a los movimientos de manos y miradas que hay en la mesa del detective y su magro equipo táctico.

—Va a dividirlos: yo diría que va a enviar a Romero a cubrir el callejón y a Helen a flanquear la entrada del hotel. Dean va a realizar la inspección dentro del hotel. A Marley lo va a dejar sentado en la cafetería esperando que no se duerma.

Un ruido llama la atención de ambos: Bondi ha empezado a darse de cabezazos contra el neumático tras el cual se ha ocultado.

—*Paradaada*, ¿qué ocurre?

—Quizá podríamos buscar a un veterinario después de…

El hurón arremete aún más fuerte contra el caucho: su cuello el movimiento mecanizado de un limpiaparabrisas.

—¡*Paradaada*, no!

—Creo que tiene algo en… —empieza a Spavone, pero se calla al ver la pequeña pelota que sale disparada de la oreja del animal y queda adherida a la acera.

Bondi cae rendido: luego de dar unas últimas y erráticas vueltas, sus ojos han corrido cada cual al encuentro del otro.

—Parece un papel —dice Malik—. Cubierto de cera.

—¿Lo ha estado cargando todo este tiempo? —pregunta Spavone, reconociendo que se trata de la hoja que Bondi arrancó de la libreta de Dean cuando entraron a su oficina.

El hurón se arrastra hasta donde está la hoja de papel y, con algo de dificultad por el mareo y la cera que la recubre, la extiende cuando les es posible: la caricatura de Spavone vuelve a sonreír burlonamente.

—Es claro que *paradaada* se ha encariñado con su dibujo, señor Kiki.

—Sigo sin encontrarle mucho parecido —dice después de observarla más de cerca.

El viento sopla y hace girar la hoja, que vuelve a quedar adherida a la calzada por efecto de la cera.

—Esas también parecen letras —dice Malik, señalando el borrón que hay al final de la página, justo por debajo de los otros apuntes de Dean—. Y también parece decir algo.

Es cierto, piensa Spavone: el efecto de sombras permite apreciar mejor el relieve antes que el borrón del apunte.

—Es una dirección: 7202 Boulevard Astoria, Elmhurst Este. No me dice nada.

—A mí sí —dice Malik con un hilo de voz.

—¿Qué hay allí? —pregunta Spavone, advirtiendo el rostro impávido del mesero.

—Un cementerio. Ahí… ahí están mis padres.

Si es que alguna vez Nimay Malik ha parecido un fantasma, ese momento es ahora.

45.

—¿Por qué Dean tendría la dirección donde están…?

El timbre de la puerta de la cafetería interrumpe la pregunta de Spavone: el operativo montado por Thomas Dean ha iniciado: el detective señala las últimas órdenes a medida que los tres agentes se dividen para tomar el hotel Belvedere.

—Vamos —dice Spavone, tomando del brazo a Malik, cuya conciencia ha quedado flotando en algún punto indeterminado de la calle como una nube de vapor—. ¡Muévete! —Él también está bastante intrigado con la nueva información, pero no quiere perderse el momento en el que su amigo (*Esa es la sorpresa de la noche*, piensa, *al menos tuve uno*) le apunte su arma directo a la maldita Sexy Storm: no cree que le vaya a disparar, pero nunca se sabe. *Sería épico tenerla de este lado para arreglar cuentas cara a cara*.

Justo como Spavone lo había anticipado, Ben Romero se dirige hacia el costado del hotel y Helen sigue a Dean hacia la puerta principal.

En toda la calle el movimiento es prácticamente nulo.

Dean es el primero en ingresar: sube las escaleras de entrada y empuja la puerta con una mano al tiempo que saca su arma con la otra.

Helen Fritz también va lista para la acción, pero mantiene la posición en las escaleras.

Spavone acaba de poner un pie en el primer escalón, cuando oye un estornudo desde adentro.

Seguido de un disparo y un par de gritos destemplados.

Spavone se detiene. Helen Fritz se pone a cubierto a un lado de la puerta.

—¡Dean! ¿Estás bien? ¡Dean! —grita la sargento.

El hombre atraviesa la puerta: la sábana que lleva alrededor de su ancha cintura se le escurre, intenta atraparla con ambas manos pero se le enreda en los pies y cae hacia adelante, justo frente a Spavone, quien, superando el asombro, saluda al menor de los hermanos Holmes:

—Hola Marvin. Bienvenido al mundo de los muertos.

El productor solo atina a gemir como un alma en pena.

Cuarta parte
Múltiple asesinato en el Belvedere

46.

Marvin Holmes se levanta. Spavone pone una mano por delante de su rostro: el productor se ha olvidado de envolver su cuerpo con la sábana que yace sobre los escalones.

—Mejor cúbrete, amigo. No eres lo suficientemente transparente aún.

—¡Kiki! ¡Ayúdame, Kiki! ¡Estoy muerto! ¡Muerto! —grita Marvin mientras su vientre flácido y todo lo que hay debajo se sacuden a causa de su desesperación.

—Tranquilo, lo sé, lo sé, también nosotros lo estamos y —Spavone se adelanta a los siguientes reclamos del productor—. Lamentablemente no hay nada que podamos hacer. Nada, cero, ninguna posibilidad de remediarlo. ¿Queda claro?

—Pero… pero…

—Bien, con eso tengo. Ahora, eres bienvenido si quieres seguirnos.

Spavone sigue de lardo: no ha soltado el brazo de Malik desde que lo tomó, pero el mesero no ha protestado. De hecho, no ha dicho ni siquiera una palabra desde que supo que Dean tenía anotada la dirección del lugar donde están enterrados sus padres. *Ya habrá tiempo de pensar sobre eso,* se dice Spavone e inmediatamente después se da cuenta de que lo más probable es que no lo haya.

Por eso está tan apurado.

Por eso sigue al interior del hotel a Helen Fritz, tan pegado a sus talones como la misma sombra de la sargento.

Lo primero que ve es un pequeño tumulto: Thomas Dean es rodeado por algunos pocos empleados del hotel: la recepcionista, dos botones, un mesero, una mucama y lo que a Spavone le parece es un agente de seguridad: un muchacho alto, robusto, moreno, algo

confundido o asustado. Hasta ayer a nadie dentro del Belvedere se le había ocurrido que necesitaran uno. *Dos a uno a que este es su primer día de trabajo*.

—¿Detective? ¿Qué ocurrió?—pregunta Helen, mirando a los distintos rincones del lobby, aún con ambas manos alrededor de la empuñadura de su arma.

—Nada, fue solo un pequeño estornudo. Olvidé poner el seguro y… —Dean señala una araña justo sobre el mostrador de la recepción: dos de sus bombillas lucen como cascarones de huevos vacíos.

—No sucedió nada, oficiales —interviene la recepcionista—. Si me disculpan, debo volver a mi puesto, pero estoy aquí para lo que necesiten —y se marcha a descolgar el teléfono que ha empezado a sonar. Camina con cuidado de no pisar los cristales regados por el suelo—. Señora Claire, ¿podría ocuparse de esto?

—Seguro es alergia —dice la mucama a la que la recepcionista se ha dirigido: es una mujer regordeta que va abrazada de una almohada casi tan grande como ella. No parece especialmente afable a tales horas de la madrugada.

—¿Alergia? —pregunta Dean, recuperando la compostura.

—Es por ese maldito hurón.

La mención al animal hace estallar la burbuja dentro de la cual ha estado Malik.

—¿*Paradaada*? —el mesero se suelta de la mano de Spavone y se acerca a la mucama.

Pero no es el único a quien lo dicho por la mujer ha llamado la atención: Thomas Dean también la observa como si lo que la señora Claire acaba de decir fuera una infidencia.

—¿Hurón dice?

—Al inicio pensé que se trataba de una rata, pero las ratas no son tan inteligentes. No señor. Está en algún lugar de este hotel y lo voy a encontrar.

—¡Por supuesto que no, miserable *puraana*! —se exalta Malik, mostrándole el puño.

—Helen, será mejor que vuelvas a tu lugar. Yo iniciaré la inspección desde arriba hacia abajo —Dean camina hacia el pasillo donde se encuentran los ascensores.

Helen asiente y se gira para volver a la puerta: esta vez es ella quien atraviesa a un ya no tan desnudo Marvin Holmes.

—Traeré mi rastrillo —dice la señora Claire, luego de oír el estornudo de la sargento.

—¿Qué… qué está pasando ahora? —pregunta Marvin Holmes.

—La mujer que me asesinó está ahí adentro y… —Spavone vuelve a sentir una alerta: alguien ha asesinado a Marvin Holmes hace pocas horas. Alguien que, al igual que la asesina de Spavone, tal vez siga

allí. Entonces replantea—: Te despertaste en tu habitación, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Qué hay de las personas con las que te acostaste?

—¿Personas? No sé de qué personas me hablas.

—Tampoco recuerda nada antes de que muriera —dice Malik, olvidándose de maldecir en hindi a la señora Claire.

—Cierto —dice Spavone—. ¿No viste a nadie más ahí en tu cama al despertar?

Silencio.

—No, en mi cama no.

—¿Entonces?

—Estaba esa mujer. Fui al baño, Kiki, y estaba esa mujer…— otra vez el horror se apodera del productor.

—¿Qué mujer? —pregunta Spavone: sus manos se detienen cuando se da cuenta de que Marvin Holmes no tiene solapas de las cuales tomarlo para sacudirlo.

—La mujer que me mató.

—¿La mujer que…?

—La encontré en el baño, tenía sangre por todos lados, Kiki — entonces los decibeles en la voz de Marvin se triplican—: ¡Está ahí, Kiki! ¡Tiene mi cuerpo metido en la bañera!

Necesitamos al hurón, resuelve Spavone. Le da las indicaciones a Malik para que lo haga entrar por la puerta trasera y encuentren cuando antes a la mucama.

—¿Está loco, señor Kiki? —Vuelve a estallar Malik—. ¡Dijo que iba por su rastrillo!

—¿De qué están hablando? —interviene Marvin, solo para ser ignorado.

—Es la única forma en la que podremos atraer la atención de Dean a la habitación, Malik. Además tu abuelo es mucho más rápido que ella. Anda, no hay tiempo.

—¿Su abuelo es un animal? —el productor se lleva ambas manos a la cabeza: el lugar de la sábana vuelve a peligrar.

—Ahora —zanja Spavone.

La angustia del mesero es más profunda que nunca, pero sabe que Spavone tiene razón: sale del hotel para ir hasta el Corolla.

—Señor, cálmese, por favor —es la recepcionista: está teniendo una llamada bastante incómoda—: Ya hemos enviado a un par de personas a tocar la puerta, pero nadie contesta… Sí… Yo lo entiendo, señor Holmes, pero lo aseguro que nosotros no podemos…

Marvin frunce el ceño. Apunta con el dedo hacia la recepcionista y la sábana cae rendida al suelo:

—¡Es J. C.! ¡Es mi hermano!

—Lo vi más temprano —dice Spavone—. Estaba bastante apurado con salir de aquí y volver a Los Ángeles.

—Teníamos una reunión importante, sí —todo en Marvin Holmes luce triste. En especial el desagradable colgajo que la sábana ya no oculta—. Kiki… ¿tú sabes quién es esa mujer? —pregunta. con el tono de un niño que ha perdido a su madre.

—Me temo que sí, amigo —*Quizá deba explicarle que su muerte también es en buena parte culpa mía*, piensa Spavone, pero no está seguro de que quiera hacerlo ahora—. Vamos a esperar a los demás en tu habitación. Y a atrapar a esa perra de una vez por todas.

47.

La subida es lenta: por poco y Spavone tiene que subir en brazos de Marvin Holmes.

—¿Qué te sucede? —pregunta el productor la tercera vez que tiene que ayudarlo para que los escalones no acaben de tragarse sus piernas.

—Se me acaba el tiempo —lo que Spavone no dice es que tampoco su visión es la misma que hace una hora: todo se le presenta borroso. Es como si llevara un cigarrillo en la boca, con el humo escociéndole los ojos.

Pero no está dispuesto a dejarse caer.

No tan cerca de resolver el caso.

Su caso.

Llegan finalmente al quinto piso y se dirigen a la habitación 509. En el instante en el que avistan el número clavado en la puerta, los gritos de Malik los alcanzan por detrás.

—¡Corre *paradaaada*! ¡Corre!

El hurón se mueve como una ola al ras del suelo: una serpiente no podría ir más rápido. Sin embargo, la rechoncha mujer que corre tras él con un rastrillo no se queda atrás: la distancia se acorta a medida que sus pasos hacen estremecer el suelo y se acercan a la habitación.

Marvin se aparta para dar pase al hurón: Bondi tuerce a la derecha para encajar su cabeza por debajo de la puerta.

Y se queda atascado.

—¡Noooo! —grita el mesero cuando el rastrillo de la señora Claire se enarbola para tomar impulso.

Spavone actúa: empuja al productor contra la mujer.

La señora Claire estornuda mientras el rastrillo se le escapa de las manos y va a parar contra su cabeza.

El morro de Bondi sale de escena.

—¡Eso! —celebra Malik, mientras la mucama gruñe y se frota la coronilla.

La señora Claire no pierde tiempo: busca en los bolsillo de su delantal la llave maestra de las habitaciones del quito piso. La introduce y gira la perilla.

Pero la puerta no se abre.

Hay algo del otro lado que la bloquea.

Aun así, reconoce el olor dulzón que se escapa por el fino resquicio que ha conseguido abrir: en sus más de veinticinco años arreglando camas —y matando roedores de la forma más sangrienta— en el Belvedere, a Claire Wolfe le ha tocado encontrarse con más de un caso de suicidio o asesinato. Por ello, deja de intentar abrir la puerta y va a llamar al policía y su rinitis alérgica.

Dean llega acompañado del agente de seguridad: ambos empujan la puerta al mismo tiempo y logran mover la cama que bloquea la puerta y que tanto Spavone como Malik ya han visto con solo asomar las cabezas. Marvin Holmes no ha querido hacerlo: se ha quedado sentado en el suelo del pasillo abrazando sus rodillas y dejando más a la vista de lo que cualquier otra alma que pasase por allí quisiera ver.

—La ducha —dice Dean al oír el intenso repiquetear del agua proveniente del baño.

Camina con su arma por delante hasta colocarse, sin saberlo, entre Spavone y Malik.

—¿Es ella? —pregunta el mesero, sabiendo de antemano la respuesta.

—¡Policía! ¡Arriba las manos! —exclama Dean.

Spavone está lo suficientemente cerca de la mujer como para que su visión borrosa no le impida reconocerla.

Las salpicaduras de sangre en su ropa son también bastante nítidas.

—¡Por favor, no dispare! ¡Yo solo…!

—¡Arriba dije! Tiene derecho a guardar silencio.

La mujer obedece la orden de Thomas Dean y deja de trajinar con el cadáver que hay dentro de la tina: el antebrazo de Marvin Holmes cuelga fuera de ella como saludando a los recién llegados.

—Es ella —murmura Spavone, incapaz de creer que no lo haya sabido desde antes.

Es Selina Daniels.

48.

Mientras Selina es registrada, esposada y conducida hacia el ascensor, a pedido de Dean, el agente de seguridad —quien va a tener mucho que contar en casa cuando su mujer le pregunte qué tal le fue en su primer día, inspecciona la habitación. Dos segundos más tarde ya ha encontrado al otro hombre atado y encerrado en el armario: su cuerpo moreno y esbelto va casi tan desnudo como Marvin Holmes.

—¡Ella lo hizo! —dice cuando el asenté le quita la mordaza— ¡Me encerró aquí después de matar a Marvin con la computadora!

La portátil yace muy cerca del baño: Selena debe haberle abierto la cabeza a Marvin con ella.

—Cálmese, señor… —empieza Thomas Dean.

—Dishan —completa el agraviado.

—Señor Dishan, correcto. Podrá levantar todos los cargos que desee en la comisaría. De hecho, después de vestirse lo quiero allá para oír sus declaraciones.

Dishan accede y se deja liberar por el agente de seguridad, quien no queda exento de recibir miradas lujuriosas por parte de este.

—Será mejor que aún no empiece a limpiar, señora —le indica Dean a la señora Claire, quien no ha dejado de husmear aquí y allá en busca del hurón—. Es la escena de un crimen y debe quedar tal cual para cuando lleguen los forenses.

—Dos asesinatos en menos de un día —dice la señora Claire, saliendo a regañadientes de la habitación y echándole una última mirada a las sábanas manchadas de sangre—. Creo que ya es hora de hacerle caso a mi hermana y jubilarme para ir a criar gansos con ella en su granja de Florida.

—Suena como un plan —dice Spavone, abandonando al fin su silencio.

—¿Cómo dice, señor Kiki? —pregunta Malik.

—Nada. Será mejor que tu abuelo salga de aquí tan pronto nos hayamos ido.

—Cierto —Malik coloca ambas manos alrededor de su boca—: Busca refugio en nuestra habitación, *paradaaada*, iré a buscarte en un momento.

Spavone ve a Selina salir por delante de Dean: su rostro convulsionado no evita que le siga pareciendo una mujer de una belleza arrebatadora.

Mortal, piensa. Sí, aún estaría dispuesto a hacerlo con ella.

Marvin Holmes continúa lamentándose en el suelo. Se queda en silencio cada tanto, analizando las nuevas implicaciones que tendrá en

su «vida» el estar muerto. Luego vuelve a estallar en gemidos y maldiciones.

—¿Le decimos que no le quedan más de veinticuatro horas? —pregunta Malik.

—No estoy seguro de que vaya a encontrar algo útil qué hacer con ello: él ya sabe qué le pasó y quién es el responsable.

Spavone y Malik pasan de largo camino a las escaleras: ninguno quiere tomar el elevador y arriesgarse a atravesar el suelo y caer en el foso donde están los amortiguadores. Prefieren ir a su ritmo por las escaleras.

No sirve de mucho: los últimos tres pisos les reporta una caída limpia y sin dolor.

Caminan en dirección al lobby, poco después de que Dean y Selena hayan salido de uno de los ascensores.

—¿Si hubiera tenido su arma con usted, señor Kiki, le habría disparado de vuelta? —pregunta Malik.

Al interno, Spavone tiene que reconocer que aquella es una excelente pregunta:

—No lo sé. No lo creo. Supongo que también pude haberme defendido aún sin ella, pero por alguna razón no lo hice.

—Quizá reconoció de quién realmente se trataba. La desnudista a la que agredió.

También es una buena hipótesis.

—Quizá —reconoce Spavone—. O quizá solo había bebido demasiado ya para ese momento y estaba fuera de combate.

La recepcionista ve salir a Thomas Dean y a la mujer esposada y sabe que una vez más tendrá que vérselas con las quejas de los huéspedes por el asedio de la prensa y, claro está, nuevas deserciones: más llaves estampándose furiosas contra el mostrador frente a sus narices. Y con los reclamos de sus jefes, cómo no, ya que ellos no parecen entender que la gente se mata donde se le antoja sin que una recepcionista como ella pueda hacer mucho al respecto.

—Hay una cosa que sí me cuesta explicar —dice Spavone, mientras sigue al detective y su asesina a la salida del hotel: aún es de madrugada pero el sol no tardará en asomarse y empezar calentar las amplias calles del Upper West Side—. Selina pudo haberlo hecho en cualquier momento. Matarme, quiero decir. Hemos pasado la noche juntos, incluso. ¿Por qué tuvo que esperar a que hubiera testigos y hacerlo en un lugar como este? ¿Qué piensas?

Nimay Malik observa cuando Thomas Dean hace el relevo con Helen Fritz: la sargento toma del brazo a Selina y la mete en su auto, el mismo que acaba de mover para dejarlo estacionado al pie de las escaleras de la entrada.

—Por favor, llévala a la Unidad y enciérrala a solas, donde no

pueda hablar con nadie, es una maestra del engaño: trabaja en un club nocturno, pero logró convencer al teniente Spavone de que era una inocente agente inmobiliaria —dice Dean. Selina le echa una mirada entre resentida y asustada—. Iré en seguida, solo quiero hacer una última inspección de la escena del crimen por si alguien aquí la hecha a perder. Quizá pueda dar con el arma utilizada en el asesinato del teniente Spavone.

—Sí, deberías hacerlo. ¿Qué pasa con Ben? —pregunta Helen, mirando al oficial que sale a trote desde el callejón.

—Puedes ir con él. Aquí ya no hace falta, ya pasó el peligro.

—Todo en orden por la puerta de emergencia —dice el oficial, volviendo a enfundar su arma—. Solo una rata que se coló hacia adentro, pero que no detuve pues no quería revelar mi posición.

Malik levanta la barbilla, indignado:

—¿Rata? Eso también suena a racismo.

Antes de que Helen Fritz eche a andar su auto, Dean le toca la ventanilla y le pide que espere.

Le hace una seña al rostro asustado que asoma por la puerta de la cafetería y Marley Robinson se acerca con el andar flácido de una marioneta.

Thomas Dean le señala la ventanilla trasera tras la cual se encuentra Selina.

—¿Ha visto antes a esta mujer, señor Robinson?

El zapatero mira con desconfianza: da un breve respingo cuando Selina voltea hacia él.

—Quizá el cabello no sea el mismo, pero ha entrado antes a mi tienda. No recibo muchas mujeres así que… —en ese momento cae en la cuenta de lo que implica—. ¿Ella es la asesina del policía?

Thomas Dean asiente:

—Lo llamaré pronto para hacerle la misma pregunta en la comisaría, con una grabadora entre usted y yo, ¿le parece?

—Entiendo, está bien.

—Es libre de irse, señor Robinson. Si gusta puedo ordenar a alguien que lo lleve.

—No, no es necesario, pero gracias —duda un segundo—. Sabe, mientras esperaba yo… —dice el zapatero mientras mueve en el aire un tenedor imaginario.

—Descuide, yo me ocuparé de eso —dice Dean.

El zapatero le estrecha la mano y le pregunta si alguna vez ha tenido la oportunidad de probar el cuero de bisonte en los pies.

Thomas Dean despide a sus compañeros y regresa al interior del hotel.

Spavone voltea a ver a Nimay Malik: el mesero está parado en el

mismo lugar en el que lo vio por primera vez, hace casi veinticuatro horas. Pero su expresión ya no es la del desconcierto absoluto.

—Creí que no lo lograríamos —dice Spavone.

—Vaya aventura —responde Malik—. Espero recordar algo de ella que me pueda servir la próxima vez.

—Supongo que mientras no apliques lo que tu abuelo usó contra el vendedor de tacos, creo que todo lo demás te puede servir de mucho.

Ambos se ríen como dos adolescentes que ven a una mujer desnuda por primera vez: el chiste es bobo y no da para más.

—Sigo pensando en porqué su amigo tenía la dirección del cementerio donde están mis padres.

—No debe haber más de veinte cementerios en todo Nueva York —dice Spavone—. En la ciudad mueren cerca de ocho mil personas al día. Estoy seguro que más de uno de los casos con los que se ha topado ha acabado con la víctima en ese cementerio precisamente.

Una pareja pasa corriendo frente a ellos: deportistas tempraneros que van camino del Central Park.

—Era un nombre curioso —dice Malik, balanceándose hacia atrás y adelante con las manos en los bolsillos.

—¿Cuál? —pregunta Spavone, esforzándose por ver el trasero de la mujer que va en mallas fosforescentes.

—El de la mujer. Selina. Me asombra que no se diera cuenta que era inventado —Malik vuelve a reír.

—Ah —Spavone desiste de observar las curvas de la deportista y se restriega los ojos—. Sí yo tampoco lo había escuchado antes.

—Yo sí. Solo una vez.

—¿Dónde?

—En un cómic, precisamente.

—¿Cómic?

—Sí, en uno de Batman. Selina es el verdadero nombre de Gatúbela.

Spavone sonríe.

Luego se pone muy serio.

—¿Selina es un personaje de Batman?

—Así es, señor Kiki. Si gusta le puedo enseñar. Aún tenemos algo de tiempo. Tengo la historieta arriba en mi habitación junto con las otras que…

Pero no termina la invitación: Spavone lo toma del brazo y vuelve a entrar al Belvedere como alma que lleva el diablo, paradójicamente.

49.

Spavone descubre una inusitada ventaja en el hecho de estar desvaneciéndose: así como ya le es casi imposible mantener su posición en sobre cualquier superficie por encima del suelo, también le resulta muy sencillo ascender y atravesar el cielo raso de los techos con apenas un pequeño impulso de sus rodillas.

—¿Esto es volar? ¿Estamos volando? —exclama Malik mientras agita los brazos tras de sí.

Pronto llegan a la última planta, en la que se encuentran las habitaciones de los pocos empleados que reciben parte de su sueldo en la forma de un lugar donde dormir.

Nimay Malik, entre ellos.

Spavone y el mesero llegan a aquel pasillo como sacado de un manicomio abandonado: alcanzan a ver el momento exacto en el que, luego de cerciorarse que nadie lo sigue, Thomas Dean entra a la habitación de Malik.

—¿Qué hace?

—Nada que debamos perdernos —responde Spavone y atraviesa la puerta.

La mujer está sentada sobre el catre donde suele dormir Malik: acaricia la pequeña cabeza peluda de Bondi con una mano mientras le ofrece una galleta con la otra.

—Lamento la demora —dice Dean. Su tono cambia cuando repara en el hurón—. ¿Qué es eso? ¿Qué hace aquí? —y se lleva una mano a su arma.

La mujer levanta la cabeza.

Lo hace lentamente, como si supiera el golpe que va a sentir Spavone cuando tenga la oportunidad de verla bien.

—¿Quién es, señor Kiki? ¿Ella quién es?

Spavone no reconoce sus rasgos. Tampoco conoce su nombre. Sin embargo, la forma en la que su párpado izquierdo se repliega a medias sobre su ojo y la cicatriz en media luna que lleva sobre el pómulo del mismo lado le indican de quién se trata.

—Tranquilo, solo me estuvo acompañando un momento en la mañana. Y ahora acaba de volver.

—Su voz… —dice Malik—. Hay algo en su voz que…

—Lo vi en la comisaría —los ojos de Thomas Dean se abren como si lo que estuviera viendo fueran las almas que hay en la habitación y no el hurón—. ¡Eso estaba en mi oficina!

La mujer se levanta y camina hacia Dean: al contacto con sus manos, el detective relaja los hombros y deja de prestar atención a Bondi.

—Olvídalo —dice ella, con una voz que se desliza al interior de los oídos como una serpiente—. Es solo un pequeño animal.

Besa al detective en los labios.

Un largo beso de amor.

Y de triunfo, piensa Spavone.

—Señor Kiki, ella tiene… —Malik se lleva un dedo al costado de su rostro.

—Sí —hay una parte de Spavone que quiere salir huyendo y otra, mucho más fuerte, que quiere seguir presenciando el encuentro—. Ella es Sexy Storm.

—¿Se la llevaron? —pregunta la mujer.

—Sí, con un cargo de asesinato adicional —responde Dean aún con el beso latiéndole en los labios—. Mató a uno de los hombres con los que la dejaste.

—No es posible: la dejé atada.

—Maldita… —Spavone cierra los puños.

—Parece ser que el tipo quiso aprovecharse de eso. Lo he oído y me consta que es bastante lujurioso: imagino que la encontró indefensa y le desató las piernas para poder «entrar» mejor en ella. O quizá fue ella quien lo sedujo para que la desatara. No lo sé exactamente. El caso es que Megan le partió la cabeza con una computadora.

—Megan… —murmura Spavone, reconociendo a la verdadera Selina en ese nombre.

—Vaya. —dice la mujer: una sonrisa de incredulidad casi oculta la cicatriz del pómulo—: al final sí se convirtió en asesina.

—Me sorprendió verla allá arriba: cuando fui a su piso creí que ya estaba lo bastante lejos de aquí. No habrá forma de que quede absuelta: todo esto salió mejor de lo que esperaba.

—Se lo tiene bien ganado —Storm desliza los brazos alrededor del

cuello de Dean—: no debió intentar sabotear nuestro plan. Estúpida. Querer salvar a ese malnacido a último momento.

Malik no se percata de que Bondi ha vuelto a enredarse entre sus pies: tiene el puño completo metido en la boca y, al igual que Spavone, no puede dejar de mirar.

La expresión de la mujer cambia: un amargo recuerdo hace peligrar el momento. Dean lo nota: acaricia el flanco magullado de su rostro al tiempo que él mismo es presa del dolor: sus ojos se llenan de lágrimas.

—Fui yo quien debí jalar el gatillo. Yo debí cargarme a ese hijo de puta por lo que te hizo. Solo pensar que…

Un tímido rayo de luz ingresa por la ventana de la habitación e ilumina, no solo la escena del abrazo entre aquellas personas heridas, sino también otra mucho menos agradable que ha empezado a correr en la cabeza de Spavone.

No tiene que ver con las amenazas a un inocente compañero de trabajo que no podía defenderse.

Tampoco con las decenas de dólares echados al agua en historietas destruidas.

Menos con transformar a su compañero en un poco menos que un idiota para el deleite de millones de personas un sábado por la noche.

Se trata de algo mucho peor.

Nada más alejado del amor, piensa Spavone y se ve a sí mismo otra vez a solas con Sexy Storm: el zapato presionando su rostro con más y más fuerza, haciendo crujir el antifaz carnavalesco. Eso y las súplicas de la mujer que empiezan a excitarlo. No es como se lo contó a Malik más temprano: recuerda cada una de las palabras que le dijo mientras la tenía inmovilizada.

—Es tu día de suerte.

Luego le arrancó las bragas.

Se quitó el cinturón.

Lo que Spavone hizo a continuación lo tuvo tan ocupado que no advirtió a la otra mujer que abrió sigilosamente la puerta y lo observó todo con un silencio horrorizado: otra de las trabajadoras del *Yes Sir* llamada Megan Grann.

Spavone retorna a la habitación de Malik y al feliz desenlace de una venganza.

—Ya pasó —dice Storm—. Ya todo está bien.

Thomas Dean asiente, se quita las gafas y seca las lágrimas de sus mejillas. La mujer lo ayuda a recuperarse: lo envuelve en un nuevo y apasionado beso. *Yo no hubiera podido esperar tanto para hacer que el sujeto que violó a mi mujer pagara por lo que hizo*, piensa Spavone. *Otra cosa en la que Dean me supera*.

Cuando los labios se despegan, el detective pregunta:

—¿Qué me dices del muchacho? ¿Te fue fácil convencerlo?

Sexy Storm vuelve a sonreír:

—Cuando le mostré la foto de sus padres con las esposas, él mismo me arranchó el arma de las manos y fue al bar en busca del maldito.

50.

Durante los tres segundos que toma el nuevo beso entre Sexy Storm y Thomas Dean, Spavone saca en claro un par de cosas: los muertos a los que se refería Burke no eran ni él ni Malik, los cabezas de turco del caso Heaven´s Place no eran latinos sino indios y que cuando intentó ayudar a Thomas Dean con su caso de extorsión, lo único que hizo fue meterse en un lío de pareja donde los terceros siempre se llevan la peor parte.

Y claro, que ha pasado las últimas veinticuatro horas caminando de un lado a otro junto a su asesino.

Vaya pedazo de investigador resultaste Spavone, reconoce.

Nimay Malik ni siquiera puede hablar. Lentamente, gira hacia Spavone con la mandíbula colgando muy lejos de su maxilar superior.

—Solo quiero que conste que… Jamás los hubiera inculpado de haber sabido que…

Spavone calla: sus palabras no tienen el menor sentido: las pruebas que lo muestran como un malnacido hijo de puta han saltado aquí y allá durante todo el día. De modo que lo único a su favor es el simple hecho de haber recibido su merecido.

—Estamos a mano. Solo eso —concluye y devuelve su atención hacia Thomas Dean y hacia aquella mujer que ha empezado a llamar cariño.

—Lo hiciste bien, cariño —el detective observa embelesado a la mujer por la que fue capaz de ponerse un tanga con la simpática figura de un murciélago.

—¿De qué hablas? El genio eres tú: si no me hubieras convencido de traer al chico desde tan lejos para que fuera él quien se manchara las manos, yo misma habría ido a por él después de que Megan me entregara sus datos. ¿Cómo estabas tan seguro de que él lo haría?

—Principio básico de sugestión: de un momento a otro se entera de que él es el personaje de una historia en la que ya venía inmerso desde hace tiempo —dice Dean, observando a su alrededor todas las

historietas de las cuales Nimay Malik se ha venido nutriendo en la soledad de aquella buhardilla. Se agacha y recoge una donde se ve a Batman acuclillado en el borde de un rascacielos—: sus padres han muerto, él vive en una especie de cueva, solo, y, por las noches, desde lo alto de un edificio observa la ciudad a oscuras, preguntándose qué ocurrió con las personas que más ha amado. Qué es lo que debe hacer. Tú llegaste con la respuesta y la herramienta necesaria para hacerlo.

Un poco tarde para recordar el grado en psicología de Dean, piensa Spavone, mientras no se le ocurre otra cosa que aplaudir un plan tan bien elaborado.

—Esa mujer fue la que te convenció de que vinieras a Norteamérica —dice Spavone.

—Sí, su voz es la misma de quien me contó lo ocurrido y me dijo cómo llegar.

—Y él —Spavone señala con el mentón a Dean— fue quien se encargó de traer a este lugar precisamente a los hermanos Holmes, los productores. J. C. dijo que el hotel les había salido gratis, ¿recuerdas?

Malik está por decir algo cuando el diálogo entre el detective y la mujer se reanuda con una pregunta de sumo interés:

—¿Lo dejaste donde te dije? —pregunta Dean.

—Así es —responde Storm.

—¿Le disparaste también?

—No. Confiaba en que la caída lo mataría. Además, así no habría que preocuparnos de que pudieran seguir la pista de la bala.

Thomas Dean está orgulloso:

—Bien hecho.

Esta vez, la pareja no se da un beso.

Se desvisten mutuamente: Bondi eleva la nariz cuando percibe el despertar de las feromonas.

Spavone le pide a Malik que lo acompañe: ya sabe dónde está su cuerpo.

Apenas si es posible distinguir algo en la profundidad del foso: la oscuridad es sutilmente perforada por una pequeña y parpadeante luz roja que indica que el elevador está descompuesto: no es mucho, pero es suficiente para revelar la silueta del cuerpo que yace sobre la cabina donde suele montarse el personal de servicio.

Nimay Malik se observa a sí mismo como si se tratara de una pintura a la que no consigue encontrarle sentido.

Spavone se alegra de que esté tan lejos: el daño sufrido por una caída de esa magnitud hace ver los orificios de bala increíblemente pulcros y digeribles.

—*Paradaada* lo sabía —dice Malik, impávido.

—¿Sabía qué?

—Lo primero que hizo al salir de la oficina del señor Harrison fue pegar la nariz a la puerta del elevador. Él sabía que yo estaba aquí.

—Lo recuerdo.

Spavone también recuerda la confusión de haber visto su propio cadáver y saca la cabeza de donde la tiene asomada para darle a Malik el espacio y el tiempo que necesita: aunque no lo parezca, por experiencia personal, sabe que es un consuelo.

De lo que no puede estar seguro ninguno de los dos es que su cuerpo vaya a parar al mismo lugar que el de sus padres.

De eso no hay garantía.

Pronto el olor se hará lo suficientemente fuerte como para que algún empleado del hotel lo detecte y el Belvedere se vea con un nuevo dolor de cabeza. *Aun así hacen falta más de tres muertos en un hotel de Nueva York para que este se vaya a la quiebra*, piensa Spavone.

Los siguientes minutos antes de volver a la habitación, se los pasa mirando sus zapatos con cuero de bisonte y escucha las oraciones de Malik a uno de sus miles de dioses.

La pareja sigue en lo suyo: dándole un uso muy distinto al catre en el que solía dormir Malik. Sin embargo, la atención del mesero está puesta en algo muy distinto: su mirada pasa de una historieta a otra a medida que intenta comprender lo que Thomas Dean hizo con su mente.

—Soy un asesino. Yo lo maté, señor Kiki.

—Sí, creí que esa parte ya había quedado clara, pero sí.

—¿Usted inculpó a mis padres?

—No sabía que lo eran y te aseguro que tampoco sabía que terminarían así —Spavone prefiere mirar las historietas o cualquier otra cosa antes que enfrentarse a Malik: su pasividad es peor que cualquier otra cosa—. Dejé que Burke se encargara de eso, pero jamás debí confiar en él: no es el tipo que le gusta dejar cabos sueltos. Para serte franco, los inmigrantes y lo que ocurra con ellos no suelen ser una prioridad para ciertos elementos en el departamento. Yo… lo siento, Malik.

—Usted no los mató, pero Burke sí.

—Eso parece, pero Dean y su amiga querían que creyeras que fui yo y que hicieras lo que acabaste haciendo. Cuando alguien decida encontrar la verdad de todo esto, si es que alguna vez alguien lo hace, llegará a la conclusión de que me mataste en venganza por lo que pasó con tus padres y nuestros fogosos amantes no tendrán nada de qué preocuparse. De hecho, estoy casi seguro de que el otro asiento hacia Grecia lo va a ocupar ella —dice Spavone señalando a la cimbreante Sexy Storm.

—¿Y qué pasará con…? ¿Cómo se llamaba?

—¿Megan?
—Sí.
—Pues…
Un timbre proveniente junto al catre hace que la acción se detenga: Dean saca la cabeza de donde la tenía metida y estira la mano para alcanzar el despertador y apagarlo.
—Será mejor que salgamos de aquí —dice, apenas recuperando el aliento—. Podremos continuar con esto después.
La ropa empieza a retornar a su lugar.
—La condenarán por el homicidio de Marvin Holmes —*y eso es todo lo que voy a decir*, piensa Spavone advirtiendo ciertas hipótesis románticas que se avecinan y en las que no quiere pensar. Pero es inútil: es aterradoramente sencillo que le resulta olvidar su complicidad en todo el asunto— Supongo que quiso avisarme de lo que ocurriría, vino aquí y fue interceptada por su compañera.
—¿También trabajaba en ese club?
—Un cuerpo como ese no se alcanza mostrando casas.
Thomas Dean es el primero en estar listo:
—¿Tienes el arma?
Sexy Storm se acomoda el sujetador y saca la pistola debajo de la almohada.
—Aquí está.
—Bien —Dean inspecciona la corredera y le quita el cargador: algo no cuadra—: No le faltan municiones —y después, mirando a la mujer, sentencia—: No ha sido usada.
Spavone olvida por un segundo a Megan para comprobar si lo que dice Thomas Dean es cierto: le consta que no es tan bueno con las armas como lo es con la manipulación psicológica.
Pero no se equivoca.
—No es posible —dice Storm ya completamente vestida—: oí los disparos y el sujeto está muerto. Fin de la historia.
Thomas Dean no está convencido, pero un último beso de despedida derrumba sus pegas.
—Será mejor que te vayas —dice Storm—: ve a la comisaría y deja todo en orden, luego asiste al funeral y procura que te vean llorar por tu amigo. Yo te esperaré en el lugar acordado. Y no olvides a tu madre.
—Claro que no, cariño. La tengo en el auto.

51.

La madre de Dean sí está en el auto. O lo que queda de ella: la pequeña caja bajo el asiento del copiloto guarda sus cenizas.

Bondi ya no le presta la misma atención que antes: cualquier olor le gusta menos que el de dos personas haciendo el amor.

—¿Seguro que quieres venir? —le preguntó Spavone a Malik una vez en la calle, luego de dejarse caer suavemente desde lo alto del Belvedere—. Solo voy a aprovechar el transporte para llegar a mi propio funeral. No habrá mucho más que hacer.

—Tampoco hay mucho qué hace aquí, señor Kiki: prefiero conocer cómo son los funerales aquí. Si me permite, claro.

Spavone no entiende cómo es posible que le siga simpatizando después de descubrir que fue él quien lo mató: *Debe ser algo en esa forma rara en la que me llama señor*, piensa. Se encoge de hombros e invita al mesero a acompañarlo.

El límite de las veinticuatro horas ya ha sido superado, pero ninguno de los dos se pone a pensar en eso: la idea de alguien cronometrando su tiempo es absurda, de modo que seguirán adelante hasta que algo pase.

O no.

Thomas Dean conduce su viejo Corolla devuelta a la comisaría: recorre el camino acompañado de la radio a todo volumen. Canta un par de temas de los Bee Gees a voz en cuello.

How deep is your love es el primero.

Spavone viaja en silencio. Malik también. Ambos mantienen pláticas consigo mismos: no son urgentes, pero necesarias. Juegan a imaginar lo que vendrá después.

Al llegar a la comisaría, Thomas Dean es recibido por una potente ronda de aplausos.

—¡Bienvenido, teniente! —exclama el capitán Hendrix, abriendo ante él una caja con veinticuatro donas (menos tres que él se acaba de comer).

Dean recibe la felicitación, estrecha distintas manos y recibe palmadas en la espalda: alguien hace alguna broma sobre las magulladuras que tiene y sobre sus gafas nuevas:

—Ve a devolvérselas a tu abuela, Dean.

Las carcajadas se van acallando a medida que Thomas Dean avanza. El sargento en la recepción le indica que hay alguien en su oficina esperándolo.

Spavone prefiere ir en busca de Megan, mientras Malik y Bondi se quedan en el auto.

La encuentra en una celda solo para ella.

Se toma unos segundos para observarla: llegó a su vida en el momento perfecto por las razones equivocadas. *Podríamos haber llegado lejos*, se dice Spavone, sin saber si lo dice por lo bien que suena

la frase o si es que por que lo realmente lo cree.

No piensa rescatarla: todos deben pagar su parte. *Al menos ella está viva*.

Entonces oye los disparos.

Spavone llega a la oficina de Dean junto con los demás: lo hacen en el momento en el que Teresa Grimes se dispara uno de los últimos dos tiros que hay en su revólver y cae.

Sus sesos quedan regados en la pared que tiene a su izquierda: la misma que separa la oficia de Dean de la de Spavone.

Con la algarabía de la detención y el ascenso de Thomas Dean a nadie le importó registrar a la que parecía ser una inofensiva ama de casa.

El detective sufre los últimos espasmos mientras vomita sangre sobre su camisa. Cae de rodillas y el sufrimiento termina.

—Tú no lo hiciste —le explica a Malik al volver al auto—. Mi asesina se acaba de pegar un tiro allá adentro luego de cargarse a Dean.

No espera a que el mesero haga las preguntas: le asegura que le va a explicar todo una vez se hayan montado en el autobús en dirección al cementerio.

52.

Su abuela creía en la astrología: leía cartas astrales como otras personas suele leer el Times por las mañanas. Spavone se imagina que lo ocurrido con él durante su último día de vida ha tenido que ver con algo que ella solía llamar «alineación de los astros».

Él prefiere verlo como el «síndrome de los tres chiflados»: un grupo de personas estorbándose unas a otras en su afán por pasar por el vano de la puerta al mismo tiempo. En su caso, el objetivo de los sospechosos no era pasar al otro lado, sino matarlo.

—Ahora lo entiendo —dice Spavone luego de que él, Malik y Bondi hayan elegido un asiento: a esas horas de la mañana, el chofer del autobús ni siquiera habría podido detectar a un jabalí subirse al vehículo—. Este iba a ser mi último día sin importar lo que hiciera.

—¿De qué habla, señor Kiki?

—Si Stakes hubiera llegado a verme, lo más probable es que la cosa

hubiera acabado mal. No sé si igual, pero podríamos habernos hecho mucho daño. Por otro lado, Burke ya sabía que su secreto no era tan secreto. Me refiero a lo de tus padres.

—Sí, entiendo.

—Iba a empezar a cortar cabezas y quizá la primera fuera la mía. Y si es que eso no ocurría, Deck también me tenía en la mira: las cámaras no son lo único que lo ponen de buen humor, sino también el quitarse gente incómoda del camino. Y si eso tampoco ocurría y nadie le pedía el favor a Little Joe, la mujer de Norman Grimes iba a venir por nosotros. Una venganza bastante válida.

—¿Usted también le hizo *eso* a ella?

—No, no —dice Spavone—. Yo no, pero fui responsable de todo lo que le sucedió a su familia.

Le cuenta a Malik que cuando la banda se enteró que el sastre andaba de bocazas, fueron a hacerle una visita a casa. Intentaron llegar hasta Teresa, pero Norman se interpuso: le rompieron un par de huesos y lo dejaron cuadrapléjico.

—Le arruinaron la vida. Eso fue lo último que supe.

—Pero cómo sabe que ella fue quien lo mató exactamente.

—Digamos que…

Spavone quisiera explicarle que el resonar de los disparos de Teresa Grimes liberaron los recuerdos faltantes: resonaron como una melodía conocida que iluminó los vacíos en su interior.

Eso o que lo más lógico es que ella también haya matado al único otro culpable, junto con Thomas Dean, de su desgracia.

—Solo lo sé.

—Lo siento por… Todos, en realidad.

—Si yo hubiera hecho mi trabajo…

Spavone se da cuenta que ya no tiene sentido ir por el camino del arrepentimiento: las revelaciones de ese tipo siempre llegan a destiempo. Además, sonar cursi es lo último que desea ahora.

Y sin embargo…:

—Gracias, Malik.

El mesero frunce el ceño:

—¿Por qué, señor Kiki?

—Por tener más dignidad que yo y no haberme matado.

—Hubiera cometido un error.

—Lo sé. Igual, muchas gracias.

Ya todo va quedando listo en el campo de Palisades: los oficiales encargados de los disparos de honor al aire y los que habrán de entregar la bandera doblada en manos de Beatrice inspeccionan sus uniformes.

En media hora, las gaitas empezarán a sonar.

De camino hacia el lugar, Spavone ve los vehículos oficiales que conforman el séquito del fiscal Travis Deck.

Por supuesto, piensa Spavone.

—Espera aquí —le dice a Malik. El mesero está más concentrado en encontrar a su bisabuelo: Bondi se ha mimetizado con las hojas y ramas del árbol en el que ha buscado refugio.

Spavone se desliza dentro de la segunda camioneta y encuentra al fiscal, quien otra vez ostenta su color de piel normal.

—Con todo respeto, amigo, tu palabra no es exactamente una prueba —dice Deck.

—¿No es una prueba? —Matteo Pizzolatto se pasa la lengua por los dientes, como si acabara de probar almejas—. Quizá sea pronto, pero cuando analicen esas putas balas verás que se trata de uno de los míos, Deck.

Travis Deck le sostiene la mirada.

Spavone sabe lo que viene: Pizzolatto está a punto de pedir algo.

U ordenarlo.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta Deck. Y antes que el cabeza de la familia conteste, agrega—: Y recuerda que Spavone no vale lo suficiente como para que me pidas las obras en el puente Verrazano.

A Spavone no le interesa lo que Matteo Pizzolatto tenga en mente, ni lo fácil que al parecer le resultó atribuirse su asesinato.

Lo que en verdad le interesa es prepararse para la llegada de Alessia y aprovechar la que sin duda será su última oportunidad para verla.

Sale de la Suburban y camina en dirección al foso que habrá de albergar su cuerpo.

El servicio es sinceramente hermoso: el capitán Hendrix aprovecha la oportunidad para lamentar también la trágica muerte del teniente Thomas Dean. Beatrice recibe la bandera y se la entrega a Alessia y quien llora en silencio: una señal de respeto y valentía.

—Es el orgullo de mi vida —le dice Spavone a Malik.

El mesero pone una mano sobre su hombro.

Travis Deck hace su aparición e intenta tomar el micro, pero el capitán hace una señal y los disparos inician para evitar el mal momento de escuchar al fiscal.

Terminados los disparos, Spavone pasea la mirada por los asistentes. Una figura a lo lejos llama su atención: un hombre se acerca el lugar.

Sus zancadas son largas y pausadas, sus canas ondean al viento y la sencilla camiseta se le pega tanto que le marca los huesos del tórax.

—Tiene que ser una broma —murmura Spavone.

Malik voltea:

—¿Él no es…?

De repente, los demás asistentes también lo ven y se levantan de sus asientos, lo suficientemente atónitos como para no poder efectuar cualquier otro movimiento.

Los guardaespaldas dominan el espacio personal del escritor, quien se acerca hacia donde está Alessia, saluda a Beatrice con un movimiento de cabeza e inca una rodilla en el suelo.

Stephen King no acaba de saludarla cuando la niña se arroja a su cuello.

—Lo adora —dice Spavone casi tan sonriente como su hija.

Luego de intercambiar algunas palabras, Stephen King le hace entrega de un libro.

—Sí, mi madre me consiguió este hace muy poco.

—¿Te refieres al mismo título o a uno que esté firmado?

Alessia abre la novela y lee la dedicatoria: le entrega el libro a su madre y vuelve a abrazar al escritor sin darle tiempo de decir nada más.

Spavone se acerca a leer la dedicatoria junto con Beatrice.

—Muchas gracias por eso —dice Spavone.

—Lo que sea por mis lectores —dice King mirando a Beatrice.

Se despide de la niña y le dirige un guiño casi imperceptible a Spavone.

—¿Cómo cree que haya llegado aquí? —pregunta Malik, cuando Spavone vuelve a su lado.

—Por las noticias. Y gracias a Deck, que debe haber estado en no menos de siete u ocho programas de radio antes de sufrir un pre infarto.

Precisamente es el mismo fiscal intenta alcanzar a King por un foto.

El escritor aprieta el paso.

Deck se detiene incapaz de exigirle más que cuatro metros seguidos de caminata a su aún afectado sistema respiratorio.

—Otra celebridad que se le escapa a ese bribón —dice Spavone, e intenta alcanzar con el codo a Malik.

Pero no lo consigue.

Lo busca durante algunos segundos, pero es en vano.

El mesero ha desaparecido.

Sonríe mirando al cielo:

—Hasta la próxima, amigo.

Spavone le da las últimas indicaciones a Bondi: que se meta sigilosamente en el auto de Beatrice, que procure que sea Alessia la primera en verlo y que le muestre lo más pronto posible el dibujo que Thomas Dean hizo de él.

—¿Aún lo tienes verdad?

Bondi se tira de la oreja para hacerle saber que sí.

—Bien. Ahora ve: es un Camry color azul noche —antes de que el hurón salga pitando a buscar el auto, le hace una última petición—: Cuida de ella como yo cuidé de ti —luego recuerda un poco de lo que Bondi ha tenido que pasar y agrega—. O mejor. Sí, mejor.

Kiki Spavone ve alejarse al hurón.

Malik ya no está y él no tardará en ser el próximo.

Ama a su hija más allá de la vida y espera que el viento le haga llegar a Alessia aquellas últimas palabras antes de que se lo lleve a él.

Las personas se marchan y abandonan el campo santo.

Antes de hacer lo mismo, Alessia Spavone se detiene y mira hacia atrás, a un punto indeterminado entre las tumbas y un fresno solitario.

Y piensa en su padre, a quien seguirá amando.

Más allá de la muerte.

Trujillo, 2022

About The Author

Charlie Becerra



Sus relatos han aparecido en antologías a nivel nacional e internacional.
En 2017, publicó su primer libro: El origen de la Hidra (Aguilar, 2017),
una investigación periodística sobre el crimen organizado en el norte del Perú.
Solo vine para que ella me mate (Planeta, 2019), su primera novela,
alcanzó una mención especial en el Premio Nacional de Literatura 2020
y los derechos audiovisuales de la misma han sido adquiridos por una importante productora de Los Ángeles, California.
También ha publicado las novelas Cachorro (2020)

y Bultos negros (9 Milímetros, 2021), entre otros libros.

¿Quieres saber cómo escribí esta novela?

Te invito a visistar mi curso en Domestika

ESCRIBRE UNA NOVELA POLICIAL

https://www.domestika.org/es/courses/2849-escritura-de-una-novela-policial/charlie_briefing